

SG

6003

B.P. de Soria



61084962
D-2 12510



CÉSAR Y SUS CONTEMPORÁNEOS



84962

D-2
12510

R.9.645.-
BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

CÉSAR

Y

SUS CONTEMPORÁNEOS

ENSAYO SOBRE LAS COSTUMBRES DE LOS ROMANOS
EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA REPÚBLICA

POR

S. DELORME

TRADUCCION

POR

J. MORENO BARUTELL

LA ESPAÑA MODERNA

López Hoyos, 6.

MADRID



ES PROPIEDAD

PRÓLOGO

No hay que buscar alusiones en este libro; el asunto no lo permite. Entre nosotros y los romanos de aquel tiempo difiere todo: las creencias, las instituciones, las costumbres, los elementos de la sociedad, y muy especialmente el Ejército, formado hoy por nacionales, y compuesto en Roma, en gran parte, por extranjeros e hijos y nietos de esclavos manumitidos.

El espectáculo de una nación en el punto culminante del poder, e inmediatamente precipitada en la servidumbre, es para todos los pueblos una advertencia y una lección. Esta profunda caída se debe atribuir, ante todo, a la corrupción de las costumbres; sin ella no se hubiera visto reducida la sociedad romana a padecer el despotismo.

No insistiremos nunca demasiado sobre esa verdad; así que nos esforzaremos en hacer resaltar, por el conjunto y la correlación de los acontecimientos de los últimos tiempos de la gran República, la preponderancia de todos los egoísmos, de todas las malas pasiones bajo las que sucumbió. Para que el lector pueda darse cuenta y llegar a la propia convicción, no bastan los estudios generales; los resúmenes, por brillantes y profundos que sean, no sirven a veces para iluminar la historia y edificar sobre ellos: es necesario descender a los detalles que revelan sobre todo el carácter y la vida de un pueblo.

Tratemos de reunir y coordinar todos los rasgos propios para dar a este cuadro su verdadero alcance y colorido.

La gran figura de César todo lo domina; pero tenemos que agrupar a su alrededor otras muchas y llegar hasta

Mario; con él comienza la revolución consumada por Augusto.

Nada diremos de las investigaciones y lecturas que nos hemos impuesto para alcanzar la certidumbre y la verdad, sobradamente compensadas por el encanto de la narración de tan brillante historia, que se revela con el mayor poder de seducción en los escritores de la época. Los comentarios de César, los escritos de Cicerón, sus discursos y cartas son el diario animado y viviente de esta notable época, como también la Historia de la conjuración de Catilina, de Salustio, y el autor de la vida de Atico, Cornelio Nepote. Las numerosas correspondencias publicadas bajo el nombre de Cicerón, ofrecen la rara ventaja de habernos conservado, al lado de las cartas del gran orador, las de importantes personajes con los que mantenía relaciones. Esa preciosa colección contiene especialmente cartas de César, Pompeyo, Catón, Bruto y Casio, Antonio y Lépido. Aunque únicamente se consideren desde el punto de vista literario, muchas de ellas son modelos de estilo, gracia y urbanidad. Ya es el siglo de Augusto.

Es preciso en esos testimonios, escritos bajo la acción de los acontecimientos, tener en cuenta la parte de interés, de miras y pasiones de sus autores; pero esas mismas pasiones *son* la historia, y si el alma de unos y otros está influida por aquéllos, en cuanto a los hechos, objeto de las expansiones íntimas entre hombres que representaban importantes papeles en esa época, no puede dudarse de su realidad.

Los escritores posteriores no dan más que un reflejo de aquella sociedad, que se debilita conforme se va alejando, no obstante los materiales de que disponían eran más completos que los nuestros; estudiaron, además de los enumerados, otros muchos; entre los hombres ilustres contemporáneos de César, algunos escriben memorias sobre

esta gran época, como Sila, Lúculo, Tito Livio, que fue autor de otras obras además de la historia.

Todos podían consultar esos documentos, y si aún no se había inventado la imprenta, la mayor parte de los ricos reúnen, ya por amor a las letras, ya por espíritu de especulación, un número mayor o menor de esclavos, que reproducen y multiplican para ellos o para el público todas las producciones notables.

Podemos admitir como verdaderos los hechos que Suetonio, Plutarco, Apiano, Dión y otros confirman con unanimidad; por desgracia no siempre existe; están con frecuencia en desacuerdo, tanto respecto a los acontecimientos, como también respecto a las fechas, y estas divergencias se han reproducido naturalmente en los escritores modernos, según sus puntos de vista o su grado de confianza en las fuentes que consultan. En fin, gracias al desenvolvimiento que ha tomado el espíritu de examen y de crítica en nuestros días y la independencia que reivindica como uno de sus derechos, esas disidencias se han extendido, no solamente a los hechos, sino a su carácter y a su alcance e importancia.

Aunque estas dificultades a veces desalientan, también obligan a penetrar más en los hechos y meditar sobre su sentido.

Cualquiera que sea para nosotros la autoridad de la superioridad reconocida, en la duda, nos determinamos sobre todo por la naturaleza de las cosas, la verosimilitud y el conjunto de las circunstancias generalmente admitidas, deduciendo así lo cierto de lo probable, sin ningún deseo de parecer originales o atrevidos; y si no nos lisonjamos de haber alcanzado la elevación de nuestro estudio, habremos, por lo menos, consagrado lo poco que nos queda de energía a una obra seria y de buena fe.

CÉSAR Y SUS CONTEMPORANEOS

Sine ira et studio.

I

Introducción.

En la época en que peligra la vida del joven C. J. César, víctima de la restauración aristocrática, tan violentamente consumada por Sila, la corrupción procedía de lejos, cien años antes (566 de la fundación), se descubre la existencia de una asociación misteriosa de profunda perversidad. Bajo el manto de la Religión, hombres y mujeres se entregan con furor á la promiscuidad, a esos inmundos vicios que, alterando el sentido moral, abren el camino á todos los crímenes.

Sus adeptos se preparaban para apoderarse de los bienes de los demás por las falsedades, el perjurio, el veneno y el puñal. El número de afiliados, cómplices de esos horrores, llegó a siete mil, perteneciendo a las diversas clases sociales.

Este amenazador fenómeno no está aislado; el conjunto de circunstancias relacionadas con el acrecentamiento del

poder y del territorio concurren a depravar a la reina del mundo. La clase agrícola, que da al Estado los ciudadanos más sobrios, los soldados más vigorosos, disminuye visiblemente. Las lejanas expediciones que, aislando los ejércitos de la madre patria, les amolda a los vicios de los pueblos, ya de largo tiempo corrompidos; la concurrencia de los trigos de Sicilia y de Africa, más abundantes y baratos que los de Italia; las distribuciones de grano que los agitadores políticos y la aristocracia repartían entre la plebe, para conciliársela, desalienta a la agricultura, colocada desde entonces en las más desfavorables condiciones. La abundancia de los capitales en Roma agrava el daño: afluyen de todos lados, además de las riquezas que después de cada expedición feliz los generales traen de los países conquistados y entregan al Tesoro público, el peculio que cada soldado obtiene del saqueo de las ciudades conquistadas y de la generosidad de los generales triunfantes; lo que los gobernadores y sus subordinados cobran a fuerza de exacciones, aumenta incesantemente la masa de numerario en Italia. Los caballeros, miembros, en su mayor parte, de las sociedades financieras y arrendadores de los tributos impuestos a los pueblos conquistados, realizan también inmensos beneficios que convergen en la capital, contribuyendo no solamente a acrecentar el lujo y a desenvolver las necesidades y pasiones que provoca, sino también alimentando especulaciones incompatibles con la prosperidad del labrador. La explotación del suelo tiende a variar cada día más; el cultivo de la vid, del olivo, se sustituye por la cría de ganados, transformándose las tierras de labor en prados, en la mayor parte de los puntos que no habían invadido los jardines, palacios, lagos y viveros de los ricos. Los trabajos de los campos se entregan casi exclusivamente a los esclavos, produciendo a precios que excluye toda competencia; así que los pequeños labradores

se ven obligados a vender sus bienes a los capitalistas, cuando no se les despoja por el fraude y la violencia.

Impresionados por la gravedad del mal, algunos espíritus generosos trataron de combatirlo; Tiberio Graco y más tarde Cayo, su hermano, pagaron con la vida estas tentativas. Los remedios propuestos por ellos eran insuficientes.

No le es posible al hombre dominar la fuerza de las cosas: buscando su punto de apoyo en el interés de las clases pobres, Tiberio consiguió se repartiase entre gran número de familias necesitadas una parte del agro público usurpado por la nobleza. En uno de los empadronamientos siguientes, se comprueba notable aumento en el número de los ciudadanos llamados a votar en los comicios; pero este pasajero éxito, importante para atenuar las consecuencias desastrosas de la competencia de los trigos, no ejerce ninguna acción favorable sobre el conjunto de los hechos concurrentes con ella, en la ruina de las clases laboriosas de Italia; continúa pesando sobre la agricultura como sobre las costumbres, y la condición de la pequeña propiedad empeora más cada día.

En cuanto a Cayo, con más genio y ardor que su hermano, de carácter impetuoso y con el deseo de venganza que le anima, propone determinaciones extremas. Las leyes por las que disminuye aún más el precio módico que estaba señalado para las distribuciones periódicas de trigo que se hacían por el Estado a la plebe y las proporciones que las dió, concurren a agotar en Italia la fuente del trabajo y de la producción para los hombres libres. Son otras tantas primas concedidas a la ociosidad; atraen a Roma todo lo que la campiña tiene de mas turbulento, y por una rara contradicción, entrega tierras al pueblo y priva de brazos a la agricultura. No se contuvo ahí para abatir a la aristocracia; asegurándose el concurso de la clase de caba-

llos, no sólo consigue se les conceda el privilegio del arrendamiento de los impuestos de la más rica provincia conquistada, Asia, sino también despoja a la nobleza, en su provecho, de la jurisdicción que hasta entonces había ejercido en lo relativo al orden e interés público, contribuyendo a estas disposiciones muy especialmente las quejas de los súbditos de la República contra la administración de sus gobernadores.

Estas nuevas atribuciones transferidas a los caballeros, lejos de beneficiar al Estado o a los países conquistados, fueron funestas. Las cosas habían llegado a tal punto en Roma, que a cualquier lado que se mirase no se hallaba más que corrupción. Los nobles se habían entendido entre sí, como se comprende, y cuando tenían que juzgar a algunos de su clase, las absoluciones eran frecuentes.

Pero cuando los arrendadores de los impuestos, pagados por las provincias, tienen en sus manos la suerte de los procónsules, el acuerdo se establece, son mutuas las concesiones y todos roban y abusan dentro de su esfera propia. Las severidades de los nuevos jueces se reservan para los magistrados, bastante íntegros para creerse dispensados de tener complacencias con los publicanos; a esto condujo la combinación del más joven y más emprendedor de los Gracos. Antes de su caída pudo juzgar al pueblo, cuya defensa acogió con tanto ardor. El celo de la mayor parte de sus partidarios se enfría desde el momento en que la nobleza tomó la decisión de aumentar las liberalidades por las que él había creído asegurarse la multitud. Al emprender la ejecución de la parte más audaz y más vasta de sus planes, propone a los comicios la concesión a todos los itálicos de iguales derechos políticos que los de los ciudadanos romanos; la oposición de los últimos a este gran acto de justicia para los compañeros de armas que les habían ayudado a conquistar el mundo, no tarda en manifes-

tarse. Para provocarle fue suficiente, según se asegura, que el cónsul Fannio dijese al pueblo: "¿Creéis que cuando hayáis concedido a vuestros aliados los mismos derechos que disfrutáis, ocuparéis en el Foro, en el Circo, en las fiestas y en los juegos públicos el mismo lugar que hoy? ¿Esos recién llegados no invadirán todo? Es inútil añadir que los candidatos a las dignidades no pagarán vuestros votos al mismo precio". El pueblo comprende en seguida y la asamblea acoge el veto formulado por uno de los colegas de Cayo con tal frialdad, que tuvo éste que retirar su proposición. Su caída del Poder y muerte fueron inmediatas. Murió como su hermano, y después del asesinato del escaso número de los partidarios fieles a su causa, la aristocracia persiguió aún a los sospechosos de honrar su memoria.

El espíritu de oposición no se extingue con él. El Senado cuida de no anular bruscamente la obra de los dos hermanos; prefiere ganar tiempo y eludir las dificultades. En las sociedades corrompidas, donde la sed de los goces es común a todas las clases, se irrita en el pobre con el espectáculo del lujo y los placeres que no puede disfrutar, y sostiene un fermento de odio contra los ricos.

Tal era el estado de las almas en la plebe romana; ni las distribuciones de trigo, ni las primas que los candidatos pagaban a la venalidad en las elecciones, ni la brillantez de los juegos y de los espectáculos bastaba a ahogar los rencores de una multitud que se considera como la reina del mundo y vive al día. Esos gérmenes de exasperación no eran los únicos en las masas, que expiaban con avidez el flaco del enemigo; parece que todo concurre en esta época para quitar la consideración al gobierno del Senado. Las revueltas de los esclavos, aglomerados en gran número en Sicilia, cerca de Italia y en la Península misma, por la codicia de los especuladores que dedicaban inmensos capita-

les a la explotación del suelo, eran cada vez más amenazadores; la Administración no sabía prevenirlas y le faltaba energía para ahogarlas.

La piratería toma desastrosas proporciones en el Mediterráneo. Un gran escándalo, hasta entonces sin ejemplo, se descubre. El pueblo romano, habituado a ver con indiferencia las depredaciones cometidas en las provincias conquistadas, de las que en alguna manera se beneficia, pues con sus productos se pagan los gastos de las elecciones, se provee a los dispendios de los juegos y de los espectáculos con que premiaban a la plebe, pero jamás se había dado el caso de venderse el Senado, en masa, a un usurpador, a un asesino. Yugurta soborna a todas las Comisiones, a los generales enviados a Africa para reprimir su usurpación. Todos, hasta el cónsul, considerado como modelo de integridad, el rígido Escauro, habían claudicado a su turno.

Después, los padres conscriptos mismos, y muy pronto el Foro, dió un espectáculo único en la historia de las naciones. Roma solamente podía llegar a ese grado de poder y de perversidad. Llamado a Roma Yugurta para defenderse de los crímenes que se le imputaban, comparece ante el pueblo; y entonces, cuando el tribuno Memmio le requiere e intima para que revele los nombres de todos los dignatarios comprados por él, otro tribuno, pagado por el Monarca, de acuerdo en este punto con el Senado, opone su veto y prohíbe al corruptor que responda; extremo y vano recurso de una venalidad reducida a parecidos expedientes para evitar la luz.

Un asesinato cometido en la misma Roma, en interés y por orden del bárbaro, obliga al Senado a declararse contra él. Esta resolución tardía atenúa apenas el escándalo de los hechos conocidos públicamente, y la oposición no está menos aperecida; todo se limita, por su parte, a de-

clamaciones, a personalismos, no atreviéndose nadie a proponer un conjunto de reformas; asusta el desastre del pueblo griego; la experiencia había probado que a un cuerpo compacto, unido, perseverante, como la aristocracia romana, era preciso oponerle una fuerza menos caprichosa que la efervescencia popular; esa fuerza tenía que buscarse únicamente en el Ejército; entonces, sin duda, germina la idea de apoyarse en ella, en el espíritu de los tribunos que estaban a la cabeza del movimiento. ¿Midieron el alcance de ese hecho? Lo dudamos; la pasión les impulsa hacia esa pendiente; el éxito concurre para arrastrarlos por ella. Cayo Mario, legado del cónsul Metelo, investido del mando contra Yugurta, no tarda en hallarse en desacuerdo con su jefe: ya cuando fue tribuno dió pruebas de energía; su antagonismo y diatribas contra la nobleza le recomendaban a la plebe tanto como sus talentos militares.

El Consulado y el mando del ejército de Africa fueron el premio de esta actitud. Tuvo que alistar nuevas fuerzas, y de aquí se origina un hecho cuyas consecuencias debían revelarse más tarde; admite a todos los que podían ser soldados, sin distinción, dirigiéndose hasta el proletariado, que entonces aumentaba sin cesar con los esclavos manumitidos.

A decir verdad, no era el primer paso que se daba en ese sentido; la opulencia y la poltronería de los caballeros, que durante mucho tiempo habían formado la caballería romana, obligaba a los generales a reemplazar su servicio por mercenarios, numidas, tracios o españoles; la infantería ligera se componía ya de ligures, cretenses o de naturales de las islas Baleares. Pero lo que se llamaba en Roma el nervio de las legiones (*robur legionum*), la masa armada con todas las armas, no se había elegido hasta entonces sino entre los ciudadanos que ofrecían las garantías derivadas de la propiedad; pero su número disminuía cada vez

más; el espíritu aventurero que invadía a gran parte y el acaparamiento de la tierra por los nobles y los ricos, impulsaba a muchos proletarios a buscar fortuna fuera de Italia. No podríamos formarnos una idea de las proporciones que había tomado esta especie de emigración, si la historia no nos hubiese transmitido guarismos y pruebas; citaremos dos ejemplos: el número de romanos establecido en Cirta era tan importante, que sitiada la ciudad por Yugurta, fueron ellos la que la defendieron contra un ejército. Por esa época, la cifra de sus conciudadanos asesinados en un solo día en la provincia de Asia, por orden de Mitrídates, se asegura se elevó a ciento veinte mil. Todo el litoral del Mediterráneo se hallaba, hasta cerca de Egipto, sujeto o aliado de Roma; se concibe fácilmente la influencia ejercida por un hecho tan general; era preciso que la decisión tomada por Mario se justificase por la necesidad, y la prueba es que no hubo protestas, pero no por eso fue menos grave.

Por lo demás, el éxito parecía justificar al general. El feliz término de la guerra de Africa, sus victorias sobre los teutones y cimbrios favorecían las miras de los jefes populares, y aseguran a Mario, en el que se apoyaban, una serie no interrumpida de Consulados durante cinco años. Al volver vencedor, pretende esta dignidad por sexta vez, pero entonces era menos necesario; aunque secundado por la ardiente palabra y los manejos de Saturnino, le fué preciso sobornar a los comicios. Deplorables excesos señalan la unión del hombre de guerra y de la demagogia. Los soldados del primero habían asegurado la elección de éste al tribunado, asesinando á Nonnio, uno de sus competidores. Saturnino hizo degollar a Memmio, que solicitaba el Consulado, y del que tenía la oposición. Se trata, como tantas otras veces, de leyes agrarias, dándose vueltas sin fin en el mismo círculo. Únicamente entonces el rasgo ca-

racterístico fue el destinarse las tierras en mayor cantidad a los soldados que al pueblo.

Saturnino muere víctima de su turbulencia y de su audacia, y hasta Mario se vió obligado a proceder contra él; así la sociedad se libertó de tan peligroso agitador; pero el malestar continúa tan profundo en Roma y en Italia. La insolencia y la codicia de los caballeros, sus juicios escandalosos exaspera a todos los que en la nobleza no habían perdido el sentimiento de su dignidad. La lucha era inminente, y los publicanos se preparan, después de unirse un momento con el Senado, contra los furores de los tribunos. En cuanto al pueblo, su condición se hace cada vez más precaria.

La envidia y el odio a los ricos le consumen; los pueblos de Italia reclaman la libertad. En todas partes se excitan las pasiones en su más alto punto. En ese momento, Livio Druso concibe la idea de una vasta transacción: calmar al pueblo; privar de su apoyo a los agitadores, repartiendo entre las familias pobres de la República todo el dominio libre que le quedaba en Italia y en Sicilia; volver a la nobleza el ejercicio de la jurisdicción, de la que el más joven de los Gracos le había despojado en provecho de los caballeros; ofrecer a estos últimos la indemnización de numerosa promoción de senadores escogidos entre ellos; dar, por último, satisfacción a las justas reclamaciones de los aliados de Roma e Italia; tal fue el plan a cuya ejecución consagró su vida.

El resultado prueba, como siempre, que hablar de moderación y de justicia a los partidos, es volver contra sí a los que se intenta unir en nombre del bien público. Livio Druso fue asesinado en el umbral de la puerta de su casa, y ni siquiera se persiguió al asesino. La voz pública acusa de este crimen a los caballeros, y el rumor no estaba desprovisto de verosimilitud, pues dos años después, por una

simple cuestión de dinero, hicieron asesinar al pie de los altares a un magistrado que suponían mal dispuesto a favor de sus intereses.

Al extenderse la noticia de la muerte de Druso, la sublevación contra Roma fue general en Italia. Entonces comienza entre dos pueblos que combatieron durante siglos bajo las órdenes de los mismos jefes, una lucha que presenta casi todos los caracteres de las guerras civiles; fue como el preludio de lo que no tardaría en estallar; devora en dos años cerca de trescientos mil hombres, cuesta la vida a dos cónsules y relaja los lazos de la disciplina. Vióse entonces a los ejércitos asesinando a sus jefes por un vago rumor o una simple sospecha de inteligencia con el enemigo, sin que la autoridad se atreviese a proceder contra los culpables. En fin, después de una lucha sangrienta, Roma hace concesiones; la mayor parte de sus antiguos aliados de Italia fueron elevados a la categoría de ciudadanos romanos, pero de manera humillante e irrisoria, pues al mismo tiempo y para privarles de toda influencia política, se les reducía en los comicios a la condición de libertos.

Era sembrar un germen de discordia en una obra de conciliación, y la sociedad romana encerraba ya demasiados en su seno. Apenas se extingue el ruido de las armas, resurgen con furor las luchas en el Foro, y sin embargo, no se trata más que de intereses particulares. Roma se divide en dos campos: en uno los prestamistas, y en otro los deudores; los primeros tratan de cobrar sus créditos con toda la aspereza del carácter romano, y los segundos reclaman se anule el derecho de todos los créditos por medida legislativa; invocaban subsidiariamente una antigua ley que prohibía el préstamo con interés, castigando, a todo el que la contraviniese, con la restitución del cuádruplo de todas las sumas recibidas además del capital; existía, aunque no se aplicaba; creyendo que un magistrado

parecía dispuesto a cumplirla, se produjo tal exasperación en los acreedores, que fue asesinado en el momento que hacía un sacrificio a los dioses; mal síntoma, pero más terribles se habían de presentar muy pronto. El antagonismo de dos jefes militares abre la era de las guerras civiles.



II

Mario y Sila.

Entre los hombres nuevos, ninguno alcanza la prodigiosa fortuna de Mario.

Durante mucho tiempo fue ídolo del pueblo, cuyos instintos y pasiones compartía; sus ataques a la nobleza, sus victorias sobre Yugurta, teutones y cimbrios le elevan a perpetuidad al Consulado.

Una de las más ilustres familias del patriciado, la de César, le dió esposa. No obstante, elegido cónsul por la sexta vez, su buena estrella palideció repentinamente; su equívoca actitud entre Saturnino y el Senado, la incomprendible falta de energía y de iniciativa durante la guerra social, le habían empujado ante la opinión. Sila, á quien odiaba, por el contrario, estaba a la altura de los grandes capitanes. Impaciente por rehabilitarse, por eclipsar a ese recién llegado, el antiguo general aspira a un importante mando militar. El único que responde a sus aspiraciones era el de las fuerzas destinadas a combatir en Oriente contra Mitridates; pero el Senado había investido a Sila con aquel mando; era preciso quitárselo y obtenerlo del pueblo. Empresa atrevidísima y que para lograr éxito exigía, además de audacia, habilidad y elocuencia. Mario necesita un auxiliar, y lo escoge entre los tribunos del pueblo.

Había entonces en Roma un poderoso agitador, espíritu aventurero, ardiente y apasionado orador; patricio de origen y primeramente uno de los más avanzados del partido de la nobleza; pero se le vió de repente renegar de su pasado y hacerse tribuno, para dominar al pueblo por la palabra y al Senado por el pueblo. Llegó, según se dice, a asalariar al populacho, y a pesar de su riqueza, tuvo que vender sus bienes para sobornarlo. Mario lo compra, y el tribuno promete al hombre de guerra asegurarle, por una ley, el mando que ambiciona.

Por una coincidencia, feliz para él, entonces se agregaban a las últimas centurias a la gente más baja e infame que había en Roma, sus antiguos aliados de Italia ganaban; por su parte, el tribuno, que se compromete a igualarles a los ciudadanos de origen, sobre los que tenían la ventaja del número, se asegura de este modo la mayoría en los comicios; sobre este punto, tanto Mario como él, reconcentraron sus esfuerzos. Convenido el plan, convoca en masa a los nuevos ciudadanos en la capital, y les impulsa, desde luego, a dar a sus votos, por la agitación y la violencia, la fuerza que les rehusaba la ley. La fuerza había llegado a ser el árbitro supremo en las Asambleas del pueblo. Era cosa corriente ver a un partido tratar de apoderarse, según el caso, del Foro o del Campo de Marte; el otro le asaltaba, trabándose un combate para disputarse el campo de batalla; después el vencedor, dueño del terreno, imponía su voluntad al Estado en la forma de una ley. El audaz tribuno tenía a su disposición todo lo que la plebe contaba de más turbulento, y este Centro de una especie de milicia, se dice, se elevaba a tres mil sediciosos, aumentándose con seiscientos jóvenes voluntarios, pertenecientes a la gente perdida de la clase de los caballeros, que formaban la retaguardia de las fuerzas destinadas a operar bajo sus órdenes.

La agitación tuvo hasta entonces por objeto arrancar concesiones al Senado, por lo que la clase media de Roma consiguió ventajas, y lejos de tener mala voluntad a los tribunos, aprobaba hasta sus excesos; pero aquí era cosa distinta; se trataba de empuqueñecerla, sustituyendo su influencia por la de los recién llegados, que amenaza dominarla. Así vió con despecho a Sulpicio, volviendo contra ella las maniobras que hasta entonces la habían beneficiado. La presencia de esos itálicos, que llegan en compactas multitudes para tomar parte en la lucha, la irrita y asusta al mismo tiempo; pues por extraño egoísmo, sufriendo con impaciencia a la antigua aristocracia romana, persistía en mantener posiciones frente a frente de sus antiguos aliados; numerosas colisiones se sucedían continuamente; se hubiera dicho que, apenas terminada, la guerra social revivía en el seno de Roma.

El Senado, tan frecuentemente en lucha con la clase media, compartía ahora sus miras y temores. La influencia de la nobleza reposaba a la vez sobre sus riquezas, clientes y venalidad de los comicios. La corrupción estaba organizada, casi oficialmente, en cada una de las tribus; los mandatarios (*divisores tribuum*) encargados de tratar amigablemente con los candidatos a las Magistraturas de la República, recibían el precio de los votos; distribuyendo su importe.

La influencia de las clientelas era casi nula sobre la masa de los nuevos ciudadanos que no pertenecían a Roma, y la corrupción menos practicable en frente de tales multitudes, por lo que interesaba perpetuar esta especie de *flotismo* a que las habían condenado.

Se intenta, primeramente, contemporizar, cansar a esos recién llegados, amenazándoles con una larga estancia en Roma. El Senado recurre a uno de esos expedientes que siempre reservaba para amortiguar los primeros im-

pulsos del pueblo, y por un acto de autoridad, declara feriados, o en otros términos, consagra únicamente a las solemnidades y a las prácticas religiosas el número determinado de días, según sus intenciones; esto era suspender el curso de todos los negocios públicos y privados.

Sin desconcertarse, Sulpicio ordena a sus parciales se preparen para la lucha, recomendándoles se provean de puñales que deberán llevar ocultos bajo sus vestimentas, y luego convoca a los comicios.

Por su parte, los cónsules Pompeyo Rufo y Sila intervienen, y desde lo alto de la tribuna ordenan al pueblo se disperse. Sulpicio sube inmediatamente a la tribuna, protesta con violencia contra ese atentado inferido a la soberanía del pueblo. A una señal, su horda de sediciosos y la masa de sus clientes de fuera de Roma, se precipitan con los puñales desenvainados a la tribuna, atropellando a los lictores, amenazando a los cónsules y a todos los que intentan defenderlos; corre la sangre, y entre las víctimas de este día cae expirante el hijo de uno de los cónsules, yerno de Sila, el joven Quinto Pompeyo. Su padre, a quien había intentado defender, y Sila, no deben su vida más que a la fuga. El Senado se constituye en sesión permanente, adonde llega muy pronto Sila, y tanto la asamblea como el intrépido general se resignan a levantar el entredicho con que se había castigado a los comicios, comunicándoles inmediatamente esa resolución; y la ley que eleva a los nuevos ciudadanos al nivel de los de Roma, se acepta bajo el imperio del terror.

Sila parte en seguida a la Campania, donde se acantonaba el ejército de su mando, no previendo lo que había de suceder. Sulpicio, seguro de la mayoría, no pierde un momento. Somete al pueblo tres nuevas leyes. La primera concede a Mario el mando del ejército, que ambiciona; por la segunda, para consolidar la autoridad del tribuno, se

levanta la pena del destierro a gran número de desterrados que compartían sus miras en política y que estaban condenados, desde la muerte de Druso, como favorables a la emancipación de los itálicos. La última satisface las antipatías populares, eliminando del Senado a aquellos que por su insolvencia notoria estaban a discreción de las camarillas y a la de los solicitantes que llegaban a la capital. Las tres se acogieron perfectamente. El triunfo era completo; pero fue de corta duración. Hubo que notificar al ejército el plebiscito que ordenaba el mando de Mario, encargándose dos tribunos militares de esta misión. Pero Sila, a la cabeza del ejército, no era hombre capaz de inclinarse ante la ley que le despojaba de su mando. A la soberanía del motín él opuso la del sable.

Reúne sus legiones, las arenga y protesta contra la conducta de Sulpicio, de sus parciales y de sus violencias; después da a entender a los soldados que Mario reserva a otros el rico botín de Asia; el efecto fue instantáneo; precipitándose contra los tribunos, que protestaban, los asesinan; aclaman al general, declarándole que están dispuestos a marchar contra Roma. Sin tener en cuenta los escrúpulos de los oficiales, cuya mayoría se retiró, se da la orden de partir, y las tropas se dirigen a marchas forzadas sobre la capital.

Muy pronto, extendidas estas noticias en Roma, causan profunda emoción. Mario, Sulpicio y su asalariada horda profieren grandes amenazas, y muchos amigos de Sila pagan con su vida la alegría y las esperanzas en la victoria que no habían podido disimular.

En cuanto al Senado, entre el motín que rugía a su alrededor y la revuelta de las legiones contra la ley, obedece a la fuerza brutal más próxima. Cediendo a la presión de Mario y su partido, envía a los revoltosos dos pretores, Bruto y Servilio, con la orden de intimarles que vol-

vieran a sus acantonamientos. Sila responde que se dirige a la capital para libertarla de sus opresores. Los magistrados insisten y los soldados exasperados se arrojan sobre los lictores, rompen sus fasces y los golpean. Heridos y con las togas hechas jirones, Bruto y Servilio muestran al Senado, como respuesta, esas marcas de violencia y desprecio.

Una nueva diputación tiene muy distinta acogida y parece presagiar un arreglo. Sila, tan astuto como audaz, se detiene y da la orden de desplegar las tiendas de campaña. Era un ardid, quería engañar y sorprender a sus enemigos.

Su colega, Quinto Pompeyo, había llegado secretamente para rogarle apresurase su marcha. Así que a la hora escasa de partir los enviados del Senado, ordena marchar contra Roma. Al llegar bajo los muros de la capital, se apodera de las posiciones más importantes y fuerza en muchos parajes las entradas de la gran ciudad. En uno de los barrios habitados por la plebe partidaria de Sulpicio, sus habitantes, al observar la masa de soldados avanzando en orden de batalla, se suben a las azoteas de sus casas y comienzan a arrojar proyectiles sobre las filas de los soldados. A estos asomos de resistencia, Sila responde con la orden de encender las antorchas y arrojarles flechas incendiarias. Desembarazado de ese obstáculo, surge otro; se encuentra en frente de Mario que le ataca, a la cabeza de seis mil hombres reunidos y armados por él a la carrera. El primer choque hizo retroceder a los soldados; pero el intrépido Sila, empuñando el águila de una de las legiones, se dirige a la vanguardia y bien pronto varía el combate.

Vencido por el número y en peligro de verse rodeado por todas partes, Mario, después de haber intentado en vano atraerse a los esclavos ofreciéndoles la libertad, se ve obligado a huir, así como Sulpicio, y queda en el cam-

po de batalla vencedor su adversario. Los soldados se desbandan, entregándose al saqueo. Su jefe procede con todo rigor contra la indisciplina para contenerlos y así prevenir la sublevación de la gran ciudad. Durante la noche, por el temor a nuevos desórdenes, tuvo sus tropas en orden de batalla en las plazas y calles principales. Roma contempla por primera vez, al resplandor de las hogueras encendidas por las legiones, a sus vencedores, imponiéndoles la libertad, como se impone la esclavitud.

Al amanecer Sila convoca a la asamblea del pueblo, y allí, desde lo alto de la tribuna, mientras que las legiones se despliegan en la ciudad, silenciosas y amenazadoras, deplora que los enemigos del reposo público no le hayan dejado otro camino que el de la fuerza para volver al pueblo la independencia y el ejercicio regular de su poder soberano.

La muchedumbre, desarmada, no tenía que emitir voto alguno; estaba allí para escuchar y someterse; se dispersa triste e inquieta. Luego va el general al Senado. La comunidad de ideas e intereses le dispensaron de todo preámbulo.

Ocupándose en seguida de obrar contra los vencidos, de quitar a sus parciales toda probabilidad de volver al gobierno, de consolidar, en una palabra, el debilitado poder de la aristocracia. El vencedor pide y obtiene doce sentencias de muerte contra Mario, su hijo y sus principales satélites; se confiscan los bienes de los proscritos; después Sila, a quien el Senado presta su autorización, como el ejército le había prestado su fuerza, anula por vicio de ilegalidad todos los actos emanados de Sulpicio y restringe el poder de los tribunos del pueblo, exhumando una antigua ley que subordinaba su iniciativa como legisladores a la voluntad de los padres conscriptos. Devuelve, por su propia autoridad, a la aristocracia todo lo que había perdido, sustituye las disposiciones que regían desde largo

tiempo con las operaciones de los comicios y las combinaciones de que se había valido Servio Tulio, bajo la monarquía, para centralizar el poder legislativo en manos de los ricos. Después, con las mismas miras, emprende la consolidación del poder del Senado, haciendo la promoción de trescientos nuevos miembros entre los más ardientes partidarios del régimen aristocrático.

Mientras tanto, los sicarios encargados de descubrir y ejecutar los proscritos, sorprenden y degüellan a Sulpicio; su cabeza se trajo a Roma, exponiéndose en la misma tribuna en donde su voz tantas veces había resonado. Más dichoso Mario, escapa milagrosamente de la muerte y de la prisión, reuniéndose con sus compañeros de infortunio en Africa, en donde vagaba de asilo en asilo. Aunque la mayor parte de sus enemigos se escaparon, el audaz Sila no estaba por eso menos tranquilo. Dispuesto a convocar los comicios para las elecciones consulares, da ejemplo de su confianza abdicando la dictadura y envía su ejército a los acantonamientos de la Campania.

Poco faltó para que su confianza le fuese funesta; alejado su ejército, los resentimientos por él provocados, si no se atreven a manifestarse en público, a lo menos se conciertan en la sombra. Entre tantos enemigos ocultos, los deudos de los proscritos, los de los desterrados, a los que la revocación de la ley de Sulpicio cierra una patria apenas abierta para ellos, fueron los primeros en entenderse y conspirar.

Reúnen fondos para obtener de la venalidad de los comicios la elección de dos cónsules del partido popular. Muchas matronas romanas, madres, mujeres, hijas de los proscritos, de los desterrados, se apresuran a pagar su parte para comprar asesinos y votos.

La buena estrella de Sila le protege contra el puñal; su prestigio impone a los sicarios, como la voz y la mirada de

Mario aterroriza a su verdugo; pero la derrota le espera en el Foro; patrocinaba la candidatura de Nonnio, su sobrino, y de Servio; ninguno de los dos fue elegido; y por una rareza, de la que la historia de Roma ofrece más de un ejemplo, el pueblo, influido al mismo tiempo por dos tendencias opuestas, escoge dos cónsules, uno perteneciente a la nobleza, Octavio, espíritu mezquino, hombre mediano de guerra, pero de firme y leal corazón; y el otro, del campo popular, Cinna, general que había revelado talento militar en la guerra social.

Las dádivas de los dos partidos opuestos habían obrado simultáneamente sobre las centurias, y mientras la plebe, o los que conspiraban en su nombre, minan sordamente el terreno a su vencedor, la aristocracia, recelosa, no teme menos a Sila, que habla como amo; era una protesta del derecho contra la fuerza.

El general comprende que ha perdonado a muchos enemigos, pero sabe fingir y esperar; parece resignarse, y declara, no sin alguna ironía, que está satisfecho al ver al pueblo usar plenamente de su libertad. Exige únicamente a los cónsules designados la promesa de respetar sus actos y de gobernar según sus puntos de vista; prestaron juramento ante él, en el Capitolio, de donde Cinna sale para buscar un acusador contra Sila entre los tribunos del pueblo.

Quinto Pompeyo, noticioso de las conspiraciones que amenazan su vida, y temiendo la estancia en Roma, de acuerdo con Sila, se hace dar por el pueblo el mando de las fuerzas acantonadas en Italia bajo las órdenes de Pompeyo Estrabón; éste le acoge con deferencia, resigna ante él su mando, y parte; pero es de creer que había tomado sus medidas, pues apenas se hubo alejado, su sucesor cae muerto; Estrabón vuelve, toma otra vez el mando y no persigue a los culpables.

Fue un aviso para Sila, y como la situación era muy crítica en Oriente, se apresura a salir de Roma, dirigiéndose a la Campania, y de allí a Brindisi, donde se embarca con sus fuerzas y escapa así al peligro de ser asesinado; tenía fe en su estrella, y una vez vencido Mitrídates, pensaba desembarazarse fácilmente de sus enemigos; lo principal era volver a la cabeza de un ejército victorioso. En esas condiciones no podían faltarle los aliados en Italia; juzgaba que la sociedad romana había llegado a la fase en que la fuerza constituye un título y un principio.

III

Cinna en el Poder.

Apenas se aleja Sila, que ya se protesta contra sus actos. Las familias de los proscritos, las de los desterrados vanamente amnistiados, hacen causa común con los nuevos ciudadanos, exasperados como ellos.

Cinna representa en el consulado el elemento popular; se negocia con él y le ganan, obligándose a presentar leyes que reproduzcan las de Sulpicio. En seguida los itálicos afluyen a Roma, dispuestos a todo y con armas escondidas. Cinna convoca a los comicios; sus parciales invaden el Foro, y al presentar sus leyes se entabla una lucha, en donde brillan los puñales; los oponentes y los tribunos son golpeados, se les expulsa, disponiéndose a emitir el voto, cuando de repente aparece Octavio al frente de poderosas reservas armadas por él. Sorprendidos, atacados a su vez, los clientes de Cinna llevan la peor parte en la lucha; sus cadáveres cubren la plaza pública. Cinna intenta un nuevo esfuerzo, y llama a los esclavos, prometiéndoles la libertad; pero no le hacen caso, y tiene que emprender la fuga. El Senado le destituye, nombrando en su lugar a un anciano, al pontífice Lucio Merula, que en vano declina este honor que pagará con la vida.

Cinna, acompañado de Sertorio, lejos de atemorizarse, se apresura a reunir fuerzas; entonces se le ve casi al mismo tiempo en Prénesta y en Tibur, en todos los municipios

más favorables a la causa de la emancipación italiana. Dinero, hombres, de todo dispone.

Sus emisarios entablan inteligencias con uno de los cuerpos de ejército acantonados cerca de Nola, bajo las órdenes de Appio; sobornan a los tribunos, a los centuriones; y en el momento oportuno se presenta Cinna a las tropas en actitud suplicante, como víctima de los nobles, y no es parco ni en protestas ni en promesas.

Appio no ejercía sobre su ejército, como Sila, el doble prestigio del genio y la victoria; aclaman al cónsul popular y prestan el juramento en sus manos.

Concentrando entonces sus fuerzas, el general se dirige inmediatamente a Roma, adonde el Senado se apresura a llamar a otro ejército que se pone a la defensiva; no se trata, como para Sila, de una simple sorpresa, sino de un sitio; era la guerra civil con todos sus horrores; sitiada la ciudad, no sólo los sitiadores recurren a las armas, sino también aprovechan las plagas que trae consigo el hambre. Advertido Mario, desembarca en Etruria al frente de los desterrados, de los numidas; liberta y arma las multitudes de esclavos encerrados en los vastos dominios que la avidez de los especuladores romanos explotaban en gran escala; sitia y toma una a una las ciudades del litoral; entrega al saqueo y a la muerte a todo lo que intenta resistir; no evita esos estragos ni aun en Ostia que la traición le entrega; intercepta la navegación del Tiber y priva de víveres a Roma, donde la peste no tarda en presentarse.

Una vez reunidos Mario y Cinna, provocan una sublevación de esclavos en Roma, negocian con los samnitas, y para ganar a su causa a esos eternos enemigos del nombre romano, se someten a las más humillantes condiciones.

Roma persiste, sin embargo, pero sin esperanza. Un solo espíritu, el de Octavio, permanece inquebrantable. Por desgracia, sus talentos militares no igualan a su valor.

Quiso la suerte, que en el momento en que se supo la marcha de Cinna contra la capital, la única fuerza próxima era la de Pompeyo Estrabón.

La muerte de Quinto Pompeyo, ocurrida en sus filas, y la actitud de su general, no eran para tranquilizar a nadie, pero no había donde elegir; por lo demás, ese ejército era aguerrido, contaba con muchos soldados probados en la guerra social, y si su jefe hubiera sido atacado sin retardo, muy pronto hubiera vencido a un enemigo apenas organizado, en cuyas filas dominaban los reclutas. Pero Estrabón *sabía* que era necesario, y quiso obligar al Senado a que le pagase su concurso con el Consulado; contemporizaba en lugar de obrar. Unicamente un día, hostigado muy de cerca por Sertorio, le combatió, pero sin perseguirle ni obtener ninguna ventaja; le convenía probar a los dos partidos, uno en frente del otro, que por mucho que le diesen su compra no era cara.

El tiempo transcurre; el hambre y la peste, extendiéndose, producen grandes estragos; llamado demasiado tarde Metelo, con el que se podía contar, aconseja una transacción, cuando un acontecimiento inesperado vino a precipitar la crisis. Estrabón muere repentinamente; Octavio no inspira ninguna confianza a los soldados; el ejército se niega a servir bajo las órdenes de otro que no fuera Metelo, y el general no quiso ser cómplice de esa infracción de la disciplina; entonces las tropas se desbandaron; una parte se dispersa, y la mayoría de los soldados se pasan al enemigo.

Todo estaba perdido; Metelo se aleja y el Senado tiene que ceder; sus esfuerzos para conseguir la vida de los vencidos obtienen de Cinna una respuesta evasiva, y Mario se encierra en cruel silencio. Los sitiadores entran en Roma y cierran las puertas, comenzando la obra de exterminación, que se prolonga durante cinco días, para volver a

resurgir por intervalos. Las más nobles víctimas son las primeras sacrificadas: Octavio, instado para que huyese, se niega, esperando la muerte con calma; su colega Méru-la también debía morir, esa víctima pertenecía de derecho a Cinna; en cuanto a las de Mario, ¡cómo enumerarlas! Nada sacia su furor; la sed de sangre domina en esa alma vengativa. Amigos comunes que le suplican no sacrifique al menos a su antiguo compañero de armas, Cátulo, con cuyo concurso venció a los teutones en Verceil, no obtienen más que esta respuesta: "Es preciso que muera.". Se le ve estrechar entre sus brazos con transporte al miserable que le revela el retiro donde se refugia el gran orador Marco Antonio; después del torrente de sangre vertida, desconfiando de su memoria, el cruel anciano da la orden a los verdugos que le rodean que maten a todos los que a su paso no le saluden.

El horror que inspira había acabado por ganar hasta el mismo Cinna; pero intentar detenerle hubiera sido dividirse, debilitar el partido, y temían a Sila. Los asesinatos siguen su curso; las víctimas quedan insepultas, y sus bienes, confiscados, se vendían en beneficio del Tesoro público; son la presa de una nube de especuladores, de hombres de negocios, ardientes para explotar las calamidades públicas, comprando a vil precio los dominios de las más nobles familias. En cuanto a Sila, que los verdugos no podían matar, se le despoja de todos sus bienes y mando, se revocan sus leyes, su cabeza se pone a precio, se saquea su casa, y sus amigos, su mujer y sus hijos son perseguidos con furor.

Los esclavos de Roma, a los que dió armas el partido popular, ejercen sus venganzas: asesinan, roban a sus antiguos amos; su brutalidad a nadie perdona, ni a matronas ni a jóvenes. En fin, enfermo de fiebre, en medio de orgías, en las que trata de aturdirse, Mario, que acababa

de ser nombrado colega, en el Consulado, de Cinna, expiró, perseguido en su lecho de muerte por fantasmas, visiones de guerra y represalias.

Su muerte dejó a Cinna como único amo de Roma; se distingue por un extraño retorno a los sentimientos de humanidad. Fue preciso poner término a los excesos de los esclavos; organizados militarmente por la guerra civil, se les sorprende y envuelve, asesinándoles durante la noche, en sus acantonamientos, por una tropa de galos a las órdenes de Sertorio.

Así, una insurrección, provocada por las sangrientas ejecuciones de Sila, las sobrepuja en atrocidades. Su triunfo ofrece otra contradicción más extraña: ejerce el Poder absoluto, después de haber tomado las armas en nombre del progreso y de la libertad.

Apenas ha dejado vestigios en la historia su gobierno, pero esta sobriedad de detalles tiende a la uniformidad del despotismo. Durante ese tiempo, el general disfruta del mando en Roma, y en el conjunto de las provincias de la República sin oposición. Hombres como Sertorio fueron los primeros en someterse. Las distribuciones de trigo a la plebe de la capital, los juegos, los espectáculos no se economizan; se ocuparon, dicese, en realizar en el territorio de Capua, en interés de las clases pobres, un proyecto de colonización tomado de los Gracos. Por uno de esos actos que el despotismo sabe, cuando quiere, revestir con las condiciones exteriores de la legalidad, redujo en tres cuartas partes la cifra de los créditos, bajo cuyo peso una parte del pueblo se doblegaba. Todas estas medidas no tenían más objeto que comprar, a expensas de los ricos o del Estado, la complicidad de la parte más inquieta y resuelta de la población. En cuanto a los itálicos recientemente admitidos en la familia romana, obtuvieron, es verdad, por precio de sus sacrificios, el nombramiento de una comisión

encargada de distribuirles, según sus censos, en las diversas centurias; tal fue, en lo que a ellos concierne, el único resultado de la revocación de las disposiciones de Sila y del restablecimiento de la ley de Sulpicio.

Apenas estos nuevos ciudadanos toman posesión de sus derechos políticos, los comicios dejan de intervenir en el nombramiento de los primeros magistrados de la República. Consiguiendo el poder por la fuerza, Cinna se perpetúa en virtud del mismo principio, bajo el título de cónsul, y designa a sus colegas, primeramente Mario, después Valerio Flacco, y por último Carbón.

Nada parecido había ocurrido hasta entonces en la historia de Roma, y, sin embargo, ni en el Senado, ni el pueblo, ni los tribunos, tan fogosos de ordinario, elevan la voz para protestar. Ninguna sublevación estalla ni en la capital ni en las provincias. La tentativa de insurrección provocada por Metelo en Africa, se reprime fácilmente. La nobleza, los ricos, estaban humillados, sojuzgados, reducidos por la opresión al nivel de la plebe, y esta multitud, siempre celosa de las clases elevadas y más ávida aún de igualdad que de libertad, se acomoda a un régimen que da satisfacción a sus envidiosos instintos. Parece que la fortuna se complace en probar desde entonces que el pueblo romano estaba ya preparado para la servidumbre.

En esta época, un sobrino de Mario, Cayo Julio César, casi adolescente, busca la alianza con el amo de Roma y obtiene la mano de la hija de Cinna; este fue el primer paso del aristócrata y ardiente joven en la carrera política; su naciente ambición indica su aquiescencia con el general al que se une, ideal que se le ve realizar más tarde, el del general que defiende la causa de las libertades públicas para elevarse por encima de ellas, aunque no puede afirmarse que la historia de uno y otro ofrecen en sus principios singulares semejanzas, pues la protección concedida

por César, entonces simple cuestor, a las aspiraciones políticas de la alta Italia, recuerda los medios de que se valió Cinna para invadir el Poder.

Aunque lo presente y lo porvenir ofrecían aspectos siniestros, la grandeza del resultado podía desvanecer un espíritu ardiente y joven.

La distinción entre el soldado y el ciudadano se hacía cada vez mayor; los ejércitos comenzaban a imponer su voluntad al Estado, y con frecuencia, sublevados contra sus jefes, presentan ya rasgos de semejanza con los pretorianos, que proclaman, deponen y asesinan a tantos emperadores.

Además de los recientes ejemplos dados por Appio y Pompeyo Estrabón, que estaban en completa rebeldía, uno contra el orden establecido, el otro contra los depositarios del poder y los actos emanados de su autoridad, un tercer ejército iba a asesinar a Cinna, a quien tres años antes elevaba sobre el pavés.

Ya hemos visto la obra del ejército de Sila, sin convicciones políticas, dispuesto a combatir igualmente con los enviados de los demagogos, que contra el Senado; a saquear como a incendiar a Roma; obedece sobre todo a sus instintos y no reconoce superior más que a su jefe. Después de asegurarle la victoria sobre los agitadores populares, le sigue a Grecia, donde llevó la guerra en nombre de la autoridad, que restableció, desafiándola. No obstante, la reacción triunfa en Italia; Cinna reina como amo en nombre del pueblo; todo se inclina ante él; destituye a Sila, confiere el mando de aquel ejército a Valerio Flacco, que después de la muerte de Mario se agrega al Consulado y le envía a Grecia al frente de algunas fuerzas.

Después de lo acaecido en Roma, creyó sin duda que, a ejemplo de los ejércitos de Appio y de Pompeyo Estrabón, el de su enemigo, una vez en presencia de Valerio.

repudiaría la bandera de la aristocracia para enarbolar la del pueblo. No tuvo en cuenta ni la revolución que empezaba a trabajar el espíritu del soldado, ni el prestigio ejercido sobre él por un general constantemente victorioso. Las cosas se presentaban bajo muy distinto aspecto. Valerio tuvo la amargura de ver cómo se pasaban sus tropas al enemigo; cuando los dos ejércitos estaban próximos y las vanguardias a la vista, una parte de las fuerzas de Valerio fraterniza con las de Sila y se entrega a él. Gracias a su legado, Fimbria, el nuevo general mantuvo el resto disciplinado, y reducido a prevenir todo contacto de sus legiones con las de Sila, se apresura a pasar por la Macedonia, a Bizancio y al Bósforo; sigue a la costa de Asia para combatir a Mitrídates. La situación se complica y ofrece a la vez un espectáculo raro y grandioso, tal como únicamente Roma podía dar al mundo.

Sila dispone de un ejército, a despecho del poder reconocido como legal en Italia y en el mundo romano. Así lo decide el soldado vencedor. El general no espera ni subsidios, ni refuerzos; por dicha, su interés se confunde con el de Roma; sirviéndola y venciendo a sus enemigos, triunfará de los que le esperan para combatirle a su regreso. En rebelión contra el orden establecido, tiene la suerte de poder hacer resonar en los oídos de sus soldados las palabras "gloria, bien público y Patria.". Su audacia y su genio vencen todos los obstáculos; las contribuciones de guerra, los ricos despojos, los tesoros de los templos más venerados de la Grecia, los de Olimpia, de Delfos, de Epidauro, proveen el sueldo del Ejército. Los árboles de los bosques sagrados, las umbrías de la Academia, le suministran las máquinas de guerra. La popularidad, generosidad y el botín que entregaba al soldado hacen lo demás. Así triunfa de las ciudades, de los pueblos de Grecia, que los generales de Mitrídates habían separado de la alianza de Roma.

Asalta a Atenas, después de obstinada resistencia; y nada más que con seis legiones y algunos auxiliares, derrota completamente en dos grandes batallas, en Cheronea y Orchomena, dos ejércitos del rey del Ponto, que se elevaba cada uno a más de trescientos mil hombres.

Los horrores cometidos en Roma, el terror reinante en la ciudad, teniendo por contraste el prestigio del victorioso general, deciden a muchos senadores y a personajes importantes a buscar asilo en su campo y a compartir su fortuna; pero si hallaban un refugio, fue porque el soldado lo quería; dominando por dos veces la situación, y cómplice de la rebeldía provocada por su jefe, el Ejército resuelve la situación según sus instintos, sus pasiones y sus intereses.

Este estado de cosas, además de los peligros de la gloria, del genio de Sila y, si se quiere, de sus justos agravios, podían ilusionar un momento, pero en la realidad no amenazaban menos a la sociedad romana. Para él, conciliarse el Ejército fue una ley. En presencia del enemigo, entonces que el general era tan necesario al soldado, como el soldado al general, Sila recobraba todo su ascendiente y la disciplina su vigor; pero fuera de esto, cierra los ojos sobre los excesos de sus subordinados; tal era la resolución que le imponía la necesidad. El vino, el juego, las mujeres, el merodeo, todo lo perdona por sistema.

Así trajeron a la Patria todos los vicios del Oriente; y cuando estalla la conjuración de Catilina, reducidos a la miseria por sus excesos y prodigalidades, le dieron sus contingentes más numerosos y más resueltos.

Los acontecimientos que se producen casi paralelamente en el campamento y entre las tropas de Valerio, ofrecen aún carácter más pronunciado; dominan en aquel ejército las veleidades de la fuerza, la rebeldía, la traición y el asesinato.

Para contener a sus soldados, tiene que recurrir a Fimbria, su legado; la armonía no podía ser duradera entre estos dos hombres. El jefe era duro y codicioso. Brillante e intrépido oficial, orador notable, a pesar de su impetuosidad desordenada, Fimbria reunía, a todos los vicios del tiempo, las pasiones de un demagogo y el alma de un verdugo. Apenas entra en Roma con Mario, se constituye en ministro de sus venganzas y preside las matanzas. Caprichoso, extravagante, mata por gusto, por pasatiempo; en los funerales de aquél, entonces que la sed de sangre parecía adormecida, se arroja con el puñal desenvainado contra un anciano inofensivo, el venerable Escœvola, que apuñala públicamente; las heridas no eran mortales; la víctima se restablece. Entonces Fimbria le amenaza con una acusación en forma.—¿Y por qué crimen?, le preguntan.—Por no haber recibido el golpe en el corazón, responde el energúmeno.

Ese era el hombre. Ya en Bizancio se manifiesta la discordia entre su jefe y él. Valerio degrada y despide a su legado. El Ejército pasa el Bósforo; Fimbria gana secretamente la costa de Asia; se desliza en el campo y subleva a los soldados; se profieren gritos de muerte contra el general; éste huye y se oculta; descubierto en el fondo de un pozo, lo sacan, y Fimbria le corta la cabeza y arroja su cuerpo al mar, tomando posesión del mando entre las aclamaciones de los soldados.

Trata entonces de combatir y vencer; era lo único que podía salvar al asesino, y Sila le da el ejemplo; le imita, pero según su carácter. Enfrente de los asiáticos, que dóciles a las órdenes de Mitrídates acababan en un sólo día de bañarse en la sangre de más de cien mil romanos, la ocasión de mostrarse implacable era oportuna; así, guerreando, el asesino de Valerio lleva por todas partes el terror y la muerte. Toma una ciudad, y en seguida se levanta

tan gran número de cruces, después de un juicio sumarísimo; a todo acusado se le entrega a los verdugos; pero cuando el número de sospechosos es inferior al de las cruces, se clava en ellas al primero que pasa, para que ninguna quede vacía. La ciudad se entrega al saqueo; los habitantes, bajo pena de muerte, tienen que declarar y entregar todo lo que poseen.

Tal fue la suerte de muchas poblaciones. En Ilión, considerada como la cuna de Roma, se degüella a toda la población. Destruyéndose la ciudad por completo, estaba bajo la protección de Sila; y Fimbria, felicitándole por sus buenas relaciones con Roma, fue admitido a título de amigo.

Vence a los lugartenientes de Mitridates, desmoralizados por los reveses de su príncipe en Europa; les obliga a evacuar Pitano, y los sorprende en Pérgamo, reduciéndoles a pedir la paz; pero Sila no pensaba dejar a otro la gloria de acabar con el eterno enemigo del nombre romano y negocia por su parte. Vencedor en Grecia, atraviesa el Hellesponto, y consiente tratar con el enemigo. Los acontecimientos de Italia hacen necesaria su presencia allí. Teme, asimismo, que un espíritu tan inquieto y peligroso como el de Fimbria, una sus fuerzas con las del rey del Ponto.

Deja la corona al príncipe por el precio de dos mil talentos, de ochenta barcos, la evacuación del Asia y el abandono a Roma de los reyes, sus aliados, de Bitinia, Paflagonia y Capadocia; después se establece próximo al campamento de Fimbria; tratándole como rebelde, le conmina para que renuncie al mando que había usurpado. Fimbria le devuelve el epíteto; arenga, suplica a las tropas bajo sus órdenes, hace todo lo posible para determinarlas a la resistencia, nada puede obtener. Se pasan a Sila, abandonando a su suerte a su instigador y cómplice, y Fimbria se suicida.

Tranquilo por esta parte, Sila, para hacer expiar a las poblaciones la sangre romana derramada, les impone una importante contribución de guerra. Los soldados veían con disgusto el tratado que les privaba del rico botín de Asia; el general los establece entre los habitantes, les autoriza a disponer como amos, a tener la mesa puesta a expensas de los huéspedes y exigir una buena paga diaria. Dada esta satisfacción al Ejército y las tropas rehechas con el descanso, se embarca con rumbo a Grecia, Tesalia y Macedonia, hacia Dirraquio, con la intención de pasar a Italia.

Cinna, enterado de los planes de Sila, prefiere combatir a éste en cualquier punto, lejos de Roma; organiza un ejército con la intención de dirigirse a Grecia; da la orden de embarque, pero es la época de las tempestades, y las tropas se niegan a embarcarse; amenaza con el castigo, y entonces estalla una rebelión, y el general todo poderoso muere degollado.

IV

Dictadura de Sila.

En la primavera del año 671 Sila desembarca en el puerto de Brindisi con cinco legiones y algunas auxiliares; no se desmentía su buena estrella; había alejado la flota enemiga, hallando el Sur de Italia desguarnecido de tropas. El éxito no por eso era menos dudoso. El ejército de invasión se componía de cuarenta mil hombres a lo sumo, e iba a encontrarse enfrente de doscientos mil, temible fuerza por dos causas distintas; el odio inveterado de las masas populares contra la nobleza y los temores de los nuevos ciudadanos, inquietos por miedo a perder sus nuevos derechos políticos, les ponía a la disposición de los agitadores populares. La primera de estas dos causas dieron el Poder a los Gracos y asegurado una serie de Consulados a Mario; una y otra habían dado la victoria y sostenido, durante tres años, en el Poder, a un simple jefe militar, Cinna, la expresión más elevada de los instintos de un partido que dominaba en su persona. Pero Sila contaba con numerosas defecciones, y no abusaba; no tenía que entenderse con un patriotismo intratable, sino con pasiones, intereses y sentimientos personales; en una palabra, pudo intimidar y seducir, y obró en consecuencia. Había en la naturaleza de este hombre algo del zorro y del león, y de los dos, lo más temible era lo que tenía de zorro, según expresión de Carbón.

Mientras duda de la victoria, sus soldados, dóciles a sus órdenes, dan tregua a las costumbres de violencia y merodeo, atraviesan como amigos el Sur de la Península, muestra el general profundo respeto a los privilegios de las ciudades por donde pasa, así que fue perfectamente acogido.

Llega a marchas forzadas el ejército de Norbano, uno de los cónsules, que se dispone a atacar. Antes de combatir, Sila manifiesta al general enemigo sus pacíficos propósitos; pero retiene prisioneros a sus parlamentarios. Entonces da la señal de combate, y el choque de sus soldados es tal, que el ejército del cónsul queda aniquilado y emprende la fuga, dejando seis mil hombres sobre el campo de batalla; la pérdida de los vencedores no excede de setenta.

El efecto es instantáneo; los senadores vienen en seguida a su campamento, temerosos por su docilidad a Cinna y con gran deseo de hacerla olvidar. Los acepta; admite en su confianza al consular Filippo, que estaba al servicio de la causa popular; confiere grados a muchos tráfugas; perdona hasta Cetego, uno de sus adversarios que había proscrito con Mario; interesaba no desalentar a la traición.

Norbano se une en Capua con los restos del ejército, apresurando la marcha; su colega Escipión llega y se encuentra frente a frente a Sila.

La astucia persevera en su conciliante actitud; entabla conferencias, se aceptan sus proposiciones, acordándose una tregua, y se establecen buenas relaciones en los dos campos. Quebrantados por la derrota de Norbano, las levas de Escipión no tenían deseos de chocar contra las legiones del vencedor, tan sagaces como sus jefes; los legionarios de Sila multiplican sus ofertas a las tropas de Escipión.

Aquél dilata de intento las negociaciones, y cuando el

cónsul comprende el peligro de esas intimidaciones y toma el partido de denunciar el armisticio, las tropas le abandonan y se pasan con armas y bagajes al campo enemigo, y puede felicitarle el general y su hijo por no ser perseguidos.

Todo sonrío al afortunado Sila; entretanto, un joven, destinado a pasarse de un partido a otro, según los intereses del momento, el hijo de Estrabón, Eneo, descontento del partido popular, que le había buscado a causa de las exacciones paternas, subleva a Piceno contra el Poder establecido en Roma; recluta en esta provincia tres legiones entre la juventud, los antiguos soldados y los clientes de su padre; toma el mando, y combatiendo o eludiendo los cuerpos del ejército enviados en su persecución, aumenta con sus fuerzas las del vencedor de Norbano.

Se restablece el equilibrio entre los beligerantes; el asunto Sila hace, sin embargo, una nueva tentativa cerca del cónsul.

Sus demostraciones pacifistas no le sirven menos que la victoria; ya muchas ciudades negocian con él; al fin de esta campaña estaba en condiciones de hacer frente, tanto a sus adversarios del Norte como a los del Sur de Italia.

La desesperación era, por esto, más viva entre sus enemigos; las elecciones consulares lo testifican: a Norbano y a Escipión les suceden los más avanzados del partido, Papirio, Carbón y el joven Mario, de veinte años apenas. Esta elección era un desafío a las leyes, pero al mismo tiempo una llamada a los viejos soldados del vencedor de los cimbrios; la recluta se establece en todas partes, y los belicosos contingentes de la alta Italia colman los huecos de las tropas. Los samnitas se arman también. La democracia los atrajo, como se ha visto, con sus grandes concesiones, alcanzando así una especie de independencia; no aspiraban tan sólo a conservarla; sus designios eran otros; los sucesos

prueban muy pronto que esos antiguos enemigos de Roma trataban de aprovechar sus disensiones para aniquilarla.

Uno de los primeros actos de los nuevos cónsules fue proscribir a todos los tráfugas acogidos por Sila; el ejemplo no se perdió.

Por el rigor de la estación, se habían suspendido las hostilidades; reanudáronse en la primavera. En el Norte, Metelo, Craso y Pompeyo combaten contra Carbón y sus legados. Sila se reserva el Mediodía; al joven Mario y a los samnitas les ataca no lejos de Prenesta, prolongándose la acción con encarnizamiento; pero repentinamente, varios cuerpos del ejército popular se pasan al enemigo; vencido aquél, se ve reducido a huir, perseguido hasta bajo los muros de la ciudad, donde se encierra, dejando multitud de prisioneros. Sila, fiel a su plan, perdona la vida a los romanos; no era aún el momento de arrojar la máscara; en cuanto a los samnitas, fueron degollados a sangre fría.

Esta victoria abre a Sila el camino de la capital.

El joven Mario, no menos feroz que su padre, da la orden al pretor Damasippo de matar a todos los sospechosos de la Curia; se convoca al Senado y se cumple la orden de exterminio.

Sila entonces precipita su marcha hacia Roma, dejando a su lugarteniente, L. Ofella, delante de Prenesta, con orden de bloquear la plaza. Los agitadores populares abandonaron la capital al aproximarse el general.

Permanece acampado bajo sus muros el tiempo necesario para proscribir sus antiguos enemigos y confiscar sus bienes; después corre, con parte de sus fuerzas, a apoyar las tropas del Norte, en lucha con Carbón y sus legados.

Inútil es hablar aquí de cada una de las operaciones de esta campaña; sangre, actos de perfidia, tal es el resumen, y la guerra se extiende hasta la línea del Po. El resultado

fue la derrota de Carbón, alejado de Sertorio, en el que ve un censor; a pesar de su superioridad numérica, tenía que ser vencido por generales como Sila, Metelo, Craso y Pompeyo. La traición ayuda al resultado final. Sea por el prestigio del renombre de Sila, sea por la habilidad de sus emisarios, las veleidades de los soldados, sin confianza en sus jefes, las defecciones, fueron más frecuentes aún en el Norte que en el Sur de la Península.

Parte de la caballería española de Carbón se pasa al enemigo durante el combate; unos traidores abren una plaza a Metelo; en el combate de Faventia, seis mil soldados del partido popular se revuelven contra sus camaradas. Las tropas reclutadas en la Cisalpina desertan, y van a aumentar el cuerpo del ejército de Metelo. Toda una legión, bajo las órdenes de Albinovano, imita muy pronto este ejemplo; trata de retenerlas, lo que lamenta al ver el desenvolvimiento de la campaña; reanuda inteligencias con Sila, e impaciente por hacerse perdonar, he aquí lo que imagina: invita a Norbano y a todos sus oficiales a un banquete; el general no pudo asistir, y esta circunstancia le salva, pues a una señal dada por Albinovano, todos los convidados fueron degollados; a este precio, el traidor obtuvo su perdón.

Carbón, desalentado, se retira muy pronto de Italia y va a buscar un refugio en Africa; los soldados desertan o se pasan al enemigo; ríos de sangre debían aún correr. Los samnitas y los lucanios operan de concierto con algunos cuerpos destacados del ejército del Norte, resolviendo libertar al joven Mario y los restos de sus fuerzas bloqueadas en Prenesta; pero los desfiladeros que daban acceso a la plaza estaban ocupados por los enemigos: imposible franquearlos. Sus jefes, exasperados, el samnita Poncio Telesino, el lucanio Samponio y algunos oficiales de Carbón marchan, entonces, sobre Roma, con las miras más si-

niestas. "El momento ha llegado—exclaman—de exterminar en su guarida a esa loba ¡el azote de Italia!," Sila, por su parte, llega al frente de la caballería. Sus legiones siguen a marchas forzadas y muy pronto se forman en línea de batalla. A pesar de lo avanzado de la hora y de la fatiga de sus tropas, el audaz general no vacila en atacar. Se entabla el combate; una de sus alas cede al choque de los samnitas, pero la mandada por Craso había desorganizado al enemigo y restablece la lucha. Se prolonga hasta la noche con varia fortuna; suspendida por la fatiga, se reanima al amanecer. Muy pronto un cuerpo de samnitas o lucanios, comprometido, ofrece entregarse bajo promesa de respetarles la vida; se la garantiza, pero con la condición de volver las armas contra los suyos. Cede y asegura la victoria a Sila, que no por eso dejó de ordenar se degüelle a todos. Cincuenta mil cadáveres cubrían el campo de batalla. Poncio Telesino muere combatiendo; su cabeza, cortada por los vencedores, con la de los legados de Carbón, Marcio y Carrinas, se envía a Prenesta; anuncian al joven Mario y al jefe samnita, hermano de Telesino, la suerte que les aguarda: la muerte inevitable; toman el partido de matarse, y se arrojan uno sobre otro; Telesino cae muerto y Mario consigue de un esclavo le libre de la vida. Todo estaba perdido; los soldados y habitantes se rinden a discreción. Ofella le envía la cabeza de Mario; los restos sangrientos atestiguan aún su juventud. Sila sonrfe al verla, y dice: "Antes de apoderarse del timón, conviene manejar más tiempo el remo,".

Después de su victoria, se apresura a convocar al Senado en el templo de Belona, fuera del recinto de la ciudad. Dispuesto a inundar de sangre Italia, finge escrúpulos y vacilaciones, como general, para entrar en Roma en desprecio de la ley, y solicita del Senado autorización; se le concede, y una vez admitido, comienza por pedir se le de-

vuelvan todos sus bienes, títulos y dignidades. Los padres conscriptos deliberan por fórmula, cuando de repente se oye un inmenso clamor; gritos desgarradores partían de un hipódromo próximo a la Curia y resonaban bajo sus bóvedas. Eran los alaridos de seis mil prisioneros samnitas y lucanios que pasaban a cuchillo. "No hagáis caso — dice Sila —, son malos ciudadanos a quienes hago castigar." Esa frase revela todo un sistema.

Aterrorizado el Senado accede a sus peticiones.

Obtenidas, el general corre a Prenesta para presidir la matanza de la guarnición y de los habitantes, excepto las mujeres y los niños, y perdona a los ciudadanos romanos, reservándose las proscripciones. En seguida, la traición le entrega, durante la noche, a Norba, plaza próxima; pero advertidos por la suerte de Prenesta, los habitantes incendian la ciudad y hallan la muerte entre las llamas.

Persiguiendo su obra de destrucción, Sila no pierde a Roma de vista. De los dos cónsules, uno había muerto, el otro se había fugado; provoca el nombramiento de Valerio Flacco, padre del procónsul degollado por Fimbria.

Sila escribe al Senado manifestándole que acepta el trabajo de emprender la reforma del Estado; el consentimiento era una orden, y, por lo demás, las miras de los padres conscriptos se confundían con las de su cruel aliado. Bajo el terror que reinaba en Roma por las últimas matanzas, el pueblo estaba sometido, e inmediatamente se adopta un proyecto de ley, confiriendo a su autor, con la dictadura, la disposición absoluta de los bienes, de la libertad, de la vida de sus conciudadanos; el derecho, en fin, de modificar, de abrogar las leyes de la República por las que le conviniere imponer.

Una vez en el gobierno, el dictador se explica así: "Castigaré a todo el que, después de la tregua establecida

entre Escipión y él, ocupe un grado, ejerza una magistratura en el partido popular. No era ésta su última palabra; muy pronto las simples relaciones de benevolencia o de negocios con un sospechoso, la aparente hostilidad al régimen aristocrático, constituían crímenes; la pena era la de muerte, y la confiscación castigaba a la par a la familia del culpable. Los rigores se extendían de una a otra generación. Excluidos de toda participación en el ejercicio de los derechos políticos, los hijos de los proscritos se ven reducidos a una especie de ilotismo. Se confisca a los hijos los bienes que sus padres muertos, combatiendo por defender la causa del pueblo, les dejaron. Tal es el régimen que pesa sobre Italia y Roma.

Se publican por fin las listas fatales: una sucede a otra; señalan como víctimas del puñal, según unos, de dos mil a cuatro mil setecientas personas; según otros, quince mil; esas variantes se explican, pues las tablas de proscripción recibían, después de publicadas, una porción de nombres, según lo exigían el odio y la codicia de los favoritos y aduladores del dictador, o la necesidad de rectificar las muertes por ellos cometidas.

Al lado de las proscripciones individuales, figuran muy pronto las matanzas, las confiscaciones, en masa, de provincias, de ciudades y pueblos enteros. El Samnio se devasta. La Campania y Etruria corren la misma suerte. Se persigue a los habitantes, se los despoja de sus bienes, exterminándoles en muchos puntos, y los que sobreviven, quedan reducidos a la condición de ilotas. Los Municipios más florecientes pierden todo, hasta su territorio. A Prenesta es preciso agregar Espoleto, Interannio, Florencia, Sulmo; las matanzas son ahí generales.

El dictador necesita tierras para sus soldados; los rigores se extienden fuera de la Península. Enviado Pompeyo a Sicilia y a Africa contra los restos del partido popular,



castiga con la pena de muerte a todos los jefes que caen entre sus manos, y preside en persona el suplicio de Carbón, poco antes su protector.

Las atrocidades de los dos Marios presentan el carácter del furor; más siniestras son las de Sila, pues es la aplicación de un sistema; en él la ferocidad procede con calma, con ironía, con la sonrisa en los labios.

Uno de sus mejores oficiales, Lucio Ofella, insiste, á pesar de una de sus leyes vigentes, en solicitar el Consulado sin haber pasado por las dignidades intermedias. Reunidos los comicios en la plaza pública, el dictador ve a su lugarteniente solicitando los sufragios, y da a un centurión la orden de matarlo; aquél obedece; el obstinado candidato muere degollado; la multitud se amotina, amenaza al centurión. Sila sube a la tribuna y dice friamente al pueblo: "Son mis órdenes las que acaban de ejecutarse; Ofella me ha desobedecido." Y después cuenta al pueblo, consternado, el apólogo siguiente: "Un labrador, durante su trabajo, se ve molestado por los piojos; se quita dos veces su túnica y la sacude, pero inútilmente; entonces arroja al fuego su vestimenta. Aviso para los que me obliguen a castigar la tercera vez."

Nada extraña en tal carácter; se comprende que persiguiese a sus enemigos hasta en la tumba; hizo abrir la de Mario para vengarse en sus restos; no era bastante: el vencedor de los cimbrios tenía un pariente, Mario Gratidiano; necesitaba quitarle la vida, pero no se apresura; primero lo tortura; después ordena le arranquen los ojos; después le rompen los miembros, se prolongan todo lo posible los tormentos de la agonía. El odio parece teme que la muerte no venga aún esta vez a quitarle su víctima.

Los verdugos se ofrecen en multitud a este inhumano genio. Se ve aquí al pueblo sediento de sangre hasta en sus fiestas. Unos matan en vista del premio concedido al

asesino; otros por placer, por instinto de ferocidad; éstos por resentimiento; aquéllos por codicia; buen número se adelantan a las inscripciones en las listas de proscripción, en la seguridad de obtener del dictador, comprando a alguno de su camarilla, ese medio infalible de hacerse adjudicar a vil precio los bienes de la víctima. Todos se ponen a matar con el mismo ardor; en Roma, los sicarios llevan su celo hasta arrastrar a los pies de Sila aquellos desgraciados, degollándolos ante él.

Las calles, los caminos, las plazas públicas no son únicamente los sitios inundados de sangre; ni el hogar ni los templos de los dioses garantizan contra el puñal. Se inmolaba a los proscritos hasta en los brazos de su padre o de su madre, de la esposa o del hijo; se les ve caer en el umbral de su propia casa, pues les cerraban la puerta hasta los parientes mismos, mientras que había esclavos que arriesgaban la vida por salvar la de sus amos.

El escaso número de hechos aislados que se han recogido de los documentos contemporáneos, han perpetuado su memoria y están en un todo de acuerdo con el conjunto de los hechos generales consignados por la historia.

Ya no puede extrañarse la conducta de Catilina, pero el corazón no se subleva menos viendo al descendiente de una ilustre familia convertirse en jefe de una banda de asesinos, recibiendo como ellos el precio de sus crímenes, asesinando a su cuñado, y alega ese título de su ferocidad para obtener del dictador la inscripción de su víctima en las listas de proscripción.

En cuanto a Craso, el futuro triunviro, se contenta con añadir subrepticamente el nombre de alguna persona inofensiva de quien codicia los ricos dominios.

Un cierto Oppianico, de Teano, asesino, envenenador y perseguido en su país por una porción de crímenes, finge de repente el mayor celo por la causa aristocrática; hace

se proscriban a los magistrados que informan contra él, los degüella con sus propias manos, así como a un cómplice de quien teme las revelaciones.

Dos Roscios de Amería hacen asesinar a su pariente Sexto; se ponen de acuerdo con Crisógono, liberto del dictador; éste consigue la inscripción de la víctima en el número de los proscritos; se le adjudican sus bienes a vil precio y los divide con los autores del crimen, y como Sexto dejase un hijo, a él se le acusa del delito.

Los notables de Amería se reúnen, enviando delegados a reclamar a Sila en nombre de toda la ciudad; no los recibe el dictador. El joven Cicerón defiende al acusado y demuestra su inocencia; pero a pesar del ruido producido por la causa y de la energía desplegada por el defensor, el liberto y sus protegidos conservan su presa.

¡Cuántos hechos de la misma naturaleza se realizarían cuyos rastros han desaparecido! ¡Cómo explicar esos horrores sino por el estado de las costumbres y por el ejemplo de Sila, que las resumía en su persona!

Se le halla siempre profundamente egoísta, escéptico y sin ilusiones; en todo se ve el egoísmo, y obra en consecuencia.

El temor y el interés son sus medios de acción. Reprimir y comprar, intimidar y seducir, he aquí su sistema; sus actos dan fe; cómo extermina, ya se conoce; para tal obra son necesarios verdugos; paga cada cabeza que le presentan. Tal tiranía sobre todo un pueblo exige una fuerza fiel, organizada, dispuesta a reunirse a la primera señal; la asegura dando a sus soldados las tierras que quita a sus enemigos. Expuesto a los rencores, a los puñales, su vida está en peligro; escoge entre los esclavos que la confiscación ha transferido al dominio público, diez mil de los más robustos y resueltos; los liberta, les concede la ciudadanía, los arma y los señala una paga; así tiene a sus inme-

diatas órdenes una tropa irrevocablemente adicta a su persona y unida a su suerte.

Vela por su vida, le obedece ciegamente. Para sus lugartenientes, para los hombres políticos, dispone de instrumentos de otro orden: les da los bienes confiscados o se los adjudica a vil precio; es el medio de unirles para siempre a su causa; toma para sí gran parte de esos despojos, es una fuerza más a su disposición; aquí domina el cálculo; la expoliación y la muerte constituyen el fondo. Combinaciones siniestras, sin duda alguna, pero tal vez menos que los gustos, los recreos, las voluptuosidades a que se entrega el inhumano dictador; en medio de las crueldades a que se entrega, se reconoce aquí la completa ausencia de sentido moral.

Ver en ese hombre la expresión más acabada de la sociedad romana de la época, sería quizá ir demasiado lejos, pero ¿cómo explicarse su despótico poder sino con la complicidad de caracteres al mismo nivel que el suyo? Un punto comprobado es que este restaurador de la aristocracia, este nuevo Licurgo, investido de la más alta misión, la de dar leyes a un gran pueblo, distribuía en dos partes su tiempo de todos los días; por la mañana, un vistazo en la plaza pública a las sangrientas cabezas expuestas a sus miradas; después se dedicaba a los cuidados de la política, audiencias, entrevistas con los delatores, confección de listas de proscripción, la *contabilidad* del asesinato, las órdenes para proceder contra ciertas provincias y ciudades; por la tarde el banquete, las risas, la orgía, en un círculo escogido de fieles, de favoritos, en su mayoría histriones, bailarines, comediantes, flautistas, sin olvidar otros complacientes de los más innobles. Tal era el círculo íntimo en el que Sila gozaba. En ese centro indigno, inaccesible para todos, menos para sus privilegiados, lo olvidaba todo, la grandeza y los negocios. No hay que admirarse mucho,

pues su juventud fue infame; vástago de una familia noble, pero arruinada, debía el restablecimiento de su fortuna a sus complacencias sin límites con una cortesana que le instituyó heredero de su caudal. Tales fueron sus primeros pasos en la vida.

Sin embargo, de ese foco de corrupción debía salir la reforma. Después del verdugo aparece el legislador.

Sila emprende la reforma; no alcanza éxito, pero la falta tanto es de su época como suya, pues dar leyes justas a una nobleza corrompida y corruptora, a una plebe, a unos comicios y jueces siempre dispuestos a venderse, al Ejército, a la disposición del primer ambicioso que sepa sobornarlo y vencer; pero aun así, la empresa no es menos curiosa; muestra doblemente la gravedad del mal por la violencia e ineficacia del remedio.

El legislador intenta consumir por las leyes la obra inaugurada por las proscripciones. Extiende y consolida la autoridad del Senado, aumentando el número de senadores hasta seiscientos; suprime en interés de su dignidad la censura que lo humillaba, depurándolo; multiplica en Roma los magistrados, siendo así su acción más activa, sujeta á los tribunos, privándoles de la iniciativa en el poder legislativo, o lo que es equivalente, subordinándola a la previa aprobación del Senado; refrena las ambiciones tan ardientes para pretender el tribunado, prohibiendo a todos los que ejerzan esa magistratura el poder pretender otra dignidad; despoja a los caballeros, en beneficio del Senado, de la jurisdicción exclusiva, de lo que habían abusado escandalosamente; devuelve al Colegio de los Pontífices la elección de sus miembros, de la que estaban privados por la ley Domicia que se le concedió a los comicios; tales son las más importantes innovaciones restrictivas de la soberanía popular.

Sus miras se extendían lejos; para prevenir a la aristo-

cracia contra sí misma, contra la inclinación de los ambiciosos, de invadir el Poder, y el de los grandes talentos de perpetuarse en él, les redujo a detenerse sucesivamente en cada uno de los grados de una inflexible jerarquía, prohibiendo toda reelección a la misma dignidad antes de terminar el plazo legal; entre dos Consulados era el de diez años.

Después dicta una serie de leyes que aumentan el rigor de las penas establecidas por la legislación vigente, contra el robo, homicidio, envenenamiento, las falsedades en materia de testamentos u otras, la alteración o falsificación de monedas, el adulterio, el peculado, las exacciones de todas clases, las tentativas de desertión y corrupción en el Ejército; nomenclatura que muestra hasta qué punto habían aumentado el número y la gravedad de los crímenes durante las guerras civiles.

Esta parte de su obra le sobrevivió, y, cosa notable, se aplicaron mucho después en Italia las leyes de este hombre sanguinario, a los asesinos y a los grandes criminales.

Estaba reservado a dos de sus mejores lugartenientes, a Craso y Pompeyo, minar este edificio por su base; tales son los inesperados caprichos de la suerte.

El primero, absorbido por innobles especulaciones en los bienes de los proscriptos, no pensaba más que en enriquecerse, comprándoles a vil precio o invadiéndolos; eran otros tantos lazos que le unían a la causa de la nobleza. ¿Cómo sospechar en él una gran ambición política?

En cuanto a Pompeyo, su paso de un partido a otro, sus mudanzas, atestiguaban, sin duda, poca constancia y energía de espíritu; la vanidad constituye el rasgo característico de su naturaleza, y esto era una debilidad más. Para aliarse al dictador, lleva la docilidad hasta repudiar a una mujer que lo amaba; en fin, castiga sin piedad con la muerte a todos los jefes del partido popular que caen en

sus manos, y éstas eran otras tantas prendas dadas a la aristocracia.

Uno sólo de los futuros triunviros, César, había llamado la atención del dictador. El parentesco que le unía a Cinna bastaba para designarle como víctima del puñal; pero adivinar en ese joven de aspecto afeminado al profundo político, al gran capitán destinado a elevarse sobre las ruinas de la aristocracia, ni aun la penetración de Sila iba tan lejos, y a las primeras diligencias de amigos comunes, consiente en revocar la sentencia de muerte, pero con la condición de que repudie a la hija de Cinna, hallando sobre este punto una resistencia que contrasta con la flexibilidad de Pompeyo; entonces, una intuición repentina le arranca la frase que después ha adquirido gran celebridad; era una conjetura, tal vez una genialidad, o quizá una convicción. Los hechos lo han probado: se deja convencer, sin insistir, sobre la condición que había impuesto; pero si, como dijo, veía muchos Marios en el joven proscrito, ¿cómo le perdonó la vida?

Su abdicación atestigua su seguridad; Roma, admirada, le ve un día resignar el Poder en la tribuna y declarar que está dispuesto a dar cuenta de sus actos; despide a sus lictores y emprende el camino de su casa con algunos familiares.

Entre todo el pueblo, únicamente un joven se atreve a perseguirle con sus invectivas; las escucha tranquilamente y se contenta con decir: "Este joven disuadirá a algún otro de abdicar un día a mi ejemplo.". Se retira muy pronto a sus fincas de Pateolano, en medio del círculo de sus íntimos y de los aduladores y viciosos, entre los que se complacía, para escribir sus memorias, dedicarse a los placeres de la caza, de la mesa y otros, es preciso decirlo, que contrastan de una manera repugnante con su gloria y sus años.

Todo le había sonreído hasta entonces; un amargo des-

engaño le estaba reservado a este favorito de la fortuna; desde el seno de su retiro, sus miradas se dirigían a Roma, que algunas veces visitaba. En las elecciones consulares para 676, apoyaba dos candidatos coparticipantes de sus ideas; uno sólo fue elegido, Cátulo; al otro le derrotaron; los comicios eligieron a Lépido, antiguo oficial del ejército aristocrático, pero descontento, y esto se alegó como mérito ante el pueblo; esa elección era la obra de Pompeyo.

Quiso probar la influencia que tenía sobre la multitud, recomendando ese inquieto y poco profundo espíritu, que no tarda en distinguirse en la tribuna por sus violentos ataques contra su antiguo general.

Sila contaba con su fuerza y la de sus veteranos para despreciar esas injurias. Pero el concurso prestado a un enemigo le hirió profundamente; su última voluntad lo manifiesta; contenía numerosas disposiciones en beneficio de sus parientes, de amigos, compañeros de armas, familiares y servidores; el testador nombra tutores para sus hijos, pero no da una muestra de afecto, de estimación o de confianza, ni tiene una palabra, en fin, para Pompeyo.

El restaurador del Poder aristocrático sobrevivió pocos meses a este incidente; expira a los sesenta años de una enfermedad que se atribuye a sus desórdenes; la rotura de una arteria aceleró su fin; murió como había vivido; se exacerbó el día antes de su muerte hasta el punto de hacer estrangular en su presencia, por concusario, al pretor Granio.

La discordia estalla en seguida entre los dos cónsules; Cátulo insiste en que sus funerales se hiciesen en Roma a expensas del Tesoro público; Lépido se opuso con violencia. Parecía el conflicto inminente, pero Pompeyo se interpuso y lo evita. Los restos del vencedor del pueblo, escoltados por una multitud de viejos soldados que querían rendir los últimos honores a su general, se transportaron a

Roma. El día de la ceremonia figuran entre las pompas de la muerte grandes cantidades de perfumes, dos mil coronas de oro dedicadas al cadáver de Sila por las ciudades, los cuerpos de ejército, los compañeros de armas. Los más jóvenes y más vigorosos de los senadores se relevaban para llevarle hasta la hoguera, preparada en el campo de Marte, donde se rendía los últimos honores a los reyes; seguía el pontífice, las vestales, los magistrados de la gran ciudad, los caballeros, las corporaciones militares más distinguidas, resplandecientes con ricas armaduras; los cantos, las sinfonías fúnebres se sucedían sin interrupción. Senado, sacerdotes, vestales, magistrados, legionarios y pueblo, presa los unos del dolor, otros del miedo de exasperar con su silencio las masas de los viejos soldados, de mirada sombría y feroz, que respondían a intervalos con gemidos y sollozos. Después se elevó una voz para alabar oficialmente al autor de las proscripciones. Se diría que eran súbditos rindiendo los últimos honores a su soberano. La orgullosa República, por sí misma, tomaba el aspecto de la Monarquía.

V

La Aristocracia y la Opinión.

Es inherente a toda restauración impuesta por la violencia, el tener más pronto o más tarde implacables enemigos. La obra de Sila no podía sustraerse a esta ley; el odio del pueblo contra los nobles revive bien pronto más profundo que nunca. Aceptaron la dominación de Cinna, que los humillaba, y ahora, viendo a los aristócratas en el poder, renace su antiguo instinto de envidia y de oposición; se indignaban por su nulidad y de la de sus tribunos; los caballeros aspiraban, por su parte, a un cambio que les volviese su influencia en los tribunales, la preponderancia a la que debían sus riquezas; los hijos de los proscriptos maldecían de un régimen que les había reducido a la miseria y al ilotismo; las mismas disposiciones animaban a los libertos y en las ciudades y en las comarcas de Italia, igualmente despojadas y desheredadas. No se declaraba, porque en esta masa de descontentos, esparcidos, sin unión y sin jefes, el sentimiento de la debilidad igualaba al de la desesperación. La experiencia les había mostrado que sin un hombre de guerra que dispusiera de un ejército, nada podía intentarse.

La mayor parte de los samnitas del partido de los intereses y de las pasiones populares habían perecido por la espada, el puñal o el hacha; el único superviviente, Ser-

torio, estaba en España organizando y perpetuando la resistencia, pero sin acción directa sobre Roma.

Lépido, sin embargo, se agitaba y se proponía obrar; tan presuntuoso como falto de inteligencia, se creyó llamado a restablecer la soberanía popular. Cónsul en ejercicio, protesta y amenaza, por lo que su colega Cátulo se prepara para la resistencia; la división reina entre ellos; el Senado por su parte se atemoriza, se consume en esfuerzos para armonizar a los cónsules, exigiéndoles incesantemente el juramento de vivir en paz; después de obtenerle, intenta conciliarse con la plebe, restableciendo las distribuciones de trigo suprimidas por Sila; era retroceder desde el primer momento, lo que aumenta la audacia de Lépido.

Trata de asegurarse un aliado más popular que él. Cayo Julio César, que acaba de llegar a Roma. Los lazos que le unían a Mario y a Cinna, los peligros que había preferido a la vergüenza de indignas complacencias con el dictador; la corona cívica obtenida en el sitio de Mitelene, le señalaban el favor del pueblo. Lépido comprende hasta qué punto le interesa ganarle a su favor; el joven, con el buen sentido que a veces reemplaza a la experiencia, le había juzgado y rechaza sus ofertas.

Antiguo lugarteniente de Sila, Lépido era indigno de su confianza; en Roma había especulado con los bienes de los proscritos; nombrado gobernador de Sicilia, robó descaradamente; el desorden de sus negocios era público y notorio.

Le corresponde el gobierno de la Cisálpina a la terminación de su Consulado, pero acaba de rebelarse Etruria; marcha contra los rebeldes a la cabeza de un ejército para combatirlos, pero se une a ellos y dirige un ultimatum al Senado, a quien conmina en nombre del pueblo a abrogar todos los actos de Sila, y en el suyo para que le asegure el Consulado en el siguiente año. La asamblea tenía cerca de

dos cuerpos de ejército, dos generales, Pompeyo y Cátulo, y aún vacilaba, inclinándose á una transacción.

El consular Filippo, tráfuga del partido popular, y con motivos para tenerlo todo si triunfaba, recurre a los mayores esfuerzos para inspirar algún valor a la aristocracia, y logra se acuerde la resistencia.

Lépido marcha sobre Roma, mientras que uno de sus lugartenientes, Bruto, reúne nuevas fuerzas en la Cisálpina.

Cátulo y Pompeyo habfan tomado posiciones en los alrededores de la capital; atacados por el cónsul rebelde, le aniquilaron por completo; combatía en nombre del pueblo, y en Roma no hubo ningún movimiento revolucionario.

La población asiste a la lucha desde lo alto de sus colinas, y observa; esto fue todo.

Mientras que Cátulo persigue a los vencidos, Pompeyo marcha contra Bruto, tan desgraciado como su jefe; se ve obligado a rendirse a discreción; Pompeyo espera tres días y lo sentencia a muerte; habfa reflexionado. Aspirando a importante mando militar, le conviene mostrarse celoso y tal vez temible; luego hace prisionero al hijo de Lépido, y también le castiga con la muerte. Logrando internarse en Cerdeña, el padre muere allí, después de nuevas derrotas.

El Senado comprendió que en adelante, con los generales y los ejércitos, su poder peligraba. Pompeyo quiso imponer su concurso al Estado, e insinúa que conviene mandarle a España a prestar asistencia al anciano Metelo, a quien desconcertaban los movimientos rápidos, los retrocesos inesperados de Sertorio.

Tratan vanamente de eludir, de obtener el licenciaamiento de su cuerpo de ejército, pero permanece sordo y sobre las armas bajo los muros de Roma. Cátulo no era capitán para oponérsele. La aristocracia, restablecida en sus derechos al precio de tanta sangre, se ve reducida a

inclinarse ante otro poder, y se inviste a Pompeyo con el mando que exige, probando los acontecimientos que la fuerza reside en el Ejército.

Reducido a sí mismo, el pueblo podía, a lo sumo, conferir con sus votos las dignidades, abriendo el acceso a los altos mandos militares; aún no había llegado el tiempo favorable al joven César; sondar, preparar el terreno, es lo único que podía hacer. Resuelto a dejar a los tribunos su papel de agitadores, excluido por su edad de los altos cargos del Ejército, le era preciso seguir el camino trillado, distinguirse a ejemplo de todos los jóvenes ambiciosos, acusando a algún gran culpable; entonces la opinión era reaccionaria; dirige, pues, sus ataques contra las hechuras del dictador, Cornelio Dolabella, Antonio Hybrida y otros cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Con su poderosa organización intelectual, desde los comienzos, se eleva al nivel de los primeros oradores de la época; sin embargo, se absolvió a los acusados, pues el elemento senatorial dominaba en los Tribunales; pero esas injusticias aprovechaban al ambicioso joven, conciliándole la opinión.

Los tribunos, por su parte, mantenían al pueblo inquieto; impacientes por recobrar sus antiguas prerrogativas, la violencia de sus discursos muestra sus vacilaciones. En el año 678 estalla un motín en Roma; se reprime por el cónsul Escribonio Curión, y uno de los tribunos que lo había provocado, L. Sicinio, perece en la lucha.

César, en esa época, se dirige a Rodas para seguir, a ejemplo de Cicerón, los estudios de un famoso retórico, Apolonio Molón; su genio vidente sabía esperar, y el tiempo aún no había llegado para él. Las causas que desde hacía más de un siglo enervaban a la aristocracia romana, lejos de ceder por la restauración violenta que la restableció en el Poder, aumentaba cada vez más, y la fuerza que

le había prestado Sila, tendía, por el contrario, a disminuir. Cada año desaparecía una parte de aquellos viejos soldados, gastados por las fatigas y los excesos.

De lejos como de cerca, el popular joven patricio atraía la atención pública. Navegaba hacia Rodas cuando fue sorprendido y capturado por unos piratas; le exigen veinte talentos como precio del rescate; sonrío y les promete cincuenta; se impone y permanece cuarenta días a merced de esos filibusteros, tiempo necesario para procurarse la suma; en el intervalo, su serenidad y libertad de espíritu no se desmienten ni por un instante; lee, escribe, versifica, y cuando las querellas o los cantos de aquellos hombres groseros le importunan, les ordena guarden silencio. Hallándoles insensibles al encanto de sus composiciones, les llama brutos y bárbaros y les declara, bromeando, que una vez libre los cazaré y los hará crucificar. Reía, pero cumplió su palabra; apenas se ve libre, reúne una flotilla, sorprende a los foragidos, los captura y los castiga con la pena reservada a los piratas.

Cumplido ese acto de alta justicia, va a Rodas y se consagra al estudio, pero llega a él la noticia de que Mitrídates ha derrotado, en Calcedonia, al cónsul Aurelio Cotta; los lugartenientes del vencedor invadían ya la provincia de Asia. En seguida el valeroso y ardiente joven deja a Rodas y el estudio, organiza un cuerpo de voluntarios con todo lo que puede reunir de hombres y dinero, llega a Asia, ataca a los generales del rey del Ponto, y después de una serie de combates victoriosos, les arroja de las posesiones romanas, que mantiene también en la obediencia, y después vuelve a reanudar el curso de sus estudios.

Una vez de regreso en Roma, le eligen para el cargo de tribuno militar; era un primer paso, aunque insuficiente para él; conoce la guerra para comprenderse y juzgarse. Servir en Asia a los órdenes de Lúculo, discípulo y amigo

de Sila, en España contra Sertorio o, en otros términos, contra su propio partido, le repugnaba igualmente.

Establece su residencia en Roma; con el pueblo y por el pueblo creía conseguir, a su debido tiempo, los grandes mandos militares. Esta ambición, oculta bajo el exterior más seductor, no escapa a todas las miradas; Cicerón, tan celoso para elevarse, le había adivinado.

Cualquiera que fuese el porvenir, el abatimiento de la nobleza serviría de fin o de medio al joven patricio; la timidez del Senado parece le secundaba. Esa gran corporación demolta, pieza a pieza, la mayor parte de las defensas que la dictadura había multiplicado a su alrededor. Los tribunos la atemorizaban, y trata de desarmarles por concesiones, y de nuevo les da entrada en todas las dignidades. Emocionado con los escándalos producidos por la justicia senatorial, el pueblo reclama la reforma de los tribunales; los padres conscriptos le piden, a título de transacción, espere al menos el regreso de Pompeyo; no podía proclamarse más alto la preponderancia militar.

Esas concesiones y tanteos muestran decadencia y debilidad. Colocada entre una plebe hostil y los cuerpos de ejércitos, cuyos generales les dan órdenes, la aristocracia no puede conjurar el peligro más que como antiguamente los patricios, imponiéndose a las masas por la rectitud y la habilidad, el ardor del patriotismo y la severidad de las costumbres, y por lo contrario, la mediocridad, el egoísmo, las malas pasiones dominan en las regiones del Poder. La corrupción, tan audaz ya desde hacía un siglo, y que se manifestaba en los nobles, sobre todo, en el origen, por la ambición, la codicia, la usurpación de las tierras conquistadas al enemigo, había, sin renunciar a sus tradiciones, tomado un nuevo carácter, haciéndose más voluptuosa, elegante y refinada, más curiosa del esplendor y de las delicadezas del lujo.

El horizonte se extendió para ella con el poder y la riqueza de Roma, mostrando profundo desdén para el pequeño pueblo de Grecia, que acababan de subyugar, sin piedad para su ligereza, flexibilidad, espíritu artificioso y engañoso e impudencia para el perjurio; la alta sociedad romana ostentaba la mayor parte de los vicios de sus vencidos, sin olvidar el escepticismo y la impiedad, reflejándose en los espíritus las artes y literatura griega, ya entonces decadentes, y lejos de purificar, de elevar las almas, concurrían a enervarlas.

Si algunos felices ingenios comenzaban a reproducir en la escena, en la poesía o elocuencia la brillantez de los grandes modelos pertenecientes al siglo de Pericles, o el precedente; si un pequeño número de naturalezas privilegiadas se elevaba, siguiendo las huellas de Zenón, hasta las austeridades del estoicismo, el resto prefería a las especulaciones filosóficas las doctrinas que, predicando la duda o la incredulidad, daban rienda suelta a las pasiones y favorecían la impulsión del hombre hacia el placer. Epicuro halla muy pronto en Roma un brillante intérprete en Lucrecio Caro, el poeta del materialismo, destinado a coronar su obra por el suicidio. De las teorías, el espíritu positivo de los romanos, muy pronto pasa a la aplicación, a la práctica. Se cita en esta época a un noble que tenía a sueldo hasta cinco filósofos griegos, todos de la secta que defendía el placer, y cuyo oficio era justificar las pasiones, legitimar todas las voluptuosidades y caprichos de su aristocrático patrono.

Se conciben los escándalos, los excesos que excitaban la consagración de todos los vicios desencadenados en nombre de la sabiduría.

Retrocedamos ante este cuadro, y únicamente trataremos de las prodigalidades y de las extravagancias del lujo. Sobrepasaban todos los límites. El gusto real o fingido de

los cuadros, de las estatuas, de los vasos preciosos, los placeres de la mesa, la magnificencia de las construcciones, la riqueza y la extensión de los palacios y casas de campo, la masas de esclavos dedicados a las satisfacciones de todas las necesidades ficticias de una sociedad refinada, absorbía inmensas riquezas.

Una multitud de proveedores se desparramaban por todas partes por cuenta de los aficionados a la mesa, cada vez más numerosos, y trafan de los puntos más lejanos pájaros, pescados, caracoles, ostras, que por su rareza se recomendaban al orgullo tanto como la sensualidad. Se llega a cercar, aplanar, o abrir montañas, a formar lagos en los jardines. Los dominios de los ricos invaden los mares y los muelles, sobre los que se edifican sus palacios; encierran en sus recintos viveros, donde los delicados de paladar engordaban anguilas, no lejos de los terrenos en donde se criaba la caza destinada a sus mesas. Las casas de campo no eran menos suntuosas; Lucio Craso pagó cien mil escudos por diez columnas destinadas a la fachada de la suya.

Así, la obtención de honores fue en adelante un cálculo, una especulación, y multitud de hombres corrompidos los solicitaban para tener provincias bajo su mando y esquilmarlas, culpados a quienes pedir rescate; para comprar los comicios, conciliarse la plebe por el esplendor de las fiestas y los espectáculos, y entregarse a las prácticas más condenables, para hacer fructificase esa colocación de fondos era el círculo en el que se movían continuamente. En esta época era también preciso conciliarse a fuerza de oro; la querida de un cierto Cetego, gran artífice de intrigas, sin su concurso nada se obtenía en Roma; tanta influencia ejercía en las camarillas, de las que era el alma.

El juego era peligroso, enorme la puesta; pero después de ajustadas cuentas, el beneficio era considerable, aun

descontando la prima de la absolución que se pagaba a los jueces en caso de proceso.

Nadie puede imaginarse al nivel que había descendido la conciencia, hasta en los personajes más importantes de Roma.

Véase un ejemplo en Craso, uno de los triunviros, y en Hortensio, el gran orador. Un miserable se propuso apoderarse de una rica sucesión, la de Minucio Basilo; falsifica el testamento, por el que se constituye heredero; da una gran parte de los bienes a los dos personajes; la falsedad es evidente; sin embargo, aceptan, y gracias a su crédito, se confirma el testamento. Vemos que Hortensio es digno de defender a Verrés.

Éste es para nosotros el prototipo perfecto del procónsul; unos le han precedido, le siguieron otros, pero son ellos los que en él contemplamos.

Comenzó en la carrera de los honores por cometer infamias, y no se le cierra el camino; el pueblo le elige para las más importantes magistraturas, y cuando sobrepasa la medida de todos los crímenes, la nobleza interviene para salvarlo. Primeramente, cuestor de Carbón, le traiciona y se apodera de la caja del Ejército. Sila le recibe con entusiasmo y le gratifica con los despojos de muchos proscritos. Muy pronto lugarteniente de Dolabella y gobernador de Cilicia, su paso para la dicha provincia se señala por una serie de robos y atrocidades. Llega a Sicione, quiere imponer contribución a uno de los principales magistrados de la ciudad, el griego se niega, le encierra en un estrecho calabozo, en medio de sarmientos encendidos, y se aleja de allí abandonándolo.

En Acaya roba los cuadros que le agradan; se apodera en Atenas de los tesoros de Minerva; despoja todas las imágenes de los dioses de los santuarios de Delos, Chfo, Eritea, Samos y Pérgamo.

En Sampsaco trata de robar, valiéndose de sus esclavos y ujieres, a una hermosa joven perteneciente a notable familia de la ciudad; la familia resiste, se entabla la lucha, y muere un lictor; la justicia romana está tan degradada, que el padre y el hermano de la joven, declarados culpables por haberla defendido, son condenados a muerte y ejecutados.

Después de tal escándalo, vuelve a Roma enriquecido por rapiñas de todas clases; solicita la pretura y es elegido. Entonces, a la vista del pueblo romano, ese magistrado de su elección trafica con la Justicia durante un año, ya por sí mismo, ya por su querida, que iba a medias en todos sus negocios. Cicerón habla de más de seiscientas sentencias, en las que la escandalosa iniquidad muestra la venalidad del pretor.

Al terminar su magistratura se concede a ese infame el gobierno de Sicilia; entonces redobla su audacia; vende las sentencias al mejor postor; despoja los templos de los dioses; quita en todas partes los cuadros, las estatuas, los objetos de arte. El oprimir a los agricultores, usar de violencia y astucia para apoderarse de las cosechas y del dinero, son juegos para él, las menores de sus exacciones. Todo barco que llega a Sicilia con rico cargamento, se confisca por sus agentes, y acusados sus capitanes de piratería o de estar de acuerdo con Sertorio, se les aherroja con las tripulaciones en los subterráneos de las prisiones.

Los fondos dedicados al sostenimiento de la Marina para la defensa de la isla, se substraen fraudulentamente por el gobernador. La flota, desprovista de aparejos y de las tripulaciones necesarias, se aventura a salir a alguna distancia del puerto, atacada por piratas; reducida a arrojarse sobre la costa, es incendiada a la vista de los habitantes de la ciudad. En seguida Verrés, para desembarazarse de acusadores técnicos que le atribuyan el desastre, entrega al hacha de los lictores a todos los capitanes, me-

nos a uno, el marido de su querida. Poco antes se había sorprendido y capturado un barco de piratas; el pueblo de Siracusa reclamaba el suplicio de la tripulación; se componía de hombres jóvenes y fuertes que podían venderse con gran beneficio; el capitán era rico, y prometía un fuerte rescate; entonces el gobernador se limita a castigar algunos marineros, viejos disformes; substituye a sus camaradas por un número igual de romanos encarcelados por él, entregándoles a los verdugos con las cabezas cubiertas para que no se descubriese el engaño.

Faltaría el complemento a este cuadro si a su regreso a Roma el azote de Sicilia no hubiese hallado aristócratas amigos y ardientes defensores. Varios magistrados defienden la causa del prevaricador. Pueden citarse hasta tres solamente en la familia de Metelo: Quinto, nombre de cónsul; Marco, pretor urbano, y Lucio, nuevo gobernador de Sicilia; Quinto lleva su *abnegación* hasta ordenar compareciesen ante él los delegados de aquella provincia, intentando atemorizarles con su influencia como primer magistrado de la República, la de Marco, a quien correspondía la dirección del debate, y la de Lucio con ellos y en Sicilia. El otro cónsul, Hortensio, había aceptado la defensa del culpable.

Así Verrés repetía con seguridad que estaba tranquilo, habiendo, gracias a los dioses, cogido lo suficiente para satisfacer a todo el mundo: a los jueces, al defensor y para sí mismo.

No se había descuidado ningún detalle; estaban hechos los contratos con los agentes de corrupción, que en Roma constituían una profesión pública: depositarios, intermediarios y repartidores (*sequestres, intérpretes y divisores*). Los fondos, según costumbre, los tenían los primeros como garantía de la ejecución de los compromisos estipulados con los jueces.

La elocuencia y energía del acusador triunfa de todos esos manejos, descubriéndolos. Pero los medios extremos a que tuvo que recurrir Cicerón, las verdades abrumadoras que arroja a la faz del Tribunal como protector del culpable, revela la abyección de todos y muestra lo grave del mal.

Jamás ninguna corporación ni magistratura se vieron condenadas a escuchar parecido lenguaje. Su paciencia lo justifica.

Para llegar hasta su conciencia, el orador se dirige al mismo tiempo a su pudor, interés y temor. "Es opinión acreditada—les dice—, no solamente en Italia, sino también en todos los pueblos, que es imposible en Roma conseguir una sentencia condenatoria para el culpable rico.,,

Les recuerda las aclamaciones de la multitud al subir Pompeyo a la tribuna para hablar contra los latrocinios que devoran las provincias y el escándalo de las absoluciones con que se responde a sus quejas.

"Este proceso es la ocasión que os ofrece el cielo para apaciguar la indignación producida por una serie de inicuas decisiones y volver así a la gracia del pueblo romano. Si, éste es el momento de librar a vuestra clase de la reprobación, vergüenza y odio en que ha incurrido.,, Después, amenazándoles en una de las prerrogativas a la que concedían más valor, afirma que al insistir en el restablecimiento del poder tribunicio, había aspirado Roma, ante todo, a la reforma de las instituciones judiciales.

Al dirigirse al culpable y a sus agentes de corrupción, se refiere en realidad a sus protectores y a los jueces mismos, a quienes interpela cuando recomienda a los que han depositado, prometido o aceptado dinero en este negocio, o puesto al servicio del acusado su crédito o su impudor, no sean cómplices por sus actos o por la expresión de sus votos.

Y exclama: "¡Aunque los jueces declarasen inocente al culpable, no podrían arrancarlo de las manos del pueblo!,"
¡Tanto era preciso para obtener justicia!

Verrés, sus protectores y sus jueces se consideraron vencidos; se desterró al monstruo; ese fue su castigo en evidente desproporción con sus crímenes. Es preciso notar que el restablecimiento de los tribunos en sus antiguas prerrogativas no fue extraño a este resultado.

Ahora es preciso retroceder en la historia.

VI

Reacción.

Mientras en Roma el Senado da pruebas de debilidad y corrupción, en el exterior, la táctica y la disciplina aseguran triunfos á las armas de la República en la mayor parte de los países que había invadido. Los bárbaros, siempre dispuestos á traspasar las fronteras de Macedonia, fueron rechazados al Norte. Los piratas que infestaban las costas de Asia, perseguidos y castigados hasta en Cilicia, se retiraron a sus guaridas.

Lúculo, con cinco legiones a lo sumo y alguna caballería, destruye en Oriente el ejército de trescientos mil hombres que Mitridates había concentrado, y aniquila en dos batallas las nuevas fuerzas reunidas a la carrera por aquel infatigable adversario, obligándole a huir al extremo de Armenia; después recorre como vencedor el Ponto y las provincias limítrofes, y se prepara, en fin, a llevar la guerra al centro de los Estados del rey de los reyes, Tigranes, en cuya corte se había refugiado el eterno enemigo del nombre romano.

En el Occidente, el vacío hecho por una serie de campañas en las filas de los desterrados, que formaban en España el núcleo de las fuerzas de Sertorio, la flojedad y desaliento de los indígenas, entre los que hacía sus reclutas, y por último, la muerte de este gran hombre de guerra y la incapacidad de Perpenna, que le asesinó para ocupar su

puesto, favorece y restaura la autoridad de Roma en la Península ibérica.

Sin embargo, la derrota le esperaba en aguas de Creta, en donde trata en vano de reprimir los piratas; su flota queda vencida y capturada por los insulares, pero asustados de su propio éxito, los vencedores se apresuran a dar toda clase de satisfacciones al Senado, fiel a su antiguo sistema de exigir más después de una derrota. Pero su misma firmeza prueba aquí hasta qué punto tiene conciencia de su propia corrupción; no halla otro medio de prevenirse contra ella que prohibiendo a los banqueros de la capital adelantar fondos a los enviados de ese pequeño pueblo, singular retorno a las virtudes de las primeras edades.

Se estaba muy lejos de ellas: algunos gladiadores, a los que se había reunido muchedumbre de esclavos, como ellos sublevados, extendieron el terror en Italia, y de progreso en progreso, habían logrado organizarse bajo las órdenes de Espartaco, con la suficiente fuerza para hacer frente, durante tres años, al pueblo rey. Sus reclutas temblaban ante aquellos fugitivos, y Craso, para dar resolución a sus tropas, se vió reducido a influir en ellas por el temor, diezmándolas. Los excesos, la ciega confianza y la insubordinación los perdieron. Derrotados en dos batallas, Espartaco y los suyos sucumbieron, y Pompeyo, que llega de España a marchas forzadas, da buena cuenta de los restos de la insurrección.

Roma pudo respirar entonces, pero la tranquilidad no fue de larga duración.

Pompeyo avanzaba hacia la capital a la cabeza de sus legiones; no era de esos hombres que se muestran francamente.

Los rumores más contradictorios circularon: según unos, iba a representar el papel y consolidar la obra de Sila; otros le suponían con miras favorables al pueblo, y

todos se conducían, respecto a él, con el apresuramiento que supone saludar al que representa al Poder; pero también Craso y sus fuerzas llegaban, y se sabía que los generales no estaban acordes; la inquietud aumenta.

En realidad, únicamente la nobleza estaba amenazada; Pompeyo había cambiado una vez más de partido; se inclinaba en favor del pueblo, no por convicción, pues no tenía ninguna; aspiraba al Consulado, contra la ley, antes de la edad, sin haber pasado por las dignidades intermedias; pretende los honores del triunfo y quiere tierras para sus soldados, por lo que nada podía esperar de la nobleza.

Sin tener en cuenta su celo comprometedor, el Senado le había intimado la orden, después de su victoria sobre Lépido, de licenciar a sus tropas, y él, por su parte, exigía un importante mando militar. Hechos de esta naturaleza no son de los que se olvidan.

La desconfianza era recíproca; tres años se retrasa el sueldo de su ejército, y su correspondencia muestra las amenazas que hizo.

En fin, el Senado podía pasarse sin él, pues Lúculo regresaba después de desplegar en Oriente los talentos de un gran capitán; su partido era el de la aristocracia, y Pompeyo odiaba a ese general; todo concurría a su defección. Su cambio político parecía atrevido, después de tantos servicios prestados a los enemigos del pueblo y del rigor que había tenido contra sus jefes; pero los partidos saben sacrificar los rencores a los intereses, y Pompeyo ponía a la disposición de sus nuevos amigos lo que entonces daba todo, la popularidad militar, la espada constantemente victoriosa, y el terreno estaba preparado para él; acababa de entregar al verdugo a Perpena, asesino de Sertorio.

Poseedor de la correspondencia de este último con los agitadores populares, Pompeyo la destruye sin leerla, y se los concilia; si los necesitaba, él, a su vez, les era necesari-

rio; recae el acuerdo, y una vez seguro del concurso de sus nuevos aliados, les admira por su resolución. Se le oye en la tribuna decir que acepta plenamente su programa, obligándose a restablecer el Poder tribunicio, y fustiga la venalidad de la justicia del Senado.

En cuanto a Craso, se mantuvo al principio reservado, pues no quería a Pompeyo por haberse atribuido el honor de la victoria sobre los esclavos; pero aspiraba también al Consulado y al triunfo, no conviniéndole comprometerse con el Senado constituyéndose en su defensor; y además estaba a la cabeza de tropas que fue necesario diezmar para conseguir de ellas combatieran con valor, y según Plutarco, era de esos hombres dispuestos siempre a obrar y a contradecirse por el interés del momento, atacando todo lo que se le había visto defender con entusiasmo. Se declara en favor del pueblo, y solicita y obtiene el apoyo de Pompeyo para los comicios. Desde luego el régimen inaugurado por Sila fue condenado, dejando a la nobleza abandonada a su impotencia.

Alejado del teatro de los acontecimientos políticos, Metelo no aspiraba más que al reposo, y se disponía a licenciar a sus tropas. Lúculo, con el cual podía contar el partido aristocrático, guerreaba en Oriente; fue preciso resignarse. Se conceden a Pompeyo las dispensas necesarias por el Senado, que con sus manos abrió al enemigo la vía para obtener las primeras dignidades de la República. El general obtiene además los honores del triunfo; Craso se tuvo que contentar con la ovación. Era mucho para una victoria sobre esclavos. Los antiguos romanos se hubieran avergonzado de glorificar el acontecimiento, pero su espíritu murió con ellos.

Los comicios, reunidos, eligieron a los dos generales para el Consulado; uno y otro habían prometido licenciar sus fuerzas, pero las mantuvieron sobre las armas en los

alrededores de Roma, y puede asegurarse que casi por miedo a sus campamentos se concedió el poder tribunicio.

Reducido a la tercera parte en los tribunales el elemento senatorial, cede su preponderancia a la clase de caballeros; así se asegura la mayoría al pueblo, restablece la censura, y el primer acto de los nuevos censores es el de eliminar del Senado sesenta y cuatro miembros, en su mayoría hechuras de Sila, convictos de haber vendido la Justicia. Entre estos últimos figuraba C. Antonio, que la plebe nombra al poco tiempo edil, con aquella mancha de deshonor en la frente, porque espera de él magníficos juegos en el circo.

Se concede una amnistía a favor de todos los que habían tomado parte en las guerras civiles. César apoya esta medida calurosamente en la tribuna como las precedentes. Beneficiaba a su cuñado Cinna, comprometido en la loca empresa de Lépido.

Es indudable que su influencia no había sido ajena a la aproximación de los dos generales a su partido, y bien pronto les obliga a aceptar una alianza más íntima, la comunidad de miras y de intereses, que se prolonga cerca de ocho años bajo sus auspicios. Era preciso esa prodigiosa habilidad, pues esos dos hombres parecía habían nacido para odiarse. Además de la ambición que, por lo general, divide y separa, difieren en todo. Pompeyo, grave, acompasado, lleno de sí mismo y de dignidad, y tanto más celoso por avanzar, por ser el primero y dominar, cuanto finge indiferencia y desinterés. Craso es más ávido que ambicioso, mezclado en muchas intrigas y especulaciones, no ocultándose para nada, poco cuidadoso de su renombre y de su dignidad, inquieto, insinuante y con amor inmoderado al dinero, oficioso hasta prestar sin interés cuando le convenía.

Pompeyo deslumbraba en el primer momento; Craso

cada día ganaba más terreno con sus riquezas y amabilidad, estando siempre a la disposición de todos, y además no le detenía ningún escrúpulo.

El primero se incomoda y toma la resolución de descender de sus alturas para mostrarse popular. Era la época en que los caballeros, a cuya clase pertenecía de origen, acudían a la inspección del pretor para justificar sus servicios. Cónsul, á la cabeza de un ejército, y admitido dos veces a los honores del triunfo, Pompeyo no tenía que dar ninguna prueba; no pertenecía a la caballería, pero, sin embargo, se le ve llegar con el caballo, cogido de la brida, y uniéndose a los caballeros estupefactos, someterse por sí mismo y responder a las preguntas de costumbre. Interrogado respecto a sus campañas, responde: "No he hecho ninguna, sino bajo mis órdenes".

La frase hizo fortuna, y la multitud se inclina a favor de Pompeyo.

Craso, en respuesta, da un banquete, al que convida al pueblo, y manda disponer diez mil mesas suntuosamente servidas, y hace una distribución de trigo a la plebe para tres meses.

La competencia es odiosa a su colega; los cónsules estaban más distanciados que nunca; sus cuerpos de ejército acampaban próximos a las puertas de la ciudad; la multitud tuvo verdadero pavor; un día que asistían al Foro, su actitud atemoriza a los concurrentes; ahora puede comprenderse hasta qué punto la plebe de Roma se diferenciaba ya de los antiguos ciudadanos, que constituían su fuerza y se bastaban para asegurar la salud de la República; en esas circunstancias, la asamblea recurre a las súplicas, a las lágrimas, para que abjuren todo odio y consientan los dos generales en licenciar sus fuerzas. Craso se deja convencer y tiende la mano a Pompeyo; licencian los dos sus ejércitos, y Roma se tranquiliza.

Q. C. Metelo y Q. Hortensio les suceden en el Consulado; uno ardiente protector, y el otro defensor titulado de Verrés, pertenecen los dos al partido de la nobleza, y sin embargo, su elección data de la época en que la reacción popular está en el período álgido de su ardor, con el preludio del restablecimiento del poder tribunicio y las reformas que éste inaugura. El hecho parece inexplicable, pero se debe al oro de Verrés, teniendo que obrar por la intimidación sobre los jueces que no podía sobornar; el verdugo de Sicilia compra a los comicios el nombramiento de un pretor y de dos cónsules, a su devoción; el pueblo se vende en el momento mismo que protesta con más violencia contra la venalidad de los nobles.

Humillada, empedregada la aristocracia, contaba aún con dos cónsules; éstos y sus sucesores no han transmitido a la historia más que el recuerdo de su inercia.

Roma tenía una afrenta que vengar sobre el pequeño pueblo de Creta, y pasaba el tiempo sin que se tomase una resolución. Lúculo sostenía en Asia, con medios cuya insuficiencia debía exteriorizarse muy pronto, una lucha gigantesca contra los dos monarcas más poderosos del Oriente. Después de aniquilar ejércitos diez veces más numerosos que los suyos y conquistar los Estados de Mitrídates, obligado a dejar en ellos parte de sus fuerzas, avanza audazmente, tan sólo con doce mil infantes y tres mil caballeros a lo sumo, al centro de los Estados de Tigranes; vence y hace huir a cerca de cien mil hombres que le oponen ese príncipe, y se apodera de su capital. Pero la marcha por los desiertos, por las montañas, bajo un cielo tan pronto abrasador como helado, debilitan al ejército más que el hierro del enemigo. Aunque el ilustre capitán no prometía como Sila, de cuyas ideas participaba, un apoyo, un jefe a la nobleza, era un deber secundarle, y su propio partido le abandona.

Fuera del Senado, no era solamente la tibieza, sino el odio lo que inspiraba el vencedor de Mitrídates y Tigranes. Los caballeros, gente de negocios, ahora más influyentes que nunca, habían tratado de obligarle á salir del Oriente, donde su presencia era obstáculo para sus exacciones. Tanto por un buen juicio como por humanidad, defendía a las poblaciones que los publicanos robaban y torturaban sin piedad.

Castigada por Sila con una exorbitante multa, la provincia de Asia se hallaba largo tiempo a su discreción; no había crueldad a la que ellos no recurrieran; se apoderaban, quitaban, vendían todo, hasta los hijos de los contribuyentes atrasados. Propiedades de los pueblos, cuadros, estatuas o vasos decorativos de los monumentos públicos o de los templos de los dioses, nada se escapa; la prisión, las cadenas, el potro, refinamientos inauditos de crueldad obligan a los deudores del fisco a venderse, a darse en pago, para escapar al suplicio de ser expuestos desnudos, en verano a los rigores del sol y en invierno al frío.

Era preciso poner término a esas enormidades, y la gente de negocios no perdonaba al audaz general, y como tenían sus aliados entre los agitadores populares y la gloria de Lúculo les enfurecía, le acusan de halagar a sus legiones para atraerlas a la causa de la aristocracia; en la ciudad que debe su grandeza a la serie no interrumpida de invasiones y de conquistas, de repente en su Foro resuenan discursos en los que se aconseja la moderación y la justicia, con esa facilidad de los partidos de formarse una moral al servicio de sus pasiones. Los tribunos del pueblo no cesan de protestar contra la ambición de un jefe insaciable, según ellos, de aventuras. Todo esto conviene a Pompeyo; nuevas perspectivas se abren ante él. Permanece en la capital, y apenas se deja ver, con lo que sostiene su prestigio.

L. Cátulo inaugura el templo de Júpiter en el Capitolio con ocasión de los juegos que daba al mismo tiempo al pueblo, haciendo se extendiese por la primera vez, por encima del circo, un inmenso y magnífico toldo, destinado a proteger a los concurrentes de los ardores del sol.

César pronuncia en la tribuna el elogio fúnebre de su joven esposa; después el de Julia, su tía, viuda de Mario; estos son los hechos más salientes que ocurren en Roma.

El primero muestra el cambio que se realiza en las costumbres, y en cuanto el doble homenaje ofrecido a la hija de Cinna y a la mujer de Mario, dada la influencia de César en la opinión pública y los temores que inspira, revisten la expresión de sus simpatías el alcance de un acontecimiento político.

Al despertar recuerdos caros a la multitud, recuerda al mismo tiempo el parentesco cercano que une al panegirista con los dos patronos más ilustres del pueblo. César aprovecha la ocasión para hacer figurar entre las imágenes exhibidas en los funerales de Julia, la de Mario, cuyas estatuas, destruídas por Sila, estaban como proscriptas.

En fin, se le oye en la tribuna remontar el origen de los Césares hasta los antiguos reyes de Alba, y por uno de ellos hasta Venus.

Así, al mostrarse defensor del pueblo, llama su atención sobre títulos propios para justificar las más altas aspiraciones; el Senado, inquieto, apresura su partida para España como cuestor.

En su nuevo cargo, muestra en los negocios lo que ya se conocía en la barra, en la tribuna, en las armas; una inteligencia al nivel de toda misión y prueba; diestro, activo y penetrante, abraza con una mirada los detalles y el conjunto.

Admira la prontitud y la seguridad de su juicio. La ^cu estura no era más que una etapa, y muy pronto al ver

una estatua de Alejandro en Cádiz, vierte amargas lágrimas; ¡a su edad el hijo de Filipo estaba ya en todo el esplendor de su gloria, y él nada había hecho por la posteridad!

Sale de España antes de terminar su magisterio, dirigiéndose a Roma por la Galia y la Cisalpina; fiel a las tradiciones de Cinna, anima las pretensiones de los transpaduanos, a la plenitud de los derechos políticos en la ciudad romana; la agitación que excita en esas poblaciones es de tanta importancia, que el Senado, intimidado, retiene en Italia las fuerzas destinadas al Oriente.

En verdad, la situación es de las más críticas. El precio de los comestibles aumenta en la capital; la piratería suspende la llegada de los trigos que Italia trae de Cerdeña y Sicilia. El pueblo, como siempre, acusa a la aristocracia, no sin razón, pues el mal data de lejos.

Se originaba por la incuria del Senado, por las exacciones de los procónsules y el vicio del sistema adoptado para la policía de los mares. Cada provincia del litoral la ejerce en sus aguas y tiene que proveer a los gastos de una marina, en proporción a su extensión y recursos.

Esto era diseminar en una porción de puntos fuerzas sin unidad de mando y de acción, por lo tanto, insuficientes contra agresores que se entendían y combinaban juntos operaciones y movimientos. Correspondía a cada gobernador fijar y percibir el impuesto destinado a subvenir a los gastos del equipo, conservación de la flota y de las tripulaciones; por poco que se entendiese con su cuestor, la mayor parte del dinero iba a aumentar la suma de los beneficios que, según las ideas admitidas en la nobleza, todo gobierno debía asegurar a sus magistrados. Se comprende hasta qué punto esta situación era favorable a los piratas, cuyo número aumenta en los últimos tiempos con una porción de gentes animadas por las continuas guerras, con todos los hombres audaces cuya resistencia a la dominación

romana o su participación en las venganzas ejercidas en Oriente sobre los amos del mundo no le dejaban otro refugio más que en las flotas piratas, ni más recursos, protestas y represalias posibles que la vida errante y las sorpresas de la piratería.

Esa masa de hombres proscriptos por Roma se vengan sin piedad; surca los mares, no en barcos aislados, sino formando escuadras y flotas. Llegan a constituir una especie de poder; mantienen inteligencias con Sertorio y tratan con Mitrídates. Sus madrigueras estaban fortificadas, y poseían faros, arsenales y talleres de construcción.

No limitándose a dar cara a los barcos mercantes, sus flotas atacan a los buques de guerra; capturan a los soldados y a los funcionarios que viajan en los navíos de la República. A veces, esos atrevidos corsarios hacían incursiones en tierra; saqueaban, ponían a rescate a los moradores de las ciudades. El número de las ciudades invadidas se eleva a cuatrocientas, y algunas de la importancia de Claromene, Samos, Guido y Colofón. Las aguas, los puertos, el suelo mismo de Italia estaban amenazados, infestados por ellos. Un día esos piratas entran en el puerto de Gaeta; otro en el de Misena, y los saquean; queman la flota romana en el de Ostia. Entran en la Península hasta la Vía Apia, apoderándose de todo lo que cae en sus manos: habitantes ricos, personajes, mujeres, y entre ellas la hija de un cónsul.

El mal se agrava, y la opinión pública reclama medidas rigurosas. Sin embargo, el Senado permanece inerte; las fuerzas, los medios no faltan, pero era preciso ponerlos en las manos de Pompeyo, a quien designaba el clamor público, y la nobleza no podía resignarse a tal medida.

Un hombre desacreditado, el tribuno A. Gabinio, de la camarilla de Pompeyo, a cuyas órdenes había servido, toma la iniciativa, e impaciente, trata de impulsar a su

mismo patrono, consiguiendo que el pueblo le nombre jefe supremo de las flotas y ejércitos de la República.

Concentrar durante varios años, en las manos del general escogido por los comicios, entre los personajes consulares, la más extensa autoridad, los medios más poderosos con la misión de ejercer su poder en los mares abiertos desde Cádiz hasta el Ponto Ausino y sobre todo el litoral en un radio de cincuenta millas, subordinándole así los gobernadores de las provincias, poniendo a su disposición los recursos en hombres, en dinero y material, tal fue el plan concebido por Gabinio. Llegaban a doscientos barcos de guerra, sin contar los transportes, y a cerca de ciento veinte mil hombres las primeras fuerzas con que el elegido del pueblo debía inaugurar la campaña contra los piratas; ponía bajo sus órdenes también a quince lugartenientes de su elección. Esto era, en una palabra, transferir al pueblo el poder ejecutivo; tratar de despojar al Senado de las atribuciones que hasta entonces las aspiraciones populares habían respetado. La conmoción fue muy viva en los padres conscriptos, y aventurándose Gabinio entre ellos, corrió serios peligros en la curia; se escapa y subleva a la multitud, que les hubiera asesinado, a no haber desaparecido inmediatamente. Uno de los cónsules estuvo expuestísimo en esta ocasión a ser víctima de la efervescencia popular. Pero Gabinio, más tranquilo, logra preservarle de violencias perjudiciales para la causa que defendía.

El único recurso que quedaba al Senado era comprar a algún tribuno, expediente admitido por la costumbre; apenas presentada la proposición, Isebelio, uno de los tribunos, opone su veto; tenía derecho y la ley le declaraba inviolable. Inmediatamente Gabinio propone al pueblo se despoje a uno de sus propios magistrados del privilegio de inviolabilidad, que le aseguraban las instituciones del Estado; se procede a la votación, y diez y siete centurias

votan la deposición del oponente; a éste le falta el valor y retira su veto. Entonces se declara abierta la discusión sobre el proyecto.

El Senado hace todo clase de esfuerzos para obtener al menos algunas modificaciones, pero el pueblo nada escucha.

Pompeyo, en la sombra hasta ese momento, interviene una vez seguro de la multitud. La proposición no lo designaba, pero su nombre estaba en todos los labios. El resultado parecía seguro. Se le oye en la tribuna como un hombre libre de toda ambición, retrocediendo ante los honores, no aspira más que al retiro; habla de sus fatigas, de la necesidad que tiene de reposo después de sus numerosas campañas; de las enemistades que le atrae el favor del pueblo; enumera, en fin, todas las dificultades que presenta la expedición proyectada, y no termina su discurso, pues explicarse más claramente le repugna. Su objeto era le obligasen a aceptar el mando y así obtener aún más de lo que se atrevió a pedir Gabinio. Consigue éxito completo. Se le deja en libertad para fijar por sí mismo la importancia de las fuerzas destinadas a sus órdenes; se eleva a quinientos el número de los barcos de guerra y a veinticuatro el de sus lugartenientes; no solamente se le concede el derecho de elección, sino también el de conferirles la autoridad de pretores. Se pone, en fin, a su disposición las cajas del Estado, no obstante la difícil situación del Tesoro; en esos términos se vota la ley.

La actitud del César fue favorable; apoya la proposición de Gabinio; poco después se une a Manilio para que se conceda a Pompeyo poderes extraordinarios y el mando de los cuerpos de ejército que operan en Asia contra Mitrídates; el precedente debía favorecerle algún día. El punto vulnerable del ídolo no se le había escapado; nada temía, y contaba obtener a su vez el entusiasmo de la multitud cuando así lo veía prodigar.

VII

Oposición.

El partido popular gana continuamente terreno; vencida en la cuestión de principios, la nobleza conserva el gobierno de los negocios públicos; la riqueza, y por tanto, la ventaja en las luchas electorales, poco celosa para empeñarse en discusiones teóricas, no retrocede ante ningún sacrificio cuando se trata de las dignidades que prometen el gobierno de una provincia, y por lo tanto, inmensas ganancias. Así los cónsules elegidos en esta época pertenecen al partido aristocrático.

El pueblo, por su parte, aunque continúa vendiendo sus votos, guarda sus envidias y rencores. Dispuesto por instinto a humillar y a empequeñecer la altiva clase que pesa sobre él desde tan largo tiempo, tiene gran empeño en despojarla de sus prerrogativas, y a pesar de su reciente experiencia, no comprende que la caída del poder aristocrático debe inaugurar otro, el del sable, poco antes absoluto, bajo los dos Marios, Cinna, Carbón y el temible Sila.

La aristocracia daba ocasión a esos ataques, pues desde hacía un siglo se había impuesto la tarea de falsear las instituciones para explotarlas en su provecho; los abusos se multiplicaron hasta el punto de ofrecer a sus enemigos un fondo inagotable de protestas y reformas. Así tenían la ventaja sobre ella de declararle la guerra en nombre del bien público. Ahí había una fuerza ofreciéndose por sí mis-

ma, y César sobresale en el arte de apropiársela, darla impulsión y dirigirla. Si no puede, como los tribunos, tomar oficialmente la iniciativa, su ingenio, su popularidad los domina.

Cuando comparten sus miras, les deja obrar sin su intervención; sabe, según el caso, impulsarlos o contenerlos; muy fuerte para no ir jamás detrás de la multitud, es bastante hábil para mantenerse en su favor sin bajas complacencias.

La nueva campaña contra la aristocracia se inicia, después de la salida de Roma de Pompeyo, por el tribuno Cornelio. La necesidad de comprar al Senado, tanto la justicia como el favor, sin hablar de los impuestos y exacciones, había arruinado a las provincias. La usura las devoraba.

Cornelio propone declarar nulo, para lo porvenir, todo préstamo hecho por los capitalistas de Roma a sus súbditos o aliados. El Senado ya había recurrido, bajo la presión de la opinión pública, a una medida análoga. Se trataba únicamente de los delegados de Creta, y este hecho en nada obligaba en lo porvenir. Al generalizar el principio se priva a la nobleza de una importante parte de sus rentas. El Senado pretende que la resolución especial adoptada para los cretenses provea a todo; los negociantes y caballeros los apoyan, y la proposición se desecha.

Cornelio, sin desanimarse, dirige entonces sus ataques sobre otro punto. El oficio de los pretores en Roma es administrar justicia, y como la ley no había previsto todo, esos funcionarios, al entrar en funciones, publicaban una especie de declaración de principios sobre los puntos no regulados por la legislación; y sin embargo, sucedía con frecuencia que se separaban de sus propios edictos. Una ley que hizo aprobar el tribuno, les ordena conformarse a las reglas que hayan dictado.

El Senado daba el ejemplo, dispensando de la observancia de la ley. Esos decretos no se discutían ni se daban por la mayoría, se compraban a algunos, dispuestos a venderlo todo. Cornelio denuncia el abuso, y no logra más que restringirlo; se decide por la ley que esas dispensas no puedan concederse más que por una mayoría de doscientos votos, y reserva al pueblo, sobre esos actos, el derecho de revisión, que no podrá impedir el veto de ningún tribuno.

El infatigable reformador somete, en fin, a los comicios una ley contra el soborno; existían varias, pero sin aplicación; a las penas que establecían, propone Cornelio añadir la exclusión del Senado y la incapacidad para ejercer ciertas funciones públicas, especialmente la pretura y el Consulado. ¿Cómo obtener de esa multitud venal una ley contra sí misma?

El tribuno propone que se castigue al menos a los numerosos representantes de tribus, agentes de corrupción con oficina abierta. Entonces el temor invade a la nobleza. Se le amenaza en uno de sus medios de acción más poderosos, y por desgracia para ello, el momento es favorable, pues un inaudito escándalo preocupaba a la opinión. Recientemente excluidos del Senado una porción de hombres desprestigiados, pujaban las dignidades que daban entrada en el Consejo Supremo.

En esas circunstancias, ganar un tribuno, comprar su voto, no parecía posible. Sin embargo, el Senado acaba por tranquilizarse, comprendiendo que el extremo rigor en las penas impide aplicarlas.

Toma el partido de apropiarse la proposición de Cornelio, suprimiendo lo que concernía a los intermediarios; contaba con la plebe, y no se engañaba. Dejando por completo a riesgo de los compradores las consecuencias de los contratos que les convenía suscribir, no quería desalentar a sus propios agentes. Se encarga a los cónsules presen-

ten una ley en esas condiciones; fue adoptada y lleva el nombre de Calpurnio; uno de ellos, el reformador, acababa de librarse por el soborno de las penas que amenazaban a ese delito.

La nobleza triunfa, pero, sin embargo, quiere vengarse. Se acusa a Cornelio, por el Senado, de lesa majestad. Su crimen consistía en haber leído al pueblo una de sus proposiciones, a pesar del veto de su colega; nada se descuida para perderle; le defiende Cicerón y le absuelven, pues el elemento popular domina en los tribunales.

Esa derrota es la precursora de nuevas humillaciones; Gabinio entra en liza, descontento de Pompeyo que no había premiado su celo; se une a César, y comprendiendo sus miras, hace votar a los comicios dos leyes que atacan a los padres conscriptos en su pasión dominante, la avaricia. Para vender su favor o su justicia a los enviados por los reyes, por los pequeños Estados aliados o por las corporaciones dependientes de Roma, los fatigaban con lentitudes estudiadas. Una de esas leyes prescribía al Senado dedicarse sus sesiones de Febrero a las audiencias de los que tanto hacía esperar; la otra, y el tribuno fue aquí más feliz que Cornelio, anulaba todo empréstito contraído en Roma por los delegados de las provincias conquistadas y por los Estados aliados o amigos de Roma.

Es difícil proclamar más alto la venalidad de la aristocracia.

Esa serie de hostilidades animaba al partido popular. César comprende hasta qué punto importa a los favoritos de la multitud adular constantemente sus instintos y mostrarse siempre dispuesto a secundar sus impulsos.

La fuerza reside en el Ejército, y aunque el pueblo no puede dar el mando militar, dispone de las dignidades que a él conducen, y el ambicioso joven no lo ignora. Así, mientras que su amabilidad, fisonomía franca y aspecto de

grandeza, que no excluye la familiaridad con los que le interesaba ganar a sus proyectos, concurren con su actividad infatigable a conciliarle la opinión; el lujo de su casa, la brillantez de sus fiestas, su hospitalidad, el trigo repartido oportunamente entre los más necesitados o más inquietos de la plebe, iluminan todos sus actos con un reflejo de generosidad que realza hasta sus liberalidades más corruptoras, dejando muy atrás de las suyas, en las luchas de los comicios, las ofertas más tímidas de sus contrincantes. Así, elegido edil con Bibulo, sobrepasa en magnificencia los juegos, los espectáculos, las pompas de todas clases a la que los elegidos del pueblo le habían acostumbrado. Bibulo no pudo sustraerse al ascendiente de su brillante colega; adopta el programa de las fiestas organizadas por él, del que muy pronto se hace el enemigo más encarnizado, pero concurre a los gastos que ocasionan. Pórticos improvisados se elevan alrededor del Foro y en otros puntos de la capital, y allí se exponen a las miradas de los ciudadanos todo el lujo del Oriente, los refinamientos de la civilización griega, las obras maestras de sus artes, multitud de objetos preciosos, vasos, candelabros, cuadros, estatuas sacadas de palacios, de jardines, de las colecciones de los dos ediles, también prestadas, según costumbre admitida, por los templos, monumentos y plazas públicas de las ciudades, de las provincias, de su clientela, o de personas deseosas de asegurarse su protección. El número de gladiadores destinados a verter su sangre en aquellas solemnidades excedía a todo lo que hasta entonces se había visto; el Senado se asusta, y se apresura a determinar una cifra que no puede sobrepasarse en lo porvenir. Las armaduras, las jaulas de los animales feroces reunidos a fuerza de oro, para figurar, con el mismo título que los hombres, en esas carnicerías oficiales, eran todas de plata maciza. La multitud reconoce a César en tanto esplendor, y únicamente a él aclama.



La nobleza, se dice, gozaba al ver al objeto de estas ovaciones arruinarse; la fuente de los empréstitos y la de la influencia debía agotarse al mismo tiempo. Él, por su parte, sentía su fuerza y juzgaba su tiempo. Enfrente de una aristocracia degradada, de una plebe venal, de ejércitos a la disposición del primer general victorioso, calculaba sus probabilidades de llegar al punto de su ambición, y distribuyendo el oro a manos llenas contaba con reclamar un día a la fortuna esas *puestas* que le arrojaba tan resueltamente.

Preparaba una sorpresa, tanto a sus amigos como a sus adversarios; no era únicamente a los frívolos instintos del pueblo, sino a sus pasiones más ardientes a las que la reservaba. A pesar de la ferocidad del viejo Mario, su memoria era muy querida de la multitud; los partidos glorifican hasta las atrocidades cometidas en su nombre; además, en el hijo del pueblo, el advenedizo siete veces cónsul, honraba al enemigo más activo, al azote más terrible de la nobleza; así; en los funerales de su viuda, saludó con profunda emoción su efigie, exhibida entre las de los Césares.

¡Cuán grande fue su entusiasmo cuando una mañana pudo contemplar, en el Capitolio, los trofeos del gran capitán, colocados por una mano audaz en el mismo lugar que ocupaban antes de la reacción aristocrática! Esa mano era la de César; había confiado secretamente esa obra de restauración a los más hábiles artistas; el oro y marfil se había prodigado. La protesta contra Sila, contra el régimen restablecido, consolidado por él, se erguía allí, brillante y solemne. El monumento atestiguaba la victoria del pueblo, como la del antiguo guerrero, del que reproducía la imagen.

El Senado se reúne inmediatamente; César es objeto de las más vivas interpelaciones: "No se limita — exclama Cátulo — a minar las instituciones; las ataca de frente y

con descaro. Su tranquila actitud, la mesura y firmeza de sus respuestas, sin duda también las aclamaciones del pueblo, hacen comprender a los más apasionados el peligro de entablar una lucha en parecido momento. Los trofeos de Mario siguen en el Capitolio.

Los padres conscriptos retroceden; el lenguaje de la Curia también era una advertencia; la aristocracia romana nada olvidaba y sabía esperar. Sin remontarse mucho, el fin trágico de los Gracos y el de Saturnino prueban con qué paciencia espiaba, con qué oportunidad sabía escoger la ocasión de rendir al adversario. En el momento propicio, ordena a los cónsules provean para que el interés público no padezca ningún menoscabo, y esta fórmula es una sentencia de muerte contra el enemigo, que no se señala. Una serie de precedentes le había dado fuerza de ley. El alma de César no teme, pero importa privar a sus adversarios de un arma tan terrible.

Ir derecho a su objeto indicaba temor; escogió una vía indirecta.

El terror, veinte años antes, había conferido a Sila, en forma legal, el derecho a la vida y muerte de sus conciudadanos. Volver sobre semejante ley, anularla de hecho, haciendo dictar contra los verdugos de los proscriptos la pena reservada a los sicarios, tal fue el expediente que César escogió; halla así un medio de hacer resaltar, al mismo tiempo, la ilegalidad de las sentencias de muerte dictadas por el Senado en virtud de simples precedentes.

Tomado este partido, obra inmediatamente. Sus funciones de edil terminaban; la edilidad constituía una especie de antesala de la pretura; los elegidos del pueblo, después de cumplir su cometido, se les llamaba, a título de suplentes, a desempeñar las funciones de pretor, ya por impedimento de ese magistrado, ya para la más rápida expedición de los asuntos. Presidían así, como jueces de de-

recho (*judicis quoestionis*), esa especie de jurado, establecido por la ley, para el conocimiento del hecho. César obtuvo de uno de sus deudos, Lucio, su homónimo, entonces cónsul, la suplencia del tribunal de la jurisdicción criminal.

Por indicación suya, dos confidentes citan ante el tribunal a dos de los más comprometidos entre los ejecutores de los caprichos sanguinarios de Sila, L. Lucio y Q. Bellieno, tío de Catilina. César descarta, como sin valor, la ley de sangre, con la que querían escudarse, y castiga a ambos con la pena reservada a los sicarios.

Así, desde luego podía atacar de frente la autoridad de los precedentes, tan terribles en manos de la aristocracia; determina a un tribuno, T. Labieno, a invocar la antigua jurisdicción de los decenviros, formulando una acusación contra C. Rabirio; se le consideraba a ese viejo como el matador del fogoso Saturnino; se dice que le había dado muerte en la lucha suprema entablada entre el tribuno y los cónsules, armados con la terrible fórmula que el Senado se reservaba para sus enemigos.

Se conocía en Roma hasta el medio de entenderse con la suerte, y así César fue elegido, por sorteo, decenviro, para juzgar a Rabirio, a quien aquél había hecho denunciar; declarado culpable, su único recurso era apelar ante el pueblo; y recurrió; César lo esperaba, y aquel acto convenía a sus miras, pues era evidente que la plebe, como él, iba a ser juez en su propia causa. Cicerón defiende al acusado, con tanto más calor cuanto que la lucha con Catilina era inminente.

La disposición de la multitud no deja de atemorizar a la aristocracia, y suspendió el debate por uno de esos expedientes que reservaba contra los impulsos populares.

Uno de los pretores enarbola en la cúspide del Janículo la señal, que en el tiempo en que Roma tenía aún que te-

mer la sorpresa de un enemigo, suspendía el curso de los negocios, llamando a las armas a todos los ciudadanos; la costumbre subsistía ya sin razón alguna; la plebe obedece y se dispersa.

La apelación ante el pueblo suspendía la ejecución de la sentencia, pero no la reformaba. El medio dilatorio empleado por el Senado, demuestra su escasa confianza en el resultado final de la lucha entablada. Ni él, ni Rabirio, se atrevieron a ensayarla de nuevo.

El efecto se había producido. César espera, por su parte, confiado, y otros intereses le preocupan, pues aspira a la dignidad de primer pontífice y se dispone a solicitar la pretura.

Fue también Labieno a quien puso en las avanzadas. Por la proposición de este tribuno, una ley devolvió al pueblo el derecho de elegir los pontífices; muy joven y de no muy ejemplares costumbres para aspirar a las más altas funciones del sacerdocio, César tenía entre sus concurrentes hombres tan distinguidos como S. Sulpicio y L. Cátulo; las probabilidades estaban, sin embargo, a su favor. Cátulo no se engañaba. Se asegura era el hombre más honrado de la época, pero no tiene escrúpulo en ofrecer a su joven competidor una suma enorme para conseguir su desistimiento. César no se ofende, y se contenta con responderle que pedirá prestada mayor cantidad para asegurar su elección. Decía la verdad; los hechos lo comprueban. Gracias a los banqueros de Roma, obtiene más votos en una sola de las tribus que sus concurrentes en todas.

Su buena estrella, y sin duda lo que la plebe llamaba sus liberalidades, no se desmintieron, pues casi al mismo tiempo se le designa pretor para el año siguiente. Era un gran paso hacia la realización de sus designios; una provincia y un ejército en perspectiva. Así aumenta la inquietud en sus enemigos políticos, y ningún rumor de revoluciones

se extendía en Roma en que no se viese su dirección. Craso, por odio y temor a Pompeyo, se había aproximado a César, y su espíritu inquieto recurre a los expedientes y manejos más activos para hacer frente a los peligros con que le amenazan los progresos, cada vez mayores, de su antiguo enemigo.

Vencedor de los piratas en el espacio de algunos meses, promovido en seguida por el pueblo al mando de todas las fuerzas romanas en Oriente, Pompeyo no sólo libra a Roma de su más temible adversario, el infatigable Mitridates, sino que lleva sus victoriosas armas y el prestigio de su nombre desde el Ponto euxino a la Judea, aumentando por todas partes sus conquistas a las provincias de la República. Desde esas regiones, en análogas circunstancias, hacía unos veinte años que Sila, con un ejército victorioso, se embarcaba con rumbo a Italia; ya se conoce el objeto y los recuerdos que había dejado su vuelta.

Así, no contento Craso con mantener inteligencias con todo lo que Roma contenía de más peligroso, con hombres que nada temen, además multiplica las tentativas, las intrigas, para obtener del Senado o de la plebe una fuerza de naturaleza a contrabalancear la de Pompeyo.

Inclina al Senado a que acepte el legado que Tolomeo Alejandro había hecho al pueblo romano de sus derechos de soberanía sobre el Egipto. La toma de posesión exige un ejército, y Craso pide su mando.

No lo consigue, pero no se descorazona; reanuda el hilo de sus intrigas y logra se elija a Pison, del que se cree seguro, para el gobierno de España con las legiones que la tienen a raya.

Apenas llega a su provincia, muere asesinado. El temor y la codicia inspiran entonces a Craso una combinación gigantesca como el poder de Roma; el proyecto de ley agraria a que Rulo prestó su nombre, merece una profun-

da atención. Tal vez entre todos los documentos contemporáneos ninguno arroja más luz sobre el espíritu y costumbres de aquella época.

Concentrar en sus manos y en las de uno de sus adictos el conjunto de los recursos financieros de la República; realizar, para llegar al fin, el dominio del Estado en Europa, en Africa, en Asia, sobre la mayor parte de los países en donde Roma se había substituído por la conquista o los tratados, a los derechos, ya de los soberanos, ya de las naciones por ella vencidas; adquirir en Italia, con el producto de esas enajenaciones, territorios lo suficientemente vastos para asignar fundos a la plebe y a los ejércitos, estableciendo así, a su voluntad y según sus miras, colonias de agricultores y de soldados que habrían conseguido su propiedad por él, tales eran las medidas, con cuya ayuda Craso trataba de constituir una fuerza al nivel de sus designios y privar con el mismo golpe a Pompeyo de su medio de influencia más activo, imposibilitándole para ofrecer a sus soldados tierras a su regreso.

Se trata de que acepten los comicios una concepción tan audaz; Craso gana sin trabajo a los tribunos, pues ofrece a cada uno de los que intervengan en el negocio beneficios de todas clases. Uno de los más audaces, Rulo, después de devorar un rico patrimonio, es el encargado de presentar y defender la proposición, que pone a merced de sus amigos políticos el elemento más estable y más importante de la fortuna pública.

Una circunstancia respondía de su fidelidad; Valgio, su suegro, como Craso, se había dedicado a las más vastas especulaciones sobre los bienes de los proscriptos, y por disposición expresa, especie de artículo adicional del proyecto de ley, se declaraban propietarios legítimos de esos patrimonios, no solamente a sus adjudicatarios en forma legal, sino a todo poseedor de hecho el día de la promulgación

de la ley. Era consolidar, con algunas líneas, la multitud de usurpaciones o de concesiones hechas en perjuicio del Tesoro público. Craso ganaba a doble título; daba con sus propias manos valor considerable a bienes depreciados, e interesaba en el éxito de su obra a una clase influyente, la de especuladores ricos.

No menos se reconoce su mano en el conjunto del proyecto. El temor y la codicia, el ambicioso y el hombre de negocios caminan juntos; así el pueblo investía con plenos poderes a cierto número de delegados, que elegirán, con el título de decenviros, únicamente algunas tribus, designándose a la suerte, en condiciones que ofrezcan toda clase de garantías contra el fraude. Era un medio de descartar a Pompeyo, entonces en Oriente; su ausencia imposibilita toda elección de su parte. El proyecto pone a la disposición de los decenviros tanto las fuerzas como los tesoros del Estado, subordinándoles así los generales, los ejércitos y los gobernadores de las provincias. El objeto resalta por sí mismo; su misión era el proceder, durante cinco años, en determinados lugares, tiempo y condiciones, a la venta en subasta pública de los bienes del Estado en las tres partes del mundo conocido; fundos, edificios, derechos y valores de toda clase, todo debía enajenarse.

Dueños de reivindicar en todas partes, y cualesquiera que fuesen sus poseedores, lo que les pareciese haber formado parte del dominio público, esos representantes de la soberanía popular eran al propio tiempo los únicos jueces de la justicia de las reivindicaciones ejercidas por ellos; pueden, salvo una excepción destinada a no herir el entusiasmo de que era objeto Pompeyo, exigir cuentas a todos los generales del botín cogido al enemigo.

Los productos de las enajenaciones, los saldos percibidos de las cuentas debían aplicarse por los decenviros a la adquisición, hecha amigablemente en Italia, de territorios

lo suficientemente extensos para establecer colonias, en donde ellos opinaran.

Tales eran, en resumen, las disposiciones más importantes del proyecto. Su autor se había equivocado respecto al prestigio de las leyes agrarias. La proposición no pudo sostener un serio examen; es cierto que Cicerón es el adversario y se opone a su aprobación con elocuencia inagotable, presentando al desnudo todo lo que contenía de amenazador para la libertad, lo que ocultaba de trampas y facilitaba las intrigas y exenciones; puede observarse aquí cuán profunda era entre los romanos la conciencia de la depravación general. Sin la convicción firmísima sobre este punto, el pueblo, seguramente, se hubiera revelado con indignación contra esas previsiones injuriosas, esas sospechas, no contra los que por su pasado las justificasen, sino contra cualquiera que aspirase a las funciones de decenviro en Roma. Según el gran orador, los decenviros recibirían de todos: de los especuladores, por facilitarles los medios de adquirir a vil precio los dominios en venta; de los vendedores, tratando con ellos, en las condiciones más onerosas, la compra de las tierras que habían de adquirirse para la colonización.

Debía temerse todo de ellos, tanto su actitud amenazadora con los propietarios legítimos, como su flexibilidad para los usurpadores del dominio público, hallarían medios de poner a contribución a unos y a otros; es preciso creer que el pueblo se mostró convencido de todas esas verdades, pues los autores de la proposición no se atrevieron a contestar.

A falta de argumentos, aplazan el debate para reanudarle con alguna ventaja, e intentan perder a su contradictor en el ánimo del pueblo. Extienden solapadamente que su resistencia no tiene por objeto más que resguardar los intereses de los favoritos, de los propietarios ilegítimos,

por las liberalidades de Sila o por una serie de usurpaciones que constitufan el único título a los bienes adquiridos de los proscriptos; y ya se ha visto que era el proyecto mismo el que tendía a legalizar esa situación, y Cicerón lo había señalado.

Le basta convocar al pueblo y hacer resaltar, por la lectura de la proposición, la falsedad de sus adversarios; entonces la retiran y no se trata más de ella.

Un eminente historiador de nuestros días, M. Mommsen, intenta implicar a César en esas insidiosas maniobras; puede ponerse en duda, pues las agrupaciones ingeniosas de los hechos, la afirmación de Luctorio, que no ha dejado ningún vestigio en la historia, y algunas insinuaciones de Cicerón, mal dispuesto contra el hombre influyente que acababa de combatir su candidatura, no constituyen pruebas y no prevalecen contra el conjunto y el carácter de los hechos; es indudable que César no participaba entonces ni de la animosidad ni de los temores de Craso; lejos de eso, concurría con Manilio a investir a Pompeyo con el mando de las fuerzas romanas en Oriente.

Se le ve más tarde, en la época de la conjuración de Catilina, reunirse al tribuno Metelo, que propone al pueblo llamar al general y a su ejército a Italia para restablecer el orden. En fin, tanto como el genio codicioso e inquieto de Craso se revela en la ley agraria de Rulo, tanto esta concepción desgraciada se separa de las miras de César al consagrar uno de los mayores escándalos del régimen de Sila. En muy distintas condiciones el cónsul presenta más tarde al pueblo dos leyes que no tienen de común con aquélla más que el título.

VIII

Conjuraciones. Catilina.

Sin el recuerdo de los elocuentes discursos de Cicerón, el proyecto de Rulo no hubiera dejado vestigio en la historia; tanto la conmoción que produce se confunde con la efervescencia que reinaba en Roma, en donde fermentan pasiones indomables que amenazan a los cónsules, al Senado y a los ricos; rumores de revueltas circulan todos los días y se acogen con temor por los privilegiados, con alegría maligna por la plebe; sin embargo, ésta se abstiene de conspirar, y espera.

Sobre todo, entre la nobleza arruinada se hallaban sediciosos con la perversidad más profunda y audaz, dispuestos a destruirlo todo para elevarse sobre las ruinas.

Declarados culpables por cohecho, excluidos del Senado y de las altas magistraturas los cónsules designados para el año 680, P. Sila y Otronio se habían unido a Catilina, proponiéndose, de acuerdo con el impetuoso Eneo Pisón, asesinar a los cónsules y a una gran parte de los senadores, apoderándose del Gobierno. Catilina se traiciona, dando antes de tiempo la señal del ataque, y el golpe fracasa.

El Senado advertido creyó hacer frente al peligro por concesiones al inquieto ardor de Pisón, y Craso logra, ya se ha visto, se le nombre gobernador de España.

A creer los rumores públicos, ni Craso ni César eran

ajenos a la conspiración; los conjurados destinaban, uno a dictador, el otro a general de la caballería, y como ningún hecho confirma tales rumores, se pretende que en el momento de obrar, el primero tuvo miedo, y el segundo, desorientado, se redujo a planear una revolución en la Transpadana.

Esto es al menos lo que cuenta Suetonio, a título de un simple *se dice*, tomado sin duda de los libelos de Bibulo o de una crónica de Tamisio.

La revolución fracasa, y Catilina conspira por su cuenta; era digno de la horrible celebridad a que iba unido su nombre.

Alma falsa y perversa, pero dotada de flexibilidad y de audacia; su orgullo desordenado, la insaciable sed de goces, de dinero y de poder le impulsan a los más vastos planes, sin que en ese camino le detengan ni los escrúpulos, ni el pudor, ni el miedo. Familiarizado con la muerte, tan intrépido soldado como cruel verdugo, alma indomable en un cuerpo de hierro, habituado a jugar con el peligro y la vida, le aseguran una especie de prestigio en un pueblo guerrero y ávido de sangre hasta en las fiestas.

Su profundo disimulo, su extraordinario arte para fingir y aun sus instintos generosos, y sobre todo, la depravación del tiempo, vienen en su ayuda; de otro modo, es incomprensible la influencia que ejerce a su alrededor; pues sin hablar de su encarnizamiento con los proscriptos, asesinó a su cuñado y se sospechaba que había matado a su propio hijo.

Tal es el hombre que meditaba una revolución... ¿Cuáles eran sus miras políticas? No se conocen; formado en la escuela de Sila, ¿cómo ha de suponerse era defensor de las públicas libertades?

Todo lo que se sabe es: que le irritaba en Roma el contraste entre el crédito, las riquezas, los goces de ciertos

hombres y la miseria a que sus desórdenes le habían reducido, la actitud amenazante de sus acreedores, el rigor de las leyes de la justicia contra todo deudor moroso.

He aquí cómo abrazando la causa de los insolventes, defiende la suya; medita una reforma reclamada por sus necesidades, su codicia y la de sus secuaces; en otros términos: un recibo por saldo otorgado por la insurrección a esa multitud de gentes perdidas y llenas de deudas como él, proscripciones y, en fin, confiscaciones, que les entregasen los bienes de los ricos.

En presencia de concepción tan monstruosa se quisiera dudar, pero en vano. Los dos Marios, Sila, Antonio, Lépido y Octavio, hacia la misma época, han proscripto, asesinado, confiscado a su vez, con una ferocidad apasionada unas veces, y otras fría y sistemáticamente, llevando a Roma, a Italia la muerte y la expoliación; no hay que atribuir a Catilina más escrúpulos que a los hombres que caminaban entonces a la cabeza de la sociedad romana.

Lejos de eso, la imagen de Mario, la de Sila, dominando por el hacha y el puñal, obsesionaban ese alma ardiente y cruel.

La situación de Italia y de la capital misma concurrían a estimular su audacia. Los elementos de perturbación abundaban en Roma. La esperanza de la plebe de sustraerse al rigor de las leyes, las distribuciones de trigo, los juegos, los espectáculos, los provechos que prometía el motín, las larguezas de la ambición y del vicio, atraían a la mayor parte de los hombres peligrosos, disipadores, arruinados, a los malhechores perseguidos por crímenes, a los labradores desalentados por la competencia de las grandes explotaciones agrícolas, prefiriendo todo a tan ingrato trabajo. A despecho de las leyes de Sila, que prescribía la disolución de las asociaciones de los oficios, una masa de obreros, que muy pronto se hicieron dueños de

las calles, bajo las órdenes del tribuno Clodio, prometía, a quien supiera explotar sus pasiones, una fuerza dispuesta a lanzarse sobre la sociedad. Los numerosos libertos elevados a la categoría de ciudadanos, sin poder ejercer sus derechos, no esperaban más que un jefe y una bandera; podía también contarse con la ayuda de los esclavos.

Ciertas ciudades de las provincias, aun de la península itálica misma, habían perdido sus privilegios y una parte o la totalidad de su territorio. En muchos puntos de Etruria, por ejemplo, la miseria de los habitantes no les dejaba otro recurso que el merodeo y el latrocinio.

En fin, de todos los síntomas de malestar que trabajaban a la sociedad romana, tal vez el más amenazador era la exasperación de una multitud de deudores bajo la amenaza de crueles persecuciones, sin otra perspectiva que la ruina, ofreciendo a un jefe, identificado con ellos por su miseria y sus resentimientos, un ejército animado de todo el valor de la desesperación. El mal atacaba ante todo a dos clases enérgicas y valientes, a los veteranos de Sila y a una parte de la nobleza. Colonizados por su jefe, los primeros conservaban las costumbres de desorden y de prodigalidad que los ejércitos romanos habían contraído en Oriente; muy pronto estuvieron empeñados por sus deudas, y no menos la parte de la aristocracia, que estaba reservada a suministrar al gran conspirador sus más ardientes parciales y sus instrumentos más abnegados.

No podemos formar una idea del progreso que había hecho en Roma el lujo y las prodigalidades de toda clase. La ambición era tan ruinosa como el fausto y el vicio. Los gastos a que se veía obligado un hombre político para alcanzar los honores; los juegos, los espectáculos ofrecidos gratuitamente al pueblo, y con frecuencia la necesidad de corromper a un acusador o a los jueces, se elevaban a considerables sumas, y como los bienes de la aristocracia con-

sistían en fundos poco productivos, tenían que recurrir a los préstamos, y la usura era devoradora. La tasa más moderada del interés consistía en uno por ciento mensual, y capitalizándose todos los años en caso de retardo; y se elevaba a veces hasta el ocho por ciento al mes, cuando el número de candidatos, y por consecuencia, de personas que solicitaban préstamos, daba a la concurrencia proporciones favorables a las exigencias de los prestamistas.

Puede sondarse la profundidad del abismo por el número de propietarios acribillados de deudas, y el peligro era también amenazador para los hijos de familia, reducidos por las pasiones a descontar su patrimonio; la ruina era evidente.

Añadamos que la codicia, la dureza de los prestamistas no tenía igual; los hombres más considerados por la opinión pública rivalizan en este punto con los usureros de profesión. Bruto, por ejemplo, el enemigo de los tiranos, el asesino de César, prestaba a cuatro por ciento al mes; la prisión por deudas estaba abolida en Roma, pero gracias a la influencia de los hombres de negocios, se obtiene de los tribunales y se ejerce sin piedad.

Catilina extiende el círculo de sus intrigas y establece en todas partes inteligencia con los descontentos. Se agrupan a su alrededor los grandes culpables, los perversos. Su ejemplo influye intensamente sobre ellos, sobre los pródigos y los pervertidos de Roma, sobre los nobles jóvenes, ardientes para el placer. Sobresale en corromper la nobleza, favorecer sus desórdenes, despertar y exaltar sus pasiones, para precipitarles en seguida en el vicio y en el crimen. Las mujeres depravadas, las matronas codiciosas de goces y de lujo que les rehusaba el matrimonio, abundan entonces; se entiende con ellas y con los usureros, no menos funestos para los jóvenes, los adolescentes, a quienes atrae por las pasiones e inexperiencia de esa

edad. Después, cuando el libertinaje les perdía hasta el punto de ahogar la conciencia, desenvuelve en ellos ese germen de ferocidad innato en las razas itálicas, familiarizándoles con la sangre; los moldea para el asesinato, según que el odio, la cólera o la codicia les ofrece la oportunidad, y allí mismo donde esas pasiones no le secundan, halla medio de impulsar a sus jóvenes adeptos al asesinato, por entrenarse y disponer así de puñales siempre afilados; obra además por ellos y por sí mismo sobre cierto número de matronas de la aristocracia, cuyos desórdenes las entregaban a discreción de sus amantes, esperando así atraer hasta los maridos a sus planes o desembarazarse de ellos por sus mujeres. Contaba, en fin, con las más ricas para sublevar, en caso necesario, a esa masa de esclavos siempre dispuesta a arrojarse sobre la sociedad.

Aspira al mismo tiempo al Consulado para trastornar a Roma con sus propias fuerzas; tal era su objeto. Pero perseguido por concusionario, amenazado por asesino de proscriptos, le era preciso, ante todo, una absolución. Soborna primero a su acusador; después maniobra con la aristocracia. Verrés había hallado protectores hasta en la ilustre familia de los Metelos; él no es menos dichoso; los consulares se unen para recomendarlo, le ayudan y hacen su elogio; es absuelto.

Solicita en seguida el Consulado, y con su habitual audacia piensa obtener el apoyo de Craso y de César; el mismo temor que inspiran sus manejos tenebrosos le favorece. Gracias a los rumores extendidos en Roma, ninguno entre los hombres más capaces de la aristocracia quiere exponerse a los peligros que esperan a los primeros magistrados de la República; era de suma importancia oponerle un candidato popular y adicto al Poder. Cicerón reúne las dos condiciones; así el Senado se decide en su favor, lo que era suficiente para que Craso y César combatieran su can-

didatura. Catilina obra en consecuencia y reniega de su pasado; se presenta como amigo del pueblo y va a ofrecerse a aquéllos; no sabemos si estaban en el secreto de la revolución o la creían únicamente dirigida contra el poder aristocrático, sin ulteriores pensamientos antisociales, o si se sentían lo suficientemente fuertes para dominar y reprimir en caso necesario el movimiento dirigido contra el Poder. Craso buscaba por todas partes fuerzas contra Pompeyo, y César, como él, no pedía a sus protegidos más que inteligencia y valor; los dos querían descartar a Cicerón. Acogen a Catilina y le unen a C. Antonio, personaje sospechoso. Negocian, como de costumbre, con los agentes de las tribus. Se celebra una reunión en una de las casas de sus ilustres patronos, a la que asisten los dos candidatos; allí se discute y fija el precio del Consulado.

Cicerón obtiene mayoría y a Antonio se le nombra su colega, por seguir a aquél en el número de votos.

Era un fracaso para el gran conspirador, pero bien pronto obtiene la compensación. Perseguido por E. Paulo, como verdugo de proscriptos, se absuelve a Catilina; nada es imposible en Roma. Su audacia aumenta; al solicitar el Consulado, no había suspendido sus torpes manejos, y sus fuerzas habían acrecido con una nueva multitud de adeptos. Hacia las kalendas de Junio (691), contaba con partidarios en el Senado, en la clase de caballeros y también en diferentes puntos de Italia; próximas las elecciones, convoca a sus cómplices, les recomienda apoyen su candidatura, y para estimular su celo, expone ante ellos su programa: matanza de la mayoría del Senado, proscripción de los ricos y anulado todo derecho de los acreedores a cobrar las deudas, nada falta.

Se presenta de nuevo candidato y conspira con más actividad que nunca. Sus inteligencias se extienden hasta en las Galias.

El secreto es absoluto hasta que Cicerón toma posesión de su cargo; la fortuna de Roma dispone que los conjurados fuesen traicionados por Curio, uno de ellos. Este miserable, que por sus desórdenes había sido expulsado del Senado, perdida su fortuna, el amor de su querida Fulvia se enfrió, y como su pasión no lo encendía, comienza a decirle las dignidades y riquezas que iban a llover sobre él; su seguridad, en combinación con los rumores públicos, fueron para aquella mujer un rayo de luz. Comunica sus conjeturas a algunos íntimos. Llega a noticia de Cicerón; habla a Fulvia y consigue le diga la verdad, y su influencia decide a Curio, asustado, a manifestarle día por día el secreto de sus cómplices. Sabe Cicerón entonces que su colega Antonio está comprometido con ellos, se apodera de su ánimo por el temor y la avaricia, y se asegura así su concurso.

Conseguido esto, guarda su secreto y se mantiene alerta, frente a frente al peligro; espera la ocasión oportuna.

Catilina se ocupaba al mismo tiempo de su elección para cónsul y de su conjura; César y Craso no tenían interés en apoyarle.

Así, menos confiado en el voto de los comicios, determina asesinar a sus dos concurrentes, Silano y Murena, a Cicerón y a los principales senadores.

Su audacia no conoce límites; amenazado por Catón con la severidad de la ley, le anuncia las más terribles represalias. Se le oye repetir que todas las miserias deben agruparse a su alrededor, que las comparte, y nada puede esperarse de los ricos; llega hasta decir en pleno Senado que el Estado tiene dos cuerpos: uno con cabeza, pero viejo y achacoso, y otro sin cabeza, pero joven y vigoroso, y que pretendía darle una.

Así estaban las cosas cuando Craso y algunos otros senadores van una noche a comunicar a Cicerón cartas

anónimas invitándole a abandonar a Roma si quiere conservar la vida. El cónsul convoca inmediatamente al Senado, que a su petición suspende las elecciones. El día señalado manifiesta, en presencia de Catilina, la inminencia y la gravedad del peligro. Considerándose defensor del pueblo, el taimado conspirador protesta de su inocencia, y como prueba ofrece al Senado constituirse prisionero en la casa que se designe de uno de sus miembros; sin hacer caso de sus protestas, la asamblea ordena al cónsul proveer a la salud del Estado.

La impresión es profunda en Roma. Mientras que las mujeres llenan los templos de los dioses, los intereses materiales amenazados hallan en su desesperación una energía que se confunde con el patriotismo. Sus antiguos antagonistas del Senado, los caballeros, los hombres de negocios, especuladores y publicanos, se aproximan a él, toman las armas a la voz de Cicerón, y se van al Palatino, dispuestos a acudir adonde el peligro los llame.

El día de la elección, J. Silano y L. Murena son elegidos cónsules. Rodeados de numerosos amigos, como Cicerón, que dejaba, a propósito, ver una coraza bajo la toga, escaparon con él a los puñales de los conjurados. Todo se vuelve contra Catilina. Las tentativas de sus confidentes para sorprender a Prenesta, sublevar la Apulia y el Piceno, fracasan por completo, por lo que toma el partido de ponerse, sin retardo, a la cabeza de los veteranos y de los bandidos, que por sus órdenes, un centurión perdido de deudas, pero valeroso hombre de guerra, Manlio, tenía reunidos en los desfiladeros de Etruria.

Era preciso concertarse con sus cómplices; combinar los movimientos de la insurrección en Roma y fuera. Para despistar la vigilancia, va, por la repulsa de Cicerón, poco deseoso de tener tal huésped, a constituirse prisionero en la casa de uno de sus parciales, que cree al abrigo de toda

sospecha; así halla el medio de reunirse, en dos ocasiones, con los conspiradores más importantes, Léntulo Sura, C. Cetego, P. Otronio, Casio Longino, L. Vargontejo, P. y L. Sila, Q. Annio, L. Besti, P. Lecca, Gabinio Cimber y Q. Estatilio; el primero pretor en ejercicio, y los demás miembros del Senado, también algunos caballeros; Curio, en fin, que a todos traiciona. Allí se distribuyen los papeles y conciertan los medios de acción; deciden incendiar simultáneamente muchos barrios de Roma para facilitar la agresión y la matanza por el terror y el desorden. Se admite una excepción a esta carnicería en favor de los hijos de Pompeyo; serán otros tantos rehenes. Catilina se dirigirá a Roma el día convenido para cortar la retirada a los fugitivos y exterminarlos.

Entre las víctimas predestinadas a morir había una, que interesaba al conspirador deshacerse de ella antes de alejarse, Cicerón, su temible antagonista. Dos caballeros se encargan de dar el golpe y se presentan en casa del cónsul al rayar el día; se les cierra la puerta; Curio le había puesto en guardia contra ellos, por mediación de Fulvia. Catilina se presentó en el Senado; ya conocemos la indignación que produce su osadía. Cicerón le abrumó con su discurso.

Sus colegas le dieron el nombre de parricida; se separaron del sitio que ocupaba con horror. Se apresura a salir de Roma, declarando que se retiraba a Marsella, y escribe a Cátulo para recomendarle a su mujer, como el hombre obligado á expatriarse. Después, dirigiéndose a Etruria, recluta sus fuerzas y ostenta las insignias de cónsul.

Continúa organizándose la insurrección en la capital; se espera únicamente que su jefe esté en condiciones de apoyarla; deja como lugartenientes a Léntulo, Sura y C. Cetego; la elección habla por sí misma.

El primero, como cuestor, se había hecho notar por la impudencia en el falseamiento de sus sentencias; perseguido dos veces, soborna a sus jueces; arrojado del Senado, se llena de deudas para forzar la entrada en la pretura, que compra a la plebe. Sus desórdenes consuman su ruina; es tanta su ceguedad, que conspira para apoderarse del poder soberano; los adivinos se lo habían prometido, y Catilina se guarda de desengañarlo.

En cuanto a Cetego, demócrata con Mario, aristócrata bajo Sila, a fuerza de intrigas logra representar un papel; vende su influencia en Roma y fuera. Ese tráfico por largo tiempo había subvenido a sus prodigalidades, pero todo se gasta, y después de haber comenzado por Mario, para entregarse a su enemigo llega hasta Catilina; era, a despecho de su habilidad, otra furia como éste.

En el curso de una discusión se arroja sobre uno de los Metelos y le hiere. Su jefe le había comprendido, proponiéndole para que dirigiese la matanza.

A pesar de su impaciencia y sus protestas, Léntulo y los más influyentes de los conjurados habían aplazado la revolución hasta los saturnales, esperando reclutar más gente. Léntulo, que con sus ideas locas creía no poder reunir las fuerzas suficientes, trata de comprometer en sus proyectos a los enviados de los alóbroges. Recientemente sometidos a Roma, este pueblo de raza gala solicitaba una disminución en las cargas impuestas por la conquista, pero sus delegados no habían hallado más que indiferencia; acogen las insinuaciones de Léntulo y celebran entrevistas con los jefes de la conjura; pero reflexionan y acuerdan consultar con su patrono en la capital, Fabio Sanga; éste los lleva en seguida a la presencia de Cicerón, y después de confesar de plano, convienen con el cónsul seguir simulando una adhesión sin reserva a los proyectos de los conjurados, pero insistiendo en pedir garantías por escrito de

las promesas hechas, absolutamente necesarias para decidir a sus comitentes. El proyecto se ejecuta por completo. Léntulo, Cetego, Estatilio y Casio dan las garantías pedidas; después los galos salen de Roma durante la noche, acompañados de Valturcio, uno de los conjurados, fingiendo iban al campamento de Catilina y después a la Galla. Todo estaba concertado con el cónsul; caen con el gúfa en una emboscada fuera de la capital; los sorprenden y los registran; los mensajes que llevan son descubiertos y cogidos; todo está aquella misma noche a la disposición del cónsul, que convoca al Senado en cuanto amanece. Encarcela al mismo tiempo a todos los jefes de la conjura que no logran escaparse: Léntulo, Cetego, Estatilio y Gabinio Cimber; el registro hecho en la casa de Cetego revela la existencia de un gran depósito de armas.

Por la mañana, el Senado reunido interroga a los culpables; Valturcio confiesa, y confirman sus palabras los alóbroges. Las cartas y documentos cogidos se examinan, y los conjurados reconocen su sello. Negar es imposible; entonces se les detiene a cada uno en la casa de un miembro de la asamblea; Léntulo en la de su homónimo Léntulo Espinter; Estatilio en la de César; Gabinio Cimber en la de Craso. Después se votan acciones de gracias a los dioses que han preservado a Roma del incendio y de la matanza, y se suspende la sesión hasta el día siguiente.

Cicerón desde lo alto de la tribuna da cuenta a la multitud, estacionada en los alrededores del Senado, de los descubrimientos de la noche y de la mañana. Al saber de los peligros que escapa, esa plebe, de ordinario tan favorable a todo movimiento político que se dirija contra la aristocracia, rivaliza entonces con ésta en contra de los conjurados.

Los enemigos de César juzgan la ocasión favorable; Cátulo y uno de los Pisones insisten cerca de Cicerón para

que le implique en la conjura; sobornando a los alóbroges, le ofrecen una fuerte suma para ayudarle; el cónsul declara que ha buscado pruebas, pero sin hallarlas, y rehusa. Entonces se apresuran a extender el rumor de que César es el alma de la conspiración, pero no se atreven a acusarlo.

Al día siguiente el Senado se reúne desde el amanecer, había urgencia; los agentes y los esclavos de los prisioneros organizaban un golpe de mano para librarlos a viva fuerza, pero entonces se produce un incidente, tal vez preparado para dividir la asamblea; se detuvo aquella noche a un hombre de aspecto sospechoso, que había declarado se dirigía al campamento de los insurrectos; conducido al Senado, se muestra dispuesto a confesar lo que sabe, y bajo promesa de impunidad declara que está encargado por Craso de ver a Catilina para que apresure su marcha sobre Roma. Todos los senadores reconocen la impostura; se envía a aquel hombre preso como testigo falso y se abre la sesión.

El Senado no constituía una corporación judicial: lejos de eso, después de la reacción, el elemento aristocrático se hallaba reducido a un tercio en los Tribunales. Los padres concriptos, sin embargo, entienden que en este caso les corresponde dictar sentencia. Se trata, ante todo, de la salud pública. César mismo admite el principio y se une a ellos, aunque pensando de muy distinta manera respecto a su aplicación.

Consultado el primero Silano, cónsul designado para el siguiente año, opina se debe castigar a los culpables con la muerte, y del mismo dictamen son los colegas que le suceden en el uso de la palabra, hasta que llega el turno a César. Su palabra tenía gran influencia, sobre todo fuera de aquel recinto. No vacila como otros ausentes, por temor o complicidad, a calificar a Catilina y sus cómplices, y los

llama parricidas. Ningún suplicio, según él, puede igualar sus crímenes. Pero conceder el Senado el derecho de la vida o de la muerte, era contradecirse. La ley subordinaba en todo caso la aplicación de la pena capital al asentimiento del pueblo, y dejaba por otra parte al acusado la facultad de canjearla por el destierro. Combate con energía la opinión de Silano y opina en favor de la pena de prisión perpetua para los culpables y la confiscación de sus bienes. La impresión fue tal que los preopinantes, incluso Silano, rectifican sus votos, y los que siguen opinan contra la pena de muerte.

Sin embargo, la defensa es de derecho natural, y estaba en peligro Roma. Desenvuelto por Cicerón este punto de vista, pero con alguna reserva y ciertas preocupaciones personales, no arrastraba a la mayoría; Cátulo insiste, pero en vano.

Los honores de la jornada estaban reservados a Catón. Sin tener el ingenio de César ni la elocuencia de Cicerón, domina la asamblea. Su fuerza, su pasión, son el amor al bien y a la patria; benévolo por naturaleza, les llevaba hasta la terquedad y la crudeza; tal es el ascendiente de un gran carácter, que entonces, siendo uno de los padres conscriptos más jóvenes, se impone a todos aquellos hombres corrompidos.

Aquí, lo inmenso del peligro que amenaza la República aumenta su aspereza. Sospecha de todo, hasta de la serenidad de César. Se indigna de la flojedad del Senado, y dice: "Se trata menos de juzgar y de castigar que de vencer. ¿Qué importa una solución de juristas, si mientras nos decidimos todo se pierde? El enemigo está cerca de Roma, bajo sus mismos muros, ¡y se discute!". Entonces, con mordaz ironía, dirigiéndose a sus colegas, en nombre de lo que más aman, sus palacios, sus estatuas, sus cuadros, sus elegantes superfluidades, les adjura, si quieren salvarlas,

para que defiendan vigorosamente la causa de la patria, e invoca los precedentes, las costumbres de la antigua Roma; concluye pidiendo para aquellos cogidos en flagrante delito y convictos por sus propias confesiones, la pena de muerte.

Un completo cambio se produce en el Senado, que adopta con entusiasmo su opinión, y como es raro el poderse detener en la pendiente, a la pena capital añade la asamblea la confiscación. César la había propuesto, pero con la prisión perpetua; reunida a la pena de muerte, amenaza a aquellos que tengan bastantes bienes para tentar a la codicia; así toma de nuevo la palabra para oponerse. La suerte de los condenados estaba ya determinada, y en cuanto a sus bienes, devorados por la usura y en poder de sus acreedores, no tenían ningún valor.

La seguridad, la vida de los ciudadanos era la que se hallaba en peligro. ¡Cuántos ricos se habían proscrito en tiempo de Sila sin otro crimen que su fortuna! Se trata de principios, y no de personas.

La asamblea persevera, y fue preciso que, menos ciego y apasionado Cicerón, apoyase al orador, y gracias a él, descarta la confiscación.

Tuvo muy pronto que proteger a César, pues los rumores extendidos por Cátulo y Pisón habían circulado entre los caballeros sobre las armas que había alrededor de la Curia, y les habían exasperado contra aquél. A su salida del Senado le amenazaron con sus espadas; Cicerón y Curión intervinieron para evitar un crimen que podía sublevar al pueblo y ponerle de parte de los conjurados.

Tal fue la memorable sesión del 5 de Diciembre, donde contendieron los más nobles espíritus, los más grandes oradores de la época, y donde la profunda corrupción de la aristocracia se muestra claramente, no sólo por la causa del debate y las amargas frases de Catón contra su partido; César, primer pontífice, el gran dignatario religioso

de Roma, hace profesión oficial de materialismo; se comprende, dada la seguridad de aquel espíritu lleno de tacto, que era la expresión más elevada de la incredulidad, entonces en progreso entre los paganos, a pesar de todos los esfuerzos de la política romana.

La decisión del Senado se ejecuta aquella tarde. Cicerón mismo fué a sacar a Léntulo de la casa donde le habían detenido sus jueces, y le condujo, con buena escolta, a la prisión mamertina. Cetego, Estatilio y Gabinio Cimber fueron igualmente llevados a dicha cárcel; se les obligó a bajar a un calabozo subterráneo, el Juliano, donde se encerraba a los reyes y jefes vencidos. Allí los cuatro conspiradores fueron estrangulados. Al salir de este lúgubre lugar, el cónsul, al atravesar el Foro, pronunció, con voz vibrante, estas siniestras palabras: *¡Vivieron!*, y fué escoltado por la multitud hasta su casa, que a ejemplo de Catón, le saluda con el título de Padre de la patria.

Al llegar al campamento de Catilina la nueva del castigo inflingido en Roma a sus lugartenientes, desalienta a sus tropas. La desertión reduce su ejército muy pronto a algunos millares de hombres resueltos. Viendo que no tenía fuerzas para resistir, trata de retirarse a la provincia Cisalpina por los senderos de las montañas, pero al otro lado de los apeninos acampaba Metelo con tres legiones, y le impide el paso.

Antonio avanza sobre su vanguardia con otras fuerzas; los víveres faltan a los insurrectos; un sólo partido quedaba a su jefe: combatir y vencer. Haciendo frente a Antonio, le espera a pie firme en una posición, cuya ventaja compensaba la desigualdad del número. Con un ataque de gota, o temiendo medirse con el cómplice, a quien había traicionado, el indigno colega de Cicerón entrega el mando al valeroso oficial Petreyo. El combate fue encarnizado; Catilina y los veteranos bajo sus órdenes comienzan la

batalla con el valor de la desesperación. La victoria, sin embargo, se declara a favor de las leyes y de la sociedad. Catilina, después de prodigios de valor y de habilidad, se le encontró expirante en medio de los cadáveres de sus enemigos. Los rasgos de su fisonomía expresaban aún audacia y desafío.

El valor militar sobrevive en Roma a las virtudes públicas; ¡pero qué diferencia existe entre el encarnizamiento de esos locos y el entusiasmo de los nobles hijos de Lacedemonia, sacrificándose por su patria en las Termópilas!

IX

Orígenes del Triunvirato.

Si César, como se ha repetido bajo la fe de sus enemigos, conspiraba en favor de Catilina, hubiera comprometido locamente el porvenir de sus vastos designios; aun suponiéndole únicamente una especie de complicidad moral por la esperanza de elevarse al Poder por medio del desorden, el descontento no hubiera sido menor, pues si la victoria, permaneciendo indecisa, o una sorpresa, entregara por un momento el Gobierno a los anarquistas, se hubiera visto muy pronto a la sociedad arrojarse en brazos del único general que entonces disponía de un ejército, y Pompeyo, una vez dictador, le hubiera hecho perder todo el terreno que ya había ganado, surgiendo nuevos obstáculos ante él. El descubrimiento de la conjura fue suficiente para debilitar al partido popular, privándole de los caballeros. Un ingenio tan práctico no podía acariciar ilusiones que dieran parecidos resultados. Llegaba entonces la época en que la pretura, y por consecuencia, una provincia, un mando militar, iba a poner a su disposición la palanca, de la que supo sacar tanto partido, por lo que no era momento de lanzarse a los azares de una conjura.

No tenía menos motivos que el Senado para protestar de semejantes manejos subversivos. Asegurada, gracias a estos, del concurso de la clase media, la aristocracia levanta la cabeza y se prepara a agredir y hacer frente al genio audaz que la había humillado. César tuvo que abste-

nerse de presentarse en la Curia por algún tiempo; la situación era crítica; pero si las impresiones se borran, las pasiones y los instintos permanecen; el odio a la nobleza era inveterado en la plebe; en cuanto a los caballeros, la envidia, la lucha de intereses les había predispuesto siempre contra aquella clase altanera. Donde otros hubieran perdido el valor, César se tranquiliza, mide las probabilidades, cuenta con su feliz estrella, consigo mismo y con las faltas de sus enemigos.

Esperando, trabaja para atraerse, además de Craso, un aliado no menos precioso, el lugarteniente de Pompeyo, Metelo Nepote, que poco antes había salido de Asia para solicitar el tribunado del pueblo. Elegido, entra en funciones, en el momento que por la imprudencia de Léntulo y de los demás jefes de la conjura ésta se descubre. Nepote se apresura a emitir, en medio de la conmoción general, la idea de llamar a Italia a Pompeyo y a su ejército para reprimir el anarquismo; era su cuñado y no cabe duda de su mútuo acuerdo; pero representando aquí su habitual papel, el vencedor de Mitrídates solicita, por intermediario, los honores que fingía declinar. Al término de su misión en Oriente, busca un pretexto para no licenciar su ejército y establecerse con él en el centro de Italia y dar así un paso más hacia el Gobierno supremo, del que vacila en apoderarse. Era indudable que el Senado resistiría, pues Pompeyo había concurrido a humillarle; por esta razón, César participa de las miras políticas de Nepote. La menor ventaja que podía obtener era desavenir más que nunca a Pompeyo con la nobleza, y obrar en beneficio de los suyos, en cuanto a una ambición que se muestra tan tímidamente no puede hacerle sombra. Un concurrente, solicitando a la cabeza de un ejército victorioso el permiso de avanzar a la conquista del Poder, no podía ser muy temible; el rasgo daba la medida del hombre.

Tal era Pompeyo; el tiempo y los sucesos habían desarrollado su carácter cauteloso, gran amor propio y el horror a toda aventura. Quiere al mismo tiempo invadir el Poder y salvar las apariencias, figurar como amigo de las leyes y elevarse por encima de ellas, tiene la energía del campo de batalla, y como se muestra en favor de los agitadores populares, el Senado le considera como más peligroso que César mismo, pues dispone de un ejército.

La opinión general era que a su regreso recogería a la fuerza las riendas del Poder, y se llega a pronunciar la palabra monarquía. Así Catón, este centinela avanzado de las libertades públicas, estaba sobre aviso. Apenas corre la noticia de la candidatura de Nepote, solicita por su parte el tribunado, para detenerle con el obstáculo del veto; y una vez elegido, le declara que nunca, con su consentimiento, entrará Pompeyo en Roma con un ejército. Esto era favorecer a César, y más hubiera valido separarlos, como se pensó cuando ya no era tiempo; pero Pompeyo inspiraba temor y se acudía a lo más próximo. Nepote era violento, y absoluto Catón; preparándose para la lucha, el primero no deja pasar ocasión de protestar en la tribuna contra la ejecución de Léntulo y los demás jefes de los conjurados.

Todo favorece a César; pues el golpe alcanza por completo al Senado, que inquieto se apresura a prohibir, bajo las penas reservadas a los enemigos del Estado, toda pesquisa, acusación o persecución respecto a las medidas tomadas para la salvación pública por la ley de 5 de Diciembre. Por su parte, Cicerón envía a Pompeyo explicaciones de los acontecimientos de ese terrible día; esto era, someter a su aprobación los actos de la autoridad; tanta importancia había adquirido el elemento militar.

Pompeyo no responde; le repugna, como siempre, mostrarse con franqueza.

En cuanto a Nepote, se abstiene de obrar contra el cónsul; era comprometerse antes de tiempo. Pero el día que, al terminar sus poderes, Cicerón se presenta, según costumbre, para hacer desde la tribuna la exposición de los actos de su Consulado, el tribuno le ordena que guarde silencio. "El hombre—exclama—que acaba de prohibir a los acusados el uso de la palabra ante el pueblo, no puede tomarla tampoco,„. Le admite sólo el juramento de costumbre. Entonces, sin desconcertarse, Cicerón jura en alta voz que había salvado a la República; palabras que, según él, fueron acogidas con unánimes aclamaciones.

Tal vez se forjase ilusiones, pues si se ahogó la conjuración, su espíritu la sobrevive; los amigos de los conjurados influyen sobre el pueblo. Se llevan flores y coronas a las tumbas de las víctimas de Diciembre, como empezaban a llamarlos. La plebe no tarda en mostrar vivo interés por el orador cuya voz se elevó contra la pena que les amenazaba.

Habiéndose un día César retrasado en ir a la Curia, la muchedumbre que le esperaba le creyó en peligro, y la efervescencia y gritos exigiendo verle no se calman hasta que se presenta; síntoma poco tranquilizador; la nobleza tuvo miedo, y el intrépido Catón aconseja se distribuyan abundantes provisiones de trigo a la plebe para atraérsela.

El Senado se había creído dueño de la situación, y comenzaba a dudar.

En esa época, César toma posesión de la pretura, y audazmente exige a Cátulo la cuenta de los fondos a él confiados para la reconstrucción del Capitolio. Le acusa de subtracciones fraudulentas, y propone al pueblo se borre del monumento el nombre del contable infiel, después de transferir su cargo a Pompeyo. Toda la nobleza se muestra parte en la causa del más firme de sus defensores después de Catón. Sus esfuerzos y las distribuciones de

trigo hicieron fracasar la moción; pero el objeto no era tanto humillar a un enemigo político como adular los instintos populares, y por encima de todo, el amor propio de Pompeyo, a quien César había hecho conceder el derecho de llevar en las ceremonias públicas la corona de laurel y el manto triunfal; se entendían, y Nepote obraba, por su parte, en interés de su ilustre patrono, estando dispuesto a someter al pueblo la proposición de llamar a Pompeyo y a sus legiones a Italia; el día estaba fijado; pero de concierto con César, detiene su plan para organizar las fuerzas. Sus aliados y clientes advertidos, y una banda de sediciosos y gladiadores dispuestos a apoyarlos, se ordenó se reuniese la plebe en el Foro provista de armas escondidas. La nobleza no permanece inerte. Se espera encarnizada lucha; la mujer y las hijas de Catón temían por su vida; él estaba tranquilo y esperaba. La noche que precedió a la reunión de los comicios, dormía con profundo sueño, cuando su colega Termo, resuelto a participar de sus peligros, fué a despertarle para ir al Foro; lo hallaron invadido por las bandas de Nepote; ocupaban las gradas del templo de Castor y Pollux, en las que estaba aquel al lado de César. Catón se abre paso entre la multitud, limitándose a decir: "Gran *valor* tienen estos cobardes que reúnen tantas fuerzas contra un hombre desarmado,„. No dejaron pasar más que a él y a Termo, que no se separaba de Catón.

Así, aislado, ocupa un sitio entre César y Nepote, y cuando, no obstante el veto formulado por él, aquél muestra y quiere leer al pueblo su proyecto de ley, se lo arranca Catón de las manos. Nepote intenta recitarlo de memoria, y Termo le tapa la boca. Era una violencia, pero en nombre de la ley; a una señal, las bandas de Nepote se arrojan sobre los oponentes; blanco de piedras y de golpes, Catón debe la vida a Murena, uno de los cónsules, que le hace entrar en el templo.

Una vez la plaza libre de adversarios, Nepote, con el formalismo de un antiguo romano, procede legalmente y despide a sus bandas de sediciosos; ese escrúpulo hizo que todo se perdiese. Durante el tiempo en que se disponían a votar, llega la nobleza con fuerzas armadas, y a su turno toma la ofensiva; invade el Foro; después se apodera de la tribuna; el golpe había fracasado, arrastrado por la fuga de los suyos; corre en seguida a dar cuenta a su ilustre cuñado, que estaba en Asia, de su mala ventura. En cuanto a César, que ante todo deseaba mostrar su buena voluntad a Pompeyo, lo había logrado y pudo retirarse satisfecho.

El Senado, que había hecho triunfar la ley, la viola en seguida; suspende en sus funciones a César y a Nepote, dos magistrados populares; la partida de Nepote equivale a la dimisión, pero César permanece en Roma y no estaba dispuesto a ceder; va al Pretorio a juzgar. En el momento de impedirle sus funciones a la fuerza, protesta, se quita las insignias, despide a sus lictores y se retira. La aristocracia había pasado muy precipitadamente de la inquietud a la presunción; dos días después el pueblo se reúne, se dirige a la casa del pretor, tan brutalmente destituido, y llamándole con grandes voces, se declara dispuesto a reintegrarle a la fuerza en sus funciones.

Desencadenada la multitud, no se detiene; lanzarla contra el Senado, oprimir a la nobleza y apoderarse del gobierno, todo era posible en esta conjura; pero hacerse cómplice de esos desalmados, perderse ante la opinión, comprometer un brillante porvenir muy próximo, y eso para encontrarse al día siguiente en frente de una ambición como la de Pompeyo, sin otra fuerza que las bandas indisciplinadas del motín, no era para un hombre como César; no podía cometer tamaña falta; toma el partido de arreglar a la multitud; da las gracias, recomendándole el orden

y la paz, y la despide. La sorpresa y el agradecimiento siguen al pavor en la Curia. El Senado llama a su prudente adversario, le colma de elogios y le restablece en sus funciones.

A la par de la pretura le entrega el gobierno de una provincia, y por consecuencia, contrariados sus enemigos, habían pensado perderle, y le hallan en situación más firme que nunca; sobornan a Curio, que ya conocemos, y a Vecio, y le denuncian como cómplice de Catilina; lo habían sido uno y otro, y convertidos en delatores desde el descubrimiento de la conjura, designaban nombres de culpables, y nunca nombraron a César; fácilmente dió cuenta de esos miserables; ni un hecho, ni el menor indicio presentan en apoyo de su declaración; Curio citaba simplemente unas palabras de Catilina, y Vecio una carta que no muestra. Cicerón declara lealmente en favor del acusado, del que recibió útiles avisos. A los dos delatores se les niega el derecho a la prima ofrecida por el Senado para las delaciones confirmadas; perseguido por falso testimonio, Vecio no se atreve a presentarse; se le condena, y la multitud, exasperada contra él, corre a su casa y todo lo destruye.

César obtiene satisfacción; pero un escándalo que fue ocasión de otros muchos, vino muy pronto a sorprenderle en su mismo hogar. Una noche que había salido de su casa, pues debían celebrarse allí los misterios de la buena diosa, y los hombres estaban excluidos, se descubrió en un rincón de la casa a un hombre disfrazado con vestidos de mujer; visto y perseguido, pudo escaparse con la ayuda del ama de llaves de Pompeya; pero se le había reconocido, era el joven Clodio, enamorado de la mujer de César y vigilado como ésta por la activa Aurelia, madre de César; había buscado esta ocasión para ver a su querida; no lo hubiera intentado sin su anuencia; el asunto estaba cla-

ro; así que la indignación fue profunda en las matronas de quienes se había querido profanar los misterios sagrados, y el hecho se hizo público a la siguiente mañana.

De todos los maridos engañados, seguramente César era el que menos lástima podía inspirar, pues sin nombrar todas sus queridas, los primeros personajes de Roma, Sulpicio, Gabinio, Craso mismo, y hasta Pompeyo, hubieran podido acusarle de haber introducido el adulterio en su casa. Se abstuvo de todo escándalo; repudia a su mujer e interrogado por la Justicia respecto al hecho que le había determinado a proceder así, se contenta con decir que la mujer de César no debía ni aun ser sospechosa.

Dada la depravación de las costumbres, el asunto no hubiera interesado al Senado sino muy medianamente, sin el sacrilegio que lo agravaba; pues la religión era en Roma un medio de acción política, y el progreso del escepticismo exigía un ejemplar. Los padres conscriptos tomaron el asunto con interés; pero su severidad no consiguió más que hacer resaltar la corrupción general.

Acusado por la opinión pública de incesto con sus tres hermanas, Clodio no debía inspirar más que horror y desdén, y en cambio halla calurosas amistades. Uno de los cónsules, Pupio Pisón, intriga a su favor; el tribuno del pueblo, F. Caleno, le defiende. Craso va más lejos, le visita. El día en que se somete al pueblo el Senado-consulta, en el que se propone la persecución del culpable, todos los puentes volantes que tenían que pasar los electores para depositar sus votos estaban invadidos por masas de obreros pagados para intimidarles; sobornados como ellos, los agentes de los comicios no distribuían más que boletines negativos. En fin, todos los viciosos de la nobleza, formados en la escuela de Catilina, exhortaron a la multitud para que rechazase la proposición. Hortensio toma vanamente la palabra para responder a los discursos incendiarios

de Clodio; Catón no logra éxito y es preciso disolver la asamblea.

El Senado se reúne y ordena al cónsul recurra a todos los medios para obtener del pueblo la autorización necesaria para procesarle.

Gracias a los aplazamientos, a las influencias puestas en juego, a las medidas adoptadas, se concede dicha autorización; se instruye la causa y se eleva al pretorio; pero Clodio y sus amigos no habían agotado ni ardides ni intrigas.

Entonces se representa una comedia de naturaleza a desconcertar a los más perspicaces. El tribunal finge una actitud amenazadora para el acusado. Clodio, en todos los incidentes promovidos por unos y otros, lleva la peor parte. Quiso probar una coartada, y Cicerón, del que invoca el testimonio al desmentirle, recibe una ovación de los jueces; llega su astucia hasta pedir la protección de una guardia para defenderse de la gente del pueblo adicta al acusado. Una sentencia condenatoria parece inevitable, y es absuelto. Craso, que le protege, interviene; dos días le fueron suficientes; de cincuenta y seis jueces, treinta y uno se vendieron; el dinero influyó, como de costumbre, en la mayor parte. En cuanto a los otros, se explica; pues el aristocrático patrono, para acabar de seducirlos se constituyó en proveedor de sus pasiones, de sus vicios, aun los más vergonzosos; tenía a su disposición hermosas mujeres y la joven aristocracia de Roma, todos dispuestos a ayudarle.

Ese tejido de infamias no incurre, sin embargo, en otro castigo que en el de una frase; Cátulo encuentra a uno de los jueces y se contenta con decirle: "¿para qué pedíais una guardia? A no ser por miedo de que os robasen el dinero que habíais recibido.". Se ordena una información, pero sin resultado; tanto se temía a Clodio y tan rico era su protector Craso. En mayoría, el tribunal, los agentes

de negocios habían absuelto al culpable; la medida les indispuso, y esto fue todo.

César estaba impaciente por salir de Italia; la distribución de las provincias entre los pretores, cuyas funciones acababan de terminar, se había retardado por las preocupaciones del momento, y su partida se suspende por un obstáculo personal. Sus acreedores se oponían, pero interviene y sale fiador Craso; sabía que España era lo bastante rica para pagar los millones tomados a préstamo en Roma.

César pudo alejarse, dirigiéndose por los Alpes hacia su provincia, y pronuncia en un pueblecillo entre montañas la célebre frase: "Quiero mejor ser el primero en esta villa, que el segundo en Roma.". España le había visto algunos años antes verter nobles lágrimas ante la estatua de Alejandro; a los treinta años envidiaba su gloria, y a los cuarenta el Poder.

Apenas instalado en sus funciones, su primer cuidado es poner el ejército en pie de guerra; tiene a su disposición veinte cohortes; forma otras diez; los motivos de agresión no le faltan; al oeste de la Península ibérica se extendía la Lusitania, habitada, entre el Tajo y el Duero, por una raza belicosa, aniquilada, más que vencida, por Pompeyo; sus tribus, entre las cuales había reclutado sus hombres por largo tiempo Pretorio, no habían reconocido la supremacía de Roma. Las más indomables vivían acantonadas en las montañas. Allí, sobre cimas casi inaccesibles, se construían, defendidas por la naturaleza y el hombre, sus guaridas, en las que los guerreros de esas hordas volvían a depositar su botín y a reposar en el seno de la familia; de aquellas alturas, en determinadas épocas, se precipitaban como torrentes y arrastraban a los jóvenes de los valles y caían sobre la provincia romana para apoderarse de sus cosechas y ganados.

César les ordena destruir y abandonar esos nidos de águilas y establecerse en el valle; esperaba la repulsa; invade las montañas, destruye sus moradas, hace prisioneros, coge el botín; todo lo que ejecuta con la resolución, rapidez y suerte que muestran también todas sus posteriores campañas. Animadas de sentimientos hostiles que sólo contiene el temor, las poblaciones de las llanuras se apresuran a abandonar en masa el país, para escapar a la ley del vencedor; saquea las ciudades, las villas, las viviendas, entregando a los soldados todo lo que los fugitivos no se han podido llevar.

Aquellas muchedumbres buscan refugio en la otra parte del Duero; se lanza en su persecución; así hostigadas, recurren a su táctica habitual, a las estratagemas, las sorpresas y emboscadas. Descubre sus planes con su certero golpe de vista; su vigilancia y rapidez de movimientos les obliga a combatir, y les derrota en todos los encuentros.

Empujados hacia el Océano, no les queda otro recurso que resguardarse, durante la marea baja, en una isla próxima; parte de los vencedores, impulsados por su ardor en la persecución, sorprendidos por el reflujo, se encuentran separados de los otros cuerpos de ejército y comprometidos. Aprovecha César la ocasión para hacer venir de Cádiz una flota, entra en la isla y destruye al enemigo, ya diezmado por el hambre. Después, internándose en el mar, que sostiene por primera vez un ejército romano, costea y amenaza todo el litoral hasta Brigantium (Coruña), y muestra así á las admiradas poblaciones, que no pueden escapar al poder de Roma; algunos meses bastan para completar la conquista de España.

Entonces las legiones le saludan con el título de imperator. Favorito del pueblo, lo es también del soldado, y al hacer los negocios de Roma, fomenta a la par los suyos. La

caución de César fue liberada, y desde esta época ya no se habla de las deudas de César.

Sometidas las poblaciones, se ocupa de los intereses de su provincia; la usura había penetrado detrás de los ejércitos romanos; ya conocemos hasta qué punto era devorante; allí, como en Roma, una multitud de propietarios, reducidos a pedir prestado por las calamidades inseparables de las largas guerras y las contribuciones impuestas por la metrópoli, se hallaban imposibilitados de pagar a los vencimientos, y a la mayor parte se les perseguía en juicio; su irritación era grande y la situación crítica. César se constituye árbitro supremo entre el prestamista y el deudor; prohíbe la ejecución de los fondos de los bienes hipotecados, y reduce el ejercicio del derecho del acreedor a los dos tercios de la renta; el resto se reserva al deudor; era, sin duda, una arbitrariedad, pero no podían reconciliarse mejor a las masas con el despotismo.

La medida estaba llamada a tener gran resonancia en Italia, en la multitud de gente cargada de deudas, y cuya exasperación había amenazado, recientemente, una revolución social.

Mientras que César se engrandece ante la opinión, Pompeyo, de regreso en Roma, parece se había propuesto empequeñecerse, comprometer su prestigio por su equívoca actitud, fluctuaciones y escasa habilidad.

Aquí, para darse cuenta de la importancia de los hechos, conviene remontarse a la época en que Cornelio Nepote, su confidente íntimo, detrás del que creía ocultarse, vuelve a reunirse con él en Asia. Llevaba al ilustre general una mala noticia, la de su fracaso; a pesar de ese contratiempo, Pompeyo se hallaba en las condiciones más propicias en que jamás un aspirante al Poder se ha encontrado, sin exceptuar ni aun a Sila, y si hubiera tenido su ingenio y su resolución, se hubiera decidido sin retardo.

Disponía en absoluto de un poderoso ejército, como entonces todos, completamente adictos al jefe constantemente victorioso. La guerra, el arreglo de pretensiones y pleitos de una porción de ciudades, de villas, de pequeños soberanos, entre los que se constituyó juez, hizo afluir a sus manos inmensas riquezas. Su popularidad nada había perdido en su ausencia. Estaba seguro de hallar en Roma ese mismo pueblo que había visto, bajo el poder de Cinna, sacrificar tan fácilmente las libertades a sus rencores contra la nobleza; era dueño, en fin, de oponerse a los anarquistas como protector de la sociedad, o al del Senado como defensor de los derechos del pueblo, hollados por condenaciones arbitrarias y por los atentados contra la inviolabilidad de los magistrados; más de lo que necesitó César para pasar el Rubicón, y Pompeyo no era menos ambicioso. La prontitud con que acepta, dos años más tarde, el triunvirato para obtener una parte en el despotismo, prueba que si no le falta valor, obra sólo y en su único interés; no se atreve; tal es la explicación del licenciamiento de su cuerpo de ejército en Brindisi; acto puesto en las nubes antes y después, pero que no engaña a Catón.

Así se comprende la lentitud de su regreso, como apresurarse, cuando retrocede ante el objeto que ambiciona. Pudo desembarcar en Brindisi en el invierno y no llega hasta fines del otoño siguiente. De Oriente a Italia, su actitud es la de un hombre que busca en ese poder supremo, que deja escapar, una compensación en lo que la grandeza tiene de más efímero, el falso brillo y las adulaciones. Se retarda sucesivamente en Mitilene, en Rodas, en Atenas, visitando la escuela de los sofistas, asistiendo a los concursos poéticos, cuyo asunto es la gloria de Pompeyo, y en todas partes paga largamente a los griegos las lisonjas que le prodigan; por último, desembarca en Brindisi y licencia su ejército.

Las poblaciones le ovacionan a su paso, y aumentan su escolta, resueltas, según Plutarco, a secundarle en cualquier empresa. Le lisonjean en su amor propio y ambición. Se imagina entonces que la sociedad aspira a entregarle el Poder, y Roma le ve en la tribuna más obscuro y poco franco que nunca. Esta era su constante actitud enfrente de toda dignidad que ambicionaba y creía obtener. En esa gran ciudad, donde tantos partidos e intereses luchan, parece estudia el conciliarse todas las probabilidades de éxito no atacando a nadie: se esperaba que bosquejase su figura política y descorazona y enfría a todo el mundo.

Lo comprende, pero cuenta con la magnificencia de su triunfo para deslumbrar y atraerse al pueblo. El efecto no responde a sus esperanzas; entonces se aproxima al Senado; le había humillado por hacerse popular, y recientemente protestaba, por boca de Nepote, contra la ejecución de Léntulo y los demás lugartenientes de Catilina, y ahora aprovecha la primera ocasión que se le presenta para alabar altamente la firmeza de los padres conscriptos, y pone en las nubes a Cicerón y a su Consulado.

La energía, la influencia de Catón antes insultado y atacado en su nombre, le hacen ver un aliado, a quien hay que asegurar a cualquier precio, y pide a su enemigo de la víspera, la mano de su sobrina.

El objeto de sus evoluciones está visto. Si se escapa el Poder de sus manos, tiene aún más necesidad de obtener tierras para sus soldados y la rectificación de sus actos en Oriente. Pero el Senado no quiere favorecer los asuntos de un enemigo, y Catón le niega secamente la mano de su sobrina, por lo que a la fuerza se resigna y se dirige una vez más al pueblo.

Ahí al menos es probable el éxito; puede sobornar a los comicios. Toma el partido de comprarlos y designa para el Consulado dos candidatos de su elección; contaba

influir por ellos en el Senado, pero no pudo tener mano más desgraciada; elige a Metelo Céler, cuya hermana acababa de repudiar, y espiaba la ocasión de vengarse, y a una incapacidad notoria, aquel Afranio, que se deja más tarde acosar en España con su ejército en una posición que le obliga a entregarse o a morir de sed. En ningún tiempo la corrupción había dado tantas pruebas de ineptitud y de impudor. Se vió a Pompeyo en su jardín contar por sí mismo el precio de los contratos celebrados con los agentes de las centurias, y ese escándalo en nada le aprovecha; Metelo, lejos de secundarle, hace causa común con sus enemigos; Afranio no tiene influencia. Por la moción de Lúculo, el Senado, en lugar de ratificar en conjunto los actos del general en Asia, somete cada uno de ellos a un examen especial. En cuanto a las concesiones de tierras al Ejército, la negativa era peligrosa; la asamblea acepta el principio, pero suspende la aplicación, alegando la comprometida situación del Tesoro.

Pompeyo no ve en esas dilaciones más que un pretexto; impaciente por satisfacer a los soldados, toma el partido de hacer se proponga al pueblo por el tribuno L. Flavio una nueva ley agraria. Sin tener los peligros de la de Rulo, estaba tan mal planeada, que para sostenerla, Cicerón, unido entonces a Pompeyo por temor a Clodio, cambió toda su economía y dió igual parte a la plebe que a los veteranos; esos tanteos, la tibieza de los jefes populares, sensiblemente enfriados con su cauteloso aliado, la incapacidad de Afranio y la enérgica resistencia de la nobleza, secundada por Metelo Céler, consiguieron se rechazase la ley. En vano Flavio se atreve en el calor de la lucha a poner preso al cónsul; fue un escándalo en pura pérdida. Así, desde su llegada a Roma, el árbitro supremo de Asia había sido vencido en todo; en esta situación le halla César a su regreso de España.

X

Los Triunviros.

El Senado había humillado a un enemigo; vuelve a confiar en la restauración de su autoridad, pero nuevos contratiempos surgirían muy pronto y las cosas cambian de aspecto. Los caballeros no tardan en romper sus buenas relaciones con la aristocracia. Esos publicanos, en su propio interés, se unen a ella contra los anarquistas, y haciendo de eso un mérito, reclaman, como aliados que se creen necesarios, la reducción de los compromisos adquiridos por ellos como arrendatarios de los impuestos en Asia. El inflexible Catón se opone, y fracasan sus aspiraciones; es justicia, pero también imprudencia. La nobleza pierde parte de sus fuerzas en el momento de comenzar su lucha con César.

En cuanto llega a Roma el vencedor de la Lusitania, reclama los honores del triunfo; aspira además al Consulado; ya se conocen sus pretensiones. El éxito acababa de favorecerle en España cuando las Galias le abren las más vastas perspectivas. Graves acontecimientos llaman entonces la atención hacia esa provincia. Ariovisto y sus germanos acababan de poner el pie en ese país, aspirando a extenderse fuera de la Helvecia, en donde estaban estrechos; sus belicosas tribus se disponían a invadir en masa el mediodía de las Galias.

Italia se veía amenazada como en tiempo de los cimbros

y teutones; la ocasión era única, importaba aprovecharla. Se presentaba un obstáculo; era preciso solicitar el Consulado en persona, entrar en la capital y declararse candidato en un espacio de tiempo determinado, y admitido al triunfo, César no podía entrar en Roma; solicita dispensa, pero Catón se opone, y así gana tiempo; el plazo iba a expirar, cuando sacrificando el triunfo al Consulado, el vencedor de España entra de repente en Roma y se pone en regla en el último momento.

Tenía que contar con dos ambiciosos igualmente alerta, Craso y Pompeyo; unirse a uno era enajenarse al otro, puesto que se odiaban; César toma el partido de reconciliarlos y asociarse provisionalmente a su fortuna.

En cuanto a Craso no había dificultad; desde hacía mucho tiempo caminaba junto al ambicioso candidato; ávido de riquezas, sobre todo, cualquier parte en el Poder le prometía ventajas ciertas.

No era hombre para sacrificarlas a una cuestión de amor propio, y César le conocía muy bien.

Sobre Pompeyo tenía que hacer toda clase de esfuerzos; por fortuna para César, acababa de fracasar ante el Senado y el pueblo; tantas equivocaciones lo humillaban. Quería a cualquier precio tierras para sus soldados y la ratificación de sus actos en Asia. La combinación que le elevase al Poder, si no de derecho, al menos de hecho, prometiéndole satisfacer lo que más le interesaba, tenía necesariamente que ser bien acogida.

Tales eran las bases del tratado; se le ofrecía un poder colectivo, pero en parecidos casos, el mérito del hombre determina su participación, y Pompeyo tenía un carácter lo bastante vanidoso para contar con la mejor. En fin, el terreno estaba preparado, pues César había defendido constantemente las resoluciones que conferían al orgulloso general poderes y honores inusitados.

Se reconoce aquí la prodigiosa habilidad de César; en aquel momento el honrado Cicerón se cree más avanzado que nunca en la confianza de Pompeyo; se lisonjea de sustraerlo a toda influencia perniciosa; espera convertir a César y se dispone a acogerle como amigo, mientras que a su lado, casi a su vista, uno y otro, sin que lo sospechase, se comprometen mutuamente con Craso para sustituir en la República la acción de la ley por la fuerza.

César asegura su elección; sus contrincantes se limitaban a dos: Luceyo y M. C. Bibulo, que intenta engañarle y hacerle apoyar su candidatura. La trampa era grosera e hizo reír a sus expensas. César se une a Luceyo, escritor distinguido y de gran inteligencia. Entonces Bibulo toma su partido; estaba de acuerdo con la nobleza; la alarma era grande en ésta.

No pudiendo hacer fracasar a su más peligroso enemigo, le era preciso un cónsul a su devoción; se resigna a los mayores sacrificios y se cotiza, dando ejemplo Catón. César es elegido, como se esperaba, pero no Luceyo. Con su conciencia habitual, el pueblo, en vista de un contrato terminado, eleva al mismo tiempo y a la misma dignidad al defensor de los principios democráticos y al campeón del privilegio.

Este doble voto inaugura la lucha, que en seguida comienza. El Senado, obligado a sufrir a César, se apresura a quitarle la expectativa de un ejército; uno de sus primeros actos, antes de entrar en funciones los nuevos cónsules, es el de asignarles, como misión, al terminar su magistratura, la policía de los bosques y prados del Estado.

Las bases del triunvirato aún no estaban concluídas, pero después de la elección de César, el pacto se establece sin demora. Los coligados se comprometen a combatir toda medida política en oposición con sus intereses; los

hechos iban a determinar muy pronto el sentido y el alcance de su programa.

La nobleza acababa de entablar la lucha, e interesa mucho a los triunviros que resalte su mala voluntad. César se dirige a Bibulo; protesta de sus buenas disposiciones. Someterá al Senado y a su colega todas las medidas que reclama el interés público. Acogido secamente, comunica muy pronto a la asamblea dos proyectos de leyes agrarias. Una para el pueblo y otra para el ejército; en ellas se reconoce su tacto; para desarmar la única oposición, la sola palabra que teme, adopta una idea concebida y desenvuelta por Cicerón, la de aplicar a la adquisición de las tierras que han de repartirse entre los colonos durante cinco años de las provincias conquistadas por Pompeyo en Asia, e intenta al mismo tiempo conciliarse al gran orador.

Los dos proyectos ofrecían poca presa a una oposición seria; se trata en uno de la concesión a veinte mil familias pobres, que tuviese cada una por lo menos tres hijos, de tierras en Capua, en puntos próximos; ninguna de ellas podía exceder de tres fanegas, pues era tal la fecundidad del suelo, que daba cuatro cosechas al año. Era desembarazar a Roma de cien mil indigentes y poblar al mismo tiempo con hombres libres territorios entonces ocupados por masas de esclavos, pertenecientes a especuladores, a los que la República arrendaba el suelo. La medida, sin duda, disminuiría la renta del Estado, pero la libraba al mismo tiempo de la pesada carga de las distribuciones de trigo a una parte de la plebe.

En cuanto al segundo proyecto, el principio se había admitido por el Estado; se trataba únicamente de aplicarlo, y la medida, cuya iniciativa pertenecía a Cicerón, daba satisfacción a todos los intereses.

Una vez enterado el Senado de los dos proyectos, Cé-

sar solicita su aprobación y provoca el examen; no presentan ninguna objeción aparente, pero, a decir verdad, había una, el aumento de fuerza que su adopción prometía al osado legislador, pero todos se guardaron de alegarla; los padres conscriptos rechazaron los proyectos sin explicarse. Lo esperaba, y el verse obligado a acudir al pueblo entraba en sus miras; el terreno estaba elegido por él; tenía interés en promover una cuestión resumen de todas.

Se dirige a los comicios, después de asegurarse siete tribunos de los diez. A su cabeza figura Vatinio, hombre, según César, del que nada se obtiene sino por dinero. Se da la orden a la plebe de que lleve puñales bajo los vestidos; a los soldados de Pompeyo se les convoca en masa.

Por su parte el Senado había sobornado a tres tribunos.

La irritación llegaba al colmo entre sus miembros; convenía a César exasperarlos; dar ejemplo de la violencia, era autorizarla.

Reunidos los comicios, se vuelve a Bibulo y le conjura, en nombre del bien público, a que ayude a la adopción de medidas destinadas a aliviar al pobre y recompensar al soldado; después, sin conseguir nada, se dirige a la multitud y la impulsa a unirse a él para convencer a su colega.

El veto de los tribunos pagados por el Senado no era más que el suyo, todos lo comprendían; en esto, Bibulo, que se suponía enérgico, cree que ha llegado el momento de mostrarlo, y exclama, que jamás siendo él cónsul se aprobarán esos proyectos. César, siempre dueño de sí mismo, invita a Pompeyo y a Craso a explicarse. No tenían carácter público, pero la gente de guerra había llegado a ser poderosa. Pompeyo se declara favorable a esos proyectos. "Si se les ataca con la espada, tomaré la espada y el escudo para defenderlos." Craso los apoya; era demasiado para el irritable Bibulo. Así se le oye en seguida amenazar con la prohibición de toda asamblea de los comicios,

declarando feriados todos los días del año de su Consulado. Añade, en fin, que sabrá como augur, hallar en los signos del cielo medio de anular todo acto consumado en desprecio de sus protestas; no podía secundar mejor a César, que, siempre en calma, suspende los comicios hasta el día siguiente.

Se reúnen y se comprende la exasperación de la plebe y los soldados; Bibulo se había propuesto provocarlos. Llega rodeado de senadores, seguido de los tribunos oponentes; la muchedumbre les deja entrar hasta el templo de Castor y espera. Reitera sus protestas y apoya el veto formulado por los tribunos partidarios del Senado.

Inmediatamente, la multitud, furiosa, sube las gradas del templo y se arroja contra el cónsul, su séquito y los lictores, rompiéndoles las fascas. Bibulo, insultado, lleno de golpes y de inmundicias, le arrojan desde lo alto de la gradería; es preciso hacerle justicia, nada le hace vacilar, blanco de injurias, de proyectiles y de golpes, persevera y se niega a dejar su puesto; responde a esos furiosos que si lo matan, al menos su sangre caerá sobre la cabeza de César.

Catón, por su parte, se une a él, y más joven, más robusto, trata obstinadamente de abrirse paso hasta la tribuna. Rechazado muchas veces, ni amenazas, ni peligros le intimidan.

Por último, se les arroja con sus partidarios del Foro.

En fin, César entonces añade a cada una de sus leyes y hace votar estas dos disposiciones; la primera, constriñe a todo senador o magistrado adherirse en un brevísimo plazo a ellas, bajo pena de una enorme multa; algunos autores dicen que bajo pena de muerte; la segunda, impone a todo candidato a las funciones públicas el juramento de no provocar ninguna modificación en estos actos de la soberanía popular.

Bibulo intenta, con su invencible terquedad, renovar la lucha, proponiendo al día siguiente al Senado su anulación. La moción no fue apoyada; los bancos del partido aristocrático se quedaron desiertos en un momento, y la proposición cayó en el vacío por sí misma. Un anciano perteneciente a la mayoría en fuga, Considio, según se cuenta, se quedó retrasado en la Curia. César llega, y admirado del vacío que la desertión había dejado, pues deseaba imponer a la obediencia las formas de la libertad, mostró su sorpresa al anciano senador. "Tienen miedo a tus soldados," — responde Considio. — "¿Entonces cómo estás aquí?" — "Los pocos días que me quedan de vida, no valen tantos cuidados," — respondió el anciano. — Palabras dignas, pero tristes, confesión de decadencia y debilidad. La nobleza había creído hacer un acto de valor desapareciendo; era el único que tenía; no tarda en desmentirle con la adhesión en forma legal a las leyes por ella combatidas.

Desde entonces Bibulo se retira; encerrado en su casa, dice que observa los signos del cielo, y cuando su audaz colega toma la iniciativa de alguna medida, le denuncia algún obstáculo en la esfera celeste.

De vez en cuando, si la contemplación augural le deja algún descanso, escribe y hace fijar en sitios públicos, en forma de edictos, libelos en donde se da cuenta a la opinión de la ambición, vida pública y privada, de las debilidades y hasta de los escándalos imaginarios o reales de la adolescencia de César.

He aquí todo lo que la aristocracia, reconstituida por Sila, opone al genio más peligroso que le amenazara hasta entonces. Ejecuta, gobierna, prosigue su camino. Así los Cronistas de Roma suprimían a Bibulo y designaban los cónsules de aquel año con los nombres de Cayo y de Julio César.

Vista la debilidad del Senado, se pone a la orden del día

la ratificación en todo su conjunto de los actos de Pompeyo en Asia. Lúculo se opone de nuevo, pero le amenazan con una acusación fraudulenta, durante su campaña de Asia, por disponer de una parte del botín y de los tesoros, de la que debe dar cuenta al Estado; pudo devolver la amenaza, pero el partido vencido tuvo como él que inclinarse y guardar silencio. Pompeyo obtuvo la satisfacción que deseaba.

El momento de ocuparse de los publicanos había llegado, importaba asegurar su apoyo, además se le habían hecho promesas; se somete al Senado la proposición concediéndoles la disminución del importe de los arrendamientos, que habían solicitado. No encuentra otro oponente que Catón, siempre obstinado y a veces violento. Su táctica en los casos desesperados era impedir toda deliberación y seguir hablando a pesar de las órdenes de no continuar en el uso de la palabra dadas por los cónsules; sin duda recurrió a su sistema, pues se dice que César ordenó a uno de sus lictores llevarle preso.

En circunstancias análogas los tribunos del pueblo procedían así, en el Foro, hasta contra los cónsules, porque la autoridad era durísima en ese país, que daba al padre el derecho de vida y muerte sobre sus hijos. Esta fue la ocasión de un movimiento generoso y hábil de la asamblea.

Se levantó como un solo hombre, dispuesto a seguir al orador y sufrir la prisión con él, pero no obtuvo ventaja alguna sobre César; sabía contenerse a tiempo y dió contraorden. En cuanto al Senado, satisfecho, asustado tal vez del valor de que había dado pruebas, y juzgando suficiente su esfuerzo se muestra dócil, y los publicanos vencen.

Cumplidos sus compromisos, César se ocupa de sí mismo. Compra al tribuno Vatinió, a cuya propuesta se le concede por el pueblo, durante cinco años, a pesar de la obstinada resistencia de Catón, un gobierno y un cuerpo

de ejército: la Cisalpina, la Illiria y tres legiones, lo suficiente para tener a Italia a raya, y esa medida, sin duda alguna se tomó de acuerdo con los triunviros, en interés de su poder; esto no era más que un medio para lograr el fin que se proponía, César aspiraba a algo más; lo que quería era el vasto campo de batalla de las Galias, más allá de los Alpes, el único que el universo le ofrecía entonces: la guerra, la victoria con todo lo que da, la abnegación del soldado y por él el imperio del mundo. Así, entre tanto, ofrece a Pompeyo la mano de su hija. Hermosa, exquisita, perfecta, Julia no tenía aún veintitrés años. Su pretendiente se acercaba a los cincuenta; era novia del joven S. Cæpión; no importa, el negocio se realiza. Una vez Pompeyo enamorado de su esposa, César obtiene del Senado, con el concurso de su yerno, el gobierno de la Transalpina y nuevas fuerzas.

Los padres conscriptos temieron, según dice, que la negativa de su parte fuese nueva ocasión para el pueblo de invadir sus atribuciones. El hecho es que, a ejemplo de Bibulo, los adversarios más ardientes de César se abstienen de concurrir a la Curia. Tenía, por supuesto, parciales, y su número aumentaba por su ascendiente y medios pecuniarios. Las conciencias se hacían cada vez más manejables a su alrededor.

Su Consulado ofrece singulares contrastes, veleidades de reforma, exacciones de todas clases, tendencias hacia el buen gobierno y la irresistible acción de la corrupción contemporánea. Así somete el poder a la vigilancia de la opinión, publica sus actos día por día. Hace adopte el pueblo diversas leyes de interés general: una aplicable a la administración de las provincias, otra al crimen de concusión; las dos tienen por objeto favorecer a las ciudades, reprimir las exigencias, la codicia de los gobernadores; y en esta misma época dispone del dinero del Estado como de

cosa propia, retira del Capitolio tres mil libras de oro, y si damos crédito a Suetonio, las sustituye con bronce dorado; es algo difícil admitir el innoble expediente que le atribuye su biógrafo.

Vende su protección por cuenta sin duda del triunvirato y el título de amigo o aliado del pueblo romano; pide, por ejemplo, seis mil talentos por apoyar las pretensiones de un Tolomeo a la Corona de Egipto; por supuesto, lo mismo hacían los padres conscriptos, al suceder en su influencia, el triunvirato sucede también en los provechos; había nada más que un cambio de personas; la plebe hallaba, como en lo pasado, su cuenta en el sostenimiento de los precedentes que databan del gobierno de la nobleza. Sus sucesores prodigaban a la multitud los juegos, las fiestas, los espectáculos, las distribuciones de trigo, moneda corriente que se les arrojaba desde remota fecha.

Podían decir: el Estado somos nosotros; se habían prometido el secreto al coligarse, pero los hechos los traicionaron; mostraban la unión organizada por César y los cambios que se habían realizado en las regiones del Poder. Los militares habían sucedido a la aristocracia; allí residía de hecho la autoridad. La nobleza, reducida al papel de poder caído, se convertía en oposición. Así, todos los descontentos se inclinaban a ese lado como hacia un aliado natural, imitándole y absteniéndose de obrar. La resistencia parecía imposible, nadie osaba ir tan lejos. Un hombre, Bibulo, se había constituido, si no en campeón, al menos en su órgano oficial. Anunciados en forma de edictos, sus libelos daban a la multitud de descontentos, pero intimidados, la triste satisfacción de leer en las murallas de Roma lo que se atrevían a decir muy bajo y sin testigos. La joven aristocracia, más ardiente que los veteranos de la nobleza, se limitaba a mostrar en las casas de sus amigos su indignación y su cólera.

Esas disposiciones ganaban hasta la plebe, que sentía el peso del soldado y tenía miedo. En el circo, en el teatro, esos grandes puntos de reunión donde todos se encontraban confundidos, mostraban su mal humor sin peligro alguno. Allí, las hechuras de los amos de Roma eran silbadas y escarnecidas; a éstos no se aventuraban a atacar los, pero se acogían con avidez todas las alusiones ofensivas para Pompeyo; a César mismo se le acogía con frialdad.

Algunos aduladores les aplaudían o protestaban por el silencio de la multitud; el joven Curión, que daba el tono a los opositoristas de su edad, era acogido con bravos calurosos. ¿Qué había aquí de profundo, de serio?

Algunos años después Curión se vendía a César y la muchedumbre persiguió a sus asesinos.

Esas genialidades de la opinión pública molestaban a los triunviros; trataron de revocar la ley Roscia, que reservaba a los caballeros un puesto de honor en el circo porque aplaudían a Curión; las distribuciones de trigo iban a suspenderse, al menos se extendió el rumor. El más mortificado en su amor propio de los triunviros fue Pompeyo; este antiguo ídolo de la opinión no pudo contenerse. Tuvo la idea de arengar al pueblo, y la acogida que le hizo le desconcertó. Jamás se había presentado en el Foro orador tan abatido y humilde. César no fue más feliz. Trata de excitar a la multitud contra Bibulo, y el silencio fue abrumador. Vatinius quiso probar su celo en esta ocasión; corrió a sitiar su casa y se entregó a los más culpables excesos sin la intervención de sus colegas.

El incidente no era propio a realzar al triunvirato. Pompeyo acaba por entregarse al desaliento más profundo; el éxito lo hubiera justificado todo. La posición se hacía crítica; tenía escrúpulos y manifestaba en la intimidad su deseo de retroceder en el camino emprendido.

Su actitud era tal que César se alarma; aquí es preciso decir en su perjuicio que el hombre de genio favoreció indignas maniobras que terminaron en un asesinato, únicamente por persuadir a Pompeyo que la nobleza quería su vida.

He aquí de los medios de que se valió Vatinió, que fue instruído en todos los antecedentes.

Nada le detenía; hasta pegaba a su madre, según dice Cicerón. El tribuno fué a buscar a Vettio, ese desventurado denunciador de César; sobornarle era cosa sencilla, el medio conocido, así que pronto estuvieron de acuerdo; convenido el plan, Vettio se insinúa en la familiaridad de Curión; finge participar de su odio al triunvirato, y después le confía el proyecto que tiene para deshacerse de Pompeyo. En realidad, se proponía atacar al triunviro en el Foro a la cabeza de esclavos que llevasen armas ocultas, hacerse traición por alguna torpeza y que le detuvieran, y entonces confesar, acusando a Curión y a otros nobles por haberle incitado al crimen; por su desgracia, el joven concibe sospechas; le hace saber a su padre lo que se prepara; éste se lo cuenta a Bibulo, y los dos advierten a Pompeyo.

Se arresta a Vettio; conducido ante el Senado, imprudentemente niega primero con gran descaro sus confianzas con el joven Curión; después, aprovechándose de la ocasión que parece se le escapa, se declara dispuesto a hacer revelaciones bajo promesa de impunidad; se la conceden, y entonces declara que cierto número de jóvenes nobles, Curión, E. Paulo, Cæpión y Léntulo, entre otros, han ideado la conjura contra Pompeyo.

Paulo, a quien acusa, estaba de cuestor en Macedonia, y Curión no tuvo que hacer mucho para confundir al miserable. Se le envía a la prisión.

Al día siguiente Vatinió hace comparecer al prisionero

ante el pueblo; Vettio repite sus declaraciones de la víspera, pero con variantes inexplicables, suprime ciertos nombres y los reemplaza con otros. Uno de los Lúculos, Domicio y Cicerón figuran, ya abierta, ya veladamente, en el número de sus instigadores; a esas indicaciones acaba por añadir otras nuevas, después de ponerse de acuerdo con Vatinio, todo tan torpemente dispuesto, que el concierto entre el delator y su cómplice se hace patente; la farsa se volvió contra sus autores. Vettio aquella noche perece en la prisión de muerte violenta. Cicerón imputa la muerte a Vatinio; a nadie se persiguió.

La impresión fue deplorable, por dicha, para el triunvirato; el ejército estaba a pocas jornadas de Roma, y nadie se atreve a protestar, pero todo poder que se impone es receloso. La inquebrantable firmeza de Catón, la elocuencia de Cicerón y hasta sus sátiras les habían ya señalado como peligrosos. El gran orador no se contenta con rechazar los avances de los que trataban de sobornarle, sino que, en el calor de la improvisación, ataca al régimen inaugurado por los triunviros. Tratan de perderlo y desembrazarse de Catón, alejándolo.

La ejecución de Léntulo y de sus cómplices no podía justificarse más que por razón de Estado. Un tribuno del pueblo protestó en nombre de la ley; el enemigo personal de Cicerón había jurado perderlo; era aquél Clodio, sorprendido durante la noche en casa de César, espíritu desordenado, pero terco; lleno de recursos y dotado de la palabra ardiente que arrastra a las masas, ese hombre, que por una especie de instinto César había salvado y Craso sustraído a la justicia, se hallaba en su poder; no podía oponerse a Cicerón y a Catón, las dos eminencias del Senado, más poderoso adversario.

Quería vengarse porque le habían entregado a los tribunales de justicia; con ese objeto aspira al tribunado. Los

triunviros le ayudan. De origen patricio, su aristocrática familia se oponía a que pasase por adopción a las filas del pueblo, y ese cambio era la condición necesaria de su candidatura; César y Pompeyo lo consiguen, y contra lo prescripto en la ley, lo adopta un cierto Fonteyo, más joven que Clodio, casado y padre de muchos hijos, y éste consigue el tribunado.

Antes de obrar, César renueva sus ofrecimientos al gran orador; trata de atraérselo concediéndole un mando superior en su ejército; pero lo que no se comprende, interviene Pompeyo, asegura secretamente a Cicerón, con todas las exterioridades de la benevolencia, que Clodio nada intentará contra él, y por lo tanto, rehusa las ofertas de César: el tribuno puede contar con su víctima.

Tomando aún más precauciones, los triunviros impulsan al Consulado dos hombres completamente adictos a sus personas, Gabinio y el suegro de César, Calpurnio Pisón. Ambos son elegidos.

Unicamente votan soldados y esclavos, en el sentido propio y figurado de la palabra. La masa de ciudadanos ni siquiera se presenta en el Foro.

XI

Clodio.

Apenas el Consulado de César termina, cuando dos pretores, C. Memmio y L. Domicio, entregan al Senado la relación de sus actos, pidiendo su anulación. La asamblea desiste, y la moción no produce resultado. Un tribuno, L. Antistio, se constituye al mismo tiempo en su acusador. Pero la ley prohíbe se persiga judicialmente a todo magistrado en ejercicio, y César era procónsul; invoca este derecho y toma la ofensiva, sin mostrarse querellante, pues tiene a Clodio a su disposición. Las pasiones indomables del tribuno, su odio a Cicerón, a Catón y al Senado responden de él; basta con dejarle entregado a su impetuosidad natural. Los dos cónsules tenían orden de ayudarle; Gabinio, intrépido y astuto, formado en la escuela de Catilina, sin escrúpulos y sin miedo; el otro, Calpurnio Pisón, pesado y grosero epicúreo, menos emprendedor, pero no menos perverso, dispuesto a ir de frente con su colega por la vía que les trazasen. Los tres debían suplir la insuficiencia y remediar los desfallecimientos de Pompeyo, reconciliarle con su conciencia, cargando con todas las responsabilidades y evitando se comprometiera.

Clodio comienza las hostilidades; impide que Bibulo, que se presenta en el Foro para explicar ante el pueblo los actos de su Consulado. El turno de Catón y Cicerón debía

venir en seguida. César no quería salir de Roma hasta que esos dos grandes sospechosos fuesen alejados de la Ciudad Eterna.

El tribuno tiene a sus espaldas el ejército de César, que estaba dispuesto a sostenerle, o lo proclamaba al menos.

Además cuenta con los malhechores, tan numerosos en Roma; la gran ciudad encerraba masas tumultuosas de artesanos y gente de los oficios. Sus asociaciones habían sido disueltas por Sila, por constituir un peligro para la paz pública.

Clodio las restablece y organiza otras nuevas. Por ellos, amo de la calle, espera dominar a la nobleza.

Es preciso pagar esta fuerza; las cajas del Tesoro público se abren por los cónsules, y como tienen una reserva destinada a la compra de tierras para los pobres y para los soldados, la ponen provisionalmente a su disposición. Tratos de todas especies permitieron bien pronto asalariar el desorden. Al mismo tiempo que prodigaba las distribuciones de trigo a la plebe, el tribuno trafica con su crédito en Roma, en las provincias, con los aliados y con los pueblos que aspiran a serlo. Estados, coronas, privilegios, inmunidades, todo para él es ocasión de sacar dinero; vende hasta uno de los templos más venerados en Asia, el de la buena diosa, a Pessinonto, con todos sus accesorios, soberanía pontifical, territorio, rentas y súbditos.

Esa clase de expedientes *financieros* toma tal incremento, que al terminar su magistratura y hecha deducción del salario de sus bandas sediciosas, conserva aún tan numerosos créditos sobre diversos Estados o soberanos de Asia, que toma el partido de irse allí para abreviar los cobros, solicitando del Senado lo que se llamaba en Roma una embajada libre, es decir, el carácter oficial, para con su ayuda activar sus asuntos en las provincias con el prestigio de la autoridad.

Al mismo tiempo que vendía todo lo que hallaba comprador en Roma y fuera de ella, el tribuno despejaba el terreno, separando los obstáculos de naturaleza a detenerle; así, a su propuesta, el pueblo, o la masa de asalariados a que daba este nombre, prohíbe a los magistrados suspender las operaciones de los comicios bajo pretexto de la contemplación de los signos celestes. Las leyes prohibitivas de toda acción de los poderes legislativos durante los días feriados se modifican, lo que equivale a su derogación. El derecho del veto, ese privilegio de los tribunos, se restringe en el caso de una proposición de ley presentada por otro ciudadano que no fuera tribuno, y por un retroceso de Clodio sobre sí mismo, se limita la autoridad de los censores.

Ejecutado todo esto en un momento, el tribuno se ocupa de Catón; si este enérgico espíritu se ve obligado a doblegarse, a salir de Roma, Cicerón se sentirá más débil y el Senado sin valor. La ironía más amarga preside a las medidas adoptadas contra el estoico.

Considerarle como el agente oficial de una escandalosa expoliación, era un refinamiento digno de la época; así se le encarga desposeer a un monarca, amigo, aliado de Roma, Tolomeo, rey de Chipre, apoderándose de sus Estados, de su dominio público y privado y de sus tesoros. La virtud de Catón es, según Clodio, la única a la altura de tal prueba. Por ese sarcasmo responde a su renuncia. En vano protesta; se dicta una ley que le prescribe al mismo tiempo levantar el destierro a cierto número de sediciosos de Bizancio condenados a destierro por el pueblo de esta ciudad; habían ganado la partida contra Catón, éste cumplirá lo ordenado.

Viene en seguida el turno de Cicerón. Clodio formula y publica un proyecto de ley, negando el agua y el fuego al que hubiera castigado con la muerte a un ciudadano sin la

previa condenación ratificada por el pueblo. No figuraba el nombre del gran orador, pero nadie podía engañarse; contra él se dirigía el golpe, a pesar de las protestas de Pompeyo. Cicerón se puso de luto, lo que después se ha vituperado; ¿pero qué resistencia podía oponer? Ni sus más entusiastas amigos se atrevieron a hacer más.

Los caballeros se ponen también de luto, a su ejemplo, y el Senado no tarda en imitarles. El resultado fue precipitar la crisis y exponerle a los insultos de la multitud pagada por el tribuno.

Todo el orden ecuestre, la mayoría del Senado, una parte de la joven nobleza, fué a ver a los cónsules para interesarse por Cicerón; Pisón cierra su puerta y Gabinio los insulta.

El día en que los senadores disponen ponerse de luto, este último convoca a la plebe, y de lo alto de la tribuna declara que son muy simples los que se dejan imponer por esa corporación anticuada, y amenaza al mismo tiempo a los caballeros el hacerles pagar el haber tomado las armas y el concurso que prestaron al Poder senatorial contra Catilina y sus parciales; después dicta, por su propia autoridad, una sentencia desterrando a uno de ellos, S. Lamia, que había trabajado en favor de Cicerón; en fin, su colega y él rompen el decreto del Senado y le ordenan se despoje de sus vestidos de duelo.

Clodio, poniéndose en condiciones de obrar, convoca a los comicios fuera de Roma para dar a César, a quien su mando militar prohibía la entrada en la ciudad, medio de asistir a la asamblea. Tuvo cuidado de invitar a los nobles más opuestos a la proposición; era una asechanza. Apenas se muestran, les asalta su gente asalariada; a Hortensio se le retira sin conocimiento y Vivieno queda muerto allí mismo.

Se presenta la ley. Pisón y Gabinio recomiendan se

adopten y hablan contra la ejecución de los cómplices de Catilina.

César hace resaltar, después de los cónsules, la ilegalidad de la medida: "Lamentando—dice—que se vuelva a tratar de un hecho consumado.". La ley pasa, y espera para alejarse a que dé sus frutos.

El desenlace se aproxima; una comisión de los principales del Senado se acoge fríamente por Pompeyo; en vano le conjuran a favor de un antiguo amigo; el triunviro aleja que no tiene carácter oficial para intervenir, y los envía a los cónsules, cuya opinión no es un secreto para nadie; se dirigen, sin embargo, a ellos. Gabinio responde con el insulto; Pisón con la ironía; no depende más que de Cicerón el salvar una segunda vez a Roma resignándose al destierro; añade que ni su colega, ni él, ni César, abandonan a Clodio.

Cicerón intenta un último esfuerzo; va a ver a Pompeyo, que se disculpa con César, y según otros, huye por una puerta oculta.

Quedaba el resistirse; ¿pero con quién y cómo?

Hacía un año que todos temblaban ante los triunviros; el destierro era el único partido que podía tomarse. Cicerón salió de Roma.

César también se aleja, y Clodio, por su parte, no pierde un momento. Correspondía al juez aplicar la ley que el tribuno había obtenido, pero halla más sencillo se dicte otra para condenar a su enemigo; estaba seguro de que apelaría ante el pueblo; así, una pretendida acta legislativa corta de raíz todo debate, priva del agua y del fuego al gran orador, confisca sus bienes, ordena la demolición de su casa, prohíbe darle asilo y autoriza matarle al que le sorprenda a menos de cuatrocientas millas de Roma; después, en el mismo acto, una ley concede a Pisón el gobierno de Macedonia y a Gabinio el de Siria, dos de las más



ricas provincias de la República; era el precio de su curso.

El mismo día, la casa del ilustre condenado se invade, se entrega al saqueo. Clodio lleva el hierro y el fuego; los dos cónsules le ayudan, y cada uno tiene su parte en el botín; para Pisón las hermosas columnas de mármol que adornan el edificio; para Gabinio las casas de campo del desterrado, las estatuas, los objetos de arte, las plantas raras y los árboles de valor.

Por la noche festejan los tres su victoria con un banquete.

Mas esto no basta al tribuno; persigue a la mujer de su enemigo, pero se refugia con las vestales; trata entonces de apoderarse del hijo; ese furioso busca la venganza hasta sobre un niño.

En fin, después de haber mandado demoler la casa del ilustre desterrado, para impedir toda posibilidad de la restitución del suelo consagra al culto la parte más importante, y le eleva un monumento religioso. Puede facilitar la estatua de una cortesana griega, y la convierte en diosa de la libertad, instalándola en el santuario; se hace adjudicar el resto de terreno, y construye una casa para él; una vez a gusto, solicita de un vecino que le ceda el edificio colindante con el suyo; aquél rehusa y le declara que no le cederá mientras viva. A los pocos días muere envenenado; la sucesión se abre, la finca se pone a la venta y Clodio la compra.

Pompeyo ve todo esto y deja hacer. Contaba con el poder supremo en Roma en la ausencia de César, pero sin título oficial, sin fuerzas a su disposición, y añadimos, sin iniciativa y sin habilidad; se sentía anulado.

Clodio obraba y para nada tenía en cuenta su persona y pretensiones; no puede decirse si el triunviro estaba despechado o si quiso imponerse como superior; pero segu-

ramente esas dos naturalezas tenían que chocar. Entre el orgullo, la reserva estudiada y el carácter cauteloso de uno, y la impudencia, la familiaridad irónica y las pasiones indomables del otro, el acuerdo era imposible; muy pronto riñeron, el tribuno toma la ofensiva, la discordia era su elemento.

Pompeyo había traído de Asia un prisionero de raza de príncipes, el joven Tigranes, y le tenía bajo la custodia de un confidente. Clodio roba el cautivo. Entonces Pompeyo intenta recobrarle a la fuerza, pero la tropa que había reclutado a este efecto sale derrotada; su adversario era maestro en ese género de luchas.

Declarada la guerra, continúa con las mismas armas, y para disputar el terreno a las bandas del motín, el ilustre capitán se ve reducido a reclutar, como su antagonista, entre las gentes sin voto, en las tabernas y en los lupanares de Roma; pero después de tantas victorias, es constantemente vencido. En fin, Clodio intenta asesinarle. Se sorprende a un esclavo del tribuno en los alrededores del Senado con un puñal oculto bajo sus vestidos; cogido e interrogado, confiesa que su amo le ha apostado allí para dar el golpe. El instigador era inviolable; Pompeyo renuncia a una lucha desigual, se encierra en su casa y se fortifica; muy pronto le sitia su enemigo; entonces uno de los cónsules, avergonzado, Gabinio, da la batalla a las turbas del agresor y las pone en precipitada fuga. En cuanto a Pisón, había tomado partido por Clodio; las fascas de sus lictores fueron hechas trizas en la pelea.

Vencido por la primera vez en su propio terreno, se apodera del demagogo una especie de vértigo, y para vengarse, imagina despojar a Gabinio de todos sus bienes, consagrándoles a los dioses infernales en forma de anatema; convoca al pueblo, y en su presencia pronuncia, con la cabeza velada y los brazos extendidos sobre una ardien-

te hoguera, las imprecaciones del antiguo ritual tomado de los etruscos.

Pero en seguida sus propios bienes son también consagrados en la misma forma por un chistoso, el tribuno Ninio, amigo de Cicerón.

Combatido y parodiado, era un doble fracaso; Clodio parece entonces menos temible; se respira; la sociedad, por encima de todo, necesita tranquilidad, seguridad y goces. Sin remontarse alto, sin preocuparse de las causas, los intereses materiales agradecieron a Pompeyo que hiciese frente al enemigo del reposo público. A la irritación contra el poder militar sucede la necesidad de ser protegido por él; la intranquilidad en la calle, la suspensión de los negocios y de los placeres obraron este milagro.

Las elecciones consulares no tardaron en confirmarlo. La elección de los comicios no tuvo nada de hostil para el triunvirato; el antiguo lugarteniente de Pompeyo, Metelo Nepote y Léntulo Espinter obtienen la mayoría.

Los amigos de Cicerón, ya con más valor, hablaron de levantarle la pena de destierro, y Pompeyo acoge la idea; asociarse a esta gran separación, quitar a Clodio su víctima, era a la vez vengarse, conciliarse la opinión, atraerse a los caballeros y al Senado herido en la persona del elocuente desterrado; era, en fin, procurarse el apoyo de una poderosa palabra. Aquí, el odio y el interés produjeron en el triunviro los efectos de la conciencia y de la habilidad.

Sin embargo, las ideas no se producían claramente en ese espíritu indeciso, y el asunto tiene que meditar y exige tiempo; quiere la adhesión de César, a quien, por su parte, teme el Senado. Los amigos de Cicerón tantean el terreno, la primera vez sin resultado; en fin, César se considera lo bastante fuerte para no castigar con rigor, y consiente. Su primera campaña fue una serie de victorias sobre las dos más temibles razas del Norte; los helvecios

y los germanos lo elevaron de tal suerte, que perdió todo temor.

Mientras Pompeyo lucha trabajosamente en la calle contra un insensato, César combina y ejecuta con firmeza, vigor y rapidez, caracteres de su genio, una serie de operaciones que prometen asegurar en adelante a Italia contra la invasión de los bárbaros. Jamás había visto Roma marchar la guerra a tal paso, unir tanta prudencia a tanta audacia. No nos compete extendernos aquí sobre esa prodigiosa conquista de las Galias.

Algunos rasgos bastan para hacer comprender la impresión producida por esas maravillas.

Apenas llega a la Cisalpina, organiza dos nuevas legiones, y mientras se preparan para la guerra, se apresura a franquear los Alpes; acababa de tener noticias que, realizando sus proyectos de invasión, la población entera de los helvecios se dirigía a las Galias, por la orilla del lago Lemán, en número de trescientas cuarenta mil almas, que contaban con más de noventa mil guerreros. La cabeza de sus grandes columnas estaba cerca de Ginebra, ciudad fronteriza de los alóbroges, súbditos de Roma. César se establece en ese punto. Allí los jefes de los emigrantes le reclaman el paso por la provincia romana; no tenía nada más que una legión que oponerles; obra de manera a ganar tiempo; destruye el puente del Ródano; manda construir en su ribera derecha, entre el río y la montaña, una serie de obras defensivas, que le ponen en condiciones de impedir, con las pocas fuerzas de que dispone, el paso a esa masa de bárbaros; les obliga así a internarse, con la gran impedimenta de sus bagajes, en las pendientes y en los desfiladeros del Jura; después debían encontrar el Saona. Había calculado el tiempo necesario a esas multitudes para llegar y franquear este río; vuelve a pasar los Alpes con su rapidez habitual, y va a la Cisalpina y une a sus nuevas le-

vas otras tres que saca de Aquilea; después vuelve sobre sus pasos, al través de las montañas, a pesar de la estación y de los naturales. Llega a punto para tomar, a la cabeza de unos treinta mil infantes y alguna caballería de las Galias, posiciones entre el Ródano y el Saona, no lejos de su confluente. Los helvecios atravesaban penosamente este río con ayuda de balsas y de algunas barcas; espera que las tres cuartas partes de sus fuerzas lo hayan franqueado; corre entonces a sorprender esos restos de la retaguardia, los ataca y destruye; atraviesa en veinticuatro horas ese curso de agua, en el que habían invertido los bárbaros veinte días; les sigue la pista, acampando todos los días a poca distancia del enemigo, y adiestrando a sus soldados para la guerra contra esos hombres temibles, que orgullosos de haber vencido siempre a los germanos y hecho pasar bajo el yugo a un ejército romano, aspira a la supremacía en las Galias.

Se presenta, en fin, la ocasión de atacarles con ventaja; entonces los da la batalla, les aniquila por completo, y obligándoles a volver a sus montañas, cierra la barrera a las invasiones germánicas.

Viene luego el turno de Ariovisto y de sus ciento veinte mil germanos, llamados a las Galias por los secuanios, entonces en guerra con los eduos; esos bárbaros, después de haber asegurado la victoria a sus aliados, se apoderaron de una parte de su territorio e invitaban a las poblaciones situadas después del Rhin a invadir el resto. Oprimidos igualmente por ellos los eduos y secuanios, suplicaban a César los salvase. La ocasión era buena, y el vencedor de los helvecios no era hombre de dejarla escapar. Proteger para avasallar era la política de Roma, e importaba mucho no dejar a los germanos establecerse cerca de su provincia. Los rumores esparcidos respecto a la talla, fuerza e irresistible impetuosidad de esos hombres del Norte, ha-

ban propagado siempre el terror en los ejércitos romanos. César les reprocha ese momento de debilidad, de desconfianza en él y en sí mismos; les tranquiliza con su serenidad; marcha contra el enemigo, y después de algunas escaramuzas, presenta la batalla a esos colosos. Gracias a sus hábiles disposiciones, los derrota, a pesar de la enorme desproporción del número, los aniquila, obligándoles a huir, persiguiéndoles hasta las orillas del Rhin, donde perecen la mayor parte de los que se escaparon al hierro del vencedor. Aterrorizadas las masas bárbaras, que se disponían a pasar el río para reunirse con el jefe germano, se dispersan y vuelven a sus bosques.

César, como se comprende, podía en adelante contar con el soldado.

Apenas llega a Roma su consentimiento para que se levantara el destierro a Cicerón, Clodio se enfurece y su odio cambia de objeto, y con su violencia habitual jura perder a César e intenta explotar el miedo y los rencores del Senado; después de haberle insultado y humillado, le tiende la mano y se declara dispuesto no sólo a llamar, sino a traer a Cicerón a Roma, si es preciso, sobre sus hombros. Al mismo tiempo reclama la anulación de los actos de César, y así intenta quitarle el mando de su provincia y del Ejército. A este efecto reúne al pueblo: convoca ante él a los augures y a Bibulo. Pregunta a los primeros: ¿toda la ley votada mientras uno de los cónsules observa los signos del cielo, no es nula? La respuesta de los primeros es afirmativa. Se dirige después a Bibulo demandándole si no consultaba al cielo en el momento en que se votaban las proposiciones de su colega. Bibulo reconoce el hecho; añade que su declaración se aplica especialmente al plebiscito, en virtud del cual Clodio había pasado a las filas del pueblo; así hacía resaltar la nulidad de la adopción y de la elección de este último.

Rechazado por la aristocracia, el tribuno varía de sistema, y como la ley que condenaba a Cicerón al destierro contenía la prohibición expresa de volver sin la expresión manifiesta de la opinión del pueblo, corre a fijar esa disposición en las puertas de la Curia. Sin tener en cuenta que el tribuno Sextio reprodujo la proposición que él había ya hecho de volver a llamar al ilustre desterrado.

El tribunado de Clodio tocaba entonces a su fin, pero el temor que inspiraba ese demagogo era tal que se suspendió el término. En fin, los nuevos cónsules, una vez en funciones (697), Léntulo Espinter uno de ellos, incluye la proposición en la orden del día y se elabora un proyecto para someterle al pueblo.

Clodio, ya sin autoridad, no le queda otro recurso más que el motín. Le organiza aumentando sus bandas sediciosas. Así el día señalado, uno de los tribunos favorables a la proposición, Fabricio, se dirige antes del amanecer al Foro para tomar posesión de la tribuna y mantenerse allí con las fuerzas reunidas por él. Clodio se había anticipado, y sus tropas se arrojan sobre las del tribuno; más numerosas, más ejercitadas, pronto obtiene la ventaja, matando o hiriendo a todos los que la resisten; caza y destroza a los recién llegados. Uno de los colegas de Fabricio acude para apoyarle a la cabeza de cierto número de amigos. Embriagadas con la sangre las hordas de la revuelta, se precipitan sobre ellos y la matanza vuelve a empezar.

Obedeciendo a la orden de su jefe, buscan sobre todo al hermano de Cicerón, Quinto, que servidores abnegados cubren con su cuerpo, viéndose reducido a permanecer inmóvil entre los cadáveres. Por su parte, el autor de la proposición, Sextio, cae acribillado de golpes; se finge muerto, lo que le salva.

El Foro estaba inundado de sangre; las cloacas de Roma llenas de cadáveres. Clodio triunfa, pero la muerte

de Sextio, cuya noticia corre por todas partes, le inquieta; se trata de un tribuno inviolable; para procurarse una compensación e imputar a sus adversarios un hecho de la misma naturaleza, toma el partido de hacer degollar uno de sus parciales, al tribuno Q. Numerio, pero éste, advertido a tiempo, se esconde, evitándole este nuevo crimen.

Mientras que se le busca por todas partes, Clodio persigue lo que le conviene; incendia el templo de las Ninfas; el edificio contenía los archivos del Tesoro público, y el audaz demagogo tenía sus razones para hacerlo desaparecer.

De allí las bandas de incendiarios van con él a sitiar las casas del pretor Cecilio y T. A. Milón, uno de los tribunos más adictos a Cicerón; pero en todas partes se disponen a la defensa; llegan socorros y rechazan a los asaltantes; cogen, entre otros, a algunos gladiadores; pertenecían a Clodio, que declaran haber obrado por sus órdenes.

Tantos crímenes exigían un escarmiento ejemplar; el interés general lo reclamaba. Milón acusa al culpable. Podemos darnos cuenta del estado de las costumbres, considerando que tres de los primeros magistrados de la República, un cónsul, un pretor y un tribuno se unen para dificultar la persecución de Clodio. El cónsul Metelo Nepote, opuesto a Cicerón, y el pretor Appio, hermano de Clodio, prohíben por sus edictos citarle en Justicia. Mientras tanto, el tribuno Serrano conseguía se evadiesen los gladiadores sorprendidos con las armas en la mano; el objeto era llegar al día en el que el gran criminal, que solicitaba la edilidad, se hiciese elegir a fuerza de dinero, y así escapaba a toda clase de persecuciones.

Constantemente amenazado por él y sin poder conseguir justicia, Milón tuvo que proveer a su seguridad; no

tenía más que un medio, oponer a las bandas de Clodio otras reclutadas entre todo lo que Roma encerraba de peligroso. Pompeyo dió el ejemplo, él lo sigue, pero con más energía. Rico, activo, intrépido, está muy pronto dispuesto a disputar con ventaja la calle al enemigo. Curado de sus heridas, Sextio toma el mismo partido. A eso habían quedado reducidas las gentes honradas; la autoridad, con frecuencia, no podía más que llamarles a su socorro.

Asegurado con este apoyo, el Senado da pruebas de resolución. La nulidad del acto que castigaba a Cicerón con el destierro, era evidente. Los padres conscriptos se determinaron a llamarle por un decreto. Entonces Clodio redobla su audacia e imprime a la agitación en las calles un carácter más espantoso que antes. Fue preciso volver a la idea de someter la proposición a los comicios, y el llamamiento de todos los buenos ciudadanos de la península se juzga indispensable. Pompeyo tuvo que recorrer los municipios, las colonias, para estimular el celo de los amigos del orden y asegurarse el concurso de los veteranos que por la ley de César estaban establecidos en los alrededores de Capua. Por su parte, el cónsul Léntulo anuncia juegos, espectáculos, medio seguro de atraer hasta los más tibios a Roma; todo esto fue preciso al pueblo rey para dar cuenta de un miserable.

Estas medidas obtienen éxito completo; el día indicado se reúnen los comicios. Nunca el campo de Marte había visto parecida afluencia; tal era, que Clodio tuvo que abstenerse de todo proyecto criminal. Su desvergüenza no se desmiente; toma la palabra, en vano, contra la proposición. Las centurias votan unánimemente la ley; se llama a Cicerón y se le restablece en todos sus bienes y dignidades; casi al mismo tiempo desembarcaba en Brindisi. De esa ciudad a Roma las poblaciones acuden a su paso. El

Senado le recibe en Corporación en las puertas de la ciudad; el pueblo lo aclama.

Ese gran acto de reparación era la victoria de la sociedad contra un odioso perturbador; veía en perspectiva el restablecimiento del orden, el retorno de la tranquilidad y de los goces, y se entregaba a la alegría bajo los auspicios del triunvirato.

XII

Los odios y los partidos.

Cicerón vuelve a la Patria; su alegría era natural, y sin embargo, ni las costumbres, ni las pasiones, ni los intereses habían cambiado en Roma; concurriendo, a llamarle, el egoísmo, la ambición y el odio, tenían cada uno sus miras. Pompeyo contaba ganar un aliado contra Clodio, un órgano en la Curia y ante el pueblo para conseguir algún importante mando militar, pues la gloria de César comenzaba a hacerle sombra; el Senado cree poder oponer a los triunviros al gran orador, contra los que aspira a entablar la lucha. El entusiasmo popular le daba valor y suponía poder reunir bastantes fuerzas.

En fin, de una y otra parte se pretende el agradecimiento del ilustre rehabilitado. Probado por la desgracia, se promete Cicerón observar una prudente reserva; actitud difícil y hasta peligrosa entre partidos absolutos y exigentes; era hacerse enemigo de uno y otro y condenarse al aislamiento; además se iba a encontrar frente a frente con un enemigo implacable, Clodio, más furioso que nunca. Tal era la situación; no tarda mucho en bosquejarse.

La afluencia que los últimos acontecimientos atrajeron a Roma, hacía encarecer los géneros; se extiende el rumor de que falta el trigo. La palabra hambre se pronuncia; Clodio aprovecha la ocasión, y se señala a Cicerón como acaparador.

Grupos de chiquillos, pagados por los agentes de su enemigo, se extienden por todas partes, pidiendo pan a grandes gritos. La multitud se une a ellos, se agita y se exalta; se celebraban los juegos, fuerzan la entrada del circo y llevan el pánico a los espectadores.

La efervescencia crece; las masas, excitadas por los fautores del desorden, se asocian a sus violencias y se precipitan tras ellos hacia el templo de la Concordia, donde el Senado se reúne; encuentran en su camino a uno de los cónsules, le asaltan, le hieren y se ve reducido a refugiarse en el Capitolio, donde los padres conscriptos se retiran también para deliberar sin peligro.

Entonces Cicerón interviene; su nombre y su persona estaba en juego; había que calmar al pueblo, ayudar al Senado y corresponder a Pompeyo, sin comprometerse con ningún partido.

Propone se le confíe a éste el encargo de proveer durante cinco años al aprovisionamiento de la capital, abriéndole a este efecto las cajas del Tesoro público; y en fin, darle toda la autoridad necesaria en Italia y fuera de ella.

Se entabla la discusión, y Clodio le acusa de servilismo hacia el triunvirato, de traición contra la nobleza, y este lenguaje encuentra eco en los espíritus, y sin embargo, la urgencia es grande, por lo que se adopta la medida. Pero Pompeyo aspiraba a obtener más; la supremacía sobre los gobernadores de las provincias e imponentes fuerzas era lo necesario para elevarse al nivel de César; sin embargo, se reserva sus deseos; pero al día siguiente, uno de sus parciales toma la iniciativa de una proposición en ese sentido; el Senado no estaba dispuesto a acogerla, y Cicerón se abstiene de apoyarla.

Pompeyo recurre entonces a sus maniobras habituales; presume de desinteresado y declara que nada pide. Este juego le había procurado el éxito ante el pueblo, pero la

asamblea no se deja sorprender. El triunviro tiene el buen acuerdo de nombrar a Cicerón su lugarteniente; así se reservaba lo porvenir. El elegido, a quien designaba, no contrariaba menos a los que quería satisfacer; el despecho de la nobleza no tarda en mostrarse claramente. Tuvo bien pronto que fijar la indemnización debida al orador en razón a las pérdidas enormes que había experimentado. La suma concedida estaba fuera de toda proporción con ellas.

Esa mala voluntad no era nada en comparación con los furores de Clodio. Cicerón hacía reedificar la casa, demolida por su enemigo, cuando ese criminal llega con su horda de sediciosos, se arrojan sobre los obreros, que huyen, y no dejan piedra sobre piedra; corre en seguida a casa de Quinto, que había recogido a su hermano, los sitia, fuerza la entrada e incendia la casa; apenas pueden escapar los dos hermanos.

A los pocos días, Cicerón pasaba por la Vía Sagrada, y Clodio, emboscado con sus servidores, se arroja sobre él, y le hubiera degollado si no se hubiera abierto en seguida un seguro refugio.

No obstante, el Senado dejaba hacer; Clodio le secundaba en este punto, esperando que, asustado de su aislamiento el gran orador, se entregaría a la nobleza sin reservas.

Por su parte, el hombre manchado con tantos crímenes solicitaba descaradamente la edilidad, y las probabilidades estaban a su favor; sus exacciones le permitían sobrepasar los ofrecimientos de sus concurrentes. Únicamente la condena de este gran culpable podía prevenir ese escándalo. Milón la provocaba; pero el Poder ejecutivo y la autoridad judicial, un cónsul y un pretor, estaban de acuerdo para paralizar la persecución en juicio, y el acusador continuaba sitiado en su casa por el acusado, que amenazaba con incendiarla.

Lo cuestión era saber si se celebraría antes el juicio

provocado contra Clodio o la elección de los ediles; en otros términos, si se condenaría a un miserable o, por el contrario, obtendría los honores de la edilidad y escaparía así a la ley.

Sus protectores, sus amigos, se valían de todos los medios para sustraerle a la justicia. Milón, armado como tribuno de su derecho de *obnunciación*, estaba resuelto a no dejar votar a los comicios hasta que no se hubiese determinado sobre la acusación; Clodio, furioso, amenazaba con una conflagración si las tribus no se reunían inmediatamente. Metelo y Appio, los dos magistrados que le protegen, pronuncian ante la multitud discursos incendiarios. Convocan los comicios en el campo de Marte, esperando engañar a Milón por medio de alguna sorpresa o quedar dueños del terreno por la violencia; pero éste no espera ni siquiera al amanecer para establecerse allí con su fuerza, y ellos nada osan intentar.

Metelo toma el partido de recurrir oficialmente a la mentira; primer magistrado de la República, declara a Milón que va a convocar los comicios para el día siguiente en el Foro y le indica la hora por si le conviene ejercer su derecho de *obnunciación*.

Hecho esto, toma durante la noche sus medidas, reúne a sus gentes fieles, y apenas amanece corre con ellos al campo de Marte por caminos extraviados, para precipitar la elección, mientras Milón le espera en el Foro. Allí estaba, en efecto, antes de salir el sol y bien acompañado.

Advertido a tiempo, va a reunirse con Metelo, le impide el paso y le declara que va a observar los signos del cielo durante esta jornada; el cónsul se ve obligado a desistir, sin dar el golpe preparado.

Fracasan también otras nuevas tentativas. Las elecciones siguen suspendidas, pero el proceso no adelanta. La opinión pública se hallaba dividida.

Se recuerda entonces a Tolomeo Auletes, que había comprado al triunvirato sus derechos a la Corona de Egipto y le echaron sus súbditos por los recargos de los impuestos para desquitarse del precio pagado por la Corona. Estaba en Roma y pedía al Senado un ejército y un general, único medio posible de volver a lograr el Poder.

Pompeyo le había abierto su casa y desde allí el monarca intriga y hasta hace asesinar, entre Alejandría y Roma, a los numerosos delegados enviados por sus súbditos para exponer sus quejas y defender su causa. La codicia senatorial estaba excitada; los importantes hombres de negocios, acreedores del príncipe en la capital, le ayudaban con su crédito y su dinero; la restauración únicamente podía asegurar el reembolso de los adelantos que había recibido para pagar a cuenta a sus poderosos patronos.

Los primeros personajes de la República aspiraban a mandar la expedición.

Entre ellos figuraban Pompeyo, Craso y Léntulo Espinter, que solicitaban el nombramiento, el último públicamente, los otros dos en la sombra, pero conociéndose y odiándose cada día más; todo esto producía gran revuelo en Roma.

Los exaltados del Senado se disponían a entablar la lucha con el triunvirato; el triste papel representado por Pompeyo desde hacía dos años, la actitud de Craso, que, por odio a él, se aproximaba públicamente a Clodio, concurrían a mantener sus ilusiones y los inclinaba a una ruptura. Comenzaban a tomar en serio la exasperación del fogoso demagogo contra César. Los nuevos cónsules M. Filipo y Léntulo Marcelino estaban de acuerdo con ellos. Su elección muestra un cambio en el espíritu público. Clodio parecía menos temible; ya no se siente tanto la necesidad de una fuerza protectora, y la antipatía contra el régimen militar surge sobre todo.

Un tribuno del pueblo, Racilio Lupo, propone al Senado la revisión de las leyes agrarias de César; el debate se aplaza, pero en seguida Lupo, hombre tan recto como enérgico, insiste para que se resuelva el proceso contra Clodio antes de la elección de los ediles.

Cicerón le apoya, y descubre con tanta elocuencia e indignación el cuadro de los crímenes de su enemigo, que Clodio, observando las disposiciones que se muestran a su alrededor, toma la palabra para ganar tiempo, ocupando el resto de la sesión.

De repente resuenan clamores espantosos; eran los de las bandas preparadas por él cerca de la Curia; se les cree en lucha con las de Milón, igualmente a su alcance, y la asamblea se separa en el mayor desorden.

Entre tanto llegan a Roma despachos de las Galias anunciando éxitos inauditos, hechos de armas que exceden por su brillantez, el número y los resultados obtenidos hasta entonces; todo lo que puede soñar la imaginación de un pueblo conquistador. Una coalición formidable existía al Norte de las Galias, entre el Sena y el Mosa. Las poblaciones más belicosas de la vasta Bélgica de la antigüedad, reunidas, disponiendo de unos trescientos mil hombres armados, bellovacos, susiones, ambienios, atrebatios, morinos, veromanduos, nervianos, eburoneos y otros cuyos nombres resonaban por primera vez en los oídos romanos, deshechos en una porción de encuentros, sus ciudades tomadas por asalto o abiertas sus puertas al vencedor; tal es el resumen de esta segunda campaña, en la que los profundos bosques de la Galia, sus ríos y pantanos, eran como el intrépido valor de sus habitantes, impotentes para detener el impulso de las águilas romanas. Sus brillantes resultados no se habían obtenido sin grandes peligros. En un encarnizado combate contra los nervianos, César se había visto obligado a pagar con su persona.

Tan valiente soldado como hábil capitán, cogiendo un escudo de uno de los suyos que retrocedía, se arroja en medio del combate, les arrastra con su ejemplo y arranca la victoria a un enemigo que podía aniquilarlo, pero no ponerle en fuga. De sesenta mil guerreros solamente habían sobrevivido a su derrota quinientos. Ante tanta gloria, el odio y el espíritu de partido se sintieron vencidos y obligados a asociarse al regocijo público; se decretan por el Senado en honor de César quince días de fiestas y gracias a los dioses. Durante ese tiempo se suspenden los negocios, y la magistratura de Milón termina; ya no puede dificultar la labor de los comicios. Clodio será elegido edil. Tales son los caprichos de la suerte; las victorias del gran capitán llegan a punto para asegurar la impunidad de un miserable.

Se convoca a las tribus, y entre los ediles de su elección figura Clodio, y los papeles cambian; de acusado se convierte en acusador; llama sobre Milón los rigores de la ley, y los crímenes que le imputa son los que él primero ha cometido, los que ha provocado, obligando a su enemigo a reclutar fuerzas para defenderse. Acusar en esos términos era condenarse a sí mismo, y sin embargo, encuentra apoyo en la nobleza; los exaltados del partido le protegen.

El debate se entabla ante los tribunales y ofrece uno de esos escándalos de los que únicamente Roma puede dar ejemplo. La costumbre permitía a las partes presentarse escoltadas por sus patronos y amigos. Aquí las bandas sediciosas del acusador y del acusado les seguían al Pretorio y los rodeaban. Pompeyo defendía a Milón, Cicerón le acompañaba; apenas el triunviro toma la palabra, se le interrumpe por las vociferaciones de los parciales de Clodio; sin embargo, continúa sin desconcertarse. Clodio se levanta para responder, y a su vez se le escarnece y se le insulta. Los gritos de la banda opuesta cubren su voz con las

frases y los refranes más obscenos, le arrojan al rostro sus infamias, sus incestos, todo lo que la crónica escandalosa de Roma imputaba a sus tres hermanas y a él. Enfurecido devuelve insulto por insulto; dirigiéndose a sus asalariados les pregunta: ¿Quién mata de hambre al pueblo? Pompeyo, le responden. ¿Quién quiere ir a Alejandría? Y el nombre de Pompeyo resonaba aún. ¿A quién hace falta enviar a Alejandría? A Craso, exclaman esta vez; y Craso estaba allí, hostil al acusado, y no se ocultaba.

De repente los parciales de Clodio se ponen a escupir a los rostros de los de Milón; se entabla la lucha; estos últimos obtienen la victoria y arrojan a Clodio del Pretorio. Durante ese tiempo, amigos, defensores y jueces se habían dispersado. Se temió que ese desorden no fuese para la banda de Clodio sino la ocasión de cometer una serie de asesinatos.

El Senado se reúne. Si las culpas parecían recíprocas, la provocación había partido de Clodio y de los suyos. Pero los más avanzados de la Curia deseaban una ruptura con el poder militar y querían favorecer a Craso y a Clodio, a quienes protegían por odio a Pompeyo, y contra éste se pusieron Bibulo, Curión, Favonio y otros. Uno de los tribunos, Cayo Catón, le ataca con violencia, reprochándole, entre otras malas acciones, su perfidia con Cicerón. A las acusaciones contra el triunviro sigue el elogio del gran orador; se le quería atraer al partido aristocrático. Pompeyo, tan reservado de ordinario, pierde esta vez la paciencia y da a entender que el encarnizamiento contra él es la obra de Craso, y añade que velará por su vida mejor que lo hizo Escipión Emiliano, asesinado por Carbón; pero el Senado se inclina a favor de sus enemigos, declarando atentatorios al orden público los hechos que acababan de producirse. No se nombra a Pompeyo, pero la benévola atención concedida a sus acusadores no deja lugar a dudas; sobre él recae la censura.

No se engañaba al creer su vida amenazada. Según él, Cayo Catón, colocado en la vanguardia; Clodio sobornado por Craso, y todos ellos impulsados por Bibulo, Curión, Favonio y otros jefes del partido aristocrático, eran sus enemigos; su posición se hacía muy crítica, pues tiene en contra, según su propia confesión, a la plebe, al Senado y a la juventud. Así, mientras Clodio se atrafa en Roma a la clase obrera, Pompeyo reclutaba fuera montañeses de Piceno y de la Cisalpina para poderles oponer a los que apoyaban las proposiciones hostiles con que Cayo Catón amenazaba atraerse al pueblo.

Espíritu agitado y fantástico, Cayo Catón se consideraba original y rudo; era, a sus ojos, herencia de familia, derecho unido a su nombre. No tenía título ni carácter oficial cuando se le vió subir a la tribuna, en un arrebato de indignación contra la corrupción de los poderes públicos y proclamar la dictadura, otorgándola a Pompeyo, a quien trataba después como hemos visto. Quería representar un papel, y elegido tribuno, oponiéndose a las violencias atribuidas a Pompeyo y a Milón y a las bandas que oponían a las de Clodio, compraba por su parte gladiadores y organizaba una tropa de foragidos, con la que fue amo de las calles de Roma hasta que le faltó el dinero para sostenerla.

Avido de lucha y de ruido, mientras que hostigaba a Pompeyo en el Senado, provocaba en el Foro la destitución de Léntulo Espinter, procónsul de Chipre y de Cilicia, y se oponía por todos los medios que se le ocurrían al restablecimiento de Tolomeo en el trono. Toma el asunto con interés y exhibe ante el pueblo y el Senado un fragmento de los oráculos sibiléticos que le habían señalado no se sabe quién. Con toda la independencia de que blasonaba, le sucede como a todos los espíritus vulgares: obedece, sin sospecharlo, la impulsión de los más perspicaces que el suyo.

Camina a las órdenes de los jefes de la aristocracia; la seriedad y ardor de que da pruebas en estas circunstancias, muestran su buena fe; pero el consejo tomado por él, de la Sibila, llega tan a punto para sacar a los padres conscriptos de dificultades, que era, a no dudarlo, un expediente, un aditamento de reciente fecha a las antiguas pretendidas inspiraciones de la profetisa. En efecto, después de todo el dinero repartido en el Senado por el soberano y por los acreedores interesados en su restauración, no podía negarles su apoyo si no por los más graves motivos.

Por otra parte, se temía poner en manos de algún ambicioso un poderoso ejército y recursos formidables; la Sibila participaba de esos temores, no sabemos cuantos siglos antes.

Había previsto el peligro y recomendado al pueblo romano que no restableciese por las armas en el trono a ningún rey de Egipto expulsado por su pueblo. La recomendación favorecía la situación del Senado, así que, a pesar de los progresos del escepticismo, dió aquí pruebas de una fe viva en los oráculos, y se conforma con ellos.

Esto era para Pompoy un fracaso, después de tantos otros; intenta, como siempre, salvar su amor propio, ocultándose tras sus aduladores; pero nadie se engaña. El triunviro juzga por sí mismo su situación; encontrábase en uno de esos pasos difíciles en los que se comprometía con frecuencia. El cónsul Marcelino le trataba con altivez. Domitio Aenobarbo, que se dispone a solicitar el Consulado, manifiesta la resolución de arrojar el guante al triunvirato, atacando los actos de César; la nobleza le alienta. Los jefes del partido tratan de arrastrar a Cicerón, tanto adulándole y recordando el indigno proceder de los triunviros respecto a él, como procurando atemorizarle por su aislamiento.

Así, para recobrar el Poder, la aristocracia protege al

miserable que la había humillado, y tiende la mano al enemigo, del que aspira a deshacerse.

Los triunviros que vivían en Roma dan por su parte ejemplo de la discordia, disputándose una posición que los elevase al nivel de César.

Craso, con mala voluntad hacia la nobleza, se coliga con Clodio, al que ella se une.

Pompeyo, a quien combate la aristocracia, se apoya en Cicerón y en Milón, que se inclinan a la libertad.

De ahí esos rozamientos, choques y cambios de partido continuos. Reina el desorden en los espíritus, como en el Foro, en el Pretorio y en la calle; el interés y la pasión del momento dominan.

Así, aunque Cicerón entra en Roma con el decidido propósito de no comprometerse con ningún partido, sufre la acción del movimiento, al que nadie escapa, y se siente arrastrado más allá de sus propias miras. Enfrente de la nobleza, que le desdénia como a hombre nuevo, le envidia por su elocuencia, no le quiere por haber engañado sus esperanzas y le adula con miras interesadas, aproximándose al mismo tiempo a su enemigo; amenazado por ese furioso que intenta asesinarle, busca una fuerza, y la encuentra en Pompeyo y en Milón, a la cabeza de las bandas armadas, que se ven obligados a oponer a las del demagogo, sostenido por los jefes de la aristocracia. En parecido caso, el hombre honrado no tiene otra alternativa que sucumbir miserablemente o agarrarse a la primera tabla de salvación. Una vez así comprometido y en presencia de los prodigiosos resultados de la última campaña de las Galias, Cicerón no vacila en apoyar en la Curia la concesión a César de los nuevos subsidios destinados al sueldo de las legiones alistadas por él en la Cisalpina, sin autorización del Senado, cuando un incidente viene de pronto a despertar en él las ilusiones que le habían tan cruelmente aluci-

nado, engañándole respecto a su fuerza, a la del partido que se presentaba como defensor de las libertades públicas, y sobre el porvenir de esa noble causa y de la patria.

Sextio, uno de los amigos que más habían influido para su vuelta del destierro, estaba acusado por atentado contra la paz pública, pues a ejemplo de Milón y de Pompeyo reclutó fuerzas para oponerlas a las de Clodio, bajo cuyos golpes había estado expuesto a morir. Cicerón se honró defendiéndolo. El acusador oficial era un cierto Albinovano, pero tras él se ocultaba Vatinio, uno de los agentes más desacreditados de César. Vino a deponer contra Sextio; estrechado a preguntas por el elocuente defensor, Vatinio llega hasta reprocharle públicamente bajas adulaciones dirigidas al César y a su fortuna; Cicerón, en un momento de indignación, le responde sin vacilar que por encima de todos los triunfos de César coloca, en cuanto a él, la condición de Bibulo, objeto del desdén de cierta gente. Después, analizando uno a uno los actos del tribunado de Vatinio, hace resaltar elocuentemente sus infamias, venalidad, crueldades y su desprecio a las leyes y a la autoridad consular en la persona de Bibulo; ultrajado, maltrecho, acosado por él y sus secuaces, habla también del deplorable asunto de Vettio, su cómplice y su víctima, y todo se había realizado para el servicio y ante la mirada de César, a despecho de las precauciones oratorias; sobre él caían los golpes; el auditorio le aplaude con entusiasmo. Sextio fue absuelto y por unanimidad.

Cicerón era un apasionado de la gloria y todo lo que la promete; se embriagaba a veces con su brillante palabra, y por el entusiasmo con que la acogían, pudo creerse entonces en el tiempo en que su palabra era un poder del Estado. El ensueño de su juventud había sido el gobierno de la República por las superioridades intelectuales, o como se expresaba en otros términos, la preponderancia

del pensamiento sobre la fuerza bruta. Parece se entrega a él de nuevo; las impresiones de esta jornada se explotan hábilmente por los jefes de la aristocracia; los partidos no descuidan ninguna de sus ventajas.

Transcurrido algún tiempo de estos sucesos, la Curia tiene que hacer frente a las necesidades del Tesoro. El fértil territorio de Capua, confiscado por Roma en tiempo de las guerras púnicas, constituyó por largo tiempo una de sus rentas más saneadas. Las leyes agrarias de César agotaron la fuente. Cicerón, refiriéndose a la proposición ya presentada por Lupo, propone se revisen. Esto era provocar su anulación y conducía a la de todos los actos del consulado de César, sin exceptuar el plebiscito que le dió su ejército y gobierno, pues todo se había votado en idénticas condiciones con la ayuda de los medios que conocemos, despreciando las protestas de Bibulo y mientras éste observaba el cielo. Con las disposiciones de que hacía alarde la aristocracia, el resultado parecía seguro. La proposición se acoge con aclamaciones, poniéndose a la orden del día, pero la discusión se aplaza para el mes siguiente. Cicerón presumió excesivamente respecto a la fuerza del Senado y de la suya propia, engañado tal vez, es preciso decirlo, por la equívoca actitud de Pompeyo, que enviaba a César y al que había oído expresar su sentimiento por haberse unido a él. Lo cierto es que Pompeyo, con su disimulo habitual, no manifiesta entonces al audaz orador descontento alguno por su manera de expresarse tanto en el Pretorio como en la Curia.

XIII

Nuevo pacto entre los triunviros.

Mientras Cicerón se aventura en ese terreno resbaladizo, César se hallaba en la Galia Cisalpina. Durante el invierno, después de cada campaña, inflaba en Roma por medio de sus agentes.

Pompeyo se apresura a reunirse a él. Craso ya lo había hecho, gracias al peligro común que les amenazaba. César consigue bien pronto restablecer la armonía entre los dos triunviros. Ninguno de ellos tenía en Roma carácter oficial, ni fuerza que les perteneciese; además, para conseguir ambas cosas, se habían puesto enfrente uno de otro, y sus rivalidades, no menos que su debilidad, habían comprometido el triunvirato. Se convino en que ambos obtendrían el Consulado al año siguiente; buen golpe de soldados, destacados del ejército de las Galias, debían asegurar su elección, y una vez lograda, se concedería a Craso, por medio de una ley, el Proconsulado de Siria y un ejército, y a Pompeyo el de las Españas, con cuatro legiones, dos de las cuales permanecerían, así como su jefe, próximos a Roma para contenerla. En cuanto a César, se resuelve prolongar por cinco años, valiéndose de un plebiscito, su mando en las Galias. Esto le bastaba para terminar la conquista y poder contar con el ejército para el desenvolvimiento de sus ulteriores planes. De este modo recibe más de lo que otorga, y no tiene nada que temer,

porque de ser preciso, estaba seguro del apoyo de Craso en contra de Pompeyo.

Por lo demás, todo concurría a inspirarle el convencimiento de su fuerza, sin contar los ambiciosos y aduladores que acudían a Luca, donde se hallaba, para apelar a su crédito o a su bolsa; cerca de doscientos senadores, entre ellos altos dignatarios, gobernadores de provincia, se agolpaban en torno suyo, impacientes por unirse a su fortuna, declararse en su favor y alejar toda sospecha de hostilidad. Asimismo llega a ciento veinte el número de lictores que se reunieron en una misma época a esa distancia de Roma.

Todo esto era bien elocuente, y no obstante, le inquieta la actitud de Cicerón, y trata de conseguir que esa voz poderosa no preste su fuerza a la proposición de Lupo. Se envía cerca del orador a Quinto, su hermano, lugarteniente entonces de Pompeyo, y a quien aquel mucho quería. La afluencia de los padres conscriptos en Luca era propia para secundar las intenciones de Quinto. ¿Qué esperar de semejantes hombres? Cicerón se deja convencer, y el día fijado para discutir su proposición se abstiene de presentarse en el Foro.

Esto era bastante para el triunvirato, pero no para César, que desea tener por suyo al gran orador; puso, pues, manos a la obra. Arrebató primeramente a Quinto a Pompeyo, le acoge con los brazos abiertos y le nombra su lugarteniente; después prodiga sus insinuaciones cerca de Cicerón, obligándole a disponer de su crédito y de su bolsa, y quejándose de su reserva en usar de ambos. Entonces se establece entre ellos una correspondencia, un comercio de recíprocas coqueterías. Esos dos entendimientos privilegiados habían recibido lecciones de un mismo maestro, marchado de frente con el pueblo desde su juventud, se sentían igualmente atraídos por las letras y la gloria. Cicerón com-

pone y quiere dirigir a César un pequeño poema en su honor. El conquistador de las Galias, sin dejar de combatir y de gobernar, escribe un Tratado de las analogías y le dedica al gran orador. Una vez bajo la influencia del encanto, dominado por tanta benevolencia, talento y gracia, Cicerón, que halla en ese hombre superior una franqueza y confianza desconocidas al frío y cauteloso Pompeyo, sensible desarmado, sufre el dominio de su nuevo amigo hasta el punto de dejarse arrastrar a complacencias, a debilidades, que merecerían nuestras censuras si no se las perdonásemos recordando que murió por la libertad. Él mismo se las reprochaba, y aunque se previniera de este modo contra los peligros que le amenazaban el odio y la envidia, se lamenta en ocasiones por no poder encontrarse digno sin perderse, o prudente sin incurrir en el reproche de servilismo. A esta situación le reducían el estado de la sociedad romana y el conflicto de ambiciones, de pasiones indomables, que deseando todas atraérsele, se le disputan y pretenden imponerse a él.

Sin perjuicio de sus trabajos para congraciarse con Cicerón, César hace secretamente las paces con Clodio. Le conviene oponer a la vez a sus adversarios una voz potente en la Curia y un temible agitador en el Foro.

Sin embargo, comenzaba a conocerse el nuevo pacto establecido entre los triunviros, y la actitud de la nobleza, ante esta noticia, justifica el partido que había tomado Cicerón de abstenerse. Nadie se atreve, en el Senado, a amparar su propuesta o la de Lupo, y después de tanto ruido, la cosa moría por sí misma. Se habían presentado algunos aspirantes al Consulado; pero el miedo y la vacilación se apoderan de ellos.

Los inveterados instintos de la aristocracia, su odio contra los triunviros, su constancia, su paciencia para espiar, para aguardar el momento de destruir al enemigo,

se hallaban demasiado profundamente arraigados en ella para desmentirse en esta ocasión. Bien pronto recobran su intensidad de siempre; todo se reduce al fin a una cuestión de tiempo y de oportunidad. No atreviéndose a atacar de frente, empleaba la nobleza multitud de recursos rastroeros, propios de los débiles, manifestando en toda ocasión sus rencores, hostigando a sus adversarios, desacreditándolos, hiriendo a sus agentes ya que no podían hacerlo a ellos mismos, reclutando así fuerzas para obrar sobre el espíritu público.

Al mismo tiempo, diversos prodigios, o que se tenfan entonces por tales, vinieron súbitamente a atemorizar a la multitud, incidentes que no dejan de aprovechar los poderosos jefes del partido. Se consulta a los arúspices, y según ellos, los dioses irritados advertían de esa manera a Roma para que vuelva sobre sí misma y evite que, por falta de una cordial inteligencia entre los más notables del Estado, sus provincias queden a merced de un solo hombre, sus ejércitos se vean comprometidos y las primeras dignidades recaigan en manos indignas.

Todo esto estaba bien claro para que cupiese lugar a duda; los más notables del Estado eran los padres conscriptos; el hombre, César; las provincias, las Galias, España y Siria; las primeras dignidades, el Consulado y los grandes cargos militares; las manos indignas, las de los triunviros. Los arúspices se muestran de tan fácil arreglo como la Sibila, lo que produce una nueva inteligencia con el cielo.

Entretanto, se reciben despachos de Gabinio anunciando sus victorias en Judea sobre Tristóbulo. El procónsul pide al Senado decreten, en esta ocasión, acciones de gracias a los dioses; honor que nunca se rehusaba a un general victorioso; pero a Gabinio, hechura del triunvirato, se le responde con una negativa, y la oposición se enardece.

Asimismo, al llegar el momento de ocuparse de las provincias consulares, los más avanzados del partido proponen retirar a César el gobierno de ambas Galias, o al menos el de la Transalpina. Pero para apoyar esta decisión se hubiera necesitado un general a la altura de César y legiones animadas del espíritu republicano; como nada de esto existía, reducido el Senado al solo prestigio de su autoridad, comprende su falta de fuerza y retrocede. Cicerón no es, por consiguiente, más que el órgano de la asamblea, cuando fundándose en el bien público, insiste en la necesidad de dejar al gran capitán que termine su obra tan gloriosamente comenzada; combate la proposición, y no obstante, diríase que en aquel momento necesita dar pruebas de independencia, puesto que para responder a las malévolas protestas de la minoría, ataca fuertemente, no tan sólo a Gabinio, sino también al suegro de César, Calpurnio Pisón, que eran ambos procónsules, e insiste en la conveniencia de su reemplazo. En estas condiciones fracasa la oposición.

Le fue preciso permanecer a la defensiva. En este terreno podía sostenerse y venía a favorecerle una circunstancia particular. Pompeyo y Craso, tanto con el objeto de conseguir para cada uno de ellos un ejército y una provincia, como para provocar la prolongación del Proconsulado de César, debían ante todo pretender, y si no arrebatarse a viva fuerza el Consulado. Así lo exige la nueva combinación de los triunviros. Todo depende de ese punto, pero ninguno de los dos pudo o quiso inscribir su candidatura bastante a tiempo para presentarse a los comicios en sextiles, época habitual de las elecciones consulares.

Creerfáse que temiendo soliviantar demasiado pronto la opinión, deseaban, como la vez primera, no publicar prematuramente el secreto de sus convenios con su colega. Quizá, temiendo la influencia y la energía del cónsul

Léntulo Marcelino, juzgaron prudente aplazar, como lo hicieron, las elecciones hasta la terminación de su magistratura, llegando así a la época en que César, al retirarse a sus cuarteles de invierno, se hallase en condiciones de destacar de su ejército la masa de soldados destinados a pesar sobre el voto de los comicios. Lo indudable es que, después de la conferencia de Luca, reina aún cierta incertidumbre respecto de las intenciones de los dos triunviros y a ambos repugna el darlas a conocer, porque habiéndoles obligado Marcelino a declarar públicamente si pensaban o no pretender el Consulado, Pompeyo responde con bastante brusquedad que lo pretenderá o no, según le convenga, y Craso elude asimismo la respuesta.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que ambos triunviros no se hallaban en las debidas condiciones para solicitar entonces el Consulado, y la aristocracia deseaba apresurar las elecciones, medio casi seguro de que se eligiesen cónsules que le pertenecieran, oponiéndoles así el año próximo al triunvirato. Esto era mucho; por reducida que pudiera ser en adelante la acción de los poderes oficiales, disponían aún de numerosos recursos en Roma, gracias a los cuales se podía imprimir una dirección útil, tanto al espíritu público como a las operaciones de los comicios.

Nada de esto escapa a los triunviros; por consiguiente, todos sus esfuerzos tienden a dificultar las elecciones consulares, a hacerlas retroceder hasta el momento en que, hallándose la república sin cónsules y colocada bajo la acción de autoridades de interregno, magistrados de algunos días, sin arraigo y sin influencia, se encontrasen en situación de poner en juego todos los resortes, con cuya ayuda se proponían apoderarse del Consulado. Disponen a este efecto del hábil e infatigable Clodio, y merced a él, de ese extraordinario Cayo Catón a quien todos acababan de ver

maltratar tan rudamente a Pompeyo, pero, que sin darse cuenta quizá, iba a secundarle con todas sus fuerzas.

No tarda en entablarse la lucha sobre este terreno. Marcelino y los más avanzados del partido aristocrático emplean toda clase de medios para activar las elecciones y soliviantar el espíritu público. Hacen correr especialmente la voz de que, bajo la influencia de Clodio y de César, Cayo Catón se disponía a someter a la plebe las proposiciones más subversivas, y para dar más fuerza a estos rumores, el cónsul, usando de su autoridad, interviene, oponiéndose siempre que trata Catón de convocar al pueblo.

Esta resistencia de Marcelino favorece las miras de los triunviros, porque cuanto más persevera en paralizar la acción de Cayo Catón sobre el pueblo, más se obstina éste en dificultar las elecciones consulares. Se tenían así mutuamente en jaque, y el tiempo transcurría. Era una situación sin salida, o por mejor decir, debía tenerla desfavorable para la aristocracia con la terminación de las funciones de los cónsules, sin que se hubiera podido proveer a su reemplazo, lo que daba la ventaja a las ambiciones que se tenían.

Entonces el Senado, como último expediente, concibe la idea de vestirse de luto, como era su costumbre en las grandes calamidades. No pudiendo hacer otra cosa, trata de producir profunda impresión en el pueblo. Siempre retornaba al mismo punto de vista; un Senado-consulta consagró esta resolución, y los padres conscriptos se conformaron con ella, a excepción de uno sólo, Clodio, a quien nada intimidaba y a quien convenía protestar. Con su habitual imprudencia, se disponía a ocupar su sitio en el Senado vistiendo un traje que contrastaba singularmente con el de sus colegas, pero éstos quisieron hacerle pagar cara esa bravata, lanzándose sobre él para prohibirle la entrada en el salón de sesiones y amenazando destrozarle entre sus manos.

Clodio siempre iba escoltado por sus bandas de sediciosos, que apostados en las proximidades de la Curia, se precipitaron en ella a su orden, amenazando con quemar vivos a los padres conscriptos si no se abstienen de toda violencia; así consiguieron librarle del peligro que corría.

Tal fue el resultado más saliente de la medida senatorial; el sistema comenzaba a gastarse, y no sabemos modificara en nada el estado de las cosas.

La situación empeora de día en día, pues se aproxima el momento de terminar en sus funciones los dos cónsules, y Cayo Catón se opone a que se provea a su reemplazo.

La llegada del verdadero, del austero Catón a Italia, vino afortunadamente para reanimar las energías de la oposición. Como sabemos, había desempeñado en Chipre una misión muy poco agradable, conduciéndose con honor, a despecho de Clodio, que deseando comprometer una virtud tan rígida, se las había compuesto de manera de poner a sus órdenes dos de los más astutos bribones de Roma. Se trataba de realizar una fortuna inmensa, de meter en caja muchos millones.

Se esperaba, pues, en la capital al ilustre tesorero. No se había olvidado el entusiasmo que excitó dos años antes el retorno de Cicerón y el partido que trató de sacar de él la nobleza. Ante el desorden en que ahora se halla, sus jefes concibieron la idea de una gran manifestación que, según ellos, influiría en el espíritu público, devolviendo al Senado el prestigio y la fuerza que había perdido. Apelaron entonces tanto a la curiosidad como al espíritu de oposición. Se organiza un cortejo; los cónsules y los padres conscriptos se trasladan solemnemente, en medio de un inmenso concurso de clientes y espectadores, a las orillas del Tíber, a un punto de desembarco situado fuera de la capital. Se contaba con que la flotilla, mandada por el hé-

roe de esa fiesta improvisada, suspendería su marcha, que Catón tomaría tierra para responder a las atenciones de sus conciudadanos; pero cuanto más se aproximaba a la gran ciudad, mayor predominio adquiría la desconfianza en aquella alma austera. Por tanto, no pudiendo resolverse a perder de vista los tesoros que custodiaba, pasa adelante, remonta hacia Roma, aborda allí y no se separa del dinero hasta dejarle en seguridad en las cajas del Estado.

El efecto obtenido estuvo lejos de responder a las esperanzas de los hombres políticos. El aspecto de las riquezas desembarcadas absorbieron la atención del pueblo. Sólo entonces estalló el entusiasmo; la muchedumbre saluda con sus aplausos a los esportilleros, encorvados bajo el peso del oro. Se les hubiera creído el único objeto de semejante ovación.

El Senado trata igualmente de dar resonancia al recibimiento que reservaba a Catón en la Curia; quería conferirle por aclamación la pretura urbana y el derecho de asistir con manto de púrpura a las solemnidades públicas. El estoico rehusa; eso hubiera sido violar la ley; sólo al pueblo pertenece elegir pretores. Catón insiste con los padres conscriptos respecto a la emancipación de un esclavo cuyo celo y honradez le habían ayudado poderosamente en su difícil obra; se trata del antiguo intendente del monarca, tan injustamente despojado. A este propósito y para justificar su proposición, habla largamente de la probidad, del desinterés de ese digno servidor. Alabar las virtudes de ese hombre, y ante el Senado, era una amarga ironía, pero el severo Catón poseía, como su abuelo, la vena satírica. Tal fue, sobre poco más o menos, el único resultado de todo el ruido hecho en semejante ocasión.

Tuvo, sin embargo, sus compensaciones, porque todo hace creer que logró amedrentar al triunvirato. Nadie dudaba que Catón tomase bien pronto, con su energía

ordinaria, parte en la lucha, comprometiéndose en las elecciones consulares. Aspiraba también a la pretura. De todos los adversarios era el más peligroso. La nobleza había tomado a su cargo realzarle ante la opinión; los triunviros creyeron oportuno difamarlo. Una circunstancia vino en su ayuda. Durante un descanso que hizo en el invierno, las hogueras encendidas en la ribera por sus marineros alcanzaron con sus fuegos su tienda y destruyeron las cuentas. Clodio se las exige y le imputa malversaciones; según se asegura, César dirigía al acusador, transmitiéndole instrucciones desde la Galia Cisalpina.

Mientras se le ataca así, Catón se ocupa de la República. Preciso es reconocer que la situación era amenazadora. Se contaba, es cierto, con el concurso de la clase media, bastante mal dispuesta respecto de los triunviros; pero no obstante, éstos habían triunfado por completo. Las funciones de los cónsules acababan de expirar (699), sin que se hubiera provisto a su reemplazo, y la dirección de los negocios se hallaba entregada en manos de magistrados interinos. En estas condiciones iba a empeñarse ante los comicios la gran lucha de las elecciones consulares, y podía esperarse todo; las masas de soldados destinadas a apoyar la candidatura de Craso y de Pompeyo se hallaban ya camino de Roma. Los contrincantes de los triunviros se habían retirado, y hasta Domicio Aenobarbo manifiesta intenciones de retirarse, cuando Catón le echa en cara su proceder y le determina a volver de su acuerdo. ¡Domicio! ¡Extraño defensor de la libertad! Debía su inmensa fortuna a vergonzosas especulaciones sobre los bienes de los proscritos, pero era uno de los más avanzados entre la aristocracia; manifestaba siempre hacia ella una adhesión sin límites, y los partidos no piden más a quien hace profesión de servirlos. Su cuñado Catón se reservaba, por otra parte, impulsarlo, dirigirlo y sostenerlo.

Se convocaron bien pronto los comicios para elegir cónsules, y cada cual tomó sus medidas. Pompeyo y Craso, sostenidos por la gente de guerra, tenían la fuerza en su mano, y recurrieron a ella. El día de la elección, un tropel armado se lanzó sobre Domicio, Catón y su escolta, cuando se encaminaban, antes de rayar la aurora, hacia el campo de Marte; el esclavo que les precedía, portador de una antorcha, fue herido de muerte, y su séquito dispersado. Catón, a pesar de hallarse herido, trató de retener a Domicio, exhortándole a perseverar mientras le quedara un soplo de vida; pero éste se desprendió de sus manos, refugiándose en la primera casa que quiso darle asilo. Como consecuencia de esto, los dos triunviros, libres de todo contrincante, fueron proclamados cónsules.

Sin embargo, Catón insiste y pretende la pretura, amenazando con una vigorosa oposición. Entonces los dos cónsules arrancan al Senado una derogación de las leyes establecidas, obligándole a disponer que los pretores, una vez elegidos, entrarían en seguida en el ejercicio de sus funciones, sin tener en cuenta los plazos concedidos para oponerse a la elección. Como se vió después, tenían sus razones para obrar así, porque una vez logrado este punto, esparcen el oro a manos llenas, y presentan para la pretura a Vatinio, el más desacreditado de los agentes de César. No obstante, pareció que Catón conseguiría el triunfo; la centuria, llamada en primer lugar a dar su opinión, se declaró por él, y su voto tenía generalmente influencia decisiva; pero Pompeyo, que presidía los comicios, afirma acto continuo que acaba de oír un trueno, y se apresura a disolver la asamblea. Sigue esparciéndose el oro; convócanse nuevamente los comicios; se prohíbe violentamente la entrada a todo aquel que no está comprado, y de esta manera el cómplice, el presunto asesino de Vettio, es preferido a Catón.

Llegado el momento de asegurar a los dos triunviros, cónsules ya, las dos provincias y los ejércitos que César les había prometido, se prescinde del Senado. Se cuenta con el pueblo, a quien se considera terreno abonado para todo. Un tribuno, Trebonio, presenta una ley que da a Pompeyo las Españas, a Craso la Siria, y a ambos ejércitos subsidios y completa libertad de acción. Catón y Favonio, su imitador entusiasta, se presentan para oponerse, escoltados por tribunos y algunos amigos. Se les tasa el tiempo, y como Catón siguiese hablando después de la hora convenida, un licitor le arranca violentamente de la tribuna. A pesar de ello continúa, y la multitud se agolpa en torno suyo. Ordena entonces Trebonio se le aprisione; pero él se anima cada vez más, y el pueblo persevera en seguirle, hasta que el tribuno, sin saber qué hacer, revoca su orden, disuelve la asamblea y la aplaza para el siguiente día.

Reúnense nuevamente los comicios. Esta vez los soldados impiden el paso a Catón, a Favonio y sus amigos. Un tribuno, Galo, que había amenazado con su veto, y que para prevenir toda sorpresa pasó toda la noche cerca de la Curia, fue encerrado bajo llave. Algunos recalcitrantes se atreven todavía a protestar; se les expulsa violentamente, no sin haber herido, y hasta muerto, a varios de ellos; pero esto era ya cosa corriente. Así pasa la ley.

El ejemplo fue provechoso para César, que trata en seguida de perpetuar su mando. Todos temblaban; el mismo Catón se abstiene, convencido de que nadie le hubiera ayudado. Se contenta con predecir a Pompeyo que se arrepentiría algún día de haber trabajado así en favor de su rival. No fue oído; una ley prolongó por cinco años el Proconsulado de las Galias.

Hecho esto, cree Pompeyo llegada la ocasión oportuna de conciliarse la opinión, de convertirse en reformador, en gran ciudadano. De creer a Plutarco, el triunvirato tenía

sus partidarios, lo que se concibe fácilmente, porque para los intereses materiales el orden vale más que la libertad. El Ejército constituía entonces en el Estado casi la única fuerza que aún merecía llamarse así; pareció, pues, natural atraérsela, pero las elecciones consulares probaron bien pronto que sus jefes no disponían de la mayoría. Se comprende, por tanto, que Pompeyo quisiera á toda costa hacerse popular.

Vémosle inaugurar un circo magnífico, un templo elevado por él con grandes gastos. Las fiestas, los espectáculos, los juegos se suceden continuamente en esta ocasión. Sólo los combates contra bestias feroces duraron cinco días enteros; quinientos leones y veinte elefantes cubrieron la arena. Pero el triunviro estaba en desgracia; la plebe, que tanto gozaba viendo despedazarse a los hombres, tuvo piedad de los pobres elefantes; pidió gracia para ellos, y como no consiguiese su propósito, prorrumpió en imprecaciones contra el héroe de la fiesta. Más tarde el pueblo atribuye al liberto Demetrio, favorito del ilustre personaje, la gloria de la construcción del circo y del templo. Según se decía, ambos se habían edificado con parte de los provechos realizados por el servidor traficando con el crédito de su amo.

Pompeyo trata entonces de señalarse por sus reformas. De concierto con Craso, propone leyes suntuarias, pero ambos encontraron en Hortensio un pérfido contrincante. El hábil orador les tomó por su cuenta, y haciendo con *implacable* urbanidad el elogio del gusto, elegancia, lujo y esplendores de que sus vidas y sus casas eran las primeras en dar ejemplo, les obligó a retirar su proposición en medio de las risas de la multitud.

Sin desalentarse, Pompeyo presenta una ley contra la corrupción. Existían buen número de ellas, como hemos podido ver, pero todas sin efecto; ésta les excedía en seve-

ridad. Su objeto era arrebatarse a la aristocracia la única influencia de que aún disponía: la de las riquezas; los nobles lo comprenden y se inquietan. En cuanto a la plebe, vivían tantos individuos del tráfico de los votos, que se sintió igualmente amenazada.

No obstante, la ley pasa. ¿Cómo? Difícil es decirlo; podemos elegir entre la violencia, una sorpresa o acaso la misma corrupción que en ella se atacaba; quizá se recurrió a todos estos medios. Por lo demás, las cosas continuaron como antes, y en vez de imponerse, sólo consiguió agriar los ánimos.

Los dos triunviros tratan entonces con mayor actividad de favorecer el reclutamiento destinado a completar sus fuerzas. Cada vez eran más numerosos los individuos que procuraban eludir el servicio militar; por lo que los cónsules prohibieron a sus agentes toda concesión, todo arreglo, medida que produjo el más vivo descontento. La oposición se hallaba, como siempre, en acecho; los tribunos que pertenecían a ella intentan suspender las levadas, que, no obstante, continuaron. El Senado hizo causa común con dichos tribunos, y recurriendo a su expediente habitual, vistióse de luto; pero no produciendo su determinación efecto alguno, los padres conscriptos abandonaron el traje de duelo como le habían tomado.

No tarda la animosidad en salir a plaza en las elecciones. Los comicios elevan al Consulado para el año siguiente (700) a Domicio Aenobarbo, y a la pretura al intrépido Catón, dos de los más decididos adversarios del poder militar.

No obstante, Craso, impaciente por comenzar la lucha contra los Partos y explotar el Oriente, se disponía a partir sin esperar la terminación de su Consulado. Pero los padres conscriptos habían llegado a temer los triunfos tanto como sus antepasados las derrotas. La gloria de César

y su influencia sobre el soldado eran ya excesivas; no convenía, pues, dejar que Craso emprendiese una gran guerra. En consecuencia, maniobróse oportunamente. Todo procónsul, antes de partir para su provincia, debía sacrificar a los dioses; Craso tuvo que conformarse también con este ceremonial, y se aprovechó la ocasión para que los sacrificadores hallasen siniestros presagios en las entrañas de las víctimas, así como los augures en el cielo; pero el triunviro no hizo caso de semejantes anuncios. Entonces uno de los tribunos, Ateyo Capitón, de inteligencia con la nobleza, le amenaza con la prisión, pero detenido por el veto de uno de sus compañeros, tuvo que recurrir al espantajo del anatema. El día que el cónsul se encaminaba hacia una de las puertas de Roma para ganar el litoral y desde allí su provincia, le espera, y cerrándole el paso le saluda con las imprecaciones que desde luengos siglos tenía la religión en el pueblo-rey a disposición de la autoridad. Nada faltaba en ellas: ni el velo fúnebre, ni el trípode tradicional, ni los siniestros fuegos de los dioses infernales, ni la fórmula de rigor, reproducida palabra por palabra en ese antiguo lenguaje cuya rudeza no habían modificado en nada los progresos del tiempo y de las letras. Por desgracia, el flaco de Craso no era la superstición; no tarda en probarlo entregando al saqueo los más venerados templos del Asia; así es que no se emociona en lo más mínimo y sigue adelante.

La nobleza se hallaba reducida a expedientes de esta clase. ¿Qué hacer en efecto? El triunvirato dispone de ejércitos poderosos, a los que él no puede oponer fuerza, popularidad, ni gloria militar alguna.

XIV

Victorias.—Escándalos.

Durante esos dos últimos años, Pompeyo y Craso, trabajando en Roma por su propio interés, no habían hecho más que conformarse a las miras de César; sabemos cómo y por qué caminos. En cuanto a este último, más afortunado y más hábil, se reservó más allá de los Alpes todo lo que, deslumbrando la opinión, asegura al propio tiempo la gloria y el poder. Extendiendo las conquistas de Roma, se dispone a realizar la del mundo; la Galia le ofrece inagotable caudal de ocasiones y de recursos. Guerrea y consigue le admiren sus legiones, y en cada campaña afluyen a manos de César ricos tesoros, precio corriente en Italia de las conciencias.

Los galos no podían resignarse a sufrir el yugo del vencedor sin tentar otra vez fortuna. Así, desde el invierno del año 698 se organizaron nuevas coaliciones contra los romanos en Aquitania y la Armórica, desde el Loira hasta el Mosa. César y sus lugartenientes se vieron obligados a emprender de nuevo, en todos estos puntos, su obra de conquista. Después de haber mandado al joven Craso sobre la Aquitania, a T. Sabino a los países conocidos hoy bajo los nombres de Costas del Norte y Calvados, a Labieno hasta Treves, para mantener a su paso las poblaciones en respeto y oponerse a toda invasión de los germanos. César ataca en persona a los vénetos, razas

de atrevidos marinos, a quienes combate por mar y tierra. En todas partes triunfan sus armas y las de sus lugartenientes. Sólo les restaba someter a los menapos (Oeste y Norte de la Bélgica actual), que se hallaban protegidos por sus bosques y sus pantanos. Venciéronse también estos obstáculos, y cuando los rigores del invierno pusieron fin a la campaña, los insurrectos, derrotados en todos los combates, vieron en multitud de lugares arrasados sus bosques, arrebatados sus ganados, sus cuevas destruídas y entregadas a las llamas.

En la primavera del año 699, el general romano aniquilaba en las orillas del Mosa a ciento ochenta mil germanos y usipetas, que franqueando el Rhin durante el invierno, habían acampado en la orilla izquierda; después, echando un puente sobre el citado río, lo atraviesa, e internándose en el centro de Germania ataca a los suevos, pueblo reputado hasta entonces como invencible, y cuya actitud invasora exigía una enérgica represión. Aquellos bárbaros, lejos de aceptar el combate, se retiraron ante el ilustre capitán, que asoló el país, destruyó sus cosechas, incendió las moradas y no vuelve sobre sus pasos hasta dejar sembrado el terror entre aquellas tribus, anudando después relaciones con las demás, amenazadas por los suevos, y que se consideran felices colocándose bajo su protección.

Esto era arrebatar a la Galia toda probabilidad de apoyo por ese lado. No obstante, los bretones envían desde su isla socorros a los insurgentes de la Armórica, y César se determina a hacerles sentir el poder de los romanos. Marcha desde el Rhin hacia el estrecho que les separa del continente, donde le espera una flota que había mandado reunir; atraviesa el río, desembarca en la isla, triunfa de la resistencia de los naturales, les impone condiciones y les exige rehenes. Pero las tempestades destrozan



parte de sus buques, y mientras procura reponer sus averías, los insulares recobran algún valor, se reúnen y le atacan. Los vence, les pone en fuga y entra a sangre y fuego en el litoral. Rogado con la paz por los bretones, exige nuevos rehenes, y para no exponer su flota a las borrascas del equinoccio, parte con el pensamiento de proseguir su obra en la primavera.

Esta serie de victorias, estas empresas atrevidas contra los teutones que, cincuenta años antes, destrufan uno tras otro los ejércitos de la República; la invasión, en fin, de esa misteriosa Bretaña, considerada hasta entonces como separada del resto del mundo, debían ciertamente halagar el orgullo de Roma. Así, para no chocar contra la opinión, el Senado, cualesquiera que fuesen las disposiciones hostiles de buen número de sus miembros, decretó en honor del gran capitán súplicas y acciones de gracias a los dioses durante veinte días.

No deja, sin embargo, la oposición de contrariarle en la Curia. El severo Catón acusóle de perfidia, de violación del derecho de gentes por sus crueldades con los jefes de los usipetas, e invocando los precedentes de la antigua Roma, insistió en que fuera entregado al enemigo. Sin embargo, César, según propia afirmación, no había hecho más que tomar represalias, cogiendo a aquellos bárbaros en el lazo que tenían dispuesto para él.

Sea de ello lo que quiera, la proposición indicaba el espíritu y los planes de la oposición. Llegado a su término el Consulado de Pompeyo y Craso, les reemplazaron Appio y Domicio. El primero amenazaba desde hacía tiempo, como no ignoramos, con provocar la anulación de todos los actos de César. Catón, elevado por fin a la pretura, lo sostiene y estimula. La nobleza quería terminar; cuanto más terreno había perdido, más necesaria le parecía la reacción. Sin contar con el restablecimiento del poder tri-

bunicio, la aristocracia había visto, en menos de veinte años, casi destruída su influencia en los tribunales y pasar de manos de los padres concriptos a las del pueblo la concesión de los altos cargos militares que tendían cada vez más a aminorar la autoridad del Consulado. En otro tiempo decidían la paz y la guerra, y ahora los generales llevaban sus armas donde les convenía, sin consultar siquiera al Senado. Así, César acababa de invadir sucesivamente la Germania y Bretaña en el transcurso de un mismo año. Craso se preparaba a atacar a los Partos, a pesar de sus protestas apoyadas por los tribunos. En vano se había recurrido al anatema; pero, no obstante, ese cuadro teatral y las imprecaciones de Ateyo no dejaron de producir profunda impresión en la multitud. Sobre este punto dirige Domicio sus esfuerzos. Para tantear el terreno y comenzar al propio tiempo la lucha, el cónsul la emprendió primeramente con Craso, proponiendo al Senado ordenase su vuelta de Siria, o en otros términos, anulase el plebiscito que le confirió el gobierno de aquella provincia. Si se aprobaba esta proposición, el precedente se convertía en un arma contra César, a quien no se atrevían a atacar de frente; pero fue rechazada. El cónsul y los impacientes de la oposición, al adelantarse así, no contaron con la tibieza y temores de la mayoría, que aunque participaba de sus intenciones, temía una ruptura. Domicio intenta conseguir al menos que el Senado prohibiese a Craso todo acto de agresión contra los Partos; también aquí fracasa en sus propósitos. Quedaba a la nobleza un postrer recurso, propio de los débiles; inquietar, hostigar al enemigo, ante el cual se retrocedía, desacreditarlo, perseguirlo, poniéndole en evidencia ante la opinión y herirle al menos en sus adictos.

Era el mismo expediente a que habían recurrido, veinte años antes, contra la aristocracia, César y la mayor

parte de los agitadores populares. Los procesos intentados entonces contra Dolabella, Verres y otros grandes concesionarios no tuvieron otro objeto. El sistema era el mismo; todo se reducía a un cambio de papeles, con la única diferencia de que el Senado no podía apoyarse ahora en el ejército, como habían hecho y hacían aún sus enemigos.

No obstante, la oposición aristocrática no desperdicia coyuntura que le favorezca, y a decir verdad, las costumbres eran tales, que las ocasiones de escándalo se presentaban por sí solas. Lo malo era que, a fuerza de explotarlas, el medio se gastaba. Nada indignaba ya ni sorprendía. Sin embargo, Vatinius, Messius, Gabinio y un cierto Rabinio fueron acusados uno tras otro.

El más notable de todos estos procesos es el intentado contra Gabinio, a quien se culpaba a un tiempo de cesión, a precio de oro, de las fuerzas que le había confiado la República, de violación de las leyes y desprecio de las decisiones del Senado y de las advertencias celestiales.

Sabemos que los triunviros habían vendido, bajo el Consulado de César, a uno de los Tolomeos el reconocimiento de sus derechos a la corona de Egipto, como también en qué circunstancias vino este Príncipe a suplicar al Senado le restableciese por la fuerza en su trono, y la negativa con que los padres conscriptos le respondieron en nombre del cielo. A pesar de todo, Gabinio, de acuerdo en este punto con el triunvirato, acababa de vender, mediante diez mil talentos (próximamente cincuenta millones en nuestra moneda), el apoyo de las legiones romanas al monarca desposeído, restableciéndole con sus armas en sus Estados.

Estas noticias se conocen en Roma hacia la primavera; Gabinio llega a la gran ciudad en el mes de Junio. En seguida se presentan a acusarle numerosos adversarios, ha-

llándose todo dispuesto para perderle. El negocio era grave, preciso es confesarlo.

Mientras Gabinio guerrea por cuenta de Tolomeo, los piratas saquean el litoral de su provincia; se defiende, pues, la causa de los pueblos. Se había distinguido por sus rigores con los publicanos, cuyas exacciones competían con las suyas; se hizo causa común con aquellos. En fin, próximamente en esa misma época, un desbordamiento del Tíber siembra la desolación en los barrios bajos de Roma, ocupados por la plebe; derrumbáronse sobre sus habitantes infinidad de casas, atribuyéndose este desastre a la cólera de los dioses; se proclama que Gabinio la había atraído sobre Roma, por despreciar los oráculos, haciéndola así cómplice de un sacrilegio. Esto no fue obstáculo para que se absolviera al culpable, que había recibido y tomado bastante oro para dar una parte a sus jueces.

La plebe, enfurecida, profería contra ellos amenazas de muerte, lo que estimula a los acusadores a volver a la carga. Fuera de la expedición de Egipto, las exacciones y prevaricaciones del procónsul proporcionaban materia suficiente a nuevas diligencias. Se le condujo por segunda vez ante los jueces; César y Pompeyo hicieron suya la causa; Cicerón, reconciliado con él por mediación de aquéllos, consiente defenderle. Todo esto aumenta más de lo debido la confianza de Gabinio, que fue esta vez más parco en derramar su dinero. Además Catón dirigía los debates. Fue declarado culpable y condenado a enormes restituciones.

La justicia parecía satisfecha; el odio no lo estaba. La oposición, que había tomado el gusto a los ataques, se lanzó acto continuo sobre un pobre hombre, Rabirio, extraño a las luchas de los partidos y que, para desgracia suya, había mantenido durante mucho tiempo relaciones no interrumpidas con el rey de Egipto, los triunviros y Gabinio.

Fue perseguido como cómplice de este último. Lo acaecido era que el acusado, rico y afanoso de ganancia como tantos otros banqueros de Roma, había puesto a Tolomeo, mediante préstamos sucesivos, en condiciones de conciliarse el triunvirato, después de dirigirse a los padres conscriptos y de comprar, en fin, a Gabinio y a su ejército.

El rey desterrado, para vencer entonces sus vacilaciones, le prometió darle más adelante, cuando recuperase sus Estados, entera libertad para disponer de las rentas del Egipto, y él, tomando la cosa en serio, cuando su deudor se vió restablecido en su trono, tiene la pretensión de cobrarse con los impuestos recaudados; pero amenazado por el monarca con la prisión, y hasta se dice que con la muerte, tuvo que tomar a toda prisa el camino de Roma, contento con salvar la vida, pero completamente arruinado. Sólo vivía ya de los socorros de César, lo que no impidió se le reclamase judicialmente el pago de las mismas restituciones impuestas a Gabinio, porque no podía desperdiciarse la ocasión que se presentaba de desacreditar a los triunviros, de llamar la atención pública sobre la protección vendida por ellos a un príncipe, verdugo en Egipto y asesino en Italia. La casa de Pompeyo había sido en Roma el centro de las intrigas de aquel extranjero. Allí se habían firmado y convenido los préstamos destinados a comprar las conciencias; el proceso reanimaba todos esos recuerdos. Rabirio, defendido por Cicerón, fue absuelto, pero al menos se había conseguido arrastrar el triunvirato por el lodo.

Sin embargo, el efecto no respondió a las esperanzas del partido; la atención se hallaba dividida. En aquellos mismos instantes era condenado por crimen de asesinato Procilio, uno de los primeros magistrados de la República, tribuno del pueblo; dos de sus colegas debían responder por su parte a acusaciones mayores sin duda, porque su

absolución hacía decir a un contemporáneo: "Ahora es cosa averiguada que la corrupción, los crímenes de lesa majestad y otros semejantes son pecadillos, y que a menos de degollar a un hombre en su propia casa, se puede estar seguro de la absolución." En aquella época se multiplicaban las acusaciones, sin otro resultado para las costumbres que contribuir a corromperlas por la publicidad dada al crimen y a la impunidad. Y no se crea se trataba aquí únicamente de esos actos de perversión que se producen aislados y de tiempo en tiempo. Mientras la aristocracia se ocupa en desacreditar al triunvirato, el escándalo se presenta por todas partes. Los cónsules, las notabilidades, son los primeros en dar el ejemplo; nunca la corrupción había sido tan grande, en tiempo alguno se la vió levantar la cabeza y luchar con tanto impudor. Ningún candidato se presentaba al pueblo sin el dinero en la mano; así los préstamos, las demandas pecuniarias se multiplicaban hasta tal punto en los Bancos de la capital, que el interés ascendió de cuatro a ocho por ciento al mes. Todo esto pasaba a plena luz. Messala y Domicio Longino, los dos candidatos que reunían mayores probabilidades de triunfo, esparcían el oro entre el pueblo a ciencia y paciencia de todos. Escauro, su más ardiente competidor, procuraba sobrepujarles. Los electores, o sus representantes, recibían en su propia casa y de sus manos, sin misterio alguno, el precio puesto a sus votos.

No obstante, un hombre se indigna y protesta: ese hombre es Catón: propone al Senado someter de oficio a una requisitoria, a la prueba de un juicio, los ardides de los candidatos, sin esperar la iniciativa individual de los enemigos y de los contrincantes. Aquella virtud severa se impone hasta tal punto, que se adopta el partido propuesto. Un Senado-consulta le acoge, prohibiendo asimismo toda reunión de los comicios antes de procederse

a la información y conocerse el resultado del examen. No obstante, esto no tenía otro valor que el de una proposición al pueblo. Se necesitaba una ley, y se redactó el proyecto. Los cónsules fueron encargados de presentarla y apoyarla, lo que hicieron tibiamente y contra su voluntad. Pero Catón se halla presente y sostiene la proposición con su vigor habitual. Entonces estalla un tumulto espantoso, produciéndose entre la multitud un desbordamiento de imprecaciones y de amenazas y lanzándose algunos proyectiles contra el intrépido estoico. Todo lo que vive en Roma del tráfico de las conciencias, desde los agentes cuya industria constituía, hasta la plebe a quien se compraba, se siente presa del pánico y de la cólera. La ley no tendía nada menos que a arrebatárles lo más saneado de sus rentas. Cuantos rodean a Catón se dan a la fuga, pero él permanece sólo en la tribuna imponiendo con su mirada, según se dice, a los sediciosos. Lo cierto es que, ganado un tribuno, no se sabe por cuál de los cónsules o de los candidatos, interviene entonces notificando su veto. Fue preciso dirigirse al Senado; entretanto Catón cayó enfermo. En su ausencia los padres conscriptos revocan su decisión y levantan el entredicho puesto por ellos a la reunión de los comicios. Así fue enterrada la proposición. Quedaba, es cierto, las acusaciones individuales, pero existían medios de entenderse con todo el mundo, y se predijo desde entonces que ninguno de los candidatos sería condenado.

Continúa, pues, la compra de los votos hasta tal extremo, que en las elecciones de los tribunos el exceso del mal se convierte, al menos esta vez, en el remedio buscado y que, preciso es creerlo, era el único posible. El pago había llegado a ser una condición rigurosa del éxito ante los comicios para todo el que no podía disponer, como los triunviros, de masas de soldados. Casi todos los candidatos sufrían dicha condición, pero como los agentes del pueblo

recibían dinero de todos, nadie se atrevía ya a fiarse en nada, ni siquiera en la venalidad, y lo prueba que en aquella ocasión todos los aspirantes al tribunado convinieron en renunciar a esa guerra de dinero y a no pasar plaza de tontos, y para sancionar por medio de una cláusula la ejecución del compromiso que ya habían contraído, depositaron todos en manos de Catón garantías que asegurasen el pago de una fuerte multa, que ellos mismos le autorizaron a imponer a todo el que contraviniera lo acordado, en provecho de todos aquellos que hubieran permanecido fieles a sus promesas. Gracias a esta precaución, el pacto fue ejecutado, pero sin comprometerse para lo porvenir.

Seguramente eran estos bastantes escándalos para atenuar los explotados en contra de los triunviros. ¿Quién podía, en justicia, mostrarse severo? Ni el pueblo, ni el Senado. No obstante, Roma dió en aquella época una prueba de susceptibilidad tan extraordinaria, que la historia la ha consignado en sus anales. He aquí el hecho: el inflexible Catón alardeaba de imitar a los sabios de Grecia, y así caminaba sin calzado, a la manera de Sócrates. Aquel año, el calor era sofocante; Catón se presentó en público con los pies desnudos y sin túnica bajo su toga, y como era pretor, juzgaba en ese atavío. Su acción sublevó los ánimos, llegando a esparcirse, a este propósito, el rumor de que el estoico bebía hasta embriagarse.

La corrupción tiene naturalmente sus arrebatos de mal humor contra la virtud; reserva la indulgencia para sí y para los suyos. Esto se vió bien pronto con motivo de una revelación que recibió el Senado. Los dos cónsules en ejercicio, Domicio Aenobarbo y Appio, se habían obligado con Domicio Calvino y C. Memmio a hacerles elegir para el Consulado, y éstos, por su parte, contrajeron el compromiso de asegurar a cada uno de los primeros una provincia a su conveniencia o pagar una enorme indemniza-

ción. Para conseguir sus propósitos, debían sencillamente alegar la excepción de una ley de la Curia que jamás había existido, y he aquí el medio que acordaron utilizar: los dos candidatos, una vez cónsules, comprarían tres augures prestos a declarar, bajo juramento, que la ley se había votado en su presencia, y además, se procurarían, a expensas suyas, dos personajes consulares dispuestos a afirmar que habían contribuido a un Senado-consulta que concedía a los dos procónsules así improvisados las fuerzas y subsidios de costumbre. Todo iba a maravilla, y nadie desconfiaba de hallar en la aristocracia romana cinco perjuros *dignos* de fe, cuando Memmio cambió de dictamen. Contando con la protección de César y, por consiguiente, con el concurso de una masa de soldados bastante imponente para asegurarle la mayoría, olvida su palabra. De acuerdo con Pompeyo, que aprovechó esta ocasión de devolver al partido aristocrático escándalo por escándalo, revela en pleno Senado cuanto había sucedido entre los cónsules, su competidor y él, enseñando asimismo el convenio en forma, firmado por todos los contratantes. Revelación sorprendente, a buen seguro; pero más extraño, a ser posible, fue su resultado. Al cabo de algún tiempo, Domicio Calvino era elegido cónsul; Appio proclamado censor; Aenobarbo llegó a ser más tarde uno de los lugartenientes de Pompeyo. El único que pagó por todos fue el delator; César le retiró su apoyo.

Se concibe que semejantes republicanos no inquietaran seriamente a un ambicioso que disponía del Ejército y de recursos que la victoria ponía diariamente en manos del avisado general.

No obstante, preciso es reconocer que la poesía camina en pos de los descontentos. Florece entonces, pero su acción era limitada; no se dirige a las masas; la Prensa no podía prestarle el poder de expansión, de rapidez y ubi-

cuidad que hoy reciben de ella las letras. Por otra parte, a juzgar por sus más notables modelos, era la expresión de las costumbres de la época. El magnífico poema de Lucrecio es sólo un brillante alarde de materialismo e incredulidad. Catulo figuraba en el número de los amantes de la hermana de Clodio, esa Lesbia inmortalizada por sus versos, y que Cicerón quería infamar. ¿Qué podía esperarse de semejantes Tirteos?

César responde a los yambos y a los epigramas con victorias, con el oro que esparce en la capital, con los inmensos trabajos que hace ejecutar en ella, con la satisfacción de los artistas, industriales y obreros de todo género.

En el transcurso de ese mismo año (700) pasó nuevamente el canal para dirigirse a Bretaña, atraviesa el Támesis a vista del enemigo, penetra en el corazón de la isla, vence en multitud de encuentros a los naturales reunidos bajo la dirección de Casivellono, uno de sus más intrépidos jefes; los somete, recibe sus rehenes y les impone un tributo. Después, volviendo a la Galia, abandona rápidamente sus cuarteles de Samarobriua para ahogar, en el Norte, una nueva insurrección de los pueblos más belicosos. Habiendo conseguido atraer astutamente a una emboscada a cinco cohortes romanas y destruirlas, dichos pueblos sitiaban entonces en otro punto a Q. Cicerón en su campamento y le amenazaban de la misma suerte, cuando César llega a marchas forzadas, seguido de dos legiones y de alguna caballería. Los asaltantes, en número de ochenta mil guerreros nerviones, eburoneos y otros, procedentes de los valles de Lys y de la Sambra, quieren salir entonces a su encuentro, impacientes por aniquilarle. César sólo disponía de unos siete mil hombres, y se las compuso de suerte que inspiró a los galos una confianza ciega en la victoria con su actitud, manteniéndose en su campo como paralizado por el temor. Después, cuando aquellas masas

impetuosas se lanzaron en desorden sobre sus trincheras, se precipita sobre ellas, rompiéndolas, arrollándolas y obligándolas a ganar a toda prisa sus bosques después de tener enormes pérdidas. La noticia de esta victoria, esparcida con la rapidez del rayo, detuvo en todas partes la insurrección, y Labieno, a quien su jefe había destacado contra los trevirios, les redujo sin esfuerzo alguno.

Vemos, pues, que la campaña había sido gloriosa. Pero mientras el gran capitán sometía la Bretaña, su hija Julia espiraba en Roma, siguiéndola poco después el hijo que acababa de dar a Pompeyo. Los funerales de la madre se señalaron por una manifestación, cuyo carácter se revelaba por sí mismo. A pesar de las protestas del cónsul Aenobarbo, el pueblo se empeñó en levantar la hoguera en el campo de Marte, donde se rendían antaño a los reyes iguales honores. Allí fué transportado el cadáver entre un inmenso gentío y allí se erigió una tumba destinada, si hemos de creer a Plutarco, no tanto a honrar la memoria de la compañera de Pompeyo como de la hija de César. En esto debía terminar todo el ruido hecho durante el año en torno del triunvirato.

XV

Disolución del triunvirato.

Terminaron en sus funciones Aenobarbo y Appio. Comenzó el año 701 y la República se hallaba sin cónsules. Los tribunos se oponían a toda elección y perseveraron en su actitud cerca de ocho meses; lo hacían en nombre del bien público, alegando los escándalos de toda especie que provocaba entonces el antagonismo de las diversas candidaturas. En realidad, aspiraban a sustituir al Consulado una Magistratura más accesible y propia para satisfacer a un tiempo mayor número de ambiciones, el tribunado militar, cuyo ensayo se hizo en Roma cuatro siglos antes. Hubo, pues, que recurrir a magistrados interinos, que se sucedían de cinco en cinco días; esto era casi el estado anárquico. Pero tal situación de cosas convenía a Pompeyo, que aspiraba a la dictadura, aunque procurando, como siempre, oponerse públicamente a aceptarla. Aquel desorden le era beneficioso por el espanto que producía en los ricos, y así le favorecía secretamente. El Senado toma al fin la resolución de mostrarse riguroso con el más obstinado de los tribunos, y las elecciones se verifican; V. Messala y Domicio Calvino fueron proclamados cónsules.

Apenas entran en funciones, se conoce en Roma la derrota y muerte de Craso. Sus legiones habían sucumbido bajo las flechas de los Partos en las abrasadas planicies de la Mesopotamia, y él mismo pereció allí a manos asesinas.

Nadie se equivocó en Roma respecto de las consecuencias de ese desastre, tan próximo a la pérdida de Julia. La clase media entrevió la guerra civil; la aristocracia la posibilidad de anular el partido militar, disolviéndole. En cuanto a Pompeyo, respira con más libertad. Tiempo hacía que le estorbaba la gloria de César, impidiéndole ocupar, como era su deseo, el primer lugar tanto ante la opinión como en el Estado. La muerte de Craso le desembarazaba oportunamente de un enemigo que se hubiera declaraba en favor de su rival.

Nada de esto se oculta a César; pero la Galia no se halla aún sometida del todo; se organizaba entonces una vasta insurrección desde las bocas del Rhin hasta la Aquitania. Podía comprometerse la conquista si estallaba la guerra entre él y Pompeyo. Subordinando, pues, sus afectaciones actuales a sus designios, intenta reanudar los lazos de familia que la muerte acababa de romper, y ofrece a aquel aliado sospechoso la mano de su sobrina-nieta Veturia, mujer entonces de C. Cl. Marcelo y madre de un niño aún en la lactancia, aquel joven Marcelo que inmortalizaron los más hermosos versos de Virgilio. Para este enlace se precisaban un divorcio, dolores crueles; pero estas consideraciones nada importan en política. César ofrece también repudiar a Calpurnia para casarse con una hija de Pompeyo; ninguna de estas proposiciones fue aceptada. Pompeyo había puesto ya manos en la obra, y para asegurarse de Cicerón le ofrece la lugartenencia del ejército de España.

César, por su parte, juzga prudente perseverar en su actitud de confianza. Finge no conceder crédito alguno a las noticias que le llegan de Roma respecto de las sordas intrigas de su antiguo aliado, pero al mismo tiempo convence a Cicerón para que no acepte la lugartenencia ofrecida. Por medio de su oro obraba silenciosamente sobre el

Senado, sobre cuantos hombres pródigos y cargados de deudas, pero resueltos y hábiles, existían en la República, dando sin medida o prestando a un infimo interés, ganando hasta a los libertos, a los esclavos de aquellos sobre los que le importaba obrar, entrando en inteligencia con los que rodeaban a Pompeyo. Sus liberalidades se extendían, según se asegura, no solamente a Italia, sino en ocasiones a Grecia, España, Asia y Africa. Nada escapaba a su penetración: monarcas, pueblos, ciudades de alguna importancia. Gratificaba a aquéllos con millares de cautivos procedentes del botín de la Galia o de la Bretaña; concedía a éstos auxilios de hombres y de dinero sin consultar al Senado y dotaba a algunas grandes ciudades de suntuosos edificios.

No obstante, todo parecía secundar las miras de Pompeyo. Apenas habían entrado en funciones Messala y Calvino, cuando ya ensangrentaba a Roma la lucha entablada entre los candidatos al Consulado para el año 702. Se le disputaban Tito Annio Milón, Plotio Hypseo y Q. Metelo Escipión. Todas las probabilidades parecían estar en favor del primero; la energía de que había dado pruebas rechazando las bandas amotinadas por Clodio, tan pronto contra Pompeyo como contra Cicerón; la brillantez de los juegos y espectáculos con que obsequiaba a la multitud y el dinero que esparcía profusamente, le prometían el triunfo sobre sus adversarios. Sus amigos eran numerosos, adictos y de reconocido poder; Cicerón se distinguía entre todos por el ardor de su proselitismo. Pero Milón contaba con dos enemigos peligrosos: Clodio, a quien había combatido, y que aspirando entonces a la pretura, temía ejercerla bajo un cónsul bastante vigoroso para contenerle, y Pompeyo, a quien había servido, pero con demasiada energía e independencia para no hacerle temer un adversario. Unidos los dos en contra suya, obraban cada uno, según su

carácter; el primero, por medio de la violencia; el segundo, simulando no meterse en nada, pero retardando secretamente la elección, con ayuda de los tribunos de que dispone.

Llegaron así las cosas hasta el punto de que los contrincantes no se limitaban a comprar a la plebe. Había dos partidos en armas: de un lado, las bandas puestas por Clodio a disposición de los candidatos que Pompeyo parecía sostener: Hypseo y Escipión; del otro, las organizadas por el tercer aspirante al Consulado; se atacaban y degollaban en las calles de Roma. Esta agitación aprovechaba al antiguo triunviro. Clodio, vuelto a su gracia, le sirve ahora doblemente; combaten a un hombre que inspira temor a ambos, y obliga al propio tiempo a los ánimos atemorizados a pronunciarse por la dictadura. En opinión de muchos, no había en adelante en Roma más gobierno posible que el de uno solo. Dos nombres sonaban con este motivo: el de Pompeyo y el de César. El primero hacía, como siempre, alarde de desinterés para conciliarse hasta aquellos a quienes aterraba la dictadura; repite, a quien quería oírle, que en cuanto a él, los honores habían venido constantemente a sorprenderlo, y que por su parte había siempre sorprendido a Roma resignándose.

Estas aspiraciones hacia la unidad del Poder se manifiestan, sobre todo, fuera de la nobleza, aunque ésta no se hallaba lejos de pensar del mismo modo. La anarquía la atemorizaba, pero César por encima de todo; para ella era el peligro, el enemigo irreconciliable. Ante ese fantasma, Pompeyo, a quien tanto había odiado, resultaba aceptable. La actitud que acababa de tomar, la envidia que deja traslucir, los recelos que ella denuncia respecto a su invencible aliado, comienzan a constituir otros tantos títulos a la simpatía, a la confianza de la oposición. Los intereses eran ahora comunes; Pompeyo necesita de la nobleza, como la

nobleza de Pompeyo. Ya no cabía el disimulo; en aquel naufragio de todas las virtudes públicas, queda en pie una sola fuerza: el Ejército; por consiguiente, la alianza con un grande hombre de guerra ofrece la única probabilidad con que se puede contar para atraerse al soldado. Esta combinación que diez años después utiliza el Senado, oponiendo entonces a Antonio, el heredero de César, y el prestigio unido a ese gran nombre, se ofrece aquí por sí sola. Sin duda, después de la victoria quedaba aún mucho que hacer, pero Pompeyo, capitán hábil y afortunado, había tenido hasta entonces muy poca suerte en política. Por otra parte, se le había visto dos veces licenciar sus ejércitos en el momento mismo en que el Poder parecía estar en su mano. Una guerra emprendida en nombre de la libertad, podía formar, revelar grandes capitanes animados de sentimientos republicanos, y, sobre todo, a menos de abdicar por completo, una alianza con Pompeyo era el único partido posible. La prontitud con que poco después se adopta, prueba hasta el punto que respondía a las circunstancias. Se deliberaba aún, cuando un acontecimiento inesperado vino a precipitar las resoluciones.

El año 702 había comenzado como el precedente. Roma permanecía sin cónsules, pero, no obstante, la elección de Milón parecía asegurada. Los tribunos Q. Pompeyo Rufo y, sobre todo, Manucio Planco Bursa, adictos a sus candidatos o a Pompeyo, perseveran en oponerse a la convocación de los comicios. Clodio habla hasta de asesinar a Milón.

Así las cosas, a comienzos de Enero el personaje últimamente citado tuvo que trasladarse a Lanuvio para presidir una ceremonia religiosa. Sale de Roma y sigue la vía Apia; su mujer y un amigo iban a su lado en un coche de viaje. Larga serie de esclavos de lujo, músicos, coristas y esa multitud de mujeres que formaba el servicio de una

gran dama romana, les seguían inmediatamente; cerraba la comitiva una numerosa escolta de gladiadores y de servidores armados. Por otra parte, Clodio regresaba a Roma de una de sus casas de recreo, acompañado de una treintena de esclavos a caballo y armados como él; en estas condiciones se encuentran. Cruzáronse miradas furiosas, pero esto fue todo; algunos gladiadores de la escolta de Milón se habían quedado atrás; provocados por la gente de Clodio, se trabaron de palabras, e iban a desafiarse, cuando Clodio, que había vuelto sobre sus pasos para precipitarse, con su fuego habitual, contra los servidores de su enemigo, fue herido por uno de ellos en la espalda. A esto sigue un combate general, y dos nuevas heridas obligan a Clodio a refugiarse en una taberna cercana. En tal extremo las cosas, Milón, enardecido por la lucha y juzgando que la muerte de su enemigo no podía agravar más su situación, dispuso rematarle. En consecuencia, la casa fue forzada, y bien pronto Clodio, acribillado de heridas, era arrojado expirante en el camino donde doce de sus esclavos habían sucumbido. Hecho esto, Milón se apresura a emancipar a aquellos de los suyos que habían tomado parte en el combate; era un medio de sustraerlos a la tortura. Después espera los acontecimientos.

Clodio yacía sobre la carretera, a algunos pasos de un templo erigido a aquella buena diosa, cuyo misterio había profanado años antes. Acertó a pasar por allí un senador, e hizo levantar el cadáver; se le transporta a Roma, donde Fulvia, la viuda de la víctima, se apresura, en su furor, a exponer sus ensangrentados restos a las miradas de la multitud, que, exasperada, se apodera del cuerpo y le lleva tumultuosamente al Foro, depositándole delante de la tribuna de las arengas, desde lo alto de la cual, el tribuno Planco, ayudado por dos de sus compañeros, excita al pueblo a hacerse justicia. Entonces vióse a aquellas

masas, dirigidas por él, apoderarse del muerto, llevarle a la Curia, como desafiando al Senado, y una vez allí improvisan una hoguera con cuanto estaba a su alcance: mesas, bancos, asientos de los padres conscriptos y objetos arrebatados a las tiendas más próximas, y pegan fuego al cadáver, y con él a una basílica y a numerosas casas contiguas. La plebe, así satisfecha, corre después a la morada de los dos contrincantes de Milón para aclamarles.

Apenas habían transcurrido nueve días desde estos sucesos y los escómbros de las casas incendiadas humeaban aún, cuando se renuevan los desórdenes con ocasión del banquete fúnebre. La multitud se precipita furiosa a la morada de Milón e intenta incendiarla. Rechazados de allí a flechazos, corren entonces los asaltantes a casa del magistrado interino Lépidio, a quien se suponía favorable a aquél, y tratan de asaltarla. Aquella muchedumbre desenfundada lanzaba a los aires, en su tumultuosa carrera, unos el nombre de Pompeyo, cuya dictadura pedían; otros el de César, a quien saludaban con el título de cónsul. Los partidos tenían sus jefes de fila, prontos siempre a explotar el desorden en beneficio de las ambiciones que los pagaban.

En un principio procura Milón ocultarse, pero los excesos de los perturbadores y la indignación que se manifestaba contra ellos en la Curia le enardecieron. Se atreve a mostrarse en público, declara que no retira su candidatura, esparce nuevamente el oro y obtiene de Celio, uno de los tribunos que le favorecían, que le presentase al pueblo. Esperaba atraerse la opinión.

Por su parte, Escipion e Hypseo, que se habían creído libres de un rival peligroso y le ven reaparecer resuelto y tranquilo, tomaron sus medidas. Las bandas de Clodio no se habían disuelto con la muerte de este último; recurren, pues, a ellas, reforzándolas además con su propia gente, y organizan así un golpe de mano.

El día en que, bajo los auspicios de Celio, Milón, rodeado de sus numerosos amigos, sube a la tribuna y toma la palabra para demostrar que Clodio había sucumbido en una asechanza provocada por él mismo, multitud de hombres armados invaden repentinamente la plaza pública y se precipitan sobre los que rodean al orador para llegar hasta él. Milón y Celio pudieron escapar a los puñales asesinos, envolviéndose en los mantos de sus esclavos y dándose a la fuga; pero los que se hallaban a su lado, expuestos al primer choque, fueron menos felices, y la asamblea se dispersa a impulsos del terror. Entonces, y ya cumplido el encargo de Hypseo y Escipión, obran los facciosos por su propia cuenta. Todos aquellos que por la riqueza de sus joyas o de sus vestidos se señalan a su rapacidad, se ven a su vez heridos y despojados. Durante varios días fueron invadidas y saqueadas multitud de casas en que se suponía se habían refugiado Milón y sus amigos.

El Senado, convencido de su impotencia, no opone a todos estos horrores más que sus decretos; pero ante un desprecio tal de las leyes y de las autoridades, se necesita algo más: un hombre, un prestigio, una fuerza. La opinión había ya resuelto el problema en estos términos: la dictadura, Pompeyo o César; pero dadas las disposiciones de la aristocracia, no podía ser dudosa la elección entre el vencedor de la Galia y el grande hombre de guerra que le envidiaba demasiado para no odiarle. El primero era para ella un irreconciliable enemigo; el segundo, un probable auxiliar. En semejantes circunstancias, sobran las explicaciones; todos los intereses comunes están de acuerdo. No fue, pues, obedeciendo a una inspiración repentina y con el único fin de evitar el desorden, por lo que Bibulo propuso a Pompeyo al Senado como el único hombre que podía considerarse a la altura de la situación. Sólo se habla de anarquía; pero la cosa estaba bien clara para de-

jar lugar a dudas; el autor de la proposición era el más ardiente enemigo de César; Catón, que la sostuvo, su más constante adversario. Ambos pretendían, y con ellos cuantos les rodeaban, ganar a Pompeyo a la causa de la nobleza; esperanzas que justifica ciertamente este último por la rapidez con que acoge las insinuaciones que se le hacen en tal sentido. Apenas le admite el Senado como cónsul único, tiende la mano a Catón, manifestándole su gratitud y prometiéndole conformarse en todo con sus consejos.

Proclamóse a Pompeyo cónsul único para el año 702. Sólo al pueblo pertenecía elegir sus cónsules, debiendo residir la autoridad no en uno exclusivamente, sino en dos. La ley se substituye aquí con la arbitrariedad, y precisamente por aquellos mismos que hacían alarde de defenderla. Catón era el primero en repetir que todo es preferible a la anarquía.

Sin embargo, la dictadura asustaba aún, y se deseaba verosímilmente intentar una prueba antes de entregarse ciegamente en manos del antiguo triunviro. La célebre fórmula *Caveant cónsules* le confería, no obstante, extraordinarios poderes. Se hallaba autorizado para reclutar fuerzas en toda Italia y para adjuntarse, después de un espacio de tiempo que debía durar cuando menos dos meses, un colega de su elección. Como es fácil concebir, dicha elección, puramente facultativa, no podía recaer más que sobre una persona absolutamente adicta a la ambición a quien se otorgaban tales derechos. Esto era un paso más hacia la concentración del Poder en una sola mano. Inútilmente se retrocedía ante la pendiente; arrastraba con fuerza invencible.

He aquí cómo después de haber favorecido durante más de un año el desorden para satisfacer sus miras personales, Pompeyo, oficialmente encargado de ahogar la anarquía, puso manos a la obra con el firme propósito de

abatir a un antiguo aliado a cuya elevación había concurrido, dejándose llevar ciegamente por el amor propio y la ambición.

Una vez instalado en el Poder, reúne fuerzas en la capital, reclutándolas asimismo fuera de ella. Los asuntos del día eran el crimen imputado a Milón y los excesos de los anarquistas. El nuevo cónsul elabora en seguida dos proyectos de ley: el primero nombraba una comisión para conocer en el atentado contra la persona de Clodio, designando para la instrucción a Domicio Aenobarbo, uno de los firmantes del infame convenio denunciado al Senado hacía menos de dos años. El segundo cambia los procedimientos, abrevia los plazos y precipita la decisión, en materia criminal, a semejanza de lo acostumbrado en el fuero de guerra. Por complicado que fuese el asunto, se consagraban solamente tres audiencias a la declaración de testigos, una sola a los informes y deliberación, y, en esta última, únicamente dos horas a la acusación y tres todo lo más a la defensa. Tales eran los términos del proyecto que, no obstante, introdujo una reforma útil. Hasta entonces los acusados se presentaban ante la justicia escoltados por cuantos personajes influyentes podían reunir, y con arreglo a la costumbre, les recomendaban, extendiéndose sobre sus méritos. Esto equivalía a una presión ejercida sobre el juez, y seguían escandalosas absoluciones; una disposición del proyecto cortaba tal abuso. Sin embargo, en el fondo, como pudo verse en seguida, se trataba menos aquí de los principios que de las personas; en este punto, como en todos, el objeto era perder a Milón. Si la nobleza intentaba apoyarle, con esto se le cerraría la boca.

Así lo comprendieron el acusado y su amigo Celio. El tribuno combatió la proposición y se preparaba a oponer su veto, cuando Pompeyo amenazó con recurrir a las ar-

mas. Este era justamente el lenguaje empleado por él diez años antes en interés del triunvirato. Celio tuvo que bajar la cabeza. Pompeyo disponía de los soldados y de la multitud; sus dos proyectos de ley fueron aprobados.

Prosiguióse, pues, la instrucción, y la verdad se dió a conocer. Preciso es confesar que era poco favorable al acusado; no por ello se multiplicaron menos los trabajos para perderle. Esto se debía a que la nobleza aspiraba a salvarle; Catón había dicho en pleno Senado que el asesinato de un perturbador como Clodio era acto legítimo, y cosa extraña, el joven M. Bruto, el que más tarde apuñalaba a César, desenvuelve entonces esta tesis en un escrito que dió a la publicidad. En fin, Cicerón era el encargado de la defensa.

Fiel a su carácter de siempre, Pompeyo jugaba aquí con cartas dobles. Deseoso de mantenerse en buenas relaciones con la nobleza, pero resuelto a perder a Milón, trabaja en la sombra. Esparciéronse, pues, los más alarmantes rumores; un día se trata de una vasta conspiración cuya alma era el acusado, asegurándose que había establecido depósitos de armas en varios puntos de la capital; otro se dice que intenta asesinar a Pompeyo, y el gran hombre de guerra que sabía a qué atenerse, según su costumbre, se considera en peligro, multiplica los centinelas en los alrededores de su casa y provoca, en fin, los testimonios de miserables pagados para acreditar esas fábulas.

Se abrieron los debates, y ya tocaban a su término, cuando la víspera de pronunciarse la sentencia, uno de los más ardientes adversarios de Milón, el tribuno Planco, convoca a la plebe, exhortándola a no dejar ignorar a los jueces el veredicto que esperaba de su severidad. Este lenguaje era claro.

Al siguiente día ordena Pompeyo se situasen nutridas

fuerzas en los alrededores del Foro, cubriendo las gradas y ocupando los pórticos de los edificios que le dominaban. El se coloca en medio de ellas sobre un punto elevado y en la actitud del mando militar. Esto era en apariencia, a menos, una satisfacción concedida a la nobleza, que tenía para el acusado la presión que se amenazaba ejercer sobre la justicia, pero intencionadamente o no, produjo de paso una profunda impresión de temor en la barra. El cónsul había prescrito a los soldados que, en caso de desórdenes, se limitasen a pegar con la espada de plano. Sucedió al fin lo que Pompeyo tenía previsto; la multitud, soliviantada por Planco, no tarda en estallar; la paciencia de los hombres de guerra se acaba bien pronto, y corre la sangre. Dominaron entonces los gritos de dolor y de miedo, y Cicerón, que comenzaba su defensa, turbóse, resintiéndose de ello su discurso. No obstante, desempeña escrupulosamente su misión, pero, según se asegura, no estuvo a la altura de siempre. Milón, declarado culpable, tuvo que desterrarse a Marsella. No obstante, Catón, que era uno de los jueces, se mostró partidario de que se le absolviera, pero procurándose que su voto fuese uno de los últimos recogidos; su ejemplo no pudo influir sobre sus colegas.

Pompeyo, al proceder así contra Milón, se libraba de un adversario peligroso, cuya audacia y vigor parecían prometer un jefe a la nobleza; pero lo que le preocupaba principalmente era una rivalidad más peligrosa aún, y sobre este punto se concentraron en adelante sus esfuerzos. Aquí tenía seguro el apoyo de la nobleza; sin embargo, obraba con tanta circunspección como constancia, porque a quien pretendía atacar era a César; intento atrevido ante el cual se le creyó a veces dispuesto a retroceder.

Comienza por casarse con la hija de Metelio Escipión, uno de los personajes más avanzados del partido aristocrá-

tico. Esto era un gaje ofrecido a sus nuevos amigos y una fuerza más en su mano.

Busca otra en las leyes que se dispone a hacer aprobar, e intenta atraerse la clase media con el orden, el bienestar y la seguridad, desarmando al propio tiempo la mayor parte de las ambiciones a quienes pudiera desvanecer el espectáculo de su fortuna.

Con este objeto, propone y se aceptan dos nuevas leyes: una sobre los atentados contra la paz pública, otra contra la corrupción. Desde otro punto de vista, se procuraba también así armas contra el rival que le hacía sombra. Da a cada una de estas leyes efecto retroactivo, declarándolas, por medio de disposiciones especiales, aplicables a los hechos realizados durante los veinte años anteriores. Su pensamiento se manifiesta aquí tan a las claras, que los amigos de César se apresuraron a protestar. Pompeyo responde que César se hallaba al abrigo de toda acusación, y que, en último resultado, esas leyes le alcanzarían también a él mismo. Para no romper entonces, hubo que contentarse con esta respuesta.

Por otra disposición de igual importancia, concedía entera remisión de las penas que imponían aquellas leyes a todo el que, convicto de hechos que cayeran bajo su aplicación, persiguiera y lograra hacer condenar dos culpables del mismo crimen. Esto era querer hallar acusados a toda costa, y a la vez hacer resaltar así, por el número y publicidad de los debates, los riesgos suspendidos sobre la sociedad, los méritos del legislador y la necesidad de unirse a un hombre cuya severidad contrastaba con la indulgencia de César respecto de la multitud peligrosa de que se rodeaba.

Pompeyo continúa explotando todos los desórdenes a que antes se había prestado para conseguir la dictadura, presumiendo con toda intención proteger la justicia por

medio de un gran alarde de fuerza; sus soldados se hallaban en todas partes. Multiplicábanse los procesos y las condenas, combinación destinada no menos a imponer que a tranquilizar los ánimos.

No obstante, el efecto conseguido fué más allá de sus previsiones; porque algunos individuos condenados por corrupción y atentado contra la paz pública, trataron de escapar a las penas pronunciadas contra ellos, acusando a Metelio Escipión, suegro de Pompeyo, a Hypseo, su antiguo cuestor, y, lo que debía colocarle aún en posición más difícil, a Planco Bursa, su confidente íntimo, el tribuno que tan ardientemente le había servido oponiéndose a las elecciones consulares y sublevando las masas, culpables de tantos excesos después de la muerte de Clodio.

Le bastó, sin embargo, en esta ocasión no tomar en serio sus propias leyes.

Ninguno de los tres acusados podía negar los delitos que se les imputaban, y, como ya dijimos, Pompeyo había prohibido toda presión sobre la conciencia de los magistrados. Una vez conocida la acusación contra su suegro, vistese de luto, llama a los jueces junto a sí y les insta para que le absuelvan. Convencidos de que aquí había que cerrar los ojos a la evidencia, prometieron cuanto les pide, y para mostrarse hombres de palabra, escoltaron honoríficamente al inculpado hasta las puertas de su casa. La multitud y el acusador les vieron atravesar así el Foro; a aquel último no le quedaba ya más que desistir, y así lo hizo. ¿Qué esperar en efecto de semejantes hombres?

Llega su turno a Hypseo: éste debía pagar por Escipión, antiguo cuestor de Pompeyo, contaba con su apoyo; lo que acababa de suceder justificaba sus esperanzas. Sin embargo, el cónsul se niega a recibirle, a pesar de las reiteradas instancias del acusado. Al fin, un día le sorprende al pasar, cuando volvía del baño para sentarse a la mesa.

Se arroja entonces a sus pies, le ruega, le suplica; pero el hombre que todo lo podía, presa de un arrebató de mal humor, le rechaza duramente: "Todo ese ruido—le dice—no producirá más resultado que el de retardar mi comida". Tenía que ahorrar su influencia para Planco, que era, sin duda alguna, el más culpable de los tres, pero que había sido su agente, lo que nos explica la actitud de Pompeyo en esta ocasión. Por servirle, Planco hizo necesaria la dictadura, fomentando el desorden, sin retroceder ante el incendio y el asesinato. Por este motivo, y en la imposibilidad de abogar por él ante la justicia, escribió el cónsul una apología del antiguo tribuno, en que solicitaba se le absolviera, y la hizo leer a sus jueces durante la sesión. Pero Catón formaba parte de los mismos y, aunque recusado, les comunicó sin duda su energía. Planco fue condenado, pero Pompeyo le había cerrado la boca. Allí estaba, para él, la cuestión.

Todo iba, pues, a las mil maravillas; los intereses materiales se manifestaban satisfechos del gran despliegue de fuerzas que, con las nuevas leyes, concurría al restablecimiento del orden. Además de este resultado, las leyes contra la intriga prometían a su autor otros más notables aún, gracias a una combinación verdaderamente ingeniosa. Preciso es decir que la idea no le pertenecía; no obstante, se la había apropiado, comprendiendo instintivamente el partido que podía sacarse.

Sabemos cómo procedían entonces la generalidad de los candidatos. Para conseguir mayor número de votos, tomaban dinero a réditos con un interés de cuatro, y a veces de ocho por ciento al mes. El Consulado o la Pretura les aseguraba, al cabo de un año, el gobierno de una provincia, y esta provincia enormes beneficios que les ponían en situación de reembolsar el capital y los intereses a la terminación de sus funciones, y más tarde de corromper,

en caso necesario, acusadores y jueces, sin perjuicio de conservar para sí dinero bastante con que gratificar al defensor y satisfacer todas las exigencias del lujo y de los caprichos más dispendiosos. Ahora bien; la nueva ley trastornaba este cálculo, aplazando durante cinco años, para los elegidos del pueblo, la toma de posesión del gobierno de su provincia; porque esperar tanto tiempo bajo el peso de tan enormes intereses, que se capitalizaban además al fin de cada año, equivalía a la ruina. Con este motivo, debía decrecer singularmente el número de ambiciosos que aspirase a tales honores; porque no ofreciendo ya el Consulado o la Pretura más que una lejana perspectiva de gobierno y mando militar, tenía que enfriarse necesariamente el ardor para conseguir dicho objeto.

Añadamos que, a partir de la nueva ley, debían transcurrir cinco años, durante los cuales se hallaba autorizado el Senado a elegir los gobernadores de las provincias entre los personajes consulares. En la situación en que se hallaba Pompeyo con el Senado, cuya mayoría pertenecía a la nobleza, no podía dudarse de que ese gran cuerpo confiara los Gobiernos, y por consiguiente, el conjunto de las fuerzas diseminadas por la mayor parte de los países conquistados, a hombres con los cuales pudieran contar uno y otro. Se arrebató así al pueblo la facultad de disponer de los mandos militares y, como consecuencia, del Ejército. Fácil es comprender el alcance de esta disposición y a cuál favorito de la multitud se proponía atacar dicha ley.

Para que Pompeyo pudiera aprovecharse de ella plenamente, le importaba ponerse primero fuera de su alcance. Así, antes de proponerla, tuvo buen cuidado de hacer aprobar una que prolongaba por otros cinco años la duración de su Proconsulado en España. Habiendo comenzado éste a principios del año 700, no debía terminar por consecuencia hasta el 710, y como los diez años del Proconsula-

do de César expiraban en 705, el conquistador de las Galias se encontraría entonces forzosamente sin carácter oficial y sin ejército en presencia de un rival que disponía de fuerzas imponentes y se apoyaba en la aristocracia.

Esto era bastante para inspirar cierta confianza a un carácter tan indeciso como el de Pompeyo. Se creyó inexpugnable; pero César, desde el fondo de la Galia, tenía los ojos fijos en Roma, atento a cuanto en ella pasaba y midiendo el alcance de los sucesos. Sin embargo, no le convenía aún romper; así, sin manifestar acritud y como si nada hubiese alterado la buena armonía de sus relaciones con el nuevo aliado de la nobleza, se limitó a encargar a sus amigos de Roma solicitasen en nombre suyo, de los comicios, la facultad de pretender el Consulado para el año 706 sin trasladarse a la capital. Esto era la consecuencia de los pactos hechos en Luca por los triunviros; se dirigió, pues, al propio tiempo a Pompeyo, aparentando contar con él. Obtenido este punto, y seguro del pueblo como del soldado, podía desafiar a sus enemigos.

La posición era crítica para Pompeyo que, no creyéndose en condiciones de entablar la lucha, no se atrevía a declarar sus propósitos. No hizo, pues, objeción alguna, y hasta pareció acceder al deseo de César. En el fondo contaba con la resistencia de la aristocracia. Sometióse una proposición al pueblo con objeto de obtener la dispensa pedida, y fue aprobada por un plebiscito, a pesar de las protestas de Catón y de los suyos.

Esto era una contrariedad no solamente para la nobleza que combatía la proposición, sino para el antiguo triunviro que parecía adherirse á ella, lo que conocióse bien pronto, porque Pompeyo no tardó en deslizar en una ley, que fue votada, sobre las magistraturas electivas, una disposición que imponía de manera absoluta a todos los candidatos, sin excepción de ninguna clase, la obligación de preten-

derlas en persona. Los amigos de César, a quienes el astuto cónsul procuró coger desprevenidos, reclamaron con doblada energía. La buena fe del legislador era aquí más que sospechosa; el único recurso que encontró a mano fue alegar un olvido, ofreció repararle y tomó simplemente el partido de falsificar su ley. Se hallaba ésta ya grabada en bronce en el Capitolio; Pompeyo mandó intercalar una excepción en favor de todo candidato que pudiera justificar una dispensa. Se fingió creer en su sinceridad porque importaba admitir que la ley había sido redactada en estos términos; no se habló, pues, más de la cuestión. Sin embargo, César y sus amigos no podían engañarse; en cuanto a Pompeyo, habituado a despreciar sus propias leyes, se decía, no sin razón, que una más o menos poco importaba en un asunto que la espada resolvería infaliblemente. La cuestión era triunfar por la fuerza o por la astucia, y a ello se preparaba el cónsul.

Al efecto, eligió bien pronto por colega a su suegro Metelio Escipión, e hizo que su primer acto de gobierno fuera devolver a los censores, por medio de una ley, un derecho que les había arrebatado Clodio, el de notar de infamia y excluir del Senado o de la clase de los caballeros a todos aquellos a quienes les conviniera declarar indignos.

La medida no tenía tanto por objeto volver a la severidad de las antiguas costumbres como eliminar del Senado todo cuanto pudiera hacer allí sombra al partido de la aristocracia. Bien pronto comprendióse esta intención, porque no solamente uno de los censores elegidos fue ese Appio Claudio, firmante del pacto vergonzoso denunciado por Memmio, sino que supo Roma una mañana que Escipión, el legislador severo, el restaurador de la censura, acababa de tomar parte, con algunos grandes personajes, en una orgía de las más escandalosas.

XVI

Las ambiciones en lucha.

Mientras la muerte de Julia y la de Craso modificaban en Roma los elementos, actitud y dirección de los partidos, César, sin separarse de su camino, continuaba más allá de los Alpes su obra de conquista, atrayéndose cada vez más la adhesión de su ejército por medio de la victoria y de cuanto ella concede. Los condenados y refugiados políticos afluyen a su cuartel general, llevando allí el odio contra la aristocracia y el deseo de vengarse.

El gran capitán, concentrando sus fuerzas durante la primavera del año 701 para comprimir el movimiento insurreccional que, desde el Norte, comenzaba a ganar el centro de la Galia, apareció casi al mismo tiempo entre los senonios y los cornutios, conteniéndoles con su actitud; seguro por este lado, volvióse contra los menapios. Combate en todo el país, situado entre el Escalda y las bocas del Rhin, y reduce a los pueblos a pedir gracia. Dejando entonces a su lugarteniente Labieno entre los trevinios para mantenerles a raya, se dirige hacia el Rhin, le atraviesa nuevamente y penetra en la Germania, arrojando ante sí a los bárbaros, que no osaron resistirle. La impresión fue tal, que unos renunciaron a venir en ayuda de la Galia y otros no tardaron en formar parte del ejército romano.

Terminada la campaña, marcha César a la Cisalpina,

y en su ausencia, las poblaciones de la Galia central se unen de nuevo (702), resueltas a sacudir el yugo de Roma. Colíganse con solemnes juramentos, se dan mutuos rehenes y se preparan a combatir. Los cornutios toman la iniciativa, lánzase sobre Genabo (Orleans), se apoderan de ella y asesinan a todos los romanos. Ante esta noticia, Vercingetórix subleva los arvernios y arrastra a la insurrección a los pueblos vecinos. Se le confiere el mando supremo y la guerra se organiza.

Lo sabe César y atraviesa los Alpes en el rigor del invierno. Llega a las orillas del Ródano; la provincia romana se hallaba amenazada; se apresura a proveer a la defensa del territorio. Después, reuniendo fuerzas pasa los cevennas, cubiertos de una capa de nieve de seis pies de espesor, penetra en el país de los arvernios, donde atrae a Vercingetórix, que le había abandonado para propagar la insurrección entre los biturigios.

Después de obligar así al enemigo a retroceder, le esquivo, recorre rápidamente todos los puntos de la Galia central, donde se hallaban diseminadas sus tropas, las une, llama a sí a las legiones acantonadas en el Norte y concentra la masa de sus fuerzas en Agendica (Sens).

Vercingetórix, noticioso de estos movimientos, había dejado sus montañas y trataba de hacerse dueño de Gergovia, plaza situada, según se dice, hacia la embocadura del Alier. César se dirige hacia esa parte, toma al paso Vellannodunum (Vullaine) y Genabo, a quien castiga entregándola al saqueo; encuentra ante Noviodunum (Nevers) la caballería enemiga, la rechaza, se apodera de la ciudad y marcha hacia Avendicum (Bourges), salvando así a Gergovia, que Vercingetórix abandona para vigilar los movimientos de su adversario.

Convencido de la superioridad de las armas romanas, se determina entonces el jefe galo a hacer el vacío alrede-

dor del enemigo, a sitiarse por hambre, interceptando sus convoyes y quemándolo todo a su paso. Recomienda y consigue se adopte este partido. Las ciudades de los biturigos, sus villas, sus viviendas son entregadas a las llamas. Avendicum, que se enorgullecía de resistir todos los ataques, es la única a quien se perdona. César la sitia y se apodera de ella ante los ojos de Vercingetórix.

Pasada la crudeza de la estación, destaca a Labieno contra los parisios insurreccionados, y avanza contra los arvernios. Atraviesa el Alier, cuyo paso le disputa el enemigo inútilmente, y llega ante Gergovia, plaza que se prepara a defender Vercingetórix con numerosos contingentes. La ciudad, situada a poca distancia del actual emplazamiento de Clermont, coronaba las alturas de una escarpada montaña. Aquí la bravura y el arte militar se estrellaron contra los obstáculos naturales y el vigor de la defensa. César sufrió un descalabro; tuvo un momento la esperanza de tomar la plaza por sorpresa; sus soldados hicieron prodigios, pero fueron precipitados desde lo alto de las murallas que escalaban.

Deseando salvar el honor de sus armas antes de levantar el sitio, ofreció, por dos veces, la batalla a sus contrarios. La caballería gala fue la única que se atrevió a arriesgarse en la llanura, siendo rechazada y reducida a huir. Entonces César se retiró sin ser inquietado.

Mientras se dirigía desde el Alier hacia el Loira, sus antiguos aliados, los eduos, se sublevan a su vez, degüellan a los romanos acantonados en Novioduno y se apoderan de sus aprovisionamientos, preparándose, además, a privarles de víveres y cortarles la retirada. Esta intentona y una crecida del Loira no fueron bastante para detener a César. Prosigue su marcha hacia Agendico y se apodera de la misma, reforzado por Labieno, que acaba de reprimir la insurrección a orillas del Sena. Maniobra en seguida para

aproximarse a la provincia romana; pero, a poca distancia de Andomatunum (Langres), se presenta Vercingetórix a la cabeza de ochenta mil combatientes y toma posiciones para impedirle el paso. Entabla el combate cargando sobre la vanguardia. César se detiene, se despliega en orden de batalla, y bien pronto la caballería gala, vencida, se repliega, dejando la llanura sembrada de muertos. Entonces el enemigo, desmoralizado, marcha a encerrarse a Alesia.

Esta plaza, lo mismo que Gergovia, coronaba la cima de una montaña. César llega al pie de ella, se determina a ponerla cerco y comienza acto continuo una doble circunvalación, obra gigantesca destinada a cortar la retirada de los sitiados y a preservar a los sitiadores de una sorpresa por la espalda. Vanamente multiplica el jefe galo los ataques contra estos trabajos; rechazado siempre, se determina, antes de que aquellos acaben, a hacer salir los restos de su caballería, ordenando a sus diversos contingentes se restituyan a sus pueblos respectivos y provoquen allí un levantamiento en masa, volviendo a librarle lo más pronto posible. Ejecútanse sus órdenes, y mientras César da la última mano a las obras contra las que vendrá a estrellarse el impetuoso valor del enemigo, doscientos cuarenta mil guerreros, escogidos entre los más bravos y expertos de la Galia, acuden y toman posiciones sobre las colinas que se elevan en forma de anfiteatro en las proximidades del campo enemigo. Los recién llegados ofrecen sin tardar la batalla a los asaltantes; sus compatriotas, desde lo alto de las murallas de Alesia, les animan con sus gritos, y más tarde se precipitan fuera de la plaza y atacan con furor las trincheras que les impiden toda salida. Combátese a la vez en la llanura y al pie de la ciudad. Después de una obstinada lucha, rechazan los romanos al ejército de socorro, corriendo igual suerte el bloqueado en Alesia, que vuelve a refugiarse detrás de las murallas. En la

noche del siguiente día ambos intentan un nuevo esfuerzo con el valor que presta la desesperación, siendo también vencidos gracias a la sangre fría y acertadas disposiciones del general romano, como igualmente a la adhesión y ardimiento de sus soldados. El ejército de socorro espera un día para rehacerse, y dirige después, lleno de impetuosidad, un tercer ataque contra el punto más débil de los cuarteles enemigos. Prolóngase la lucha con varia suerte; los galos se creen próximos a conseguir el triunfo; pero de pronto, abandonando César sus trincheras, ataca al enemigo a la cabeza de cuarenta y una cohortes y de una parte de su caballería. La otra recibe orden de salir del campo por distinto punto y lanzarse sobre la retaguardia de los galos; ejecútase así, y mientras el ejército de socorro resiste trabajosamente el choque inesperado de las masas que le atacan de frente, carga de pronto sobre su retaguardia la caballería romana. Agotados por tantos esfuerzos, huyen entonces los pocos supervivientes a esa lucha de tres días, y degollados en la llanura, la cubren con sus cuerpos. Los sitiados habían intentado, entretanto, un nuevo ataque, pero sin éxito alguno. Los víveres comenzaban a escasear; la Galia se sentía vencida; Vercingetórix toma, en consecuencia, el partido de sacrificarse por todos. Sale al día siguiente de la plaza sobre su caballo de combate, y revestido de sus mejores armas, se dirige sin vacilar al campo romano y arroja su espada á los pies del César con una grandeza digna de mejor suerte.

Así termina esa memorable campaña. Sin embargo, los bellovacos, que se habían mantenido aislados, segufan organizando la resistencia en diversos puntos. César no pudo alejarse del teatro de la guerra y volver a la Galia Cisalpina para aproximarse a Roma, donde sus enemigos políticos se disponfan a tomar la ofensiva contra él.

Todo cuanto allí contaba la nobleza de energético y apa-

sionado, había recobrado confianza ante la actitud de Pompeyo. Creyéndose en adelante seguros de él y de sus legiones, los impacientes del partido aristocrático juzgan llegado el momento de obrar contra César. Propusieron, al efecto, para ejercer el Consulado durante el año 703, a dos de sus más declarados enemigos: Catón y M. Cl. Marcelo, orador elocuente, espíritu resuelto. Sólo este último fue elegido, lo que se explica del siguiente modo: el austero Catón se había obstinado en no adular al pueblo ni solicitar sus sufragios; de aquí en la multitud el despecho que César aprovechó hábilmente para hacer fracasar su candidatura. Además, lo que apenas se creería si la historia no lo atestigüase, Pompeyo había trabajado bajo cuerda en el mismo sentido por medio de sus íntimos. Las dos ambiciones rivales coincidieron aquí; el indomable republicano no convenía a ninguna de ellas, y así el jurisconsulto S. Sulpicio, que, según se dice, se inclinaba al partido de César, fue elegido colega de Marcelo; pero, preciso es decirlo, era excesivamente moderado para detener largo tiempo el impulso de las pasiones aristocráticas.

Apenas entra en funciones, manifiesta Marcelo su propósito de dar antes de tiempo un sucesor al vencedor de la Galia, conformándose en esto con la opinión de los jefes de su partido, todos determinados como él a entablar la lucha; unos, como Catón, Favonio y otros, por amor a la libertad; los demás por egoísmo aristocrático, por un deseo de continuar disfrutando el régimen de privilegio, para explotar ellos solos, en beneficio suyo, los pueblos sometidos a Roma. No obstante, era preciso contar con los tibios, con los cobardes que profesaban sus mismas ideas, pero que temían comprometer lo que les restaba de crédito y fortuna y atraer al fin sobre sus cabezas las terribles represalias que la guerra civil reservaba entonces a los vencidos.

Marcelo encuentra obstáculos desde los primeros momentos. Su colega se opone a sus intenciones y halla un punto de apoyo no solamente en los amigos de César, sino entre sus mismos enemigos. La opinión protesta, por su parte, contra el acto de rigor con que se amenaza a un gran hombre de guerra que había merecido bien de la patria; en fin, algunos tribunos del pueblo se unieron a Sulpicio. Marcelo tuvo que aplazar su proposición para las calendas de Junio.

Mientras preocupaba a Roma esta importante cuestión, Pompeyo procura, como siempre, ocultar su personalidad. No se crea que había perdido toda su influencia al dejar el Consulado; un general de fama ejercía entonces sobre los negocios una acción más poderosa que la de los cónsules. Los padres concriptos trataban con la mayor deferencia el antiguo triunviro, y como el *imperium* o supremo mando militar que reunía en Italia a su gobierno de España le prohibía la entrada en la capital, se reunían frecuentemente fuera de los muros para ponerle en condiciones de tomar parte en sus consejos. Pero Pompeyo no había cambiado; era siempre aquel hombre que, aspirando a mandar la expedición contra los piratas, fingía mantenerse alejado, interviniendo después en el último momento para declinar la alta misión que el pueblo le destinaba, y obtener así mucho más de lo que sus amigos pedían para él. Ahora tenía las mismas razones para abstenerse, porque se trataba de algo que Pompeyo anhelaba con todas sus fuerzas: desarmar una ambición que le hacía sombra. Por lo demás, podía dejar hacer a las pasiones de la aristocracia, más ardientes que todas las adhesiones subalternas; bastaba abandonarlas a sí mismas. Aquí su abstención, su ausencia, debían servirle, haciendo comprender a sus nuevos aliados hasta qué punto les era preciso.

Por esto se alejaba en el instante mismo en que la si-

tuación comenzaba a bosquejarse, evitando así tenerse que explicar antes de tiempo. Las recientes concesiones que se había visto obligado a otorgar a César en las circunstancias que ya dijimos, le prohibían por el momento toda actitud en contradicción con ellas. Pretextó, pues, un viaje a España, y se encaminó hacia el Sur de Italia.

Se le ofrecía aquí una ocasión de visitar a sus antiguos soldados establecidos en los alrededores de Capua; de ponerse en contacto con los pueblos que tan calurosamente le habían acogido después de sus campañas en Asia; de reverdecer, en fin, esos recuerdos presentándose en los ricos Municipios de la Península, demasiado frecuentemente quebrantados por culpa de las agitaciones de Roma, para no saludar con entusiasmo al restaurador del orden, al hombre que se constituía en defensor de la sociedad amenazada. Bajo este aspecto se presenta Pompeyo entonces; su viaje deja huellas que denuncian un propósito firme de obrar sobre la opinión. La explosión de alegría que provoca un año después en esos parajes el restablecimiento de su salud, no es el único indicio que de ello nos queda. Puede juzgarse del efecto que se trataba de producir por la impresión bajo la cual le abandonó entonces Cicerón, que fue su huésped durante varios días en Tarento. El elocuente orador había juzgado más de una vez severamente al antiguo triunviro; en esta ocasión le declara gran ciudadano.

Así ganaba terreno Pompeyo alejándose de Roma. La gran ciudad tornaba las miradas hacia él, y los negocios recibían aún el impulso que Pompeyo les diera durante su Consulado. Se multiplicaban las condenas y las acusaciones. Entre los más ilustres acusados figura en primer lugar Messala, cónsul dos años antes. Perseguido por corrupción, logra ser absuelto, pero acto continuo se le imputa haber comprado a sus jueces, y se le condena. Tócale

después el turno a Servio, tribuno elegido; convicto del delito de corrupción, se le imponen las penas dictadas por la ley. Calidio es acusado por los dos Galos; condénase a Sempronio Rufo por acusación calumniosa. Este último había denunciado a Tuccio, que le persiguió por su parte. Pilio acusa a M. Servilio de concusionario. El crimen era notorio e inminente la condena. Un hijo de Appio, deseoso, como la mayor parte de los jóvenes de la nobleza, de llamar sobre sí la atención por un asunto ruidoso, quiere tener su parte en el éxito. Imputa entonces a Servilio haberse vendido en el ejercicio de sus funciones; pero quien procuró el soborno en aquella circunstancia fue el padre del acusador, Appio Claudio, censor bien pronto, y que, viniendo en ayuda de su hijo, tiene la audacia de presentarse ante el tribunal para atestiguar el hecho. Este Appio Claudio se hallaba entonces por su parte bajo el peso de una triple acusación; como gobernador de la Cilicia, se le imputaba haberla explotado inicualemente; además, los dos Servilios, Dolabella y cierto Ticio le perseguían: los primeros por concusión y el último por violencia. Pero se trataba de uno de los hombres más notables del partido aristocrático y suegro además de un hijo de Pompeyo. Absolviósele por consiguiente.

En esto se ocupaba Roma, y entre tanto, la situación era cada vez más inquietante. Aproximábanse las calendas de Junio, época para la cual había aplazado Marcelo su proposición, y para aprobarla no se presentaba número suficiente de senadores. Resuelto a enardecerles con un golpe de audacia, el fogoso cónsul hizo entonces azotar a uno de los notables de Novum Conum, ciudad de la Transpadana, a cuyos habitantes había conferido César el título de ciudadano romano, que les ponía a cubierto de ese tratamiento ignominioso, y por la misma razón recomendaba Marcelo irónicamente al azotado fuése a mostrar

sus espaldas a César, para darle a comprender el caso que se hacía en Roma de los ciudadanos de su calaña.

Esto era un desafío en forma, y con iguales intenciones propagáronse en aquella misma época los rumores más alarmantes; se decía que César había perdido su caballería, siendo su séptima legión aniquilada por los galos, y el procónsul, separado del resto de sus fuerzas, se hallaba envuelto por los bellovacos.

Bajo la influencia de semejantes noticias se verificaron las elecciones consulares para el año 704. C. Cl. Marcelo, sobrino de uno de los cónsules en ejercicio, y L. Emilio Paulo, fueron designados para sucederles. El primero, aliado de César, era, no obstante, su enemigo, y se atribuían al segundo iguales sentimientos.

Bien pronto se halló completo el número de senadores; sin embargo, no les fué sometida la proposición de Marcelo. Se deseaba verosímilmente sondearles, asegurarse de los tímidos, debilitando al enemigo que tenían. He aquí el medio que se adopta: Pompeyo, después de la conferencia de Luca, había puesto una de sus legiones a disposición de César. Se protesta contra semejante concesión; esto entraba en las miras de Pompeyo, que procura solapadamente se le obligase a lo mismo que deseaba. Declarándose ofendido, manifiesta le convenía recobrar su legión a hora oportuna y no bajo la presión de la malevolencia; pero después de tanto ruido, termina por suavizarse y declarar que la voluntad del Senado debía cumplirse en todo. Se dispuso, por lo tanto, que recobrase su legión.

Este era el primer paso hacia el objeto perseguido; no obstante, precisaba aún detenerse. Antes de decidirse tenía que inspeccionar Pompeyo la parte de sus fuerzas, acantonadas en Ariminio, en los confines de la Galia Cisalpina, para darse así cuenta del espíritu del soldado, y según

toda verosimilitud, del de los pueblos; esperó al comienzo de Octubre.

En el intervalo se completaban las elecciones de los tribunos, escogiendo candidatos hostiles a César, gracias también a la influencia de Pompeyo. Servio, a quien el pueblo había elegido, acababa de ser condenado por sus intrigas; substituyósele con Curión, que se presentaba bajo los auspicios de la nobleza. En él se había visto, al comienzo del triunvirato, uno de los más resueltos jóvenes de la oposición. Esto se explicaba entonces por el ardor de su edad y el ejemplo de su padre. Aquellas disposiciones se habían desenvuelto con el tiempo, pero merced a otras causas. César, que compraba hasta las adhesiones más insignificantes, no había buscado la suya, y Curión se hallaba abrumado de deudas. Tan pródigo como disoluto, sin conciencia y sin pudor, la brillantez y flexibilidad de su talento, su audacia y su elocuencia, prometían, según las circunstancias, un valioso aliado o un adversario temible. Pero César se mantenía en una prudente reserva, y el tribuno, elegido tanto por despecho como por cálculo, defendía con mayor calor aún la causa de la nobleza. Entre otros compromisos, contrajo el de hacer repartir, lo más pronto posible, entre los ciudadanos pobres y los veteranos, la parte disponible aún del dominio del Estado en la Campania. Esto equivalía a combatir a César con sus propias armas, arrebatándole uno de sus más poderosos medios de acción sobre el pueblo y sobre el soldado.

En estas condiciones comenzóse a deliberar en Octubre sobre la proposición de Marcelo. Pompeyo se asociaba a ella plenamente, y esto nos explica sus reparos. Manifestó, pues, su resolución de oponerse, si se trataba de tomar en seguida una determinación. La equidad exigía, a su entender, que se esperase al menos a las calendas de Marzo del año 704. Conviene advertir que esto implicaba

que, en su opinión, podía señalarse con toda justicia un sucesor a César para el año 705, puesto que la costumbre era proveer a esos reemplazos con un año de anterioridad. Esto era bastante para entregar el vencedor de la Galia a sus enemigos de Roma, porque así no podía pretender el Consulado hasta el año 706. Quedaba, pues, un espacio de nueve meses al menos, más que suficiente para acusarle, perseguirle y condenarle. Como la nobleza no concedía importancia alguna a la ley que le dispensaba de pretender en persona el Consulado, César debía quedar a su disposición, siendo inevitable la suerte que se le reservaba. El medio adoptado por Pompeyo era a la vez un modelo de destreza, porque no ofrecía, a primera vista, nada de amenazador, y dispensaba a los tímidos de declararse en seguida, lo que atenuaba sus temores.

Sin embargo, no faltó quien hablase del posible veto de algún tribuno. El grave Pompeyo no pudo contenerse entonces, y como un hombre a quien se irrita, inquietándole, replica malhumorado que no vea diferencia alguna entre la resistencia de César y los obstáculos que él pudiera suscitar. "Pero, dijo otro, ¿y si persiste en pretender el Consulado permaneciendo a la cabeza de su ejército?" Esto era poner el dedo en la llaga. Así, sin preocuparse de la ley que él mismo había presentado para conceder a César dicha facultad, respondió inmediatamente: "¡Bah! eso es como si mi hijo viniera a amenazarme."

A pesar de sus esfuerzos para permanecer obscurecido, traslucíanse sus intenciones. Pero el doble aspecto que adoptaba, influía a la vez sobre los impacientes y sobre los circunspectos; alentaba a los unos y tranquilizaba a los otros, hasta el punto de hacerles aprobar medidas a que nunca se hubieran adherido sin la esperanza de una transacción.

En tales condiciones prescribió el Senado a los consu-

les elegidos para el año siguiente (704) pusiesen en la orden del día de las calendas de Marzo la cuestión de las provincias consulares. Esto era en apariencia dejarla intacta; no obstante, percibíase en aquella orden, que parecía no prejuzgar nada, el espíritu de la fracción más inquieta de la asamblea, porque el Senado mandaba a los cónsules no solamente comenzar el debate en el día indicado, sino asegurarle la prioridad sobre cualquier otro. A este efecto se celebraría sesión hasta en los días *comiciales*, durante los que no acostumbraba el Senado reunirse. Como si hubiese temido no contar entonces con número suficiente para las deliberaciones, autorizaba a recobrar seis de sus miembros entre los destinados a formar parte de los tribunales. Ante la previsión del veto de algún tribuno, prohibía a todo magistrado investido por la ley del derecho de intercesión, la facultad de usar del mismo y de poner obstáculos, ya a los debates, ya a la ejecución de las decisiones adoptadas, llegando hasta a declarar atentatorio contra la seguridad del Estado todo acto de esa naturaleza. En fin, lo que no deja lugar a duda sobre el sentido y objeto de esas disposiciones inusitadas, lo que las completaba, ofrecía a los soldados de las legiones de la Galia, una vez terminado su servicio o en condiciones de invocar cualquiera otra excusa, el medio de obtener su licencia dirigiéndose al Senado. Este era próximamente el mismo procedimiento que emplearon, quince años antes, los agitadores populares para desorganizar el ejército victorioso de Lúculo. Esperaban arrebatar así a César sus más aguerridos soldados.

XVII

La crisis.

¿Cómo entendía Pompeyo que el Proconsulado de César terminaba en los primeros días de Marzo del año 705? Cuesta algún trabajo comprenderlo, porque la ley Vatinia y la decisión senatorial que la completaba extendiéndola a la Galia Transalpina, fijaban en cinco años la duración de sus funciones. Mas tarde la ley Trebonia la aumentó en otros cinco, lo que formaba en total un período de diez años, cuyo punto de partida parece ser naturalmente la terminación del Consulado de César, puesto que, como su mismo título indica, las funciones de cónsul y de procónsul no podían ejercerse simultáneamente. Pero César había desempeñado las primeras desde el 1.º de Enero hasta el 31 de Diciembre del año 695, y como ni la ley presentada por Vatinio, ni el decreto del Senado, que se confundía con ella, parecen determinar el comienzo de las segundas, lo que hubiese prevenido toda dificultad, la naturaleza misma de las cosas le colocaba en el 1.º de Enero del año 696.

No obstante, según se asegura, la toma de posesión del Proconsulado que confería el imperio o supremo mando militar, se verificaba generalmente el día 1.º de Marzo; Pompeyo se refería sin duda a esta costumbre para hacer remontar el de César a principios de Marzo de 695, pero existía otra: los procónsules se designaban por lo común con un año, y a veces con diez y ocho meses de antelación.

Autorizaba esta última costumbre una ley, la Sempronía. Por consiguiente, en este orden de ideas parece se hubiera debido hacer partir de Marzo del 96, y no del 95, el Proconsulado de César, que, por lo demás, no entró en funciones hasta esa época. Conviene advertir también que, después de haber fijado esa fecha de Marzo, retrocedió Pompeyo hasta otra, la de Noviembre, lo que no indica una confianza absoluta en su sistema.

Sin embargo, era entonces una opinión generalmente extendida, no sólo entre la nobleza hostil al vencedor de la Galia, sino en este país, que su mando debía terminar antes de la primavera del año 705, lo que se concibe fácilmente, porque la aristocracia tenía sus emisarios más allá de los Alpes, y mediante ellos solicitaba, desde 696, de Ariovisto, le deshiciese de César.

Puede inferirse de algunos hechos, exhumados por los eruditos, que ciertos cónsules se adelantaron a veces a la época fijada para la toma de posesión de su Proconsulado; a algunos gobernadores se les contó por un año de magistratura algunos meses, ya del primero, ya del último año de su ejercicio. Pompeyo, en fin, reúne durante su tercer Consulado el gobierno de la República con el de España, de la que era procónsul, cuando el Senado, substituyéndose a los comicios, le confió las riendas del Estado, con desprecio de sus instituciones. Pero este mismo ejemplo prueba hasta qué punto la arbitrariedad, el capricho y las altas influencias dominaban entonces en las esferas del Poder, y es difícil asignar a estos hechos otro carácter que el de simples excepciones.

Añadamos que César invocó subsidiariamente un plebiscito que le dispensaba de pretender en persona el Consulado para el año 706. Este acto implicaba la necesidad de su presencia en la Galia, y equivalía en todo caso a la prolongación de su Proconsulado hasta esa época. Así lo

entendió Cicerón, a pesar de inclinarse al partido de la nobleza, y esta opinión tenía numerosos defensores.

Tal era el estado del asunto; así al menos nos lo aseguran con poca diferencia eminentes escritores. No obstante, al juzgarla, no se hallan de acuerdo. ¿Cómo hubieran podido estarlo los partidos opuestos? El mismo Cicerón, tan honrado y tan meticoloso, la declara un poco obscura. Todo esto, como se comprende, favorecía las ambiciones. Cada cual deseaba el Poder e invocaba sus derechos, sin perjuicio de recurrir a las armas.

Volvamos a la época en que, retenido en su provincia por la necesidad de poner fin en ella a la insurrección, César tiene que hacer frente, de un lado de los Alpes, a las intentonas de los galos, y del otro, a las de sus enemigos de Roma.

Redoblando entonces su actividad, sojuzgó sucesivamente, desde la primavera del año 703, todos aquellos pueblos de la Galia que perseveraban en probar aisladamente fortuna con sus armas; venció a los carnutios y a los biturigos en el centro; hacia el Norte, a los bellovacos, a los que se habían unido los atrebatios y diversos contingentes belgas; al Nordeste, a los eburoneos, contra los que destacó una parte de sus fuerzas a las órdenes de Labieno; al Oeste, las masas insurrectas que, bajo la dirección de Dumnacos, sitiaban en Lemonum (Poitiers) al rey de los pigtoneos, amigo de Roma. Terminó esta campaña la toma de Uxelloduna, ciudad que coronaba, sobre las orillas del Lot, peñascos inaccesibles. Fue preciso privarla de agua para vencerla. En ella, y después de haber intentado inútilmente un golpe de mano contra la provincia romana, dos intrépidos jefes de los guerrilleros, Drapes y Ecterio, y otros bravos decididos como ellos a no aceptar el yugo de Roma, habían logrado comunicar su energía a los habitantes de la región, y desafiaban todos los esfuerzos de los

lugartenientes de César. Sólo a él estaba reservado sojuzgarla. Pero preciso es decirlo; al tomar la ciudad, dejando con vida a los prisioneros les hace cortar las manos, para apagar en los vencidos todo impulso patriótico. Ya se le había visto entregar en masa al hacha de sus lictores el Senado de los Venetos. La muerte esperaba al heroico Vercingetórix. Tal era, en la antigüedad, el derecho del vencedor; estas atrocidades parecían entonces naturales, y bajo el imperio de las ideas recibidas, César daba el ejemplo sin escrúpulos ni remordimientos. Pero la mutilación de los últimos defensores de la Galia era, ciertamente, más cruel que la muerte misma, y el historiador se pregunta si la clemencia del que no retrocedió ante un acto semejante era algo más que un simple cálculo político.

Se le vió, sin embargo, acto continuo tratando de reconciliar los pueblos con la soberanía romana, y tal era la destreza y actividad de ese genio prodigioso, que el poco tiempo de que dispuso hasta la guerra civil debía bastarle para esta obra. Los voluntarios de la Galia no tardan en engrosar sus legiones.

Se ocupaba al mismo tiempo de Roma, y previendo el conflicto inminente, ordenaba numerosas levadas en su provincia. Pero antes de recurrir a la fuerza era preciso invocar el derecho, aunque sólo fuese para influir sobre la opinión, disputar palmo a palmo el terreno a sus enemigos, y si no podía vencerles en el Senado, sacar al menos, como había hecho antes contra Bibulo, todo el partido posible de su encarnizamiento y de sus faltas, disculpándose con sus violencias para proceder del mismo modo. Dada la distancia a que se hallaba, esta tarea exigía auxiliares de un orden más elevado que las adhesiones subalternas de que entonces disponía: inteligencias capaces de penetrar en su pensamiento y acudir a todas las eventualidades de aquella gran lucha. Bien pronto pudo contar con un cónsul y

con un tribuno del pueblo. El primero, Em. Paulo, se arruinaba entonces dotando a Roma de uno de sus más hermosos edificios. Una suma proporcionada a sus necesidades y a su posición triunfó de sus escrúpulos. En cuanto al tribuno Escribonio Curión, sus deudas le ponían a merced de todo el que estuviera en condiciones de comprarle. Se elevaban seguramente a más de doce millones de nuestra moneda. Con todo, el precio no fue excesivo; no superaba ni al valor del hombre ni a la grandeza del fin.

Entretanto comenzaba el año 704. El Senado y los cónsules, preocupados con la lucha aplazada para las calendas de Marzo, parecían absortos en ese pensamiento. Mientras César, abarcando con su mirada Roma y la Galia, atendía desde ambos lados de los Alpes al presente y a lo porvenir; los negocios se hallaban como suspensos en la capital. Reinaba allí la siniestra calma precursora de la tormenta. Los Partos amenazaban las provincias de Oriente, y Cicerón, gobernador entonces de la Cilicia, tenía apenas fuerzas bastantes para defender un desfiladero. Bibulo, procónsul de la provincia vecina, no se atrevía a aventurarse fuera de su campamento, desde que no viera ya el Eufrates entre él y sus enemigos; importaba, pues, mandarles refuerzos. En vano reclamaba la opinión e insistía, con aquella tendencia cada vez más pronunciada a unirse exclusivamente a alguna celebridad militar, en que Pompeyo o César, según las simpatías, tomase el mando contra los vencedores de Craso. Repugnaba a la aristocracia alejar al primero y dejar así a Italia desguarnecida, pero mucho más aún ponerse a discreción del segundo. No se tomaba, pues, resolución alguna. Por dicha, quiso la suerte de Roma que el enemigo no intentase nada serio. Cicerón dió pruebas de presencia de ánimo; logró vencer a un considerable número de montañeses de la Cilicia, especie de bandidos que le hostigaban continuamente; les sitia en sus guaridas, les

obliga a rendirse, y sus soldados le saludaron con el título de *Imperator*.

Se pudo respirar; en Italia era donde debía estallar la guerra, y sin embargo, a pesar de las preocupaciones generales, los cónsules, el segundo M. Cl. Marcelo y L. Em. Paulo se mantenían a la expectativa; Curión, de quien se esperaban tan violentos ataques contra César, asombraba a todos por su inercia y frialdad.

Su posición era ciertamente difícil. ¿Cómo pasar de pronto de un campo a otro? Declararse inopinadamente por el partido que había combatido hasta entonces, era perder toda autoridad, todo medio de servirle. Procura, pues, romper primero con la aristocracia; tribuno y Pontífice, a la vez, propone al Senado la intercalación de un mes entre los primeros del año. La medida no carecía de precedentes; si se adoptaba, prolongaría el intervalo entre su profesión de fe y su retractación; si era rechazada, esto justificaría su disgusto contra la nobleza. No fue acogida. Propone después añadir el aprovisionamiento de la capital a las atribuciones de los ediles, y más tarde someter al impuesto de peaje la circulación de los coches por la vía pública. La primera de estas innovaciones arrebató al Senado el derecho de disponer de atribuciones, deseadas por más de un motivo. La segunda creaba un impuesto que alcanzaba, sobre todo, a los ricos, y por tanto a la aristocracia. Podía contarse con una repulsa, como se verificó. Curión había conseguido su objeto; se hallaba autorizado en adelante para romper con su partido.

Comienza entonces el mes de Marzo, y sométese al fin al Senado la proposición de Cl. Marcelo pretendiendo el reemplazo de César en la Galia. Se defiende y apoya por él y su homónimo, ahora su sucesor. Pompeyo se une a ambos, pero con sus rodeos habituales. A su entender, César, harto de gloria y fatigado por nueve campañas su-

cesivas, sólo aspira al reposo, de lo que deduce que conviene darle un sucesor. Añade, es cierto, que no debe obligársele a pretender en persona el Consulado, pero se rinde a la primera objeción que se le hace respecto de este punto. En el fondo, no quería dejarle en modo alguno pretender el Consulado mientras conservara su ejército. Su objeto era arrebatar el uno y hacer imposible el otro a su temible adversario. Si disimulaba en público, lo confesaba así a sus íntimos.

Había llegado para Curión el momento de hablar y lo hizo como táctico consumado. Adicto a César, e influido por él, finge abundar en las opiniones de Marcelo, y se declara enemigo de esos genios peligrosos que aspiran a dominar en el Estado. Una vez preparado así el terreno, con su ardiente palabra lleva hasta los últimos límites esas desconfianzas propias de un espíritu libre. A su entender, no bastaba precaverse contra César; era preciso guardarse al propio tiempo de Pompeyo. Ambos debían resignar a la vez; su antagonismo podía ser provechoso para la libertad; pero desarmar a uno solamente, era entregar la República al otro. La impresión fue profunda. Había, sin embargo, para esto un inconveniente; el Senado carecía de fuerza para ejercer su autoridad sobre los dos generales y sus ejércitos respectivos. Sólo una cosa era practicable: no decidir ni hacer nada, lo que convenía a muchos en la asamblea, y sobre todo a César, cuya voz llevaba Curión.

Despechado Pompeyo, pierde su sangre fría y trata al orador de agente de discordia. El reproche no convenía en sus labios y era dar mayores ventajas a su temible contrincante. Así, desmenuzando el tribuno todos los actos del segundo Consulado de Pompeyo, le echa en cara su docilidad respecto a César y las violencias y maniobras de que entonces se había servido para conseguir una provincia, un ejército y subsidios.

La multitud, reunida en torno de la Curia, seguía con ansiedad los períodos de ese gran debate. Puesta al corriente de todo, acoge a Curión a su salida con aplausos unánimes. El entusiasmo popular prodiga los elogios a su paso. Esto significaba, en algunos, amor a la libertad; en otros, ilusión, esperanzas de escapar, gracias a la energía del tribuno, a los horrores de la guerra civil; en muchos, alegría de ver a Pompeyo marcado en la frente. La plebe no le perdonaba haber secado el manantial de sus beneficios con la severidad de las medidas y condenas que había propuesto contra la corrupción.

Por su parte, los padres conscriptos se sentían quebrantados. Muchos de ellos parecían dispuestos a admitir la candidatura de César, sin exigirle que resignase su mando o se separase de su ejército.

Entonces Pompeyo, confundido y derrotado, vuelve a su táctica habitual; desaparece, se aleja, finge desinterés e indiferencia. Ausentóse de Roma dirigiéndose hacia Capua; pero llevaba consigo su idea dominante, y bien pronto la deja traslucir en una carta que dirigió al Senado. La misiva, pesada, meditada, llena de artificio, ya que no de habilidad, denuncia, bajo la máscara de la moderación y del patriotismo, la intensidad de una ambición impaciente por obrar en la sombra. El adversario de César protesta en ella primeramente de su deferencia hacia su rival, apresurándose a declarar después que, en aquellos últimos años, él no había, por su parte, pedido ni deseado nada, limitándose a aceptarlo todo, Consulado, provincia y gobierno militar, a sufrirlo todo en interés de sus conciudadanos. Se hallaba, pues, pronto, según decía, a resignar antes de tiempo, si así lo juzgaban conveniente. La oferta no era seria, como probaron los acontecimientos; el contraste que procuraba producir entre él y su rival no tenía más que un objeto: influir en el Senado y atraérsele, y

así sólo fue mediano el efecto conseguido. Curión no era hombre para dejarse engañar. En su opinión, si ese lenguaje era sincero, Pompeyo debía probarlo, y la única manera de hacerlo era dar el ejemplo a César, o resignar a la vez que él. Esta observación desvió el golpe. Entretanto Pompeyo cayó enfermo, y los padres conscriptos, que no querían comprometerse decidiendo sobre una cuestión que la muerte podía cortar de pronto, se abstuvieron prudentemente de tomar un partido.

Hubo momentos en que se temió por la vida del ilustre enfermo; pero al fin recobra la salud. Nápoles, donde el mal le había sorprendido en medio de sus aspiraciones ambiciosas, tomó la iniciativa de las acciones de gracias, de los sacrificios y de las fiestas. Las ciudades vecinas, aún bajo la impresión del año precedente, se apresuran a imitarla, y cuando el convaleciente se halló en situación de volver a Roma, las manifestaciones de alegría se muestran por todas partes a su paso.

¿Qué había en el fondo de todo ese ruido? Verosímelmente la satisfacción de escapar al desorden, a la anarquía con que les amenazaba la muerte del hombre que acababa de reprimirlos. La adhesión a su persona, a su causa o a la de la nobleza, era extraña a esa especie de entusiasmo. Bien pronto lo prueba la repugnancia de esas poblaciones cuando se trata de armarse para defender una y otra; pero Pompeyo y la aristocracia lo entendieron de distinto modo y exageraron su propia fuerza. Esta ceguedad precipitó la crisis y los perdió.

El primero, con su lentitud y sus vacilaciones habituales, había diferido hasta entonces reclamar de César la legión puesta por él a sus órdenes bajo el régimen del triunvirato. Confiado ahora y resuelto, pone en seguida manos a la obra, y se arregla de modo que logra arrebatársela, no ya una legión, sino dos. La derrota de Craso ha-

bfa debilitado los ejércitos de Oriente; el Senado se aprovecha de este pretexto para disponer se destacasen dos legiones, una de las fuerzas pertenecientes a España, y designa la prestada por Pompeyo a César, y otra de las que se hallaban a las órdenes de este último. El joven Appio Claudio fue designado para ir a buscar. El propósito era evidente; César obedece y entrega las dos legiones, aunque no sin procurar atraerse al soldado con sus liberalidades. Comprendiendo se trataba de desarmarle, tomó sus medidas en Roma para asegurar la elección de dos de sus más resueltos partidarios. Antonio, su cuestor, y Q. Casio Longino pretendían la primera magistratura popular; ambos fueron elegidos tribunos para el año 705.

Mientras el joven Appio desempeñaba más allá de los Alpes una misión hostil a César, su padre, que era entonces censor, eliminaba del Senado, con iguales intenciones, aquellos de sus miembros que se consideraban como más contrarios a las tendencias aristocráticas. No puede explicarse de otro modo el exceso de severidad de que hizo alarde en aquella ocasión contra el lujo, los vicios y los escándalos de la época un hombre que era siempre el primero en dar ejemplo de los mismos. Se dirigió, entre otros, a Curión, y después a los descendientes de los libertos, poco celosos, como se comprende, por la causa del privilegio.

Ese acto de agresión fue una victoria para el tribuno citado. El colega de Appio, Calpurnio Pisón, suegro de César, y el cónsul Emilio Paulo, comprado por él, se opusieron a toda medida contra Curión. Objetaban su inviolabilidad como tribuno. Appio se vió, pues, reducido a ceder, pero formula en pleno Senado una censura contra el que no había podido excluir de aquél. Esperaba arrastrar a la mayoría e imprimir un carácter oficial a esa manifestación de rencores políticos. Marcelo, uno de los cónsules, le apoya e incluye la proposición en la orden del día. Es-

peraba alcanzar a César hiriendo a Curión; pero entre ellos y el tribuno no era igual la lucha. El vigor de éste hizo fracasar todas sus combinaciones. Protesta primero con energía, representando al natural la indignación de un hombre honrado a quien se ultraja injustamente, rasga su toga en presencia de los padres conscriptos con esa exaltación teatral que rara vez dejaba de producir efecto sobre las razas del mundo antiguo. Después, y ya seguro de la asamblea, se declara dispuesto a aceptar el debate, remitiéndose a la justicia de los senadores. Su causa se confundía aquí con aquella a que se había vendido; hizo, pues, resaltar con nueva fuerza el peligro de entregar la República a Pompeyo, desembarazándole de un rival. Hubiérase dicho que, al consagrarse al triunfo de esta idea, se inspiraba en el amor del bien y de la patria. La tesis, reducida a estos términos, le escuda plenamente. Salió así victorioso de la prueba, lo que fue un nuevo fracaso para Pompeyo y su partido.

En el ínterin, vuelve a Roma el joven Appio. Trafa del cuartel general de César las ideas más erróneas o el deliberado propósito de halagar las pasiones aristocráticas. Según él, reinaba el descontento en el ejército de las Galias; agriados por una serie incesante de peligros y de fatigas, los soldados odiaban a su jefe y esperaban ansiosos el momento de unirse a Pompeyo. Estas nuevas, acogidas con alegría, cegaron hasta al grave general; su presunción no tuvo límites. A punto de entablar la lucha con el más grande y más afortunado capitán de su siglo, no tuvo siquiera la idea de prepararse convenientemente a la misma. Cuando los individuos de su partido se asombraban de esto, les respondía con imperturbable seguridad: "Estad tranquilos, no tengo más que herir la tierra con el pie y saldrán de ella legiones,,.

No admitía que su adversario se atreviera a atacarle,

y sin embargo, juzgaba precisa la guerra. No quería, a ningún precio, una paz engañosa; un nuevo Consulado de César sería un desastre para Roma. Era necesario terminar; estaba seguro de destruirle. Tal era su lenguaje con su íntimos.

Entre tanto tocaba a su fin el Consulado de C. Cl. Marcelo. Deseoso de atraerse a los padres conscriptos aún bajo la impresión de las noticias de Appio, reúne el cónsul el Senado, y se entabla nuevamente el debate sobre la gran cuestión de la sustitución de César. Curión insiste con la misma energía en que Pompeyo debe resignar también el mando. El debate amenazaba, pues, no salir de un círculo vicioso, cuando Marcelo, para terminar de una vez, pone a votación esta pregunta: "¿Debe darse un sucesor a César?," La mayoría contesta afirmativamente. Vuelve a preguntar en seguida: "¿Debe Pompeyo resignar el mando?," La respuesta es negativa. Entonces Curión, sin desconcertarse, y reproduciendo con nueva fuerza las consideraciones que había ya expuesto, resume ambas preguntas en estos términos: "¿Deben resignar a la vez Pompeyo y César?," Con estupefacción de Marcelo y de los exaltados de su partido, trescientos noventa votos contra veintidós contestan afirmativamente. Visto lo cual, el cónsul, exasperado, se precipita fuera de la Curia, exclamando: "¡Queréis un amo y lo tendréis!," Le siguen su colega Léntulo y Escipión, añadiendo que son armas y no votos lo que hay que oponer a un intrigante como César, y se levanta la sesión sin que nada confirme la resolución del Senado.

Acto continuo circulan en Roma los más alarmantes rumores; se dice que César ha franqueado los Alpes y marcha sobre la capital. Pompeyo, desconcertado, se prepara ya a alejarse; Marcelo le detiene y manda a toda prisa las fuerzas acantonadas en los alrededores de Capua.

Curión protesta inútilmente contra esos rumores propagados de intento. El cónsul insiste: "Si me falta la autoridad del Senado, responde, atenderé sólo a la salvación de la República„. Después sale de la ciudad, arrastrando consigo los cónsules designados para el año siguiente, uno de los Marcelos y L. Léntulo Crus; va en busca de Pompeyo, y presentándole una espada, le dice: "Toma y corre a defender la patria contra César. Ponemos a tu disposición las legiones de la Campania y te autorizamos para tomar cuantas necesites„. El general, por su parte, se declara pronto a obedecer, pero no sin añadir: "Si es que no se presenta algo mejor que hacer„. Era una necesidad para él el disimulo.

Sin embargo, Curión reitera sus protestas, se dirige al pueblo e intenta así detener las levás. Pero su autoridad no traspasaba los muros de Roma y sus funciones terminaban. Corre, pues, a toda prisa junto a César, entonces en la Galia Cisalpina, y le apremia para que marche sobre la capital. César quiere, no obstante, como Pompeyo, dar pruebas de sus disposiciones pacíficas; en su consecuencia, Curión vuelve a tomar el camino de la gran ciudad, portador de instrucciones del procónsul a sus amigos y de una carta dirigida, en apariencia, al Senado, pero en realidad a la opinión.

A su regreso, remite Curión la carta a los cónsules en pleno Senado (705), por temor de que intenten no dar cuenta de su contenido, y obtiene a duras penas su lectura. Era la contrapartida de la de Pompeyo a los padres conscriptos. César ofrecía en ella resignar su mando, pero al mismo tiempo que Pompeyo, para que ninguno de los dos conservara sobre sus conciudadanos otra influencia que la de los servicios prestados a la patria. Cl. Marcelo y Léntulo, su colega, se niegan a detenerse en ese asunto, a abrir un debate sobre el contenido de la carta y obligar así a Pompe-

yo a explicarse. Se delibera únicamente sobre las medidas que deben adoptar para salvar la República, o en otros términos, para arrebatar a César el Ejército y el mando.

La proposición se remontaba a los primeros días del año 703. Discutida en el transcurso del mismo y del siguiente, la cuestión se hallaba aún por resolver, a pesar del voto reciente de una importante mayoría. Pero esta vez cambian las cosas y se precipitan las resoluciones con el enardecimiento de la pasión y la docilidad del miedo. En vano insisten los amigos de César para que se le deje al menos la Galia Cisalpina, la Iliria y solamente dos legiones; invocan también sin éxito la ley que le dispensa de pretender en persona el Consulado; todo se termina en algunas horas y se manda a César licencie sus fuerzas. Dos tribunos, Antonio y Casio Longino, oponen su veto; se les amenaza con tratarles rigurosamente. Se recurre, en fin, a la célebre fórmula que, prescribiendo a los cónsules proveer a la salvación de la República, les arma de un terrible poder.

No obstante, no había transcurrido un mes aún desde que una mayoría de 368 votos ordenaba a Pompeyo resignar el mando al mismo tiempo que su ilustre adversario, y en aquella misma época escribía Cicerón: "No veo aquí nadie que no se incline a hacer concesiones a César". No puede, pues, explicarse este cambio más que por la acción de los espíritus exaltados sobre los tímidos, que constitufan la mayoría. Después de la votación de Diciembre había acaecido, bajo la influencia de Marcelo, de Léntulo y de los más avanzados del partido, un suceso de importancia considerable: la toma de armas de Pompeyo, la aglomeración de fuerzas amenazadoras en los alrededores de la capital. Se organizaba la guerra civil, y el recuerdo de las atrocidades cometidas por Mario y Sila sobrecogía los ánimos. No estaba lejos el tiempo en que dueños los dos,

alternativamente, de Roma, la ensangrentaban exterminando a sus enemigos. Ahora las legiones de César se hallaban a distancia, y las fuerzas de Pompeyo ante los muros de la capital. Podía temerse todo de él y de aquellos que le apoyaban. La irritación del partido aristocrático era extrema; sus amenazas de proscripción a todo el que permaneciera neutral entre los beligerantes, su ferocidad con los enemigos caídos en sus manos, manifestaron bien pronto su intensidad. Pompeyo había llegado hasta el punto de llamar junto a sí a los miembros del Senado para distribuirles, como árbitro supremo, los aplausos o las censuras. Llenaba a Roma de centuriones, de antiguos soldados devotos a su causa. ¿Cómo olvidar, en circunstancias tales, la siniestra sangre fría con que en su juventud hizo ejecutar en su presencia, ante sus ojos, los jefes del partido popular?

Preciso es reconocer que la actitud de algunos amigos de César era propia para exasperar a sus adversarios y para suscitárselos de nuevo. Contrastaba con la de su jefe. La conocida frase de uno de sus centuriones atestigua el espíritu que animaba entonces al partido militar. Conocedor, a las puertas de la Curia, de las negativas opuestas a las demandas de César, exclamó aquel oficial, llevando la mano a la espada: "He aquí quien sabrá hacer justicia.". Por su parte Antonio, cediendo a su fogosidad natural, se desahogaba ante el pueblo en invectivas contra Pompeyo, e insistía sin tregua en que las dos legiones arrebatadas al ejército de las Galias se dirigieran en seguida a Oriente. Esto era denunciar el deseo de sorprender a Italia sin defensa.

Curión había tenido en jaque a la aristocracia durante todo el año, con admirable tacto y destreza. Antonio, por el contrario, dejaba traslucir brutalmente la esperanza de dominar al Senado por el temor, amenazándole, a todo in-

tento, con las proscripciones y confiscaciones que la guerra civil atraería sobre los vencidos. Respondió con el anatema a la orden que le dirigió Léntulo de abandonar la Curia. La exaltación iba así aumentando de una y otra parte, y ya, según se dice, llegaban los soldados de Pompeyo para cortar la retirada á Antonio, Q. Casio y Curión. Lo cierto es que los tres abandonaron apresuradamente Roma disfrazados con trajes de esclavos, y fueron a reunirse a César.

El Senado, por su parte, se vistió de luto y declarado la patria en peligro. Corona estas medidas entregando a Pompeyo, además del Poder, las fuerzas y recursos del Estado. Ordena al mismo tiempo una leva de ciento treinta mil hombres en Italia.

Así se realizaban las amenazas proferidas contra César desde la terminación de su primer Consulado. La suerte de los gracos se hallaba suspendida desde hacía diez años sobre su cabeza. Manifestábase ahora, como siempre, el espíritu de la antigua aristocracia romana, aunque con menos vigor y habilidad. En otro tiempo, había esperado para destruir a los temibles innovadores a que su fortuna vacilase ya; pero ahora no ocurría así con el vencedor de las Galias, entonces en la plenitud de su fuerza. Además de su genio, de sus soldados, de los puntos de apoyo con que contaba en la Cisalpina y aun más allá de los montes, tenía en su favor, al decir de más de un contemporáneo, la plebe, la juventud, los publicanos, los condenados políticos, la gran masa de los insolventes y todos los espíritus ávidos de novedades; añadamos, en fin, el más peligroso enemigo para la libertad: la general corrupción.

¿Qué faltaba a César? Un pretexto, un motivo plausible de agresión. Sus enemigos se lo ofrecían, violando la ley en su persona y en la de los tribunos. Sin duda, él mismo

no la había respetado en ciertas circunstancias; pero el pueblo no hila tan delgado cuando le hablan de sus derechos, y hay siempre ventajas en constituirse como defensor de las libertades públicas, aunque sólo sea para suprimirlas.

Por lo demás, todo parecía tender a este fin. La plebe apenas había dado señales de vida durante el gran debate que se mantenía ante ella. Su papel se había reducido a escuchar junto a las puertas y a aplaudir o atemorizarse, según los casos. Sus tribunos, antes tan temibles y tan independientes, caminaban ahora en pos bien de la aristocracia, bien de los jefes militares que aspiraban a elevarse sobre sus ruinas. El pueblo parecía haber abdicado, y entre todas sus prerrogativas sólo echaba de menos una: la de venderse. Iba a asistir a la lucha entre ambos rivales sin ejercer la menor acción sobre el resultado, limitándose, en una palabra, a oír, a ver y a sufrir la ley del vencedor.

XVIII

La guerra civil.—Farsalia.

César se hallaba en Rávena, sin tener a su alcance más que una legión, la décimotercia; las demás acampaban más allá de los Alpes, cuando se presentan Curión, Antonio y Casio y le exponen el estado de las cosas. Acto continuo reúne a sus soldados, conduce ante ellos al antiguo y a los nuevos tribunos, bajo sus vestimentas de esclavos; protesta rigurosamente contra la injusticia y el encarnizamiento de sus enemigos; reprocha al Senado la flagrante violación de los derechos y de la inviolabilidad de los magistrados del pueblo, como asimismo el desprecio de la ley, que le autorizaba a pretender el Consulado sin abandonar su provincia y sus cuarteles, y termina exhortando a todos aquellos hombres de guerra a defender la dignidad del jefe bajo cuyas órdenes han vencido constantemente durante nueve años.

Respóndente aclamaciones unánimes; los soldados se declaran prontos a defender la causa de su general y de los tribunos del pueblo.

Dirige entonces secretamente hacia Arimino, primera plaza fronteriza, algunos hombres escogidos, con orden de introducirse en ella por pequeños grupos, sin otra arma que la espada. La caballería debía apoyarles. Él mismo toma en secreto esta dirección durante la noche, y pasa el Rubicón, a pesar del anatema lanzado contra todo general

que atravesara en armas ese río. La tradición nos le muestra vacilando en la orilla, decidiéndose al fin y exclamando: «¡La suerte está echada!». El hecho es que todas esas medidas se encaminaban a apoderarse de Arimino; a la mañana siguiente la ciudad era suya.

Transmite acto continuo a sus legiones del otro lado de los Alpes la orden de venir a unirsele, e imprime nueva actividad a las levadas que había organizado en la Cisalpina.

Se hallaba aún en Arimino, y sus lugartenientes tomaban ya algunas ciudades, cuando recibe de Pompeyo buenas palabras, explicaciones y exhortaciones a la concordia, todo acompañado de graves consejos. El objeto era detener su marcha entablando negociaciones.

Al llegar la noticia de su rebelión a la capital, se extiende en ella el terror; entre la nobleza se produjo un sálvese el que pueda general. Los cónsules daban el ejemplo, apresurándose a ir a unirse a Pompeyo, que había partido la víspera, y dejando el erario público a merced del primero que se atreviera a llegar hasta Roma. En cuanto al presuntuoso general, estaba desconcertado, estupefacto. Las legiones de la Galia acostumbraban a invernar más allá de los Alpes; la mala estación se hallaba poco avanzada; así se había creído en condiciones de coger a su adversario entre dos ejércitos; el que pensaba organizar en Italia y sus legiones de España. La rapidez de César trastorna todos esos cálculos; de ahí sus tentativas de conciliación, cuyo fin se denunciaba por sí mismo.

Sin entretenerse en recriminar, César impuso acto continuo sus condiciones: partida inmediata de Pompeyo para España; licenciamiento de las fuerzas respectivas; suspensión de las levadas en Italia; renuncia al sistema de opresión seguido desde hacía dos años; independencia absoluta para los comicios, para el pueblo y Senado. Se constituía así en defensor de la libertad.

Mientras los enviados de Pompeyo volvían a Capua, César seguía avanzando. Arezzo, Pesaro, Fano, Ancona, Ignuvio, Auximo, cayeron en su poder. Los prisioneros, los tráfugas engrosaban cada día su ejército.

En cambio, las levas prescriptas por los cónsules se reclutaban con dificultad en el Sur de Italia. Los antiguos soldados de Pompeyo, colonizados en la Campania, demostraban poco ardor; la nobleza, enterada de ello, prorrumplía en vituperios contra el jefe que se había dado. "Golpea ahora la tierra con el pie", le decía rudamente Favonio. La llegada de Labieno, que, desde el campo de su general, se pasa de repente al de la aristocracia, devuelve un momento el valor a los fugitivos. El antiguo lugarteniente de César procuraba rebajar la importancia de éste y de sus fuerzas, pero los acontecimientos venían a diario a contradecirle, y el tráfuga perdió bien pronto su prestigio. Inútilmente Pompeyo, adoptando el lenguaje y los procedimientos de Sila, amenazaba con tratar como enemigo a todo el que no defendiera su causa. Los cónsules, instados por él a volver a Roma para hacerse cargo del erario público, no le hacían caso alguno y le recomendaban irónicamente fuese primero a tomar posiciones entre la capital y el enemigo. El temor volvió a dominar; Marcelo, Léntulo y Appio se arrepentían ya de haber llevado las cosas tan lejos. Hasta el severo Catón declaraba que todo era preferible a la guerra civil.

Tal era el estado de los espíritus cuando llegó la respuesta de César. Aceptáronse sus proposiciones con una condición: el abandono previo de las plazas que tenía en su poder. Por su parte, César exige ante todo la partida de Pompeyo. La desconfianza era recíproca; no hubo inteligencia ni podía haberla. Por lo demás, los que rodeaban a César no habían tomado en serio las palabras de sus contrarios; se refan de ellas así como de los encargados de

transmitir los mensajes, y hacían como su jefe, que no se detenía.

No obstante, Domicio Aenobarbo había llegado a reclutar cerca de quince mil hombres, parte en el Samnno, parte entre los pelignos y los marsos, las razas más belicosas de Italia. Concentra sus fuerzas en Corfinium y ruega a Pompeyo se una a él para destruir al enemigo común. César se aproximaba reforzado por la duodécima legión recién llegada. Al primer choque, las cohortes a que Domicio había confiado la defensa de un puente, colocado delante de Confinium, se ven envueltas y se refugian en la ciudad; su general se encierra en ella y envía mensaje tras mensaje a Pompeyo. César sitia la plaza y Pompeyo permanece sordo a los avisos de aquél. Domicio, así abandonado, forma el proyecto de evadirse con algunos íntimos, pero su agitación le denuncia. Sus soldados se sublevan y entregan la ciudad, su jefe y su séquito. César perdona a los prisioneros, les deja la libertad, sus bagajes y hasta los fondos públicos que tenían en su poder; les protege, en fin, contra toda violencia e incorpora después todos esos elementos a su ejército.

Tanta moderación le valió más que una victoria; acto continuo adquieren seguridad los intereses materiales; cada uno vuelve a sus trabajos, a sus negocios; se piensa menos que nunca en aunarse para defender las leyes y la libertad. Buen número de senadores vuelven a Roma; los pretores administraban en ella justicia; los ediles organizan fiestas. En cuanto a los exaltados de la aristocracia y a su jefe, su último recurso es emigrar; se preparan a ello y su exasperación crece a la par que su temor. El partido no tiene más que amenazas, venganzas y represalias en su boca; dueño del mar, se promete sitiarse por hambre a Italia.

Por su parte César, cuyas fuerzas aumentan de día en

dfa, marcha rápidamente hacia Brindisi, donde su adversario se proponía embarcar para el Epiro; llega cuando la mitad de las fuerzas enemigas ganaba ya el mar; sitia la plaza y trata de obstruir la entrada del puerto para obligar a Pompeyo a rendirse con los hombres que le quedan. Entáblase una lucha prolongada; regresa la flota enemiga, y los sitiados consiguen escaparse y ganar el suelo de Grecia. César sólo tiene un partido que tomar, aunque apresurándose a proveer a la construcción de las flotas de que carece y al aprovisionamiento de Italia, se dirige hacia Roma para hacerse reconocer en ella y organizar el Gobierno con ayuda de los magistrados y senadores que no respondieron al llamamiento de sus adversarios. Trataba de unir así a su causa los elementos, las fuerzas de la sociedad, y obrar sobre la misma por el prestigio anejo a la persona del Jefe del Estado. Creyó un instante poder comprar a Léntulo, uno de los cónsules. El carácter y las enormes deudas de aquel hombre parecían garantizar el éxito de una negociación entablada con tal objeto; sólo quedaba fijar el precio de la compra; pero Pompeyo estaba alerta y se apresura a hacer embarcar para Grecia a ese personaje sospechoso.

César trata también con mucho mayor afán de asegurarse de Cicerón; el gran orador no era de aquellos a quienes se compra, pero contaba con familiares, con amigos en el partido militar, y por mediación de ellos se procura convencerle. El terreno se hallaba, como hemos visto, preparado desde hacía tiempo. Recientemente aún, y a medida que se aproximaba la crisis, César rivalizaba con Pompeyo en agasajar al elocuente personaje; le excitaba a reclamar los honores del triunfo y le prometía apoyarle; se mostraba indignado por la tibieza y mala voluntad de Catón en aquellas circunstancias.

El objeto de tantas solicitudes las había acogido con

alguna reserva; ahora sólo aspiraba a sustraerse a las mismas. A pesar de las instancias de Dolabella, su yerno, de Celio, Balbo y otros íntimos, Cicerón se mantenía alejado. Desesperaba, es cierto, de la libertad; pero aunque protestara contra la imprevisión y la huida de Pompeyo, su causa le parecía la más honrada, y prefería sucumbir con ella a vencer con el invasor y su cortejo de hombres peligrosos. Viendo que nada conseguían los intermediarios, César se determina a escribir y más tarde a ir en persona a visitar a Cicerón, y con este propósito se desvía de su camino, aunque sin dejar de dirigirse a Roma. Frente a frente con su huésped, le insta a que ocupe su puesto en el Senado y se constituya en mediador entre él y Pompeyo. "Si fuese allí— le dice Cicerón — ¿podría oponerme libremente, en la Curia, a todo acto de agresión en Grecia o en España?—No—responde su interlocutor— allí no puede tolerarse semejante lenguaje.—Lo suponía y por esta razón no pienso ir." Tales fueron las últimas palabras del gran orador. Se separaron en estos términos y César continúa su ruta, acogido, aclamado a su paso por las poblaciones. Cuanto más se le había temido, más se tenía en cuenta su moderación, agradeciéndole todo el mal que no hacía. Los senadores que se hallaban en Roma se apresuraron a salirle al encuentro; todos experimentaban ese desahogo y esa alegría que sucede al temor en un alma ya tranquilizada.

Una vez entre ellos, les exhorta a tomar la dirección de los negocios, añadiendo que si el miedo los detiene, él consiente, por su parte, en gobernar. Este era, sobre poco más o menos, el lenguaje empleado por Sila treinta años antes. Para desvanecer el efecto de ese recuerdo, el nuevo árbitro de los destinos de Roma se apresura a declarar que no intenta seguir en nada el ejemplo del implacable dictador y que considera como partidario suyo a todo el que no esté en contra de él; más tarde compromete a los

padres conscriptos a interponerse entre los beligerantes, y consigue se nombre una comisión a este efecto. Pero la idea de intervenir entre ambos adversarios, aunque admitida en principio, era de difícil ejecución; se temía a Pompeyo. Presentarse en nombre de su enemigo no era cosa sencilla; se prefería seguir con César, puesto que se presentaba con tan buenas disposiciones. No fue, pues, posible hallar mediadores.

César se reservaba, no obstante, acudir al terror cuando fuera preciso; la ocasión no tarda en presentarse. La guerra es siempre costosa, y resuelto a comenzarla en España para arrebatarse a Pompeyo sus mejores soldados, encontrábase con que el dinero le faltaba. Felizmente, el templo de Saturno encerraba ricos tesoros; decide, pues, apoderarse de ellos. Pero esto estaba prohibido, excepto en el caso de una invasión de los galos; sin embargo, nada le detiene. Se le opone un tribuno, Metelio. "El peligro—responde César—no existe ya; la prohibición está levantada., Y como el magistrado le cerrase el paso, le amenaza con hacerle matar. "Joven—añade—; la cosa me es más fácil de hacer que de decir., El tribuno se retira entonces. La puerta del templo se rompe a hachazos y se arrebató el tesoro.

El hecho no deja de sorprender; la misma plebe manifiesta su disgusto. Impresionado César, a pesar de su acostumbrada sangre fría, le ocurre la idea de arengar a la multitud, de explicarse en la tribuna. No se atreve a hacerlo, lo que se comprende fácilmente. En efecto, ¿qué había invocado ante sus soldados para atraerles a su causa? Las prerrogativas, la inviolabilidad de los tribunos del pueblo holladas a los pies de la nobleza. Si se le recordaba esto, ¿qué iba a responder? Deseaba, pues, con impaciencia dirigirse a España y comenzar la guerra; en el campo de batalla no había que contar con la opinión.

Así, después de haber prescrito numerosas levadas, apresurado la construcción de las flotas, destinadas una al Adriático y la otra a operar en las aguas del Oeste, y prometido al pueblo distribuciones de dinero, confía a Lépido, entonces pretor, el gobierno de Roma; a Antonio la misión de defender, de contener a Italia, de detener, de impedir, en fin, la emigración de los sospechosos, y se pone en camino de España, atravesando las Galias. Su plan de campaña se hallaba fijado. "Vamos — decía — a combatir con un ejército sin general; después iremos a luchar con un general sin ejército."

Al llegar a los alrededores de Marsella, solicita la admisión en la ciudad, pero le cierran las puertas. Los habitantes le dicen que no pretenden constituirse en jueces entre él y su adversario; pero se inclinan a Pompeyo. César se determina acto continuo a sitiar la ciudad. Manda construir naves en Arlés, y sin perjuicio de tomar sus disposiciones, dirige una parte de sus fuerzas hacia los Piri-neos. Fabio, su lugarteniente, fuerza los desfiladeros, los atraviesa y se establece sobre la vertiente meridional, frente a Herda, que guarnecen con cinco legiones dos lugartenientes de Pompeyo, Petreyo y Afranio. César acude, dejando a dos oficiales formados en su escuela, Tebonio y Décimo Bruto, encargados de tomar la ciudad focense.

El gran capitán, reforzado por numerosos contingentes de la Galia, se apresura a entrar en acción, pero los elementos se declaran en contra suya; el desbordamiento de los ríos paraliza sus movimientos, corta el paso a sus convoyes, interrumpe toda comunicación, aísla y amenaza comprometer varios cuerpos de su ejército. El enemigo aprovecha la ocasión de atacarlos; intenta destruirlos y despacha ya correos para esparcir el rumor de su victoria. Estas nuevas llegan a Italia, donde acto continuo muchos hombres políticos se apresuran a emigrar a Grecia

para unirse a Pompeyo; pero los lugartenientes de este general encuentran una resistencia invencible. César, inagotable en recursos, manda construir apresuradamente numerosas barcas, y en ellas puede trasladarse adonde se necesita su presencia. Las aguas bajan al fin y se arreglan los puentes; toma entonces la ofensiva y obliga bien pronto al enemigo a abandonar la posición de Herda para retirarse a la otra parte del Ebro.

César le persigue ahora palmo a palmo, y acosándole le obliga a ganar las crestas de las montañas para sustraerse a sus ataques, y por una serie de maniobras destinadas a causar diez y siete siglos más tarde la admiración del gran Condé, separa a Petreyo y Afranio de los ríos, colocándoles así en la alternativa de rendirse o de sucumbir de sed.

Los dos ejércitos acampaban uno frente a otro; no tardaron en establecerse entre ellos relaciones; los soldados, compatriotas en su mayor parte, llegan a visitarse mutuamente. A punto ya de entenderse, manda Petreyo cerrar su campo y degollar a todos los intrusos que no logran escaparse. Creyó inspirar así a los suyos el valor de la desesperación, arrebatándoles toda probabilidad de obtener gracia. César, por su parte, deja libres a los legionarios enemigos que se hallaban en sus campamentos. Esto era frustrar noblemente un cálculo atroz; bien pronto Petreyo y Afranio se vieron reducidos a rendirse sin condiciones. El vencedor les perdona, ordenándoles licenciar sus fuerzas. Una parte de las mismas entra a servir en su ejército, el resto depone las armas y se le dirige por destacamentos hasta la línea del Var. El más poderoso de los dos ejércitos de Pompeyo en España no existía ya; el que manda en el Mediodía Varrón no tarda en someterse.

Libre en fin César, corre hacia Roma; su presencia era necesaria; las legiones acantonadas en la parte alta de

Italia se hallaban en plena revuelta; la eterna querrela, siempre renovada, entre deudores y acreedores, amenazaba a Roma con una crisis social; Antonio parecía proponerse envilecer el poder que representaba. Encargado de la guarda de Italia, la recorría en un carro arrastrado por leones. Su querida, la comedianta Citeris, se sentaba a su lado; su mujer, otros dicen su madre, le seguía en pos. Todo un serrallo, bailarinas, flautistas y gentes peores aún cerraban la comitiva en siete coches.

Afortunadamente, y a pesar de los reveses experimentados por tres de sus generales, Curión, C. Antonio y Dolabella en Africa, Iliria y el Adriático, los éxitos obtenidos en España produjeron sus frutos en Roma. César, proclamado dictador, había conquistado un título y el prestigio y la autoridad a él anejos. Recibe al pasar la sumisión de Marsella; al llegar a la parte alta de Italia, su presencia impone a los revoltosos; dueño de diezmarlos, se limita a castigar a los más pertinaces. Un centurión designa entre ellos a un inocente; César manda que ocupe su puesto el acusador, y encuentra en su severidad medios de hacer patente su solicitud por el soldado.

En Roma se constituye árbitro entre los acreedores y deudores. Sordo a las súplicas de los que le rodean, persiste en mantener los títulos y los derechos, y resuelve que el prestatario reciba en pago los bienes del deudor por el valor que tenían antes de la guerra civil.

Esto era disgustar a muchos de sus partidarios; en consecuencia, presenta acto continuo, por medio de los tribunos a sus órdenes, una ley, concediendo remisión de todas las penas impuestas a los facciosos, y da a los descendientes de los proscriptos el ejercicio de los derechos políticos. Perdona, en fin, a los desterrados, exceptuando a uno solo: el inquieto y audaz Milón.

Se hace entonces nombrar cónsul por los comicios, que

le dan por colega a P. Servilio, y abdica la dictadura. Todo esto se realiza en once días. Marcha acto continuo a Brindisi resuelto a atravesar el Adriático en la época de las tempestades. La mitad del otoño había transcurrido ya.

Por su parte, Pompeyo aprovechaba el tiempo, poniendo el Oriente a contribución; Grecia, sus islas, el Ponto, Bitinia, Siria, Fenicia y el Egipto proporcionaron contingentes a sus flotas; Tesalia, Beocia, el Epiro, Laconia, Tracia y las provincias asiáticas reforzaron su ejército; su caballería contaba hasta con germanos.

No obstante, sus fuerzas no se hallaban concentradas, porque Pompeyo no suponía a su adversario capaz de afrontar los peligros del mar en aquella estación. Sin embargo, precisamente entonces César, no contando con buques suficientes para transportar todo su ejército, se embarcaba con la mitad: quince mil hombres próximamente. La flota enemiga se encontraba en el puerto, en Corcira; Bibulo, que la mandaba, había contado con las tempestades. Así la expedición pudo llegar sin obstáculos a las costas del Epiro, cerca de una villa cuyo nombre parecía aquí un presagio, llevaba el de Farsalia.

Cuando Bibulo recibe aviso de lo que ocurre, el desembarco se había efectuado y la flota de César tornaba a Brindisi. Se lanza en su persecución y logra apoderarse de cerca de treinta navíos, que entrega a las llamas con todo su cargamento. En cuanto a Pompeyo, se hallaba en las montañas, en Macedonia, y allí le llega la nueva del desembarco. Acto continuo, y mientras César, con su rapidez habitual, maniobraba en Epiro, tomando a Oricón, Apolonia y otras ciudades, se dirige él mismo, a marchas forzadas, sobre Dirraquio, su cuartel general. La mayor parte de sus soldados, poco aguerridos aún, temblaban ante la idea de un choque con los vencedores de las Galias y de las Españas. Prodújose la deserción en las filas; una vez



en Dirraquio, hubo que recurrir a la solemnidad del juramento militar; el tránsfuga Labieno tomó la iniciativa; adelantándose a la cabeza del ejército, jura en manos de su nuevo jefe no abandonarle nunca. Tribunos, centuriones y legionarios siguieron su ejemplo.

Sin embargo, el soldado se hallaba lejos de participar de la exasperación de la nobleza; bien pronto hubo ocasión de convencerse. Pompeyo no se atrevía a atacar; César esperaba al resto de sus fuerzas. Los dos ejércitos, separados solamente por un río, el Apsa, acampaban a poca distancia. Los ociosos, los merodeadores de una y otra parte se encontraban sin manifestar animosidad. Se establecen entre ellos relaciones, y mientras Pompeyo, sublevándose ante la idea de entrar en Italia con el consentimiento y como por un favor de su adversario, rechaza toda tentativa de conciliación, sus subordinados cambian entre sí palabras de paz. César favorecía esta disposición de los espíritus; era un medio de conciliarse la opinión. El desarme recíproco que persistía en proponer, hubiera arrebatado a su antagonista fuerzas sin disciplina y sin cohesión; pero, en cuanto a él, estaba seguro de su ejército; sus soldados, después de obtener su licencia, obedecerían aún a su voz, se reunirían a la primera señal. Cualquiera que fuese, pues, el resultado, debía aprovecharle esa actitud conciliadora. Balbo y Vatinio, confidentes suyos, se asocian a las conferencias. Se señala día para entenderse, y verifícase la reunión, cuando aparece Labieno, que, a las pocas palabras, se deja llevar por su carácter arrebatado y discute acaloradamente. De pronto caen algunos proyectiles entre el grupo de los conferenciantes, y Labieno exclama: "Que se nos dé la cabeza de César; sólo a este precio trataremos". Así se separaron.

Semejante exasperación estaba a la orden del día entre la nobleza; tanto en el ejército como en la armada los

jefes rivalizaban en ferocidad. Un buque de transporte abandona un día el puerto de Brindisi; pertenecía a su patrón. El corso aristocrático se apodera de él. ¿Cuál era su cargamento? Bagajes, víveres quizá; pero esclavos u hombres libres, toda su dotación se pasa a cuchillo.

Dos navíos, separados de la flota de Antonio por la violencia del viento, se ven obligados a refugiarse en Liso, entonces en poder de Pompeyo, y anclan allí; uno de ellos lleva doscientos reclutas, el otro igual número de veteranos, se les ve desde el puerto; acto continuo les rodean multitud de barcas armadas, intimándoles la rendición bajo promesa de la vida. Los soldados antiguos, resueltos a no sufrir esas condiciones, dilatan intencionadamente las conferencias; después, al llegar la noche, obtienen de su piloto les lleve a la orilla, y toman tierra. Atacados al despuntar el día por numerosos soldados, resisten valientemente, matan cierto número de enemigos y llegan así a los campamentos de César. Los reclutas, víctimas del mareo y dotados de menos resolución, terminan por aceptar las condiciones propuestas y entregan sus armas. Se les pasa a cuchillo en contra de la fe jurada.

Bibulo había dado el ejemplo de estas atrocidades; pero al menos pereció víctima de las pasiones que compartía. Enemigo personal de César y despechado por haberle dejado libre el paso, juró no dejarse sorprender más y mantuvo su palabra. Tenía, además del odio, el sentimiento del deber. Vigilando día y noche aquellos parajes, el incesante cuidado del enemigo no le permitía abordar para renovar sus víveres y su agua; dependía, en este punto, de envíos que esperaba de Corcira, y que se suspendían frecuentemente por el estado del mar.

Enfermo, agotado por las vigilias, las privaciones agravaban su mal; persevera, no obstante, con la constancia de un antiguo romano, y muere al fin en su nave. Pero había

prestado a su causa un señalado servicio, dando a Pompeyo tiempo de formar soldados y paralizando la acción de su rival.

Se cuenta a este propósito, que inquieto, impaciente, resuelto a apresurar el paso del resto de los suyos, yendo él mismo a embarcarles a Brindisi, César se lanzó al mar una noche, en que reinaba un fuerte temporal, en una simple barca de pescador. Si el hecho es verdadero, el mar le arrojó nuevamente al puerto, a despecho de la frase ambiciosa que le presta la tradición y que afirma con sublime sencillez en los *Comentarios*.

La muerte de Bulo permite a la última expedición atravesar el Adriático. Es preciso hacer aquí justicia a la inteligente audacia de Antonio: habiendo llegado Libón, uno de los comandantes de las flotas enemigas, a vista de Brindisi, el lugarteniente de César arma numerosos barcos, les dota de hombres escogidos y se las arregla de manera que consigue atraer el enemigo al alcance del puerto; entonces aquellos bravos fuerzan los remos, alcanzan y abordan el navío que iba a la cabeza de la escuadra y se apoderan de él ante los ojos de Libón, que se retira estupefacto. Poco después, Antonio atraviesa el mar con sus fuerzas. Se aproximaba ya la expedición a la costa, cuando aparece la flota enemiga marchando a velas desplegadas, pero el viento cambia de pronto. La fortuna de César no se desmiente en esta ocasión, y excepto dos navíos extraviados, todos los demás ganan el puerto.

Tanto Pompeyo como César habían visto de lejos el convoy; ambos se pusieron en movimiento, el uno para unirse a Antonio, el otro para destruirle antes de que lo hiciera. Adelantándose entonces César a su contrario, marcha rápidamente hacia Derriquio, cerca del cual se encontraba aquél, colocándose así entre el enemigo y su cuartel general. Pompeyo se apresura por su parte a ganar las

alturas próximas a la ciudad y a establecerse en ellas.

Entonces el vencedor de Vercingetórix toma una resolución inspirada, sin duda, en sus recuerdos de Alesia: la de bloquear y encerrar a un ejército doble del suyo. Quiso así reducir a su adversario a reñir una batalla o arrebatarle su prestigio, convenciéndole de su impotencia. Sólo podía conservar el suyo a ese precio; hasta entonces eran nulos los resultados de aquella campaña, y César había habituado de tal modo los espíritus a la rapidez, a la decisiva acción de sus golpes de audacia, que viéndole así como en jaque, se empezaba a dudar de su fortuna.

En Italia acababa de estallar una tentativa de reacción; un elocuente e intrépido perdido, antiguo amante de Clodia, la famosa Lesbia, aquél a quien Cicerón defendió contra ella con tan implacable ironía, Celio, en fin, se hallaba la cabeza del movimiento. Desde el comienzo de la guerra civil, había hecho alarde de ardiente entusiasmo por César, combatiendo bajo sus órdenes en España; pero ahora conspiraba contra él. Una contrariedad, una herida de amor propio, y sin duda también el desorden de sus asuntos determinaron este cambio. Aspirante a la Pretura urbana, Trebonio, su rival, fue preferido por el dispensador de las dignidades en Roma; reducido a contentarse con otra de menor importancia, espía y aprovecha bien pronto la ocasión de vengarse. Tratábase entonces de aplicar a los acreedores y deudores la transacción que César les había impuesto. Trebonio, como pretor urbano, tenía que entender en las dificultades que la misma suscitaba, y las resolvía en el Foro, cuando Celio se sitúa a poca distancia de él. Promete, por medio de un edicto, reducir a la mitad el capital de cada crédito y deducir de esta cifra, con arreglo a una vieja ley que exhuma, todos los intereses pagados por el deudor. Esto era atizar la discordia y despertar pasiones en fermentación desde hacía años. Se vacilaba,

no obstante, en someter las instancias a su juicio; publica entonces un nuevo edicto concediendo remisión de todos los alquileres atrasados; les sigue otro, por el cual anula todos los títulos de crédito. Tanta audacia produce al fin sus frutos, y como Trebonio protesta y aplica con sus decisiones el derecho de los acreedores, su Pretorio es invadido y su vida amenazada. El cónsul Servilio, el Senado y todos los magistrados intervienen y reprimen el desorden. Entonces Celio deja a Roma como para ir a buscar a César. Se hallaba en correspondencia con Milón, que se disponía a secundar el movimiento; el audaz desterrado abandona Marsella, llega a Italia, se pone a la cabeza de esclavos y gladiadores, restos de su antigua fortuna; atrae, con su concurso, a los salvajes y robustos pastores de la montaña; liberta y subleva a su paso las masas de esclavos encerradas en las grandes explotaciones agrícolas, los organiza e intenta un golpe de mano contra Cossa, en el Brucio, y perece ante esta plaza. Celio muere también cuando trataba de atraer a su partido los caballeros galos y españoles al servicio de Roma.

Así aborta esta tentativa; no podía tener otro resultado en Italia, donde se aborrecía ya tanto el desorden como a la aristocracia; uno y otra comprometían la libertad, tratando de explotarla en su provecho. Así su causa se hallaba allí perdida. Grecia, Africa y España eran los únicos campos de batalla en que podía la nobleza prolongar la lucha, gracias a los socorros de fuera.

César prosigue la ejecución de su atrevido plan. Apoderándose de todas las alturas, de todas las posiciones favorables próximas al campo enemigo, se establece en ellas, las fortifica y después las une entre sí por medio de fosos, taludes y empalizadas. Pompeyo, por su parte, multiplica las defensas alrededor de sus cuarteles y extiende su recinto hasta el punto de encerrar en ellos in-

cluso los pastos para su caballería. La cosa le era fácil, porque tenía menos que hacer y disponía de más brazos. Su ejército contaba con multitud de arqueros y honderos, y los proyectiles de sus tropas ligeras hostigaban a los trabajadores enemigos. A veces también, sin arriesgarse a un combate general que teme, dirige contra ellos ataques parciales para disputarles el terreno. Cuando después de las fatigas de la jornada aquellos bravos se dirigían hacia su campamento, aprovechándose entonces de las ventajas de su posición, lanzaba sobre ellos tropas frescas, fuerzas superiores; pero era tal la energía de aquellos hombres de hierro, que se les vió en ocasiones remontar las pendientes, tomar la ofensiva y rechazar a los asaltantes. Tenían, sin embargo, que luchar contra otro enemigo: el ganado del Epiro estaba a su disposición, pero el trigo faltaba; sólo tenían para suplirlo la raíz de una planta común en aquellos parajes; la amasaban y hacían con ella una especie de pan. Nada les arredraba; habían jurado comer la corteza de los árboles antes que dejar escapar al enemigo, y para que éste no contase con el hambre como auxiliar, echaban en su campo aquellos panes. Pompeyo al verlos queda estupefacto: "¡Con qué bestias salvajes tenemos que entendérmolas!", — exclama.

Su posición comenzaba a ser crítica; la circunvalación tocaba a su fin. El agua amenazaba faltar a su ejército, porque el enemigo había separado y obstruído con diques las corrientes de agua próxima; los pastos faltaban; las enfermedades se extendían en su campo. Se preguntaba el medio de escapar al cerco de su adversario, cuando el azar vino en su ayuda.

Dos oficiales alóbroges, convictos de malversación de fondos destinados a los soldados, se escapan del campo de César para pasarse al suyo, y le indican las partes vulnerables de los trabajos y de los cuarteles del sitiador; que-

daba todavía abierto un espacio de cerca de seiscientos pies en las proximidades del mar. Pompeyo, así aleccionado, se apresura a dirigir sus ataques a ese punto, y carga sobre él al despuntar el día. Los trabajadores y el cuerpo de ejército que los protege, sorprendidos y quebrantados, tratan de resistir, pero cae de pronto sobre su flanco una masa de nuevos enemigos que les abruma a proyectiles; otro cuerpo aparece a retaguardia amenazando envolverles; ceden entonces y se retiran desordenadamente. Aparece Antonio y detiene a los asaltantes; se pone César también en movimiento, llega, toma la ofensiva y fuerza el campo enemigo. Pero en el ala derecha se extravía la columna de ataque; Pompeyo había trasladado hacia poco su cuartel general hacia esa parte de sus campamentos; la columna se estrella contra fuerzas superiores, apoyadas bien pronto por poderosas reservas; se la recibe vigorosamente, y su caballería, temiendo verse cortada, vuelve bridas. Ante este espectáculo, se apodera el desaliento de la infantería, perdida y separada de su jefe entre un dedaño de taludes, fosos y empalizadas en que era imposible toda unidad de mando y de acción. Cede, y huye; entonces César se lanza ante los fugitivos e intenta detenerlos. El pánico es más poderoso que sus palabras, y el ala izquierda sigue a su vez el movimiento de retirada.

Esta jornada costó al gran capitán, un millar de hombres, ahogados la mayor parte en los fosos, donde se precipitaban en montón, treinta y dos enseñas y una parte de las obras terminadas a costa de tantos esfuerzos.

Si Pompeyo hubiera aprovechado el momento y perseguido sus ventajas, la victoria estaba en su mano, pero se detuvo recelando alguna estratagema. Adviértese aquí nuevamente la fortuna de César; este éxito no tuvo para la aristocracia más que un resultado: cegarla y acelerar así su derrota. Toda aquella nobleza se creía segura del

triunfo; se hallaba impaciente por terminar con su enemigo y preludia su victoria con la matanza. Labieno reúne acto continuo todos los prisioneros, les increpa y ordena les estrangulen.

En cuanto a César, al volver a su campo arenga a sus tropas con su serenidad ordinaria, reanima su valor y las reconcilió consigo mismas. Se reprochan su debilidad y reclaman nuevos peligros, prontas a aceptar los trabajos más duros. César se contenta con degradar a algunos oficiales. Su plan se hallaba fijado; consistía en alejarse, atraer a Pompeyo al corazón de Grecia, aislarle así de su flota, aumentar su confianza con una fuga precipitada y obligarle a aceptar la batalla.

Se pone, pues, en marcha hacia Apolonia, y dejando allí a sus heridos se dirige a la Tesalia. El enemigo había despachado correos a todas partes, anunciando su victoria. La primera ciudad ante que se presentó el ejército, le cierra sus puertas. César la toma al asalto y la entrega al saqueo. Desde entonces es acogido en todas partes. Al llegar a Tesalia, se detiene en las llanuras de Farsalia para esperar a su adversario.

Pompeyo llega al fin. Su ejército se había unido durante el camino al de Escipión, que llegaba de Asia a la cabeza de algunas legiones. Durante varios días César le presenta batalla, pero él permanece inmóvil. Su plan era ganar tiempo, vencer gracias al hambre y a las enfermedades a un enemigo sin almacenes, sin aprovisionamientos y reducido a vivir al día.

Pero los de su campo se indignan, le apremian, y tratándole de rey de los reyes, le acusan de perpetuarse así en su mando. Según toda aquella nobleza, bastaba atacar para vencer. Pompeyo tenía, en efecto, a sus órdenes más de cincuenta mil soldados; César apenas veintidós mil. Así, considerándole ya derrotado, disputaban sus enemi-

gos sobre sus futuras dignidades y se preocupaban menos de los medios de vencer que del partido que iba a sacarse de la victoria. Todos reclamaban su parte en los despojos de los vencidos; se hablaba de proscipciones, se hacían listas, distribuíanse ya los cargos y recompensas.

Desesperando de reducir a su adversario a librar la batalla, César iba a ponerse en marcha con el fin de cansar a un ejército menos hecho a las fatigas que el suyo. Había dado ya la señal de partir, cuando en el movimiento que nota en los cuarteles enemigos, comprende que se preparan en ellos al combate, y toma en seguida sus disposiciones. Pompeyo cede, en efecto, a la presión ejercida sobre él, y bien pronto sus fuerzas se desplegaron. Confiando en la superioridad de su caballería, su plan era hacer una evolución y coger al enemigo por la espalda. Con este intento dispone su ejército en orden de batalla, confía el centro a Escipión, la izquierda a Domicio Aenobarbo, reúne a sus mejores soldados a la derecha y se coloca él mismo entre ellos. Formaban en línea cuarenta mil infantes y siete mil caballos.

César sólo contaba con veinte mil combatientes, mil todo lo más de caballería; el resto custodiaba su campamento. Fija el orden de batalla; Antonio manda la derecha, C. Domicio el centro; él se coloca a la izquierda, frente a Pompeyo, con la décima legión y la caballería.

La inmensa superioridad de la del enemigo y el peligro que esto entrañaba no se le habían escapado. Coloca, pues, de reserva, en este punto, dos mil hombres escogidos, con orden de precipitarse sobre aquella con la espada dirigida hacia el rostro, en el caso de que intentara arrollarlos. Hecho esto, da la señal de ataque. Su infantería se lanza sobre el enemigo y comienza la batalla. Como había previsto, la caballería de Pompeyo carga sobre la suya, la obliga a replegarse y comienza después a operar un movi-

miento envolvente. Pero cerrándole el paso acto continuo, los expertos soldados colocados de reserva se lanzan intrépidamente ante ella. Su impetuosidad es tal y sus golpes tan certeros, que la caballería, espantada de tanta audacia, vuelve bridas y huye hacia las montañas. Los vencedores se lanzan entonces sobre la infantería ligera de Pompeyo, la destruyen y atacan después sus legiones, en lucha con sus compañeros de armas. Asaltadas de frente, por los flancos y por la espalda, son deshechas y se dan a la fuga. El mismo Pompeyo pierde toda su sangre fría, abandona el campo de batalla, y mientras su triunfante enemigo recorre las filas recomendando a los suyos no se ensañen en sus compatriotas, se retira a su campo, y cree prevenirlo todo con recomendar a sus reservas se preparen a defenderlo. Pero el enemigo bien pronto invade sus cuarteles; el único recurso que le queda es despojarse de sus insignias, lanzarse sobre un caballo y huir a toda brida hacia Larisa con una pequeña escolta. No se detiene allí, sino que caminando noche y día, gana el mar, encuentra un buque de transporte, se refugia en él y escapa.

Entre tanto, el enemigo forzaba su campamento. Todo respiraba allí el lujo, la molición y la confianza. Césped, flores, adornos de verdura, mesas preparadas con ricas vajillas, atestiguaban que todo estaba allí dispuesto desde la mañana para festejar una victoria tenida por infalible.

Ahora, la mayor parte de los nobles dueños de aquellas tiendas se ocultaban en la montaña con todo lo que había podido escapar al desastre; pero tenían que entenderse con un capitán que no se dormía sobre los laureles. El día tocaba a su fin, pero a pesar de la fatiga del combate, César persigue y logra envolver a esas masas de fugitivos, obligándoles a rendirse. De este modo, toda la infantería enemiga que no había perecido queda en su poder.

Obtenido este resultado, incorpora los soldados a su ejército; en cuanto a los jefes, a los nobles, les concedió, al decir de Plutarco, la vida a la mayor parte. Compréndese cuál fue la suerte de los demás. Dión es más explícito; según él, César mandó matar a los senadores y caballeros cogidos ya una vez con las armas en la mano, y perdonados por él al comienzo de la lucha. Sus bienes fueron confiscados con los de sus compañeros de armas que habían muerto en el combate. Así podían los vencedores tener dinero en Roma después de las guerras civiles.

XIX

Aleandría. Tapso. Munda.

Pompeyo se alejaba. Era dueño del mar, y en Dirraquio le quedaba una plaza fuerte y un cuerpo de ejército. Además, tenía otro en Africa bajo las órdenes de Attio Varo; Yuba y sus Númidas le pertenecían; y en Oriente, entre los pueblos acostumbrados de antiguo a la servidumbre, iba a buscar un punto de apoyo y defensores de la libertad. En el fondo, tenía la acogida de su partido y huía ante las humillaciones como había huído ante la derrota.

Vuelve a Lesbos, donde se reúne con su mujer y su hijo Sexto, y dirigiéndose después a Cilicia delibera allí con sus íntimos acerca de la elección de un aliado. Se inclina hacia los Partos, pero se le hace desistir de tal idea; su joven esposa no se hallaría libre de la temeridad de estos bárbaros; cede, pues, y fija su elección en el Egipto. Según sabemos, había concurrido a sentar y después a restablecer en el trono a Tolomeo Auletes, quien deseoso de asegurar una protección a sus hijos, le había nombrado su tutor. Tales antecedentes parecían prometer cierta gratitud.

Adoptado este partido, el fugitivo se da a la vela, y próximo a arribar a tierra percibe un ejército acampado en la costa. La discordia había estallado entre los sucesores del monarca, el joven Tolomeo y Cleopatra, su hermana y al mismo tiempo su mujer, la cual, arrojada por su hermano

del trono, había reunido algunas fuerzas y amenazaba volver a mano armada. El joven rey, o mas bien sus favoritos, el eunuco Potino, el jefe de los mercenarios Aquilas y el sofista retórico Teodato, habían tomado posiciones no lejos de Pelusio para cerrar el paso a su enemiga, que acampaba a corta distancia.

Pompeyo encarga a uno de sus fieles anuncie su llegada al príncipe y reclame su hospitalidad a título de huésped y de amigo de su padre. Transcurridas unas horas, ve surcar la mar y dirigirse a su buque una simple chalupa, a cuyo bordo no va el monarca, sino Potino y Aquilas, escoltados por un tribuno y un centurión, romanos mercenarios al servicio de Egipto; invitan al fugitivo a embarcarse con ellos, asegurándole las buenas disposiciones de su señor. Pompeyo duda, pero por último se determina y desciende a la chalupa. Reconoce en el tribuno a Septimio, que ha servido a sus órdenes, y le dirige la palabra, cuando éste, pasando bruscamente tras de él, desenvaina la espada y le atraviesa con ella; después le remata el centurión. El asesinato había sido resuelto en consejo con asentimiento del joven príncipe: Pompeyo era una amenaza de guerra para Egipto y hacía sombra a los favoritos del monarca.

Después de dos días dedicados a sacrificar a los dioses, César abandonó a Farsalia para lanzarse en persecución del vencido. Llega a orillas del Helesponto y le atraviesa sobre simples barcas, cuando aparecen súbitamente diez naves de guerra de la flota enemiga. Sin alterarse, dirige-se resueltamente al navío de Casio que las mandaba y le intima la rendición. Por una feliz casualidad, Casio, indispuesto con los nobles, había decidido no prolongar la lucha más allá de una primera prueba, y enterado de la derrota de Pompeyo, se somete y entrega sus fuerzas.

César desembarca al punto en Asia, donde, celoso de

atraerse los pueblos, y disponiendo ya como señor, los perdona el tercio de los impuestos que los arruinaban y prescribe medidas contra la inmoderada codicia de los publicanos. Después, informado respecto del itinerario de Pompeyo, se dirige al Egipto tocando a Rodas, donde sus fuerzas se aumentan con algunos navíos tripulados por los intrépidos marinos de la isla.

Desembarca cerca de Alejandría, donde se le recibe presentándole la cabeza de su enemigo, ante la cual no puede, según se afirma, contener las lágrimas, y concediendo a estos tristes restos los honores de la sepultura, ordena la erección en aquel mismo sitio de un templo a Nemesis. Esto era una amenaza que los asesinos comprendieron, e instalándole en el palacio de los reyes conspiran contra él. Mientras César, manteniéndose siempre en guardia, recorría la ciudad, visitaba sus monumentos y sus escuelas de retóricos, aquéllos trabajaban en sublevar al pueblo, cosa fácil, porque esa plebe sutil y bulliciosa de Alejandría tenía cierto orgullo. Mezcla de diversas razas, aquellos mestizos se consideraban como conquistadores de Egipto y vivían de los recuerdos del gran Alejandro; y el aspecto de dominio que en todas partes mostraban los romanos, estacionando los lictores en las proximidades del palacio real, los hería profundamente. César contribuyó a exasperarles. Convertido en acreedor del rey difunto, ya sabemos cómo reclamaba el pago con insistencia, sabiendo, según él mismo decía, que el oro proporciona el soldado, y el soldado el poder. Así, explotando con habilidad el orgullo y la exaltación religiosa de la muchedumbre, los consejeros del joven monarca tomaron el partido de hacer vender públicamente, para satisfacer a este acreedor, las joyas, el tesoro de la corona, los vasos sagrados y los objetos de valor que adornaban los templos de los dioses.

Imbuído por las tradiciones de Roma, y tomando, a su

ejemplo, la alta dirección en los asuntos de un pueblo aliado, César intervenía, al propio tiempo, en la contienda que separaba al monarca y a su hermana. Cleopatra, comprendiendo la necesidad de atraerse al vencedor de Pompeyo, se apresura a enseñorearse de él por sorpresa. Para escapar a los peligros que la habían obligado a huir, se introdujo una noche en la residencia real, oculta en un rollo de telas, a hombros de uno de sus fieles servidores, el retórico Apolodoro, y depositada a los pies de César y desprendiéndose de los velos que la ocultaban, se reveló a él en todo el esplendor de la juventud y de la belleza. Tanta gracia y resolución y la viva picardía de su ingenio, obran sobre el grande hombre que queda deslumbrado, fascinado: sus debilidades toman desde entonces un carácter público, oficial.

Al siguiente día hace venir al monarca adolescente para predicarle la paz y reconciliarle con su hermana; pero apenas lo percibe el joven príncipe, creyéndose entregado a su enemigo, hace retemblar con sus voces la residencia real. Sus favoritos, aprovechando la ocasión, sublevan al pueblo y al ejército: grupos de aventureros, con los cuales habían acabado por confundirse los soldados romanos vendidos por Gabinio al difunto rey, constituyen una fuerza muy superior en número a las de César; y por un capricho de la suerte, estos mercenarios, el populacho de Alejandría, el aventurero Aquilas y el eunuco Potino eran los adversarios con quienes, mezclado en las intrigas de la corte de Egipto, iba a medir sus armas, a veces en iguales condiciones, con desventaja otras, el vencedor de Vercingetórix y de Pompeyo.

Con su rapidez habitual César concentra sus fuerzas, se fortifica en la mansión real, apoderándose de la persona del joven príncipe y también de la del eunuco Potino, a quien entrega inmediatamente al hacha de los lictores. Se

proclama reina a Arsinoé, una de las hermanas del monarca prisionero, en reemplazo de Cleopatra, a instigación de Ganímedes, eunuco de la joven princesa. Este innoble favorito, con objeto de dominar él solo, hace asesinar a Aquilas, toma la dirección del movimiento y el mando de las tropas y prosigue las hostilidades con mayor vigor.

Tal era el nuevo adversario a quien el gran capitán se veía obligado a hacer frente. Se apodera entonces de la isla que ha dado su nombre al célebre faro de Alejandría, concentrándose en ella; y esta posición, unida a la ciudad por un puente y en la que redobla los trabajos de defensa, le permite resistir y aun atacar con ventaja. Los navíos anclados entre la gran ciudad y la isla ofrecen a los asaltantes medios de acceso y facilidades para la sorpresa; César manda incendiarlos. El enemigo intenta privarle de agua potable con ayuda de máquinas hidráulicas que vierten a chorros la del mar en las fuentes y depósitos de la isla; pero hace excavar numerosos pozos y provee al abastecimiento de sus soldados. Dispone de más de tres mil hombres de infantería, de ochocientos caballeros germanos, y hace frente a los asaltantes por tierra y por mar. La lucha ofrece, no obstante, sus alternativas. Sorprendidos un día en la isla por fuerzas superiores, sus soldados y él mismo se ven obligados a arrojarse en las primeras barcas que hallan a su alcance. En la que iba César zozobra, y se le ve entonces nadar, bajo una lluvia de flechas, hacia su flota, donde es recogido y toma la ofensiva. Pero para mantenerse al nadar, en la superficie del agua, se vió obligado a desembarazarse de su manto, y este trofeo cae en manos del enemigo, quien le pasea triunfalmente por la ciudad.

Por fin, llega de Asia una legión romana, y César recibe noticias de que vienen en su auxilio nuevas tropas. Le

lleva este refuerzo un hijo natural, un homónimo del eterno enemigo del nombre romano, Mitrídates de Pérgamo. Seguro desde entonces de la victoria, devuelve la libertad al joven monarca, quien derrama lágrimas, y después de suplicar a César le conserve a su lado, corre a unirse a Ganímedes y a sus fuerzas atrincheradas hacia Canopa, en las orillas del Nilo, para cerrar el paso a Mitrídates. César, por su parte, se lanza al mar, sale al encuentro de las fuerzas que vienen a auxiliarle, se une a ellas, ataca, deshace completamente al enemigo, invade su campo y le obliga a refugiarse, con pérdidas enormes, en las embarcaciones que le han conducido a aquel punto y donde los fugitivos se hacían; la mayor parte de ellas zozobran, y la que conduce al joven soberano se hunde con él. El vencedor entra a la cabeza de sus fuerzas en Alejandría, que pide y obtiene gracia; después manda a Roma a su real cautiva Arsinoé e impone al Egipto como soberanos a Cleopatra y a su hermano más pequeño, un niño que él la da por esposo.

Ya estaba desde entonces libre, e importantes intereses le llamaban a Italia, pero en lugar de dirigirse allí emprende un viaje de exploración hacia el alto Nilo, remonándole con todo el aparato de la guerra en una flota compuesta de cuarenta buques. Cleopatra está a su lado; tal es el secreto de esta expedición. Quería, dicese, extenderse hasta Etiopía, pero sus soldados se opusieron. Hacía seis meses carecían en Roma de noticias de él.

De este modo perdió nueve meses en Egipto. Teatros de los más graves sucesos, Africa, España, Asia y la misma capital del mundo romano reclamaban su presencia; la lucha entre la República y la monarquía no había llegado aún a su término; Farsalia sólo constituía un episodio de ella.

Después de esa memorable jornada, los más ardientes

los más comprometidos entre la nobleza, Afranio, Petreyo, Labieno y otros varios se refugian en Dirriquo, donde, reunidos a Catón, resuelven resistir a César. Dueños del mar y teniendo la elección del campo de batalla, determinan proseguir la lucha en Africa, donde, después de la derrota de Curión, César no disponía de fuerza alguna, y por el contrario, la nobleza contaba con un ejército, el de Attio Varo, y un aliado poderoso, Yuba, rey de Numidia. Allá se dirigen las treinta cohortes dejadas por Pompeyo bajo las órdenes de Catón; se otorga el mando supremo a Escipión y se decreta el embargo de toda clase de naves para ocultar con el mayor secreto los planes de la partida y los enormes preparativos de ella. Se designa a Utica como cuartel general, donde Catón se establece, multiplicando los trabajos de defensa en los alrededores. La misma actividad preside a las levadas de hombres, a la organización, armamento y provisión del ejército, que en breve plazo puede desplegar en línea diez legiones bajo las órdenes de Escipión y cuatro bajo las de Yuba, sin contar considerable número de caballeros numidas en su mayor parte, y ciento veinte elefantes.

César, por su parte, como si hubiese presentido el peligro, transmitía a Casio Longino, su lugarteniente en el Mediodía de España, la orden de completar su ejército con inmediatas levadas y desembarcar en Africa a la cabeza de cinco legiones; pero nadie podía reemplazar al gran capitán, y Longino menos que otro alguno.

Dotado de energía, pero de una energía perjudicial, procuraba, por encima de todo, enriquecerse, y aparte de los desórdenes inseparables de las guerras civiles y de la audacia que inspiran a los subordinados, en ésta dejaba el campo libre a las violencias y a las exacciones el alejamiento del jefe y la incertidumbre respecto de lo presente y de lo porvenir. La avaricia dominaba a aquel lugarte-

niente; saqueaba a España sin piedad y sin escrúpulo, y odiado por los habitantes, procuraba atraerse al soldado prodigándole el dinero; el ejemplo procedía de arriba; cien sextercios por hombre era la cifra acostumbrada de sus gratificaciones al ejército. Y como cuanto más daba más le era preciso tomar, no contento con abrumar al rico con enormes contribuciones, traficaba con la justicia, e ingeniándose para perseguir tanto al inocente como al culpable, vendía a cada uno de ellos su absolución. La orden que César le transmitió de poner su ejército en pie de guerra no tuvo otro resultado que multiplicar sus exacciones. Las nuevas tasas, las requisitorias, los permisos, los privilegios concedidos a los españoles o a los romanos colonizados en la Península, todo constituía para él materia de concusión.

Sus agentes saqueaban por orden suya, y llegando el estado de cosas a hacerse intolerable y la desesperación a sus últimos límites, estalló un complot, y aunque acosado y herido, Longino pudo escapar a la muerte. Se produce una excisión en el Ejército, agrupándose parte de él al lado de Longino y la otra alrededor de Marcelo, uno de los descontentos, por lo que, sin la intervención de Lépido, que gobernaba el Norte de la Península y que se unió a Marcelo con todas sus fuerzas, la guerra civil se hubiera complicado con otra más. Longino emprende la fuga, llevando consigo sus tesoros, y con ellos zozobra en la embocadura del Ebro al tratar su barco de franquear la barra en medio de un tiempo borrascoso.

España se libró de un miserable, pero la aristocracia había tenido ocasión de establecerse en Africa, y al oprimir el país confiado a su custodia, el lugarteniente de César, como se vió más tarde, había proporcionado a sus enemigos aumento de recursos, valientes auxiliares y una formidable posición.

Roma no estaba menos agitada que sus provincias, reinando en ella la discordia, que ensangrentaba el Foro. Las más perversas pasiones fermentaban allí como en tiempo de Catilina.

Carecía además de Gobierno, porque Antonio era el representante de César, elevado de nuevo a la dictadura después de Farsalia. Lugarteniente del señor, no le faltaba la fuerza; por el contrario, hacía alarde de la misma, marchando por la ciudad revestido de la toga y con la espada al cinto, precedido de lictores y seguido de soldados. Pero el hombre no había cambiado: el vino y las mujeres le absorbían por completo, y parecía tener gusto en desafiar la opinión. Entre los bienes confiscados a los vencidos, se subastaba entonces la casa y los jardines de Pompeyo. El lugarteniente de César se los adjudica. Acribillado de deudas, no pensó nunca en pagarlas, y la noble mansión fue bien pronto teatro de toda clase de excesos. Sucédese en aquella morada orgía tras orgía; los compañeros de desórdenes del nuevo dueño, histriones, flautistas, bailarinas y cortesanas, afluyen allí, y las noches transcurren bebiendo y jugando. Al siguiente día, véfase al representante del dictador ocupar su silla en el Foro, embotado aún por el vino y el sueño. Un accidente de los más innobles probó allí mismo, en cierta ocasión, su excesiva intemperancia.

Tal era el tutor dado a la reina del mundo. Entretanto, dos tribunos se hacían la guerra en la capital. Dolabella, uno de ellos, arruinado, empobrecido, había hecho renuncia del patriciado para pretender una magistratura que le pusiera en condiciones de llegar por medio de una ley a su libertad y a la de todos los insolventes. Trebelio, su rival, había abrazado, por el contrario, la causa de los acreedores, y aunque ambos resistían, la lucha no se concentraba en la tribuna, porque el reinado de la legalidad estaba lejos. Cada uno de los adversarios, uno a ejemplo de Clo-



dio y el otro de Milón, tenía su banda de *bravos* y *gladiadores*. Se mataba, se ahogaba: el asesinato y el terror habían tomado posesión de Roma. Dolabella, sobre todo, más audaz y más perverso, no retrocedía ante violencia alguna; al anochecer invadía a mano armada las casas de sus enemigos, y aun, según se dice, las de las matronas aristocráticas. Antonio presenciaba todo esto y dejaba hacer, teniendo para ello sus motivos e inclinándose al partido de Dolabella, su compañero de desórdenes, soldado intrépido y arruinado como él. Sin embargo, se entera de que su mujer le traiciona con su amigo, y abrazando entonces la causa del orden, reúne nuevas fuerzas en la capital. Dolabella, sin intimidarse, presenta una ley que anula todos los documentos de crédito, convoca los comicios y fortifica el Foro atrincherándose en él, determinado a no admitir allí más que a sus partidarios. Fue preciso atacarle en el Foro mismo, y entablada la acción, la sangre corre. Antonio acude, y dueño del campo de batalla, hace precipitar a sus prisioneros desde lo alto de la roca Tarpeya.

Dolabella, sin embargo, no se considera vencido; una circunstancia le enardece: la sedición que acababa de estallar en el ejército.

Dos de las legiones de Farsalia, de regreso en Roma, acampaban hacía muchos meses en los alrededores de Cápua. La ausencia del jefe había relajado los lazos de la disciplina, pervirtiendo la ociosidad al soldado.

Este esperaba recompensas, y lejos de recibirlas, se encontraba con nuevas guerras y nuevos sufrimientos. Muchos pedían su licencia; todos, la ejecución de las promesas hechas al Ejército; creyéndose necesarios se mostraban intratables.

César se hallaba aún en Alejandría, retenido por Cleopatra, próxima entonces a ser madre. Supo que Farnaces acababa de vencer a los romanos en Asia. El heredero de

Mitrídates se había inspirado en su padre, y aprovechando las discusiones de Roma y la incertidumbre respecto de la suerte del gran capitán, se apodera de la Colchida, del Ponto, de la Capadocia y de la Armenia. El vencedor de Farsalia despierta entonces, y se dirige apresuradamente a Armenia. Allí está el enemigo y el interés de Roma; los suyos vendrán después. Siente la necesidad de rehabilitarse y la ocasión es oportuna, porque el recuerdo del viejo Mitrídates surge allí amenazador. César se arranca de los brazos de Cleopatra y se dirige a Asia, donde desembarca en busca de Farnaces. Apenas divisa al enemigo, comienza la acción: rechaza a aquél, y en cuatro horas la guerra se termina. Él mismo resume esta campaña en tres palabras: *Veni, vidi, vici* (llegué, vi, vencí). Vuelve a embarcar en su flota para pasar a Italia, no sin poner el Asia a contribución. Antes de la muerte de Pompeyo se había mostrado generoso, pero ahora tenía en perspectiva una nueva guerra y necesitaba dinero. Invita a las ciudades y a los reyes amigos o aliados a ofrecerle coronas de oro, costumbre convertida en ley, en provecho de todo general vencedor. ¡Desdichados los pueblos y los reyes cuyos ejércitos, flotas y recursos financieros ayudaron a la causa aristocrática! En Tiro, principalmente, César saquea los tesoros, las ricas ofrendas acumuladas hacía siglos en el templo de Hércules Fenicio.

Llega a Roma por fin. El Senado, después de la batalla de Farsalia, le había concedido un año de dictadura y cinco de Consulado por una especie de emulación establecida entre los padres conscriptos. Sus partidarios querían servirle a toda costa; sus enemigos secretos hacerle odioso; los tibios, los tímidos, obtener el perdón de sus vacilaciones. A la dictadura era anejo el derecho de hacerse erigir estatuas, declarar la paz y la guerra, nombrar los gobernadores de las provincias; mas tales privilegios se los

había abrogado ya, los poseía en virtud de sus victorias. Cuanto podía hacer el Senado, era imprimir al hecho el carácter legal, y se apresuraba a ello por temor de que el pueblo se lo impusiese. Mas, por una extraña coincidencia, el objeto de tantos honores iba a encontrarse desde sus primeros pasos en Italia, en lucha con la fuerza misma en que se apoyaba, porque esta fuerza, sintiéndose dueña por su parte, no quería depender más que de sí misma. Como hemos dicho ya, se habían sublevado dos legiones; los jefes y tribunos militares favorecían el movimiento. Estas legiones marchaban hacia Roma, maltratando, matando a veces a los magistrados que intentaban detenerlas. Dos senadores habían perdido la vida ya y todo podía temerse de aquellos facinerosos. César, sin embargo, se hallaba tranquilo: una palabra suya bastaría para que todo entrara en orden.

Sin entretenerse en rodearse de pompa alguna, va al encuentro de los más rebeldes al campo de Marte, y aparece en la tribuna. Su aspecto les impone y le saludan con el título de *Emperador*. “¿Qué queréis?” — les pregunta. Ellos reclaman su licencia creyendo que César hará lo posible por retenerlos. “Os la concedo — replica él inmediatamente. — Sois libres, ciudadanos. Contad con el cumplimiento de mis promesas. Las realizaré el día en que yo triunfe con otros.”

Podemos apreciar en esta ocasión el espíritu del soldado en aquella época. Ante el nombre de ciudadanos, esos hombres de guerra se sienten empequeñecidos, humillados; César no les llama, como antes, sus compañeros de armas; se pasará sin ellos, y confundidos con la plebe, descenderán hasta el nivel de ésta. Se opera una reacción, y cuando su general, abandonando la tribuna, se dispone a alejarse de allí, le rodean suplicándole les conserve en las filas, aun cuando deba primero castigarles severamente.

César resiste algún tiempo; después cede y hasta perdona a la décima legión, que iba a ser diezmada, y la reconciliación es completa. No obstante, debemos advertir que se expuso en Africa a los más rebeldes, a los mayores peligros, y sus cómplices, los tribunos militares, fueron licenciados en la primera ocasión.

Descartado este peligro, César se preocupa de Roma y de la guerra. Necesita dinero y reclama de Antonio el pago de los bienes de Pompeyo. El lugarteniente se disgusta y no quiere obedecer. Dice que "ha contribuido a la victoria y que tiene, por tanto, sobre aquellos bienes igual derecho que César". La respuesta era brutal y reunía, además, el inconveniente de ser justa; pero sólo sirve para aumentar la severidad de César. Antonio se ponía en lucha con él, reteniendo una rica sucesión con perjuicio de los herederos; su jefe le obliga a restituirla y le manifiesta que no necesita sus servicios en Africa. Perdonará más adelante; pero ahora era necesario un castigo ejemplar. Esto, por otra parte, aprovechaba a Dolabella, sobre cuyas tentativas incendiarias cierra los ojos, porque castigar a la vez a dos ilustres militares, en vísperas de una campaña, hubiese sido peligroso. No eran precisos tales miramientos con los municipios de Italia; de unos se obtienen donaciones voluntarias; de otros se logran empréstitos; impone, además, contribuciones a algunos de los más ricos, que la pagan sin protestar. ¿Cómo negar nada a quien todo lo puede?

César, después de castigar concede recompensas. Con este objeto dobla el número de pretores en Roma, multiplica los cuestores, pontífices, arúspices y los encargados de la guarda y conservación de los libros Sibilinos. Esto constituye otros tantos premios a los adictos y un medio de hallarlos en todas partes. Colma la medida una promoción de senadores, que toma en su mayor parte del ejército, y que son jefes de cuerpo, tribunos militares y hasta

centuriones; no olvida a sus valientes galos en estos nombramientos, lo que produce algún escándalo en Roma, pudiéndose leer en sus murallas ciertos pasquines en que se invitaba al pueblo a no indicar a los nuevos senadores el camino de la Curia. Esto era protestar burlándose.

Proclamado dictador por tercera vez, César parte de Roma, dejándole dos cónsules designados por él, Tufio Caleno y Vatinio, y al llegar a Sicilia levanta su tienda a orillas del Lilibea, impaciente por aprovechar el primer viento favorable que pueda conducirle a Africa. En el interin manda se proceda en la provincia a la adjudicación de los bienes confiscados al enemigo.

Leva, por fin, anclas y se da a la vela en las kalendas de Enero con tres legiones y alguna caballería, pero los temporales le separan de una parte de su flota. Arriba, sin embargo, cerca de Adrumeto, con tres mil infantes y ciento cincuenta caballos. Después de un día concedido al reposo, se pone en marcha con dirección a Leptis; entonces sale de sus murallas la guarnición de Adrumeto y aparece la caballería nómada, compuesta de dos mil caballos, en actitud amenazadora; pero treinta caballeros galos al servicio de César cargan intrépidamente sobre ella, obligando a los africanos a emprender la fuga.

Este hecho de armas presagiaba el éxito feliz de la campaña. No obstante, la posición del gran capitán era crítica, porque el enemigo disponía de fuerzas desproporcionadas con las suyas, y aun cuando es cierto que las dos legiones y la caballería embarcadas con él se le reunieron pronto, que Leptis y Ruspina le abrieron sus puertas y que, apoyándose en esta última plaza, no se separaba de su flota, las probabilidades estaban en su contra. Se le ve entonces dar pruebas de tanta circunspección como audacia había desplegado hasta aquí; su calma, alegría y jovialidad tranquilizan a cuantos le rodean, pero él no se arriesga a

nada. El enemigo le espía atentamente, dispuesto a atacarle siempre que le aleja de su campo la necesidad de proveer a las necesidades de su ejército, pero sólo en un caso así se expone a luchar con fuerzas superiores. Labieno se prometía abrumarle bajo el número de éstas. Los caballeros nómadas, los arqueros y honderos hostigaban las legiones atacándolas de improviso, hiriendo los caballos, acribillando con proyectiles a los hombres y siempre dispuestos a huir cuando estos infantes, armados pesadamente, se lanzaban contra ellos. Sin embargo, pudieron hacerles sufrir algunas pérdidas, pero nunca vencerlos. César, aunque economizando la sangre de sus soldados, no volvía a su campamento sin haber tomado la ofensiva y hecho huir al enemigo.

El mayor peligro para su pequeño ejército era el hambre. El mal tiempo suspendía los envíos de Sicilia o Cerdeña, y entonces sus caballos tenían por todo pasto algas marinas humedecidas en agua dulce, porque no podía ya retirarse más allá de seis millas fuera de su campamento. Esperaba refuerzos con impaciencia, aunque sin mostrarla, y sostenía con su serenidad el espíritu de los soldados.

Bien pronto llegó Escipión a la cabeza de nuevas fuerzas; Yuba le sigue al frente de un ejército. César parecía perdido; no obstante, su estrella no se desmiente.

Un caballero romano, Publio Sítio, comprometido en la conjuración de Catilina, había hallado asilo en Africa, y convertido allí en jefe de banda, tan pronto robaba el país por su cuenta como vendía sus servicios a quien quisiera pagarlos. Ocurriósele la idea de entenderse con Boco, rey de Mauritania y amigo de César, para invadir de concierto la Numidia durante la ausencia de Yuba. Penetran ambos allí y se apoderan de Cirta, una de sus más importantes ciudades. El nómada se ve obligado entonces a retroceder. En el ínterin llegaban los transfugas en montón al cam-

po de César. Los excesos del partido aristocrático exasperaban a los pueblos; apoderándose de todos los hombres útiles para incorporarles a sus fuerzas, devastaba los campos, entregaba al saqueo las granjas y las aldeas, mataba o aprisionaba a todo el que le parecía sospechoso y raptaba a los niños para dominar a las familias por el terror. Así muchas ciudades negociaban con César, implorando su protección y ofreciendo proporcionarle víveres a falta de soldados.

Recibió al fin un aumento de fuerzas; otras debían seguirle; en adelante podía tomar la ofensiva. Sin embargo, antes de entablar una acción general, tenía que acostumar a sus soldados al género de guerra propio de las gentes del Africa, enemigo insidioso, ágil, tan dispuesto a huir como a atacar, y diferente en absoluto del galo, que perseguía la victoria abiertamente y fiándolo todo a su valor.

Así, y mientras César continúa ganando terreno, apoderándose de todas las posiciones ventajosas próximas al enemigo, fortificándose en ellas y estrechando de cerca a aquél, ofrece la campaña al propio tiempo una serie de escaramuzas, emboscadas y sorpresas, llegando las cosas hasta el punto de que Labieno y sus nómadas son cogidos en sus propias redes.

Escipión pide entonces a Yuba venga a auxiliarle, y el rey, dejando algunas fuerzas en Numidia, acude a la cabeza de su ejército. Entre tanto, desembarcaba el último convoy esperado por César. Había llegado el momento de terminar; presenta la batalla, pero el enemigo persiste en rehusarla. Para obligarle a combatir, toma el partido de sitiar a Tapso y se dispone a comenzar el bloqueo. Llega Escipión y establece su campo no lejos de allí; una parte de las fuerzas defiende su recinto, la otra se despliega al amanecer en orden de batalla, ocupando las legiones el centro y los elefantes y la caballería los costados. Adver-

tido César, sale de su campamento, prepara a los suyos y les anima con sus palabras, cuando en esto se perciben en las líneas enemigas una agitación, un movimiento desordenado que parece indicar la vacilación y el temor. Entonces aquellos veteranos piden a grandes gritos la señal de ataque, y como su general tardase en darla, suena de pronto la trompeta en el ala derecha. Las legiones se ponen en movimiento; César, no pudiendo detener su impulso, se asocia a él; sus arqueros y honderos atacan a los elefantes y los abruman a proyectiles. Espantados los animales, retroceden, volviéndose contra los suyos e introduciendo el desorden en las filas. La caballería se da a la fuga, el centro es arrollado, después de alguna resistencia; la infantería huye a su vez y se refugia en su campamento. El ejército de Escipión, y bien pronto el de Yuba, son derrotados. Una parte de los fugitivos gana una eminencia y ofrece desde allí rendirse, pero esta vez los soldados de César no escuchan nada, ni siquiera su voz. Han perdonado al enemigo en España y en Farsalia para volverlo a hallar en Africa. ¡Nada de perdón! Los soldados pasan a cuchillo a los vencidos, y ébrios de sangre llegan hasta poner sus manos sobre los oficiales, que intentan detenerlos, o sobre los nobles que consideran sospechosos.

Afranio y Fausto Sila hufan con la caballería; en su camino se hallaba Parada, lugar fortificado. Quieren entrar en él, pero los habitantes resisten. Entonces los fugitivos fuerzan la entrada, guardan las salidas, hacen una inmensa hoguera con los combustibles que caen en su mano, la prenden fuego y arrojan allí toda la población sin distinciones de sexo o edad. Prosiguen su camino Afranio y Sila y llegan a Utica, donde Catón les ruega se unan a él para defender la plaza, a lo que acceden con una condición: la que se degüelle en masa a los habitantes considerados favorables a César. Catón protesta y se opone a tal cruel-

dad; pero la caballería se entregaba ya al saqueo y a la matanza, y para librarse de ella, fue preciso entregar seiscientos sextercios a cada hombre.

Catón convoca entonces los trescientos, especie de Senado reducido que los jefes del partido de la resistencia habían escogido entre los caballeros y especuladores romanos que explotaban el Africa como Roma explotaba el universo. Trata de inspirarles su energía, pero los trescientos se declaran partidarios de rendirse. Catón, sin irritarse, embarca en sus buques a todos los que temen la cólera del vencedor, y después manda a su hijo marche junto a César y le pida la vida. Aquel joven le ruega tome también ese partido. "Nuestra situación no es la misma — le responde su padre —; yo he gustado de la libertad, tú no la has conocido jamás." Y se niega a acceder a su ruego. Comprende al fin que la libertad no es ya posible. Después de abrazar a su hijo, busca su espada, y no hallándola, pide se la entreguen. El servidor, a quien se dirige, vacila; sospecha su amo que tratan de impedirle disponga de sí mismo, y en un primer impulso de cólera, castiga a aquel esclavo. Le entregan por fin el arma. "Ahora soy libre — exclama." Anochece; coge el diálogo de Platón sobre la inmortalidad del alma, le lee y se acuesta. Despiértase al despuntar el día, se asegura de que aquéllos, a cuya salvación atendiera, han ganado el mar, y satisfecho sobre este punto, se atraviesa con su espada. Acude gente al ruido que produce al caer; un médico venda su herida; le deja hacer; finge dormirse, y una vez solo, rasga el vendaje, se arranca las entrañas y expira.

César llega poco después. Al conocer la muerte de su enemigo, exclamó, según se asegura: "¡Oh Catón! Yo quería perdonarte." Después concede la vida al hijo del ilustre muerto y permite que los trescientos rescaten su cabeza mediante el sacrificio de una parte de sus bienes.

Entretanto Escipión, Yuba, Petreyo, Afranio y Fausto Sila perecían, unos suicidándose y otros detenidos en su fuga y degollados por los soldados. El vencedor, por su parte, después de haber hecho vender en Zama los bienes de Yuba y los de los romanos aliados suyos, se dirige hacia Italia. Durante el camino impone fuertes multas a los sospechosos de Cerdeña y confisca y vende en pública subasta los bienes de sus enemigos. Llega al fin a Roma, donde le esperaban nuevos honores. Por espacio de cuarenta días se tributan a los dioses acciones de gracias y sacrificios como muestra de reconocimiento por las victorias alcanzadas; se concede a César una silla curul en el Senado, cerca de la de los cónsules, y el derecho de ser el primero en hablar. Se le eleva también una estatua con esta inscripción: *A César, semidios*; y celebra solemnemente sus cuatro triunfos: uno sobre la Galia, otro sobre el pueblo de Alejandría, el tercero sobre Farnaces y el último sobre Yuba. Vercingetórix, la princesa Arsinoé y un hijo, niño aún, de Yuba, siguieron su carro. El heroico defensor de Alesia pereció al día siguiente estrangulado en su prisión, siguiendo las implacables tradiciones de Roma. Según se dice, seis mil quinientos talentos y dos mil ochocientas coronas de oro se ofrecieron en aquellas solemnidades de la victoria. Se dió también a la plebe un banquete servido en veintidós mil mesas, distribuyéndoseles además trigo, aceite y cien denarios por cabeza. Los juegos y los espectáculos de toda clase se sucedieron durante varios días. En cuanto al Ejército, cada infante recibió *cinco mil denarios*, cada caballero el doble, y los tribunos militares el cuádruplo. Esto era el pago de una deuda contraída con la gente de guerra. Respetáronse también sus antiguos privilegios; desde tiempo inmemorial se permitía a los soldados en esos grandes días cantar toda clase de canciones, por atrevidas y groseras que fuesen. Esto era



todo lo que quedaba de la libertad y no dejaron de aprovecharse de ella. El galanteador calvo, como llamaban a César, no fue perdonado; les oyó poner a los maridos de Roma en guardia contra él. Después vino una especie de parodia de los clamores aristocráticos: "Haz el bien y serás derrotado; haz el mal y serás rey,, cantaban en coro. La crónica escandalosa de la corte de Bitinia no fue tampoco olvidada en sus estribillos. Todo por supuesto sin mala intención; aquellos soldados amaban a su general y lo habían demostrado. Pero en el estado actual de las costumbres, ¿qué importaban la rectitud y el pudor? Tanto la depravación como la violencia proporcionaban materia a chanzas; esto era todo. No obstante, el triunfador protestó sobre un solo punto: sus pretendidas condescendencias con Nicomedes; hasta ofreció negarlo bajo juramento. Sus veteranos tomaron la cosa a risa y le dispensaron de ello.

César había triunfado de sus enemigos sin llevar en pos de su carro más vencidos que los extranjeros. No obstante, la lucha no había terminado; iba a reanimarse en España. Los excesos de Longino produjeron sus frutos; los hijos de Pompeyo, enviados por Catón a aquella provincia, se establecían allí sólidamente mientras su partido sucumbía en Africa. Después del desastre de Tapso, Varo, Labieno y los restos de sus fuerzas pasan el estrecho para unirse a ellos. Reclutando gente entre las poblaciones belicosas de la Península, los herederos de un nombre glorioso aún en esos parajes, dispusieron bien pronto de trece legiones, de poderosa caballería y de numerosos auxiliares. Habían armado hasta los esclavos. En la imposibilidad de resistirles, los lugartenientes de César piden auxilio a éste, que parte de Roma, y a la cabeza de sus fuerzas pasa en veintisiete días la parte meridional de la Península. La insurrección se hallaba concentrada en Córdoba; Cneo Pompeyo blo-

queaba a Ulia, plaza no lejana; César logra levantar el cerco y sitia por su parte Attegua ante los ojos de su adversario. Su objeto era obligar al enemigo a librar la batalla, pero éste la esquivaba constantemente, y la configuración del país, erizado de montañas y cortado por valles profundos y desfiladeros, le favorecía en este punto. Establecido en las alturas, siempre dispuesto a levantar el campo y a cambiar de posición, tan pronto ocultándose como procurando sorprender a su temible adversario, espía y no deja escapar las ocasiones; continúa la sucesión de contiendas parciales, sangrientas, pero poco decisivas. Gracias a la niebla pudo adquirir un día la ventaja.

La guerra conservaba por lo demás, bajo el mando de los hijos de Pompeyo, el carácter cruel que le imprime siempre la aristocracia. España sufría, como la mayor parte de las provincias, las resultas de las discordias de Roma. Reina en ella la división, inclinándose en las ciudades unos a César y otros a sus enemigos. Donde domina la nobleza se reservan a los primeros los tratamientos más crueles. En Attegua, por ejemplo, defendida por sus soldados, exterminan, por simples sospechas, una parte de los habitantes y precipitan sus cadáveres desde lo alto de las murallas. En Ucubi abre Cneo Pompeyo una información respecto las disposiciones de sus habitantes y manda después decapitar setenta y cuatro personajes, aprisionando a los demás. Se decía defensor de la libertad, y no obstante, como se dispusiese a evacuar Attegua, que no creía defendible, y uno de los suyos manifestase su opinión de dar la batalla en lugar de huir, le hace fusilar. Prohibía al Ejército hablar de sus derrotas, y aunque se negaba a aceptar la batalla, esparcía el rumor de que era César quien la temía. Lo sabe el gran capitán y hace de modo que le obliga a combatir. Se dirige hacia Munda como para apoderarse de ella, y llega a esta ciudad, seguido por el

enemigo que se mantiene sobre las alturas. Una vez al alcance, se establece en el valle; Munda, como todas las plazas fuertes del país, coronaba una eminencia; Cneo toma posiciones bajo sus muros y al día siguiente se despliega en orden de batalla. César espera un ataque y se pone en línea; para atacar al enemigo le era preciso atravesar primero un arroyo profundo y trepar después por abruptas pendientes. Convenfale, pues, esperarle y enardecerle con su inmovilidad, pero viendo que espera en vano, se determina a tomar la ofensiva.

Los soldados franquean el obstáculo y trepan por las escarpaduras de la montaña; se entabla la acción, que se prolonga durante largo tiempo. La resistencia fue encarnizada. César, obligado a marchar delante de los suyos para animarles con su ejemplo, corrió, según se asegura, los mayores peligros. Al fin la décima legión hace retroceder el ala derecha de Cneo, que para reforzarla desgarnece la izquierda. César aprovecha el momento y lanza su caballería hacia ese punto, consiguiendo envolver y rechazar al enemigo. El centro se retira también, la derrota es general. Una parte de los fugitivos busca refugio en Munda; la otra gana Córdoba. Treinta y tres mil vencidos cubrían el campo de batalla, contándose entre los muertos Labieno y Varo. Los vencedores sitian acto continuo a Munda. Como las empalizadas faltasen, apilan alrededor de la plaza montones de cadáveres, que unen y sujetan entre sí por medio de largas y fuertes lanzas con que los atraviesan.

Hecho esto, César se dirige hacia Córdoba; la discordia reinaba en ella; los habitantes querían rendirse; la guarnición y los fugitivos de Munda resistir. Esas fuerzas se componían en gran parte de tráfugas y esclavos incorporados por Cneo a su ejército. Llenos de furor, incendian la ciudad y tratan de escaparse en número de veintidos mil, pero quedan aniquilados bajo sus murallas.

El vencedor sólo estuvo en España el tiempo necesario para recompensar a sus fieles y poner a contribución a sus enemigos: castigó a los pertinaces y reincidentes con la confiscación de sus bienes, lo que resulta un acto de clemencia después de los tiempos de Sila. Se asegura también que se apoderó en Gades (Cádiz) de las riquezas del templo de Hércules. Libre al fin, se dirige hacia Roma, donde le esperaba un exceso de servilismo. ¿Cómo exceder las pasadas bajezas? El Senado lo consiguió; César, que a su partida era sólo semidios, se halla Dios a la vuelta. Tiene sus altares, sus sacerdotes, sus ceremonias religiosas. ¿Debemos enumerar lo demás: el carro destinado a llevar su imagen en las fiestas públicas entre las de las divinidades; las dos estatuas que le fueron elevadas, una en el templo de Marte con esta inscripción: *Al Dios invencible*, y otra en el Capitolio, junto a las de los reyes; el carácter de inviolabilidad impreso a su persona; la corona de laurel que le fue permitido llevar constantemente; su silla de oro y marfil en el circo y en el teatro; el traje de triunfador que tuvo derecho a vestir hasta en las solemnidades religiosas; el título de padre de la patria; el de emperador, transmisible a su posteridad; la dictadura vitalicia; el Consulado por diez años; la censura concentrada en sus manos bajo el título de prefecto de las costumbres y la disposición absoluta de los fondos del Estado? Se trató también de proclamarle rey, pero opuso algunas objeciones, convencido quizá de que se insistiría. Sin embargo, era más fácil en Roma hacer un Dios que un rey, y hubo que esperar.

A pesar de ese entusiasmo oficial, su vuelta fue triste a lo que parece; en efecto, quedaba una gran cuestión por resolver, y su resolución más probable era propia para asustar los tradicionales instintos del pueblo. La actitud del Senado hubiese bastado por sí sola para inspirar

un profundo desprecio de la monarquía y aun para hacer aceptables los abusos, los excesos mismos de la libertad.

El triunfo de los vencedores de Munda era ciertamente propio para desarrollar esos sentimientos de tristeza. Después de la batalla de Farsalia, César se había abstenido, por pudor, de anunciar oficialmente su victoria al Senado; si venció después fue sobre los galos, el pueblo de Alejandría, Fanoces y Yuba, pero ahora no había ya subterfugio posible. ¿Qué vencido podía llevar en pos de su carro, a no ser a Roma misma? Esta se vió allí como personificada en las imágenes de los hijos de Pompeyo, exhibidos entre los trofeos de aquella campaña.

Sin embargo, la afluencia de espectadores a las fiestas dadas con esta ocasión fue tal, que algunos perecieron ahogados entre la multitud y muchos forasteros tuvieron que pernoctar en las calles, plazas y caminos.

No obstante, aquellas fiestas, a decir verdad, pertenecían menos al pueblo que al soldado, y César, que acababa de entrar en la capital llevando junto a sí, en su carro, a Antonio, vuelto a su gracia, consiguió además que concediesen los honores del triunfo a dos de sus lugartenientes, Fabio y Quinto. Se estaba ya en plena decadencia; la sencillez de la pompa triunfal de éstos provocó la risa y las chanzas de la plebe. César se apresuró entonces a convidar a la multitud a dos grandes banquetes donde hicieron honor a sus vinos de Chio y de Falerno.

XX

Muerte de César.

César había vencido, tenía en su mano el poder; pero después de la lucha le esperaban nuevas dificultades, peligros y desengaños.

Obligado a satisfacer y a contener al mismo tiempo a la mayor parte de los que le habían servido, era ahora a sus partidarios a quienes necesitaba hacer frente; sus pretensiones crecían con la fortuna. El pueblo, por su parte, comienza a comprender que su jefe, al combatir en su nombre a la nobleza, la había suplantado. Se le divertía, se le arrojaba un poco de pan y de dinero, pero ya no se le adulaba ni se le compraba; enfurruñábase, pues, en ocasiones y se volvía triste y murmurador como todo Poder caído.

El Senado daba a la verdad ejemplo de sumisión, así como el Ejército de disciplina; pero el Senado había perdido todo prestigio al perder la libertad, y en cuanto a los soldados, ¿no se habían sublevado ya por dos veces? ¿No acababan de protestar recientemente aun contra los gastos que producían los juegos y los banquetes ofrecidos a la multitud, reprochando en alta voz a su general ese despilfarro de un dinero que, según ellos, hubiera debido distribuirles? En semejantes condiciones, ¿quién podía responder de lo porvenir?

El instinto de todo poder, cualquiera que sea su origen, es tratar de establecerse sólidamente; ¿y qué base más firme que la adhesión de todos? César aspiraba a obtenerla. Hacerse aceptar, después de haberse impuesto, hubiera sido su mayor victoria, la única decisiva, a decir verdad, y la cosa merecía intentarse. Aun combatiendo, había en ocasiones adulado la opinión; hoy se trataba por encima de todo de satisfacerla, porque la necesidad no podía excusar ya la violencia.

Reformar la sociedad, reconciliarla al propio tiempo con el nuevo régimen por medio del orden, el bienestar y la seguridad; cerrar la puerta a las ambiciones desordenadas; arrebatarse a la intriga todo albur y a la venalidad toda ocasión favorable; desarmar, imponerse a la concusión; obrar con ayuda de estos medios sobre las costumbres y el espíritu público, y por él sobre el Ejército; llegar así a reclutarle entre poblaciones satisfechas y adictas; procurarse, en fin, de esta suerte una fuerza que se confundiera con él, ¿era concepción realizable en la situación a que habían llegado las cosas y después de los ejemplos que él mismo había dado durante tan largo tiempo? Dudosa es la respuesta. No obstante, César parece haberlo intentado, como hombre a quien nunca detuvieron las dificultades. En los cinco meses transcurridos entre su vuelta de España y su muerte, una multitud de medidas de interés público atestiguan a la vez sus designios y la prodigiosa actividad de su genio.

La disolución de las nuevas asociaciones de obreros, organizadas por Clodio, devuelve la seguridad a la capital que habían ensangrentado tantas veces.

César provee, al propio tiempo, a las necesidades del pobre; ochenta mil ciudadanos, escogidos entre los más necesitados, recibirán tierras en Grecia y África para repoblar Corinto y Cartago, que resuelve reedificar.

Los propietarios o colonos de las grandes explotaciones rurales, para obtener la producción con el menor coste posible, no empleaban en ellas más que esclavos; César les obliga a utilizar, en una tercera parte, el trabajo de los hombres libres.

La emigración de los especuladores de toda especie, que iban a buscar fortuna en las provincias conquistadas, contribuía a despoblar Italia; prohíbe se prolongue toda ausencia más allá de cierto tiempo, a no ser en condiciones determinadas, y concede, animado del mismo espíritu, el derecho de ciudadanía, no solamente a los extranjeros que presten servicios recomendables, sino a todo el que ejerza la medicina o se dedique a la enseñanza de las letras o de un arte liberal.

Trata igualmente de restablecer la dignidad del matrimonio. Un senador se casa con una matrona divorciada la víspera; le excluye del Senado y declara nula aquella unión. Uno de sus libertos seduce a una matrona romana; le condena a muerte.

La legislación criminal tenía sus imperfecciones, sus lagunas; aumenta el rigor de las penas. Los ricos escapaban a las mismas con el destierro y conservaban así sus bienes; impone, en casos parecidos, al culpable la pérdida de la mitad o de toda su fortuna, según la gravedad del hecho. No pierde de vista a los magistrados concusionarios; inexorable con ellos, les cierra el Senado, y manda le presenten los procesos en los cuales la fortuna o el crédito del acusado amenazan obtener una absolución.

El lujo era la plaga de la época; trata de reprimir el de los edificios, y prohíbe, con arreglo al censo, la edad o la categoría social, el uso de literas, trajes de púrpura, joyas de valor y el excesivo refinamiento y escandalosa profusión en la mesa.

Concibe la idea y ordena la ejecución de un trabajo

inmenso; la fusión, resumen, clasificación metódica del conjunto de las leyes civiles, hasta entonces sin orden, serie, ni unión entre sí.

Encarga al docto Varrón organice las bibliotecas, y que se pongan a disposición, tanto del pueblo como de los letrados, todos los monumentos de la literatura griega y latina.

Por orden suya se elaboran proyectos y planes destinados a dotar a Roma de monumentos gigantescos; un templo de Marte, un inmenso teatro, un circo que, transformado a voluntad en lago espacioso, ofrezca el espectáculo de flotas que luchen entre sí. Las lagunas Pontinas serán desecadas; se abrirá una salida a las aguas del lago Facino. Una gran vía atravesará los Apeninos para unir el Adriático con el Tíber. La apertura del istmo de Corinto abreviará la navegación entre el Occidente y el Oriente.

Se reconoce en todo esto al hombre de Estado, y no se manifiesta solamente así su deseo de reconciliar la sociedad con el régimen que intenta establecer. Afanoso de amortiguar los odios y de aproximar los partidos, vuelve a elevar las estatuas de Sila y las de Pompeyo, que el pueblo había derribado después de Farsalia. Concede los empleos y dignidades, no sólo a sus amigos, sino hasta a los adversarios que le combatieron, y publica sucesivamente sus Comentarios sobre la guerra civil y su Anticatón, dos de los llamamientos más memorables que la fuerza ha dirigido a la opinión.

Pero César era hombre y no había podido substraerse a la acción de las costumbres contemporáneas. Tenía sus debilidades. Además, el poder absoluto es, sin duda alguna, prueba peligrosa hasta para el genio mismo.

He aquí porqué, aunque comprendía la necesidad de alentar el matrimonio, albergaba, bajo el mismo techo que su mujer, a su querida Cleopatra, y permitía que pu-

siese su nombre al hijo que, si hemos de creer a aquella reina, le había dado.

Así, se veía también al omnipotente dictador adjudicar, mediante un precio irrisorio, a la vieja Servilia, uno de sus primeros caprichos, ricos dominios confiscados a los vencidos de la guerra civil.

Dado el estado de las costumbres, estos hechos apenas hubieran llamado la atención; pero había de por medio resentimientos implacables. Nada escapa al odio, y cuando se trata de perder a un enemigo, los más corrompidos no son los últimos en protestar contra la corrupción.

Por otra parte, era ciertamente proporcionar armas en contra suya confiar, como lo hacía, el mando de tres legiones a Rufión, hijo de un liberto, cuyas innobles complacencias con las pasiones del señor constituían el único título a su favor.

Además, por la fuerza invencible de la realidad de las cosas, su carácter de amo se traslucía hasta en las reformas y en las medidas de utilidad pública. Para asegurar la ejecución de sus leyes suntuarias, los soldados penetraban tanto en casa del comprador como en la del comerciante, apoderándose de todo objeto prohibido. La construcción de los edificios y del vasto circo de que quería dotar a la capital, precisaba la demolición de numerosas viviendas, y para los romanos el *area*, el hogar doméstico eran lugares sagrados. No obstante, la piqueta no perdona ni siquiera los templos.

Corrió el rumor de que éstos encerraban tesoros de que César se apoderaba. Se le acusó también con este motivo de haber quemado las viejas divinidades de madera adoradas desde hacía luengos siglos.

Obligado a hacer dinero de todo para mantener sus promesas al Ejército, enajenó también algunas partes del dominio público y hasta los bosques sagrados y otras depen-

dencias de los edificios religiosos. Clamábase, pues, contra el sacrilegio. Así de nada le aprovechaba que declinando, en cuanto de él dependía, los honores divinos, hiciese suprimir la inscripción "al dios invencible", grabada al pie de su estatua, en el templo de Marte; ni que se le viera, por una especie de protesta de igual naturaleza, arrodillarse en un día solemne sobre cada grada del Capitolio, o hasta, según se asegura, subirlas de rodillas. El odio no se fijaba en esto, y perseveraba en explotar contra él hasta las adulaciones desmedidas, a las que se asociaba para perderle. Era ciertamente demasiado verse reducido, por la naturaleza misma de las cosas, a chocar contra una opinión cuyo valor comprendía, pero tal era su condición y no podía substraerse a ella.

En efecto, aspirando a formar una monarquía, le convenía arrebatarse todo prestigio a las instituciones republicanas, y obraba en consecuencia en un pueblo pervertido sin duda, indigno, si se quiere, de la libertad, pero orgulloso hasta en su decadencia y que deseaba conservar las tradiciones y las glorias de su pasado.

César hacía poco caso de ellas, a decir verdad. Su voluntad se substituía, sin contemplaciones, a todo lo que había arrojado largo tiempo tanto resplandor sobre Roma. Ella dominaba en la Curia, en el Foro y en los Comicios.

Había llenado el Senado de sus hechuras, y no obstante, alardeaba de pasarse sin él. Los miembros de aquella gran corporación conocían por casualidad la existencia de los Senados-consultos, al pie de los cuales figuraban sus nombres sin que se les hubiera consultado siquiera.

El derecho de elegir magistrados no pertenecía ya a los comicios más que en proporciones muy restringidas, y aun esto sólo por pura fórmula. César les recomendaba; en otros términos, les imponía sus candidatos.

Elegido por diez años para desempeñar el Consulado,

que reunía con la dictadura, le hizo descender al nivel de uno de esos favores que se conceden a los familiares, permitiendo se substituyeran en tal dignidad en el transcurso de un año varias de sus hechuras, con el objeto de asegurar a un número mayor el título y las prerrogativas de personaje consular. Se cita el caso de uno de esos favoritos a quien César invistió de aquella alta magistratura solamente por el término de un día.

En cuanto a la pretura, sin abolirla, otorgaba sus funciones a simples prefectos de su elección.

Se comprende que arrebatase a los caballeros el manejo de los fondos públicos, pero transferirle a sus servidores, a sus esclavos, era manifestar un singular desprecio hacia una clase que ocupaba el segundo lugar en el Estado.

Su misma clemencia no podía conciliarse con innovaciones así introducidas. Indultaba a la verdad multitud de desterrados; perdonaba a los escritores que le habían atacado con más acritud porque, por una contradicción que le honra, aunque hubiese llegado por la fuerza al Poder absoluto, retrocedía ante la tiranía. Pero su moderación, después de haber obrado en un principio felizmente sobre los espíritus, no tenía ya el mismo prestigio. Por el contrario, enardecía a aquellos a quienes repugnaban los procedimientos monárquicos. El Senado, que le suplicaba en ocasiones para obtener el llamamiento de sus más ilustres miembros, le prodigaba sin duda testimonios oficiales de gratitud; pero ¿qué valor puede tener el perdón a los ojos de hombres que no se sienten culpables y a quienes la opinión absuelve?

Cundía, pues, el descontento y hallaba medio de manifestarse. Ya no se temían trastornos ni matanzas como en los días en que tantas voces reclamaban la monarquía bajo el nombre de dictadura, y los antiguos instintos volvían a

sobreponerse. Así la multitud, que saludaba ordinariamente con entusiasmo la estatua de la Victoria paseada solemnemente en las ceremonias públicas, llegó a guardar un taciturno silencio a la vista de aquella divinidad que figuraba entre un cortejo cerca de la imagen de César; le repugnaba pareciera que aclamaba a éste.

El vencedor de la aristocracia encontraba aquí una especie de resistencia contra la que nada podía la fuerza. Se irritaba tanto más cuanto que cualquiera que fuese la extensión de su poder, el hecho había cesado de bastarle; aspiraba a apoyarse sobre el derecho. Ambicionaba el título de rey, bajo el cual habían gobernado, con asentimiento de todos, los primeros depositarios del poder público en Roma. Sus estatuas se levantaban en el Capitolio, y el pueblo había conservado la memoria de aquellos de entre ellos que, apoyándose en él, habían ensanchado el círculo de sus derechos. Tal había sido el comienzo de César, y su imagen figuraba en el santuario, junto a las suyas. ¿Por qué no podía ejercer la autoridad a igual título y en condiciones análogas? ¿No había en ésto más franqueza y verdad que en una aglomeración de atribuciones distintas tomadas, como sus denominaciones, con arreglo al régimen de la República, que se transformaba así en monarquía por el hecho mismo de su concentración en una sola mano? Tal era, según todo da derecho a creer, el fondo de su pensamiento, y esta ambición databa de antiguo, quizá de la época en que, joven aun, prefería a los más ricos partidos la hija de Cinna, omnipotente en Roma. Después, hablando un día desde la tribuna, hizo remontar su origen, por parte de madre, a Anco Marcio, por su padre a los antiguos reyes de Alba, y por ellos a Venus. Ahora afectaba invocar esta divinidad, tanto en la paz como en la guerra, y le consagraba un templo bajo la advocación de Venus Genitrix, epíteto que hablaba por sí solo. Se presentaba habitualmente en públi-

co, con aquellos altos borcegues de color escarlata que eran, según se decía, el antiguo calzado de los monarcas albanos. Esto era procurar que germinasen en los espíritus la idea que él vacilaba en formular claramente.

Esa idea era, sin embargo, su preocupación dominante. Así se explica la irritación enfermiza que, en medio de las circunstancias que no tardaron en presentarse, sucede de pronto a la tranquilidad de aquella gran alma. El estado de su salud, alterada por las fatigas de la guerra, y añadamos también por el placer (porque con más de cincuenta y seis años tenía aún queridas), no era extraño a ella sin duda. Pero los obstáculos de que le amenazaba la antipatía tradicional de los romanos hacia el título del rey, le agitaban por encima de todo.

Debemos creer que esa antipatía no procedía de convicciones profundas, porque se vió bien pronto a la plebe perseguir a los asesinos de aquel a quien repugnaba coronar; pero, no obstante, ese odio instintivo era verdadero. La aristocracia le había alimentado deliberadamente durante varios siglos, y la vista de tantos monarcas prosternados a los pies del Senado, o llevados en pos del carro de los triunfadores, no era propia para realzar el prestigio de la monarquía. En menos de un siglo tres de los más poderosos soberanos del mundo en contacto con Roma, Perseo, Yugurta y uno de los Tolomeos, se habían señalado por una larga serie de asesinatos y perfidias. Se explica, pues, el alejamiento popular. César había contado para vencerle con la gloria y la clemencia; pero empezaba a dudar.

Así no tardó en manifestarse su disgusto con el despecho y la impaciencia. Molestos incidentes vinieron a cogerle desprevenido y a complicar la situación. Un día en que regresaba a Roma, algunas voces, bien de entusiastas, bien de aduladores, le saludaron a su paso con el título de rey. Oyéndose entonces algunos murmullos, César se apre-

suró a replicar: "No soy rey (Rex), soy César.". Afectaba no ver en esto más que un error. El nombre de Rex era, en efecto, el de una ilustre familia de Roma. La respuesta indica sangre fría y, no obstante, si hemos de creer a Plutarco, el rostro del dictador se entenebreció acto continuo.

El suceso parecía no tener importancia alguna, pero a poco se descubre que en las estatuas de César se han depositado coronas. Dos tribunos del pueblo las hacen quitar y mandan prender a uno de los imprudentes que se señala como uno de los autores de aquella manifestación monárquica. César, de ordinario tan dueño de sí mismo, no puede contenerse entonces; reprende a los tribunos y los destituye. Justifica esta medida, diciendo que se habfan apresurado a tomarle la delantera, para arrebatarle el mérito de protestar contra una iniciativa que desaprobaba. No convenció a nadie, y la pena inflingida a dos magistrados inviolables indispuso en contra suya la opinión pública.

No tardaron en llamar la atención otros hechos del mismo carácter. No levantándose a saludarle un tribuno, Poncio Aquila, su despecho fue tal, que le gritó, según se asegura: "¡Tribuno, dime qué es lo que se ha hecho de la República!"; y durante varios días no concedió un favor sin acompañarle de esta restricción irónica: "Por supuesto, si es que me lo permite Poncio Aquila".

Esto era en él más que una herida de amor propio; su alma se hallaba por encima de esas pequeñeces, pero aspirando a fundar una monarquía, único régimen que, en su opinión, podía convenir, dado el estado de las costumbres y la excesiva extensión del territorio, a las necesidades de la sociedad romana, se indignaba sorprendiendo en la actitud del tribuno algo de esa fiereza republicana que se imaginaba haber vencido.

No quedaba ya de la República otra cosa que tradiciones, algunas formas que sobrevivían a su razón de ser,

ciertos nombres en adelante vacíos de sentido y que constituyan otras tantas mentiras; pero esto era bastante para reanimar los recuerdos, y con ellos los pesares. Se explica, pues, que César dejase escapar frases como ésta: "La República no es más que una palabra, una sombra sin cuerpo", añadiendo también, según afirma Suetonio, que su voluntad debía ser ley, y que la abdicación de Sila era el acto de un hombre que no conocía la historia.

Agravaba este estado de su alma un fondo de tristeza; se afligía ante el pensamiento de que se le pudiera odiar. Cuéntase, a este propósito, que viendo un día en su casa a Cicerón hacer antecámara, entre la muchedumbre de solicitantes, se le escapó decir: "¡Ah!, hasta este hombre excelente debe odiarme porque le hago esperar así". En aquellos momentos, disgustado de la grandeza y quizá de la vida, repetía que había vivido bastante, tanto para el mundo como para la gloria.

Entre tanto, llega a su conocimiento que se quiere atentar contra su vida. Aquí se reconoce a César: en vez de emplear el rigor, se limita a dar a comprender con sus edictos, a los conspiradores, que todo lo sabe y que no les pierde de vista. El caso era oportuno para la adulación, que no desperdicia circunstancia tan favorable; el Senado jura acto continuo velar sobre los días del grande hombre, y ofrece reclutar una guardia de honor entre sus miembros y los caballeros. El odio, fiel a su táctica, se asocia a estas demostraciones; su objeto es, como siempre, hacer más odioso al hombre a quien eleva a tanta altura, para precipitarle de ella. Se le reconoce aquí, en una especie de ironía siniestra que se percibe a través de la adulación; antes contribuyó a colocar a César en el número de los inmortales; ahora le concede el lúgubre privilegio de ser enterrado en el recinto del Pomerio. En cuanto a César, aunque agradeciendo a la Asamblea sus buenos propósitos,

declina la protección que se le ofrece; va más lejos aún, y licencia su guardia española. Según dice, la muerte es preferible al continuo cuidado de la vida.

No obstante, no se le ocultaba el peligro; pero su solo pesar era no poder llevar a cabo su obra de transformación. Afirmaba que su vida importaba más a la sociedad que a él mismo, y que el golpe que le hiriera sería la señal de guerras civiles más desastrosas que las anteriores.

Divertía estos pensamientos ocupándose de Roma y del mundo. Los bárbaros infestaban la frontera romana al Norte de Macedonia; la derrota y muerte de Craso no habían sido vengadas aún. Toma, pues, la resolución de ir a rechazar a los dacios, para combatir más tarde a los parthos, y empieza a prepararse al efecto.

Pero con este motivo, se esparce un rumor en la capital: los libros sibilinos afirman, según se asegura, que los parthos no pueden ser vencidos más que por un rey. Unos hablan entonces de coronar a César, de proclamarle soberano, si no de Roma, al menos de los países conquistados; otros, más atrevidos, no admiten esta restricción e intentan arrastrar al pueblo.

Se celebraba en Roma la fiesta de las Lupercales. Antonio, uno de los cónsules, presidía, como pontífice, sus extraños ritos, corriendo por la ciudad escoltado por sacerdotes y jóvenes, todos desnudos, como él. César se hallaba en el Foro, cuando de repente desemboca Antonio en la plaza, a la cabeza del cortejo. Lleva una diadema, e izándose sobre los hombros de sus compañeros, la presenta al dictador en nombre del pueblo, e intenta después ceñirla a su cabeza. Ante esta acción, estallan los murmullos. César rechaza, pero débilmente y sin aparentar disgusto o sorpresa, aquel emblema de la soberanía. Acto continuo resuenan ruidosas aclamaciones. Antonio insiste varias veces y cesan los aplausos, para repetirse con más

calor a cada nueva negativa. César declara entonces que la diadema debe depositarse en el Capitolio, sobre la cabeza del gran Júpiter; después se levanta y se retira agitado.

Desde aquel día resolvióse su pérdida; la más peligrosa de todas las tramas urdidas contra él debía sorprenderle indefenso, porque los conjurados pertenecían en su mayor parte al número de sus íntimos: unos eran compañeros de armas, honrados con su amistad y colmados de sus favores; otros, vencidos, a quienes había perdonado y elevado a los más altos empleos. Estos últimos disimulaban, pero no habían olvidado sus antiguos odios. En cuanto a los primeros, su general les lastimaba profundamente igualándoles, tanto en su confianza como en los puestos del Estado, con los adversarios de que le habían hecho triunfar. Añadamos que el régimen substituído a la República les condenaba sin apelación a la calidad de subordinados.

Entre los que tramaban su muerte figuraban en primera línea dos de sus lugartenientes favoritos, Décimo Bruto y Trebonio, Ligario a quien acababa de indultar, Marco Bruto, objeto de su más tierna solicitud en Farsalia, donde recomendaba a sus soldados respetasen su vida, y Casio a quien había perdonado como a aquel y promovido al mismo tiempo a la Pretura. Este último era el alma del complot; César había herido su orgullo. Aspiraba a la Pretura urbana, considerada como la más honorable, y el supremo dispensador de las dignidades, aunque reconociendo sus derechos, la había concedido a Marco Bruto. Su odio reconocía, según se asegura, otra causa más personal aún. Se hallaba casado con una de las hijas de Servilia, antigua querida de César, y corría el rumor de que la madre había entregado su hija a su antiguo amante. Casio trató de atraer a sus planes a su cuñado Marco Bruto; esperaba imprimir así al crimen el carácter del patriotismo. Marco Bruto, sobrino de Catón, ofrecía, en

efecto, con él más de una semejanza. No obstante, aquella alma austera fluctuaba entre el agradecimiento y el amor a la patria. Diariamente hallaba en su pretorio anónimos que le estimulaban, echándole en cara su cobardía: "Duermes, Bruto.—No, tú no eres Bruto—; Bruto no vive aún.". Tales eran las llamadas anónimas dirigidas al heredero de un nombre que hablaba bastante alto por sí solo. Al fin consiguieron arrastrarle Casio y los conjurados.

A la vez se propagaban entre el pueblo los rumores más adecuados para irritarle; asegurábase que el dictador se proponía trasladar la residencia del Gobierno a Bizancio, según unos, y según otros a Alejandría, y que una ley debía conferirle bien pronto derechos sobre toda mujer de quien deseara obtener un heredero.

El mismo contribuyó, según se dice, a su propia pérdida, hiriendo la susceptibilidad del Senado. Hallábase sentado un día ante el templo de Venus examinando con los arquitectos los planes de los vastos trabajos que meditaba, cuando se presentó esa gran corporación para ofrecerle oficialmente el conjunto de resoluciones que le concedían hasta los honores divinos. Fuese desdén o preocupación, lo cierto es que no se levanta al saludarle, prosiguiendo su conversación con los que le rodeaban. Se explicó después el hecho por el mal estado de su salud; pero fue un acto a propósito para aumentar el número de sus enemigos.

Se aproximaba el momento de obrar. César se disponía a abandonar a Roma para ponerse al frente del Ejército. Para impedir que escapase así al puñal asesino, precipitáronse las resoluciones.

Continuaba viviendo sin embargo en la más íntima familiaridad con aquellos que se preparaban a herirle. No le faltaban avisos; pero desdeñaba informarse y poner en claro el asunto. Alguien le recomendó se guardara contra M. Bruto. "Bruto—replicó—esperará a que muera este

pobre cuerpo por sí mismo. Se acercaba el día fatal; comiendo un día en casa de Lépido con Décimo Bruto, vino a recaer la conversación sobre la muerte, y se preguntó a César cuál le parecía la mejor de todas: "La más rápida", respondió acto continuo. Esta era la que le reservaba su lugarteniente predilecto.

Pasó una noche agitada. Calpurnia, por su parte, le vió en sueños, inundado en sangre, y le suplicó, al despertar, que diese contraorden al Senado que había hecho reunir. César vacilaba; llega entonces Décimo Bruto, que le reprocha hacer caso de los terrores de una mujer, e insinúa que se tratará en la Curia de proclamarle rey de los pueblos sujetos a Roma. César se decide, y se dirige con él a la Asamblea. Allí habían resuelto obrar los conjurados; la majestad del lugar les pareció propia para imponer al pueblo e imprimir al asesinato un carácter oficial.

Se había tratado entre ellos de deshacerse, a la vez, de Antonio y de Lépido: pero repugnaba a Bruto verter tanta sangre. Lépido era su cuñado; además una circunstancia abogaba en favor de Antonio; seis meses antes habían hablado Trebonio y él de deshacerse de César. Limitáronse, pues, a alejarle, como también a Lépido. Así, mientras que, a pesar de los siniestros presagios observados por los arúspices, César entraba y ocupaba su sitio en la Curia, sin fijar los ojos en un escrito que acababa de recibir y cuya lectura hubiese podido salvarle, Trebonio retenía a Antonio fuera.

Entonces los conjurados se agolpan alrededor de su víctima uniendo sus instancias a las de T. Cimber, uno de ellos, que para aproximarse sin despertar sospechas le pedía el perdón de su hermano. Como César no accediese a su ruego, Cimber se precipita a sus pies en actitud suplicante y tira con fuerza de su toga. Esta era la señal convenida; Casea asesta el primer golpe; César se despren-



de acto continuo y se lanza hacia el que le ha herido. Uno de los conjurados le alcanza en el pecho y otro en la espalda; Casio le hiere en pleno rostro, y él, rodeado de asesinos, y no teniendo por defensa más que un estilete, hace frente aún con energía a cuantos se le acercan. Al fin, Marco Bruto le hiere en el muslo. "Tú también, hijo mío," dice él entonces (al menos así se cuenta). Después, envolviéndose en su toga, va a caer bañado en su sangre a los pies de la estatua de Pompeyo. Así pereció aquel hombre extraordinario. Los conjurados se encarnizan en su cadáver, hiriéndose unos a otros en su ciego furor. Contáronse sobre esos restos sangrientos hasta veintitrés puñaladas.

El Senado, dominado por el terror, lo había visto todo sin atreverse a intervenir; después se dispersa desordenadamente. M. Bruto se proponía arengarle, pero como todos pensaban sólo en escapar, renuncia a ello. Se celebraban juegos en un circo contiguo a la Curia; la siniestra noticia llegó allí acto continuo. Los espectadores se levantan entonces aterrados, precipitándose hacia todas las salidas; se esparcen por la ciudad y dan a su paso la señal de alarma. Resuenan por doquier estos gritos: "¡Salvaos! ¡Cerrad las puertas!" Todos se apresuran a encerrarse; los ladrones comenzaban a aprovechar la situación.

Los conjurados, sorprendidos de su aislamiento, abandonan también la Curia. Habían decidido echar el cadáver al Tíber, pero sin duda lo olvidaron en su turbación. Aquellos tristes restos, abandonados a la piedad de algunos esclavos, fueron puestos por ellos en manos de Calpurnia.

Los asesinos, libres del Senado, sólo tenían ya que dirigirse al pueblo; toman este partido. Agrupados en torno de uno de ellos, que llevaba los emblemas de la manumisión, una pica con un gorro de esclavo en su extremo, recorren la ciudad blandiendo sus puñales y gritando a la multitud, sobrecogida de terror, que han dado muerte al tirano.

Ningún entusiasmo, ninguna simpatía se manifiesta a su paso. Inquietos los asesinos se refugian en el Capitolio. Décimo Bruto manda allí a toda prisa una tropa de gladiadores de su pertenencia, que con todo intento había reunido en el circo. Bajo la protección de estos esclavos celebraron consejo los restauradores de la libertad.

El terror que reinaba por todas partes hubiera bastado para defenderlos. ¿Cómo suponer que al dar un golpe tan atrevido no tenían en su mano fuerza ni medio alguno para dominar la situación? Sin embargo era así, pero nadie se imaginaba que se hubieran comprometido tan temerariamente.

El audaz Antonio se había apresurado también a huir y a encerrarse en su casa, y bien pronto, bajo la impresión de esos mismos terrores, produjéronse las retractaciones y defecciones a que siempre recurren los agentes de un poder derribado para salvar la cabeza.

En cuanto pasa el primer impulso de terror, la necesidad de informarse y de adquirir noticias atrae al Foro aquella parte de la plebe a quien 'protege su obscuridad, formándose ante él grupos que llamaban a grandes gritos a los magistrados investidos de autoridad en la capital.

Solamente dos se presentaron: un pretor y un cónsul, Cinna y Dolabella. El primero, aliado de César, lo debía todo a su favor; el segundo acababa de ser elevado por él al Consulado antes de la edad legal y a pesar de la oposición de Antonio, su enemigo. Ambos suben a la tribuna para renegar de su bienhechor.

Cinna se despoja de las insignias de la dignidad de que el tirano, según dice, le invistió; rinde homenaje a sus asesinos; les saluda con el título de salvadores de la patria, e invita a la multitud a subir al Capitolio para testimoniarles su gratitud. Dolabella le imita, se apresura a apoyarle e insinúa también que no es extraño al complot. Un llama-

miento de la multitud a los conjurados acoge este lenguaje. Sólo responden a él M. Bruto y Casio, que sucediendo en la tribuna a los protegidos de César, exhortan al pueblo a recobrar sus libertades y a llamar sin dilación a Sexto, último hijo superviviente de Pompeyo. Esto era evocar el fantasma de la guerra civil. La multitud permanece fría y silenciosa, y los libertadores, disgustados, vuelven al Capitolio.

En él se deliberaba aún; los conjurados, de acuerdo para deshacerse del dictador, no tenían plan alguno fijo, y dado el golpe, se preguntaban qué debían hacer. La primera idea que se les ocurrió fue esparcir el oro entre el pueblo; así se obtenía su apoyo desde bastante tiempo atrás. ¿Pero qué podía el pueblo frente al Ejército? Desechose, pues, aquella primera idea. Cicerón llega entonces; insiste para que inmediatamente se convoque al Senado y se adopten medidas vigorosas. Pero el Senado acababa de huir; la fuerza no residía en él más que en la plebe. A pesar de las protestas del gran orador, se determinan al fin a negociar con Lépido y Antonio; en otros términos, con el Ejército. Acababan de herir en César la más alta expresión del poder militar, y se creían ya reducidos a pactar con él.

Dos circunstancias vinieron aquí en ayuda de los conjurados: Antonio no disponía entonces de fuerza alguna; Lépido, por el contrario, tenía a sus órdenes una legión disponible y tomaba una actitud amenazadora. El ambicioso cónsul no le perdía de vista. Dejar a otro la iniciativa de las represalias contra los asesinos, era abandonarle el primer lugar en el favor del soldado. Aconsejó, pues, a Lépido disimulase y contemporizara como él, y sus palabras fueron atendidas. Ambos acogieron las insinuaciones que se les hicieron en nombre del bien público, y con el objeto, según se decía, de prevenir la guerra civil. Antonio

convoca el Senado para el día siguiente, y proveyó entre tanto al mantenimiento del orden.

No obstante, la noche fue agitada; los amigos de los conjurados corrían por la ciudad llamando a las puertas de los padres conscriptos y tratando de inspirarles algún valor. Los numerosos delegados de las legiones, reunidos en Roma con ocasión del reparto de las tierras prometidas a los soldados, inquietos por su parte, piden también se les reciba, e insisten con firmeza sobre la realización de los compromisos que el dictador contrajo con el Ejército.

Amaneció por fin; los senadores se encaminaron a la Curia; entre ellos se adelantaba Cinna, el mismo que la víspera renegaba de César en la tribuna. Había vuelto de su acuerdo y recobrado sus insignias. Los soldados le reconocieron; quisieron lapidarlo, se lanzaron en su persecución e intentaron quemar una casa en que se había refugiado. Lépidó intervino, logrando tranquilizarles. Se comprenden, sin embargo, las impresiones bajo cuyo imperio tuvo que deliberar el Senado.

Había que conjurar más de un peligro; Cicerón propuso en consecuencia una amnistía general. Esperaba salvar así a los conjurados y prevenir la guerra civil. Su proposición fue acogida; Antonio la había apoyado, pero insistió acto continuo sobre la conveniencia del mantenimiento de todos los actos de César. Esto era absolver y condenar al propio tiempo a sus asesinos. El temor y el interés contribuyeron a hacer adoptar su proposición; rechazarla hubiera equivalido a invalidar las concesiones, las promesas del dictador al Ejército, y se temía a éste; además, muchos nuevos senadores debían a aquél sus títulos y sus derechos; César había escogido, en fin, entre la asamblea la mayor parte de los magistrados encargados de ejercer, durante la serie de campañas que estaba a punto de comenzar en Oriente, la autoridad en Roma y en sus provin-

cias, y ninguno de ellos quería resignar sus cargos y dignidades. Los jefes de los conjurados, invitados a acudir al Senado, no se atrevieron a descender del Capitolio y no pudieron influir en las resoluciones de la asamblea. Participan por lo demás de sus temores, y hasta cierto punto de sus designios, porque mientras aquélla delibera, se avistan por su parte con los delegados de las legiones, les garantizan el mantenimiento de las concesiones de tierras y la ejecución de las promesas hechas al Ejército por aquel a quien acaban de asesinar, y después se apresuran a hacer distribuir entre los soldados algunos renglones destinados a tranquilizarles respecto de sus intereses.

Tal era de una y otra parte la disposición de los espíritus, que imponía a todos una paz engañosa. Para sellarla, sentaba Antonio aquel mismo día a Casio en su mesa, y Lépidó invitaba a Bruto a la suya. César se hallaba aún insepulto, y aquellos de sus favoritos que estaban colocados más alto fraternizaban con sus asesinos.

Después de estas concesiones, ¿cómo oponerse a la ejecución de su última voluntad, negarle una tumba y los honores fúnebres? Se abrió su testamento y permitióse a Antonio pronunciar el elogio de costumbre. Se ha reprochado a Bruto haberlo consentido, pero ¿qué podía hacer? Bastante tenía con atender a su seguridad.

¿Las disposiciones de César eran o no un secreto para sus asesinos? Ignórase este punto. Por ellas adoptaba a un nieto de su hermana, el joven Octavio, a quien legaba la mayor parte de sus bienes, y después de otras disposiciones hechas en favor de los demás parientes, venían testimonios de estimación y afecto hacia varios de los mismos, bajo cuyo puñal sucumbía. Les confiaba la tutela de su hijo adoptivo; substituía Décimo Bruto a sus herederos instituidos, en el caso de que llegaran a morir antes que él; hacía, en fin, donación al pueblo de Roma de los jardi-

nes que poseía más allá del Tíber y de trescientos sextercios a cada uno de sus ciudadanos.

La impresión fue profunda. Aquel recuerdo concedido al pueblo, tanta confianza y generosidad hacia sus asesinos, eran propios para conmover, indignar y apasionar las almas. El espíritu de oposición y de censura tan natural en las masas respecto del Poder que les refrena, dió lugar a un sentimiento de cólera y horror contra los conjurados.

Este estado de los espíritus convenía a Antonio; quizá le favoreció secretamente. Sin embargo, no necesitó recurrir, el día de los funerales, al lenguaje apasionado y a los efectismos que le prestan Appio, Dión y Plutarco. Atestiguan esta verdad la correspondencia de Cicerón y la de Bruto y Casio, por la confianza que expresan durante varios meses. Cosa notable en efecto; las exequias se celebraron en Marzo, y en Abril escribía el primero a su amigo Attico: "Antonio, según imagino, piensa en comer bien, pero de ningún modo en hacer mal.". A los pocos días de esto, Bruto y Casio celebran con aquel último una conferencia y se separan en buenos términos. Suetonio, más sobrio y más comedido que los historiadores griegos, es el único que dice la verdad; afirma que el elogio del grande hombre se limitó en algún modo, por parte del cónsul, a la lectura del Senado-consulto que le concedía honores divinos, y a la del juramento por el cual se comprometieron los padres conscriptos a defender su vida.

La elección de estos actos, astuta, hasta pérfida si se quiere, no implicaba necesariamente una intención hostil. Puede decirse otro tanto de la exhibición de la túnica sangrienta de César, porque aquel traje de púrpura era el triunfal que, con arreglo a la costumbre, debía ocupar un sitio entre los trofeos del catafalco. No por ello fue el efecto menos terrible; la emoción de la muchedumbre toma al fin el carácter del furor, y no se trata de uno de esos mo-

vimientos sin importancia que pasan tan pronto como se manifiestan, porque, un mes más tarde, el pueblo elevaba a la memoria de la ilustre víctima una columna, al pie de la cual se renovaban diariamente las ofrendas, los testimonios de adhesión y de pesar.

En aquellos momentos, la cólera participa a la vez de admiración, piedad y gratitud. Así la multitud, encendiendo antorchas en una hoguera improvisada, no tarda en precipitarse hacia las casas de M. Bruto y Casio para quemarlos vivos; pero puestos éstos en guardia, consiguieron rechazar a los asaltantes. Sin embargo, la exasperación popular necesitaba sangre. Acertó a pasar por allí un familiar de César, el tribuno Helvio Cinna; la multitud confundió a aquel desgraciado con su homónimo, el que habló desde la tribuna, el día del crimen, en contra de su bienhechor, y le destrozó entre sus manos.

Casio y Bruto se apresuraron a salir de Roma. Retirados en Lanuvio, lejos del movimiento de los negocios, no les perdían de vista, deliberando constantemente, pidiendo consejos a Cicerón, consultando hasta a Antonio y no decidiéndose a nada, lo que no nos debe extrañar si tenemos en cuenta que no disponían de fuerza alguna. A raíz de la muerte de César, cierto número de banqueros, especuladores y asentistas, perjudicados por las reformas que arrebatában a los caballeros el manejo de los fondos públicos, concibieron la idea de formar una vasta asociación con el fin de proporcionar a sus asesinos medios para reclutar, para comprar gente de guerra, como todo se compraba en Roma; pero la negativa del prudente Attico, a quien se ofreció la presidencia de la sociedad, frustró aquella combinación de los intereses materiales. Bruto y Casio, abandonados a sí mismos, debieron resignarse al aislamiento.

Pronto pudieron convencerse de cuán cierto es que no se regenera a una nación por medio del puñal. No habían

transcurrido seis meses cuando Antonio arrojaba la máscara, tratando de erigirse en señor. Había aprovechado el tiempo, reclutando fuerzas imponentes entre los antiguos soldados de César; pero quedaba todavía un recurso al partido que no desesperaba de la libertad, o creía posible una restauración aristocrática: echarse en brazos de un aliado peligroso, el heredero mismo de César, el joven Octavio, que viendo en Antonio un molesto competidor, ganaba a precio de oro parte de las legiones y veteranos próximos a Roma.

¡Extraños defensores de la República! Pero no se podía elegir: Octavio necesitaba al Senado, como el Senado a Octavio, a quien aquél prestaría el apoyo de su autoridad y numerosos adictos animados por la potente voz de Cicerón, enemigo irreconciliable de Antonio. Uniéronse, pues, aunque alimentando de una y otra parte un pensamiento secreto. La nobleza aguardaba el momento de apoyarse en Bruto y Casio que, dando tregua a sus vacilaciones, reunían fuerzas y organizaban legiones en Grecia y Asia; Octavio contaba con sus veteranos para dominar al Senado cuando llegase la ocasión oportuna, y no se engañó en sus esperanzas.

Firmóse por consiguiente el convenio; pero una vez Antonio derrotado, Octavio, en vez de perseguir sus ventajas, dejó que su enemigo franquease los Alpes para unirse a Lépido, marchó sobre Roma a la cabeza de sus legiones, usurpó el Consulado y se constituyó en acusador de los asesinos de su padre adoptivo. Después de esta satisfacción dada al Ejército, entendiéndose bien pronto con Lépido y Antonio y abandonó el Senado para unirse a ellos.

Los progresos de Bruto y Casio en Oriente habían precipitado este resultado. El partido militar comprendía la necesidad de abjurar sus divisiones; esta reacción era obra tanto de las legiones como de los jefes, sobre cuyas resolu-

ciones se les había visto ya pesar más de una vez durante las querellas de Octavio y Antonio. Aquellos antiguos soldados sólo respiraban venganza. El impulso era general; a él se asociaron Antonio, Octavio y Lépido, siguiéndoles hasta Planco y Polión, que protestaban poco antes de su fidelidad a la República.

Comienza entonces el segundo triunvirato. El resplandor del genio y una larga serie de victorias y de servicios prestados al Estado rodearon las violencias del primero de una especie de prestigio, mediante el cual consiguió dominar al Ejército en vez de sufrir su impulso. Después ya había pasado la oportunidad. Ahora se manifiesta por encima de todo la pasión brutal en Antonio, la versatilidad cautelosa en Lépido y en Octavio la habilidad sin escrúpulo y sin entrañas. Comienzan por repartirse el mundo romano. Luego vienen acto continuo las proscripciones, las confiscaciones y las matanzas. Desde los tiempos de Mario y Cinna, nueve jefes militares habían usurpado sucesivamente el Poder; antes de Octavio y sus confederados, unos ponían por delante la soberanía del pueblo y otros los privilegios de la aristocracia; ahora el partido militar alega únicamente el deseo de exterminar a sus enemigos.

Después de las matanzas, encendiéndose la guerra civil en el suelo de Grecia. La resistencia fue enérgica y dudosa la victoria; al fin sucumben los jefes de los conjurados, y dando la razón a la fortuna, se quitan ellos mismos la vida. Sexto Pompeyo intenta prolongar algún tiempo la lucha en los mares, a ejemplo de los piratas vencidos por su padre, con quien ofrece ciertos rasgos de semejanza, por lo que el historiador se pregunta qué es lo que quería, ¿salvar a Roma o conseguir el Poder? Al cabo fue también vencido y muerto.

La suerte de Roma se fija; la guerra civil tenía que estallar aún, porque el Imperio es de aquellos bienes que no

admiten partición; pero la causa de la libertad no hallaría en adelante defensores. Sólo se lucha para elegir un señor; asunto que iba a resolverse en Actio, porque Lépido cesó bien pronto de servir de contrapeso a sus colegas; muere miserablemente, vendido por sus soldados a Octavio.

En el interin, Antonio, usurpando uno tras otro los títulos y atributos de Hércules y Baco, parecía proponerse, en unión de Cleopatra y asistido por sus aduladores, transformados en faunos, sátiros y bacantes, preparar el universo a los escándalos y extravagancias de los peores días del Imperio.

Las legiones por su parte hacían ya presentir aquellos pretorianos que le adjudicaban después a su capricho. El segundo triunvirato, al constituirse, había hecho donación a los soldados de diez y ocho opulentas ciudades con todo su territorio. Los pueblos, reducidos al destierro y a la miseria, cedían el lugar a aquellos nuevos señores. No fue esto todo; la continua tirantez, las alternativas de discordia y tranquilidad y la perspectiva de una ruptura inevitable entre los triunviros, ponía a los mismos a discreción de los ejércitos, que a veces intervenían para reconciliarles, vendiéndose otros al mejor postor. Después de la muerte de Lépido, Octavio, a la cabeza entonces de cuarenta y cinco legiones y de quince mil caballos (de doscientos cincuenta a trescientos mil hombres), se vió obligado, para mantener sus promesas a las tropas que había sobornado, y no enajenarse a sus veteranos por una preferencia concedida a los recién venidos, a entregar a cada soldado quinientos dracmas, sin hablar de los centuriones y tribunos militares que recibieron una parte mayor aún. Sin tales sacrificios, ¿quién sabe lo que hubiera ocurrido? Octavio triunfa; la victoria de Actio puso a Roma y al mundo a sus pies.

El nuevo señor usa moderadamente del Poder y cica-

triza algunas de las heridas que él mismo había causado; no por esto dejó de instaurar el despotismo militar, que abre el camino a esos afrentosos tiranos, Tiberio, Calígula y después Nerón, que les excede en crueldad. A la muerte de este monstruo, eligele el Senado un sucesor, a quien los pretorianos asesinan. Entonces tres ejércitos nombran cada uno su emperador; en algunos meses, dos de ellos pasan del trono a las gemonías. Lo que sigue responde a estos comienzos. En vano algunos grandes hombres dominan a intervalos la anarquía; mueren, y el bien que hacen apenas deja huellas. El Imperio se da al mejor postor, disputándose las legiones el derecho de disponer de él. Los soldados y el fisco devoran a Roma, destrozada y exhausta. Sólo esto consiguió con someter al mundo; corrompióla la victoria y la corrupción la envileció. Va debilitándose cada vez más y es al fin presa de los bárbaros.

XXI

Conclusión.

Tal fue, tal debía ser la suerte de Roma. Preciso es reconocer que esto obedece a causas comunes en su mayor parte, al conjunto de los pueblos de la antigüedad. En efecto, las sociedades paganas contaban entre sus elementos, junto a sus constituciones, guardadoras tan celosas de las libertades públicas, dos gérmenes de decadencia y de muerte: la idolatría y la esclavitud.

La primera no era en realidad más que el culto de la materia, de las pasiones, de los peores instintos del espíritu y del corazón, divinizados, adorados bajo todas las formas en los templos que se erigían ellos mismos (1).

La otra, elevando la sujeción del hombre por el hombre a la altura de un principio social, consagraba al propio tiempo el derecho de conquista e implícitamente la tiranía con su cortejo de violencias e iniquidades.

Así se vió a todas las naciones que brillaron entonces con algún resplandor, procurar a su vez convertirse en conquistadoras, y después de algunas engañosas prosperida-

(1) La fe en las divinidades del paganismo se hallaba muy quebrantada entre los romanos en los últimos años de la República; pero, según la profunda observación de M. Villemain, en su *Ensayo sobre el politeísmo*, «el escepticismo obedecía menos aquí a las luces que a los vicios de la época». Cuando la duda penetró en los espíritus, el mal estaba ya hecho.

des, sucumbir uniformemente a impulsos de la corrupción.

Esto es comprensible: con aspiraciones semejantes, y esa especie de derecho común, el pueblo más firmemente constituido, el más diestro en la lucha, se hallaba destinado a dominar a sus vecinos, y de uno en otro, al mundo entero. Después, desarrollándose por una consecuencia necesaria la corrupción en su seno, en proporción del Poder y de las riquezas, que abren tan vasto campo a las pasiones, debía verse a su vez subyugado por la fuerza misma de que abusara. Esto tenfa que ocurrir forzosamente, en cuanto el elemento militar llegó a constituir en el Estado una clase aparte con sus ideas, miras e intereses propios distintos de los del resto de la población, no conservando, en fin, nada común con ella, a no ser las costumbres depravadas; comprendió su preponderancia, y decidido a valerse de ella, trató de imponerse a la sociedad explotándola en su provecho.

Cuando César nació, la República caminaba ya a grandes pasos hacia esa crisis; llegaba apenas a la adolescencia cuando el mal estalla en toda su intensidad.

En efecto, no se había olvidado que en el año 666 de la fundación de Roma, Sila entra violentamente en ésta a la cabeza de sus legiones, deroga las leyes que acaba de votar el pueblo, restringe la autoridad tribunicia y da el ejemplo de las proscripciones.

Apenas había transcurrido un año cuando Cinna, de concierto con Mario, sitia la ciudad sagrada, tomándola, inundándola en sangre, apoderándose del Gobierno y reinando como señor durante tres años.

Bien pronto Sila, vencedor, usurpa la dictadura, dispone de los bienes, de la libertad y la vida de los ciudadanos, modifica, deroga las leyes, imponiendo otras nuevas, y más tarde, después de haber abdicado, pesa aún sobre Italia con sus colonias de veteranos y el terror que inspira.

A su muerte, basta a Lépido, militar mediocre, tomar una actitud amenazadora para atemorizar al Senado.

Asimismo Pompeyo, enviado contra este rebelde, trata al día siguiente de su victoria de imponer sus servicios a la aristocracia. Permaneciendo en armas delante de Roma, y sordo a la orden de licenciar su ejército, obliga con su sola presencia a los padres conscriptos a investirle del mando que apetece.

Ocho años después, el mismo general y Craso, acampados bajo los muros de la capital, consumaban en ella una especie de golpe de Estado, restableciendo las antiguas prerrogativas de la autoridad tribunicia y reduciendo la nobleza a una impotente minoría en los tribunales.

Tal era ya la preponderancia militar en la República cuando César realizó su combinación del triunvirato. Apoyándose entonces en el Ejército, se entiende con dos de sus jefes para elevarse, en unión de ellos, por encima de la legalidad. Esto era hacerse un pedestal de sus ambiciosos colegas; pero exceptuando esta diferencia única, no había aquí nada extraordinario. El poder a que les asocia provisionalmente le habían ejercido ya otros antes que él sin división y sin escrúpulos, y Roma se había mostrado dócil.

Después de todo lo que había presenciado, consideraba sin duda natural el recurso que conducía, por la pendiente sobre que se deslizaba la sociedad desde hacía tiempo, al único régimen compatible con el estado de las costumbres y el excesivo acrecentamiento del romano poder. Puede, pues, concebirse, sin aprobar las violencias del primer triunvirato, que dejan tan atrás las atrocidades de Mario y Sila, y admitiendo ciertas ilusiones, el punto de vista de aquel hombre extraordinario y el fin a que tendía.

Podemos preguntarnos también si Roma era aún libre cuando César se determina a pasar el Rubicón, porque la

libertad implica el orden y éste no existía ya en la República; la pasión, los caprichos del más fuerte dominan en ella. La aristocracia, que busca en nombre de la libertad defensores de sus privilegios, es la primera en violar las constituciones del Estado y en dar ejemplo de arbitrariedad. Así, apenas disuelto el triunvirato por la muerte de Craso, substituyose a la soberanía del pueblo, haciendo por su sola autoridad un cónsul y confiriéndole el derecho de darse un colega. No respeta tampoco la del Senado, porque bien pronto el mismo que le preside se niega a tener en cuenta una resolución tomada por el primer cuerpo del Estado con inmensa mayoría de votos por satisfacer a unos cuantos exaltados. ¿Qué se había hecho entonces de la libertad? ¿Era César o los mismos romanos quienes pensaban destruirla?

Todo lo que se le podría reprochar justamente es haber acelerado el movimiento que arrastraba a Roma hacia la servidumbre; pero ¿qué poder hubiera conseguido detenerle? Ninguno a buen seguro; así parecía lo más acertado asociarse a él, dirigirle y llegar de este modo, en las condiciones menos desfavorables posibles, a una solución ya inevitable; he aquí al menos lo que César se diría, y esto explica la importancia que concedió a su propósito de pretender un segundo Consulado, permaneciendo a la cabeza de su Ejército; hubiera así reunido una fuerza más, y teniendo en cuenta los resultados del primero, donde su voluntad no encontró obstáculo alguno, se lisonjeara, según todas las apariencias, de conseguir su objeto sin recurrir a las armas.

Se le han prestado, con este motivo, las ideas más amplias y generosas; entre ellas, la de establecer una especie de igualdad entre los romanos y los pueblos sujetos a su dominio, sometién道les a todos a las mismas leyes. Esto hubiera sido mejorar la condición de la humanidad, procu-

rándose a una vez una palanca poderosa, y no parece inverosímil este pensamiento, aunque sólo se considere desde el punto de vista del bien que podía resultar del mismo para Roma y sus súbditos. En efecto, es difícil admitir que un espíritu como el de César, al aspirar al Poder, se propusiese por único fin alcanzar los innobles goces que la ilimitada facultad de hacerlo todo y de usurparlo todo promete a los perversos instintos de los tiranos. Las reformas que introdujo, después de su victoria, indican por sí mismas, aunque sólo se quieran ver en ellas un expediente político, el deseo de establecer mejoras sociales. Por otra parte, el valor que concedía al título de rey, bajo el cual habían gobernado los primeros depositarios de la autoridad en Roma, da lugar a suponer que si el estado de las costumbres le parecía inconciliable con el régimen republicano, se proponía al menos substituirle con un Gobierno bastante fuerte para dominar el mal y hacer el bien, y bastante moderado para mantenerse a igual distancia de las violencias de un señor y de los caprichos de la soberanía popular.

Pero no es dado al hombre dominar la fuerza de las cosas. César se engañó aquí; sin duda era para él una necesidad, porque la ambición siente, en las grandes almas, la de justificarse a sus propios ojos. Debemos reconocer, sin embargo, que de cualquier modo que hubiera procedido, la corrupción había llegado entonces al extremo de constituir una situación sin salida. ¿Sobre qué bases asentar una monarquía moderada, dado el estado de las cosas? ¿Sobre la ley? Se tomaba a juego eludirla y violarla. ¿Sobre las costumbres? Precisamente en ellas residía el mal que importaba combatir. Quedaba la fuerza, en otros términos, el Ejército. Pero una experiencia de más de cincuenta años le había hecho aprender que el Ejército, tan corrompido como lo demás, lo podía todo impunemente, en

una palabra, que tenía en sus manos las cosas, las personas y la suerte de la nación. Llega una época, en los pueblos, en que el mal está en todas partes y el remedio en ninguna. Tal era entonces la condición de Roma; sin duda el genio de César podía imponerse al soldado, como después logró conciliársele la profunda habilidad de su sucesor. ¿Pero es fundar algo inaugurar un régimen bajo el cual todo depende de la vida, de la superioridad de un hombre?

El calor de la lucha pudo distraer a César de estos pensamientos; pero las siniestras predicciones que le arrancaba, después de la victoria, el presentimiento de su próxima muerte, nos permiten creer que aquellas verdades habían terminado por iluminar su espíritu, y esto concurre a explicar la profunda tristeza de esa alma tan serena hasta entonces. En esto debían terminar tantos cálculos, esfuerzos, triunfos y gloria.

No había ya que dudar; la sociedad romana se hallaba en adelante en poder de las legiones. Apenas hubo cerrado César los ojos, cuando todos pudieron convencerse de ello, porque el temor que aquellas inspiraban arranca en seguida al Senado la confirmación de las promesas que les había hecho su general, y sus mismos asesinos se apresuraron también a renovarlas. Conocemos en fin la presión que los veteranos ejercieron constantemente sobre Antonio, Octavio y Lépido, antes y durante el segundo triunvirato. La influencia de las gentes de guerra se manifestaba en todo y en todas partes.

Después de las convulsiones que siguieron durante cerca de quince años al golpe dado por Casio y Bruto, la hábil política de Octavio, pero sobre todo, la muerte violenta de los hombres más ardientes y resueltos de Roma, la laxitud que sucede a las largas conmociones políticas, el temor de las calamidades que atraen sobre los pueblos, y

en una palabra, las lecciones de la experiencia, concurrieron, con las rentas concedidas a las gentes de guerra, a imponer una época de descanso a las pasiones, a la necesidad de movimiento y de novedades. Sin embargo, las costumbres no ganaron nada; el estado de las almas siguió siendo el mismo, y continuaron vislumbrándose en ocasiones los síntomas del mal momentáneamente adormecido, porque un día, y con motivo de una mentira propagada no se sabe por quien, el emperador, que se había entregado a los soldados, estuvo a punto de ser asesinado por ellos.

A su muerte, se pudo comprender, bajo Tiberio, Calígula y sus sucesores, que Roma, al pasar de los tiempos borrascosos de la República a los del Imperio, no había cambiado de instintos. Reprodujéronse las violencias, iniquidades y escándalos del pasado, con el carácter sombrío y terrible que les imprime el despotismo.

Desde este punto de vista, y exceptuando el carácter últimamente citado, es asombroso el parecido entre los dos regímenes. La plebe vendía el Consulado, las altas magistraturas y hasta el derecho de defenderla, porque el tribuno no era otra cosa: las legiones adjudican el imperio al mejor postor.

La sedición había sentado sus reales en el Foro, y sus violencias no perdonaban, en ocasiones, ni cónsules, ni tribunos; ahora pasa de la plaza pública a los campamentos y asesina a los emperadores.

Los procónsules saqueaban las provincias por su inmoderado deseo de lujo y de goces; los emperadores, para satisfacer, tan pronto las extravagancias de sus caprichos como las exigencias de los soldados, abruman de impuestos a los súbditos de Roma.

Bajo la República, todo acto contra la seguridad y el bien del Estado constituía un crimen de lesa majestad, no

faltando los acusadores, cuyo número engrosaban el odio y la ambición. Bajo el poder absoluto ese crimen se extiende según el orgullo, el carácter sospechoso o la codicia del señor, a una palabra, una actitud, una acción, por insignificante que fuese, que le conviniera considerar como ofensa hecha a su sagrada persona. Los delatores están siempre en campaña impacientes por obtener su parte en los despojos de las víctimas; la espada se halla suspendida sobre cualquiera que haga sombra al déspota o le tienta con sus riquezas. Tiembla todo aquel a quien no protege su insignificancia: destiérrese de la intimidad, la confianza y la franqueza, porque el inocente a quien no acusa un enemigo, encuentra algún amigo que se encarga de perderle. Vemos entonces que unos por aturdirse y otros por escapar a las sospechas por medio del desprecio, se precipitan, con una especie de arrebató, en las voluptuosidades, mientras un pequeño número de naturalezas enérgicas recurre al suicidio.

Este cuadro no es más que una imagen incompleta de la opresión, de los sufrimientos de Roma y de sus súbditos bajo la mayor parte de los emperadores, porque no hablamos aquí de las guerras que estallan entre los ejércitos a propósito de la elección de señor. El mundo romano era a la vez su campo de batalla y su víctima; nada igualaba entonces a las miserias a no ser el envilecimiento.

Los pueblos debían pasar, sin duda, por esas pruebas para aprender hasta dónde conduce la degradación moral y el predominio de las pasiones y de los apetitos sobre las elevadas aspiraciones del alma.

En tales condiciones, ¿a qué poder de la tierra hubiera sido dado depurar y salvar la humanidad decaída, devolviéndola con la vitalidad el sentimiento del bien y de la belleza? A ninguno, preciso es confesarlo. Reconocemos que la filosofía antigua había extendido en su origen vivos

resplandores, pero sin acción sobre las masas, no era ya más que un pasatiempo del espíritu y de las escuelas sofisticas.

Admiremos aquí los caminos misteriosos de la Providencia. No se puede meditar suficientemente sobre la gran revolución que comienza desde entonces a realizarse.

En efecto. Bajo Tiberio, Calígula, Nerón, en la época misma en que la tiranía, pesando sobre el mundo, hacíase cada vez más cruel, y cada día más deplorable la abyección de las razas antiguas, se eleva de pronto en el Oriente, irradiando después hasta el fondo de las almas, la luz del Evangelio. Y por un milagro más asombroso que todos los recusados por cierta escuela, como desprovistos a su parecer de carácter sobrenatural, los pobres, los sencillos, los débiles, fueron los elegidos, los predestinados a quienes corresponde hacer triunfar la nueva doctrina.

Intenta substituir a todo lo que había hecho hasta entonces el orgullo y las delicias de las naciones paganas, una ley en oposición con las tendencias, ideas y costumbres que constituían su vida desde luengos siglos, y, no obstante, no tarda en penetrar en las conciencias. Obrando sobre el hombre, no ya por la violencia o por la seducción de las riquezas y del placer, sino por perspectivas que se extendían más allá del tiempo y de la tierra, opuso al error el solo poder de lo verdadero; al desenfrenado sensualismo del mundo antiguo, un espiritualismo sublime; a su dureza y codicia, la caridad y la fraternidad. Los humildes, pero intrépidos misioneros, sin preocuparse de las amenazas de los suplicios, sellan sus palabras con su sangre, imponiéndose a sus perseguidores y convirtiendo hasta a sus verdugos. Esta profundidad de convicción, este poder de proselitismo, iban transmitiéndose y perpetuándose con las virtudes de que habían dado ejemplo. Así, después de ellos, debía verse a sus discípulos y sucesores imponer la verdad

y la civilización a las masas bárbaras que se precipitan de todas partes sobre los restos del pasado que se hundía; acoger esas razas jóvenes y vigorosas en la gran familia llamada a otra heredad y a otros bienes que los de aquí abajo, renovando así la faz del mundo y asentando los cimientos de nuestras modernas sociedades.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	1
CAPÍTULO I. — Introducción.....	5
II. — Mario y Sila.....	16
III. — Cinna en el Poder.....	26
IV. — Dictadura de Sila.....	38
V. — La aristocracia y la opinión.....	55
VI. — Reacción.....	68
VII. — La oposición.....	81
VIII. — Conjuraciones.— Catilina.....	95
IX. — Orígenes del triunvirato.....	112
X. — Los Triunviros.....	127
XI. — Clodio.....	141
XII. — Los odios y los partidos.....	156
XIII. — Nuevo pacto entre los Triunviros.....	169
XIV. — Victorias.— Escándalos.....	184
XV. — Disolución del triunvirato.....	197
XVI. — Las ambiciones en lucha.....	215
XVII. — Crisis.....	228
XVIII. — Guerra civil.— Farsalia.....	244
XIX. — Alejandría, Tapso, Munda.....	267
XX. — Muerte de César.....	291
XXI. — Conclusión.....	317

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración

López Hoyos, 6. — MADRID

Núm. del Cat.º	Pesetas	Núm. del Cat.º	Pesetas
513-514	Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil (2 tomos).....	76	Balzac.—Ursula Mirouet... 3
176	— La Reforma integral de la legislación civil.....	2	Barbey d'Aureville.—El Cabecilla.....
177	Alcofurado.—Cartas amatorias de la monja portuguesa.....	12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....
315	Amiel.—Diario íntimo....	131	— La Hechizada.....
327-328	Antoine.—Curso de Economía Social, 2 vols..	120	— Las Diabólicas.....
178	Anónimo.—¿Académicas?..	124	— Una historia sin nombre.....
179	— Currita Albornoz al Padre Luis Coloma.....	110	— Venganza de una mujer.
183	Araujo.—Goya.....	495	Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión..
180	Arenal.—El Delito colectivo.....	180	Baudelaire.—Los paraísos artificiales.....
182	— El Derecho de gracia... 1,50	163	Becerro de Bengoa.—Trueba.....
181	— El Visitador del preso... 3	174	Bergeret.—Eugenio Mouton (Merinos).....
323	Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas. Estudio sobre las servidumbres prediales.....	353	Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política (para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio).....
114	Arnold.—La crítica en la actualidad.....	311	Boissier.—Cicerón y sus amigos.....
172	Asensio.—Fernán Caballero.....	380	— La Oposición bajo los Césares.....
39	— Martín Alonso Pinzón... 3	525	Bouchot.—Historia de la Literatura antigua.....
184	Asser.—Derecho Internacional privado.....	169	Bourget.—Hipólito Taine.
368	Bagehot.—La Constitución inglesa.....	395	Bréal.—Ensayo de Semántica (Ciencia de las significaciones).....
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones, en sus relaciones con los principios de la selección natural y de la herencia.....	447	Bredif.—La Elocuencia política en Grecia.....
416	Baldwin.—Elementos de Psicología.....	399	Bret Harte.—Bloqueados por la nieve.....
111	Balzac.—César Birotteau..	505-526	Bryce.—La República Norteamericana (ts. I, II)
54	— Eugenia Grandet.....	484	Brook Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos...
112	— La Quiebra de César Birotteau.....		
62	— Papá Goriot.....		

Núm. del Cat.º	Pesetas	Núm. del Cat.º	Pesetas
367 Bunge.—La Educación...	12	125 Daudet.—Cuentos y fantasmías.....	3
185-186 Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparados (2 ts.)	14	93 — El Sitio de París.....	3
187 Buylla.—Economía.....	12	13-14 — Jack (dos tomos).....	6
533 537 Caillaux.—Los Impuestos en Francia (ts. I y II)	12	22 — La Evangelista.....	3
520 Cambronero.—Las Cortes de la Revolución.....	4	46 — Novelas del lunes.....	3
36-37 Campe.—Historia de América (dos tomos).....	6	536 Deschanel.—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres.....	7
156 Campoamor.—Cánovas...	1	425 Dollinger.—El Pontificado.	6
79 — Doloras, cantares y humoradas.....	3	166 Dorado.—Concepción Arenal.....	1
69 — Ternezas y flores.....	3	33 Dostoyusky.—La novela del presidio.....	3
317, 354, 371 Carlyle.—La Revolución francesa (3 tms.)	24	301 Dowden.—Historia de la literatura francesa.....	9
393 — Pasado y presente.....	7	402 Dumas.—Actes.....	2
189 Carnevale.—La cuestión de la pena de muerte.....	3	326 Emerson.—La ley de la vida	5
102 Caro.—Costumbres literarias.....	3	332 — Hombres simbólicos....	4
140 — El Derecho y la fuerza..	3	413 — Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
58 — El pesimismo en el siglo XIX.....	3	442 — Inglaterra y el carácter inglés.....	4
65 — El suicidio y la civilización.....	3	459 — Los veinte ensayos.....	7
363 — La filosofía de Goethe..	6	340 Eltzbacher.—El anarquismo, según sus más ilustres representantes.....	7
293 Castro.—El libro de los galicismos.....	3	516 Ellen Key.—El amor y el matrimonio.....	6
190-191 Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer (2 ts.)	15	342 Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y sus colonias.	4
64 Coppée.—Un idilio.....	3	162 Fernán Flor.—Tamayo... 1	
361 Champcommunale.—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10	158 — Zorrilla..... 1	
515 Chassay.—Los deberes de la mujer en la familia...	3	155 Fernández Guerra.—Hartzenbusch..... 1	
40 Cherbuliez.—Amores frágiles.....	3	92 Ferrán.—Obras completas.	3
26 — La terna de Juan Tozudo	3	42 Ferri.—Antropología criminal.....	3
93 — Meta Holdenis.....	3	329 Fichte.—Discursos á la nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna.....	5
18 — Mis Rovet.....	3	352 Finot.—Filosofía de la longevidad.....	5
91 — Paula Meré.....	3	534 Fisher.—Economía política y geométrica.....	8
394 Colombey.—Historia anecdótica del Duelo, en todas las épocas y en todos los países.....	6	357 Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española.....	10
437 Comte.—Principios de Filosofía positiva.....	2	24 Flaubert.—Un corazón sencillo.....	3
404 Couperus.—Su Majestad..	3		
297-298 Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo (dos tomos).....	15		
59 Daudet.—Cartas de mi molino.....	3		

Núm. del Cat.º	Pesetas
390 Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania....	7
196-197 Fouillee.—Historia de la filosofía (dos tomos)...	12
195 — La ciencia social contemporánea.....	8
194 — Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia.....	7
451-452 — Historia de la filosofía de Platón (2 tomos).....	12
333 Fournier.—El ingenio en la historia. Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas...	3
198-199 Framarino dei Malatesta.—Lógica de las pruebas en materia criminal (dos tomos).....	15
509 Fromentin.—La pintura en Bélgica y Holanda....	6
302-303 Gabba.—Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (dos tomos).....	15
307 Garnet.—Historia de la Literatura italiana.....	9
201 Garofalo.—Indemnización á las víctimas del delito..	4
200 — La criminología. Estudio sobre el delito y la teoría de la represión.....	10
202 — La superstición socialista	5
507 — El delito como fenómeno social.....	4
539 — Justicia y civilización...	4
98 Gautier.—Bajo las bombas prusianas.....	3
167 — Enrique Heine.....	1
182 — Madama de Girardin y Balzac.....	3
121 — Nerval y Baudelaire....	3
70 Gay.—Los salones célebres.	3
345 George.—Protección y librecambio.....	9
421 — Problemas sociales.....	5
261 Giddings.—Principios de Sociología.....	10
414 — Sociología inductiva. . .	6
485 Girard.—La elocuencia ática	4
286 Giuriati.—Los errores judiciales.....	7
531 — El Plagio.....	8
164 Gladstone.—Lord Macaulay.....	1
287 Goethe.—Memorias.....	5
538 Gómez Villafranca.—In-	

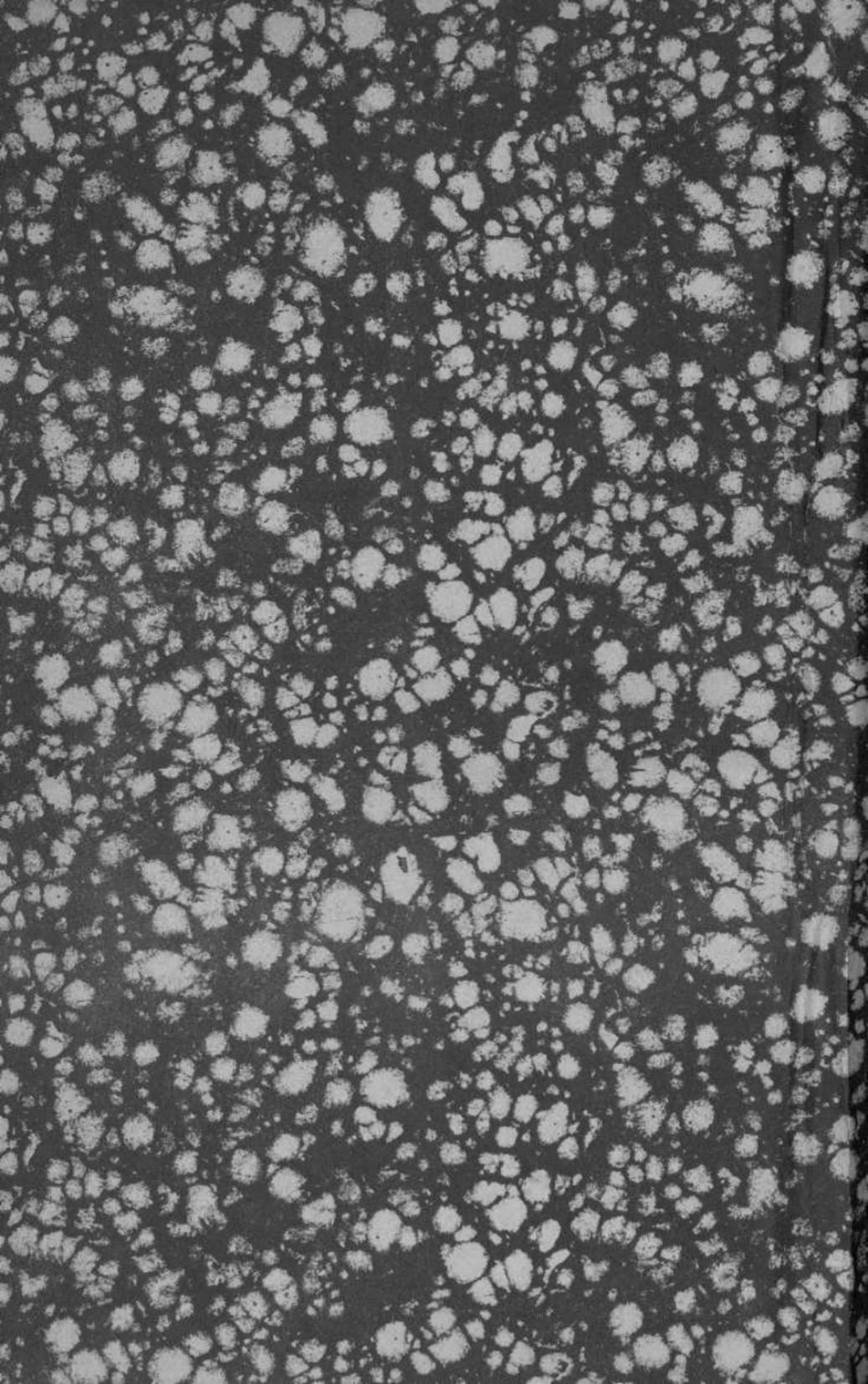
Núm. del Cat.º	Pesetas
dices de «La España Moderna», tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal.....	12
406 Gonblanc.—Historia general de la Literatura.....	6
21 Goncourt.—Germinia Lacerteux.....	3
204 — Historia de María Antonieta.....	7
44 — La Elisa.....	3
61 — La Faustin.....	3
129 — La señora Gervaisais...	3
318 — Las favoritas de Luis XV	6
6 — Querida.....	3
358 — La Du-Barry.....	4
11 — Renata Mauperin.....	3
528 — La Clairon.....	6
206 González.—Derecho usual.	5
282-283 Goodnow.—Derecho administrativo comparado (dos tomos).....	14
207 Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros..	7
208 Grave. La sociedad futura.	8
461, 462, 469, 470 Green.—Historia del pueblo inglés (cuatro tomos).....	25
209 Gross.—Manual del juez..	12
502 Guizot.—Abelardo y Eloisa	7
210 Gumpłowicz.—Derecho político filosófico.....	10
211 — Lucha de razas.....	8
330 — Compendio de Sociología.	9
527 — La Sociología y la política.....	4
212 Guyau.—La educación y la Herencia.....	8
331 — La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución.	12
471 Hailman.—Historia de la Pedagogía.....	2
290 Hamilton.—Lógica parlamentaria.....	2
213 Hausonville.—La juventud de Lord Byron.....	5
324 Heiberg.—Novelas danesas y escandinavas.....	3
41 Heine.—Memorias.....	3
314 — Alemania.....	6
396 Höffding.—Psicología experimental.....	9
426 Hume.—Historia de la España contemporánea....	8

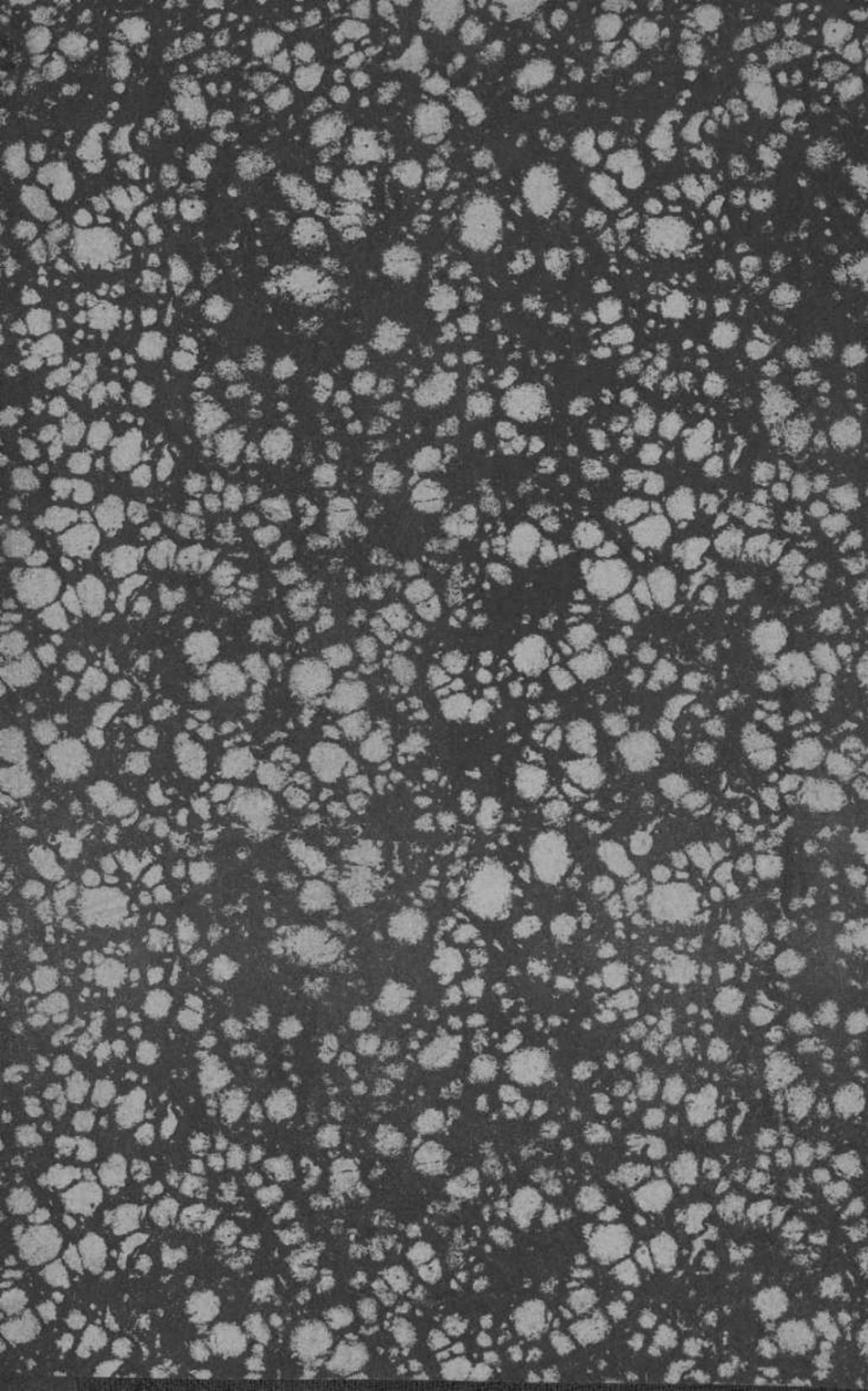
Núm. del Cat.º		Pesetas
412	Hume.—Historia del pueblo español, su origen, desarrollo é influencia.....	9
214	Hunter.—Sumario del Derecho romano.....	4
316	Huxley.—La educación y las ciencias naturales....	6
3	Ibsen.—Casa de muñeca...	5
53	— Los aparecidos y Edda Gabler.....	3
423	Jitta.—Método de Derecho internacional.....	9
217	Kells Ingram.—Historia de la Economía política..	7
219	Koch y otros.—Estudios de higiene general....	3
295 bis.	Korolenko.—El desertor de Sajalin.....	2,50
322	Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres.....	6
299	Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano.....	7
517	Lagerlof.—El esclavo de su finca.....	3
221	Laveleye.—Economía política.....	7
369	— El socialismo contemporáneo.....	8
220	Lange.—Luis Vives.....	2,50
454	Larcher y Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato....	5
319	Lemcke.—Estética expuesta en lecciones al alcance de todo el mundo.....	8
288	Lemonnier.—La carnicería (Sedán).....	3
321	Leroy-Beaulieu.—Economía política.....	8
474	Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización.....	7
434	Lewis-Pattée.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos.....	8
222	Lombroso.—La escuela criminológico-positivista....	7
385-386	— Medicina legal (dos tomos).....	15
382	Liesse.—El trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social....	9
223	Lubbock.—El empleo de la vida.....	3

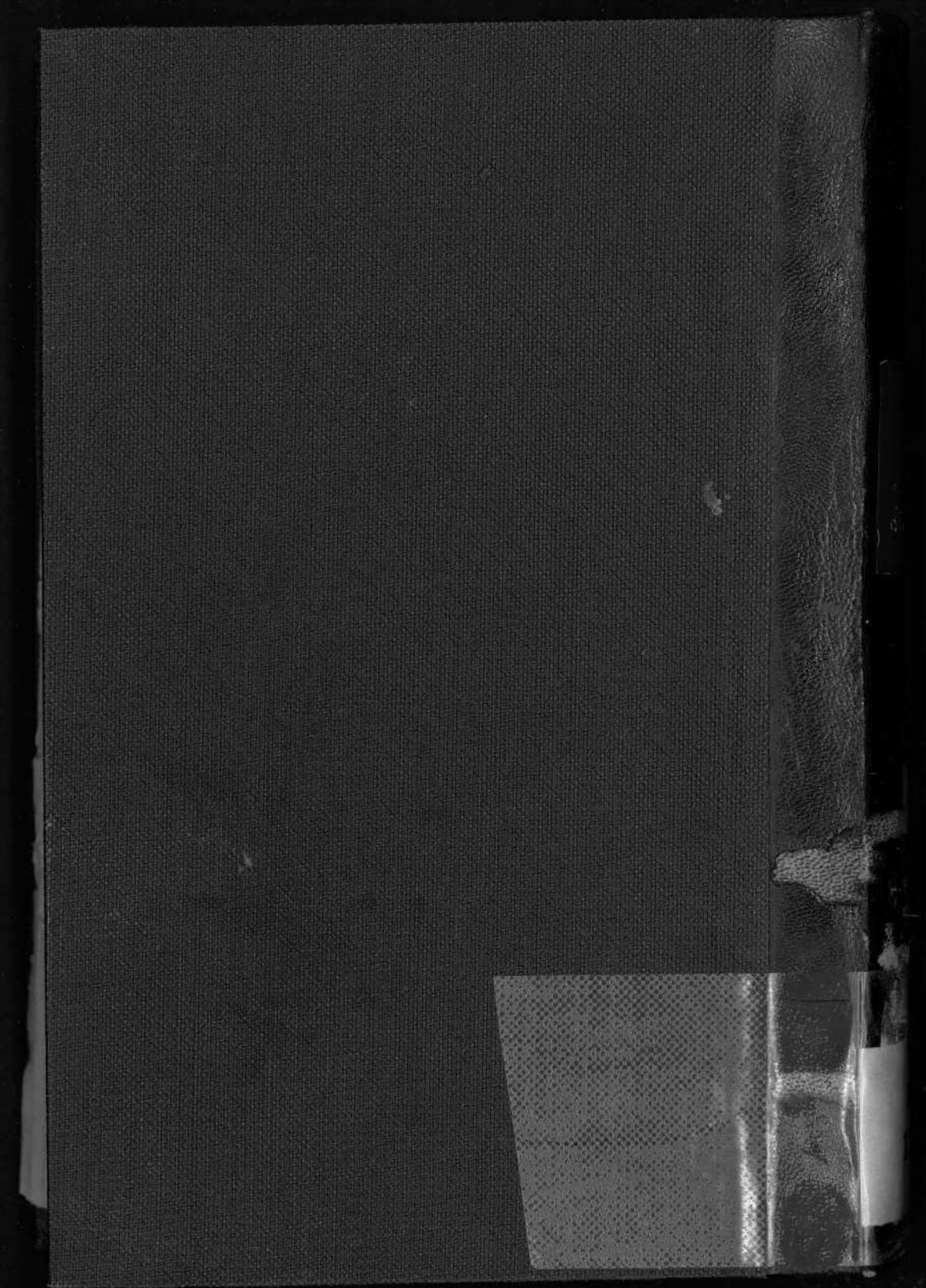
Núm. del Cat.º		Pesetas
438	Macaulay.—Estudios jurídicos.....	6
294	— La educación.....	7
305-306	— Vida, memorias y cartas (dos tomos).....	14
460	Mac-Donald.—El criminal tipo en algunas formas graves de la criminalidad	3
224	Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico.....	5
535	Marie.—Misticismo y locura.....	5
504-510 522	Marshall.—Economía política (tres tomos)..	21
225, 226, 227	Martens.—Derecho internacional (público y privado) (tres tomos)...	29
244	— Tratado de Derecho internacional.—Apéndice.—La paz y la guerra. La Conferencia de Bruselas. Derechos y deberes de los beligerantes. La Conferencia de La Haya.....	
410	Martin.—La moral en China.....	
481	Mattirolo.—Derecho procesal civil.....	
173	Maupassant.—Emilio Zola	
375	Max-Muller.—La ciencia del lenguaje.....	
366	— Historia de las Religiones	
455	— La Mitología comparada. Los cuentos y tradiciones populares. Los usos y costumbres.....	
228	Max-Muller.—Origen y desarrollo de la Religión.	
341	Max-Stirner.—El Único y su propiedad.....	9
160	Menéndez y Pelayo.—Martínez de la Rosa.....	1
152	— Núñez de Arce.....	1
284	Meneval.—María Estuardo	6
383	Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica.....	8
387-388	— Psicología (2 tomos).	12
392	— Ontología.....	10
427	— Criteriología general ó tratado de la certeza....	9
418	Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses.....	2
118	Merimee.—Colomba.....	3
133	— Mis perlas.....	3

(Continúa.)









DELORME

—
CESAR Y SUS
CONTEMPORANEOS

D-2
12510